UNE ✦ SACRA

Espiritismo

El Libro de los Médiums

✦ ✦ ✦

Allan Kardec

Traducción (edición 1.3)

Créditos

Autor	Allan Kardec
Fecha	1861 (2.ª edición, 1862)
Idioma original	Francés
Versión	Traducción (edición 1.3)
Traducción	Traducción popular, a partir del original francés
Fuente	Internet Archive — Le Livre des médiums, 2e éd. (Paris, Didier, 1862), OCR des numérisations Google Books bub_gb_bfFnqBlQGq8C et bub_gb_nXbosuj41B4C
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

El Libro de los Médiums, o Guía de los médiums y de los evocadores, publicado por Allan Kardec en enero de 1861 y rehecho por completo en la 2.ª edición (1862), es la parte práctica de la doctrina espírita y continúa El Libro de los Espíritus.

La primera parte, Nociones preliminares, discute si los Espíritus existen, lo maravilloso y lo sobrenatural, el método de estudio y las diversas teorías sobre los fenómenos.

La segunda, De las manifestaciones espíritas, trata de las manifestaciones físicas e inteligentes (mesas giratorias, ruidos, apariciones, escritura directa), de los tipos de médiums y de cómo se forman, de los peligros de la mediumnidad, de la obsesión, de la identidad de los Espíritus, de las evocaciones y de las reuniones espíritas.

Los párrafos están numerados en secuencia a lo largo de todo el libro, y muchos traen preguntas hechas a los Espíritus con sus respuestas. El texto sigue la 2.ª edición (1862).

Escrito en una época en que las "mesas giratorias" estaban de moda en los salones de Europa, el libro busca separar el fenómeno del fraude y de la curiosidad, e insiste en que la mediumnidad debe servir al perfeccionamiento moral, no al espectáculo.

Fuente: https://archive.org/details/bub_gb_bfFnqBlQGq8C

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Introducción

Parte I, cap. I — ¿Existen los Espíritus?

Parte I, cap. II — Lo maravilloso y lo sobrenatural

Parte I, cap. III — Método

Parte I, cap. IV — Sistemas

Parte II, cap. I — Acción de los Espíritus sobre la materia

Parte II, cap. II — Manifestaciones físicas. Mesas giratorias

Parte II, cap. III — Manifestaciones inteligentes

Parte II, cap. IV — Teoría de las manifestaciones físicas

Parte II, cap. V — Manifestaciones físicas espontáneas

Parte II, cap. VI — Manifestaciones visuales

Parte II, cap. VII — Bicorporeidad y transfiguración

Parte II, cap. VIII — Laboratorio del mundo invisible

Parte II, cap. IX — De los lugares encantados

Parte II, cap. X — Naturaleza de las comunicaciones

Parte II, cap. XI — Sematología y tiptología

Parte II, cap. XII — Neumatografía o escritura directa. Neumatofonía

Parte II, cap. XIII — Psicografía

Parte II, cap. XIV — De los médiums

Parte II, cap. XV — Médiums escribientes o psicógrafos

Parte II, cap. XVI — Médiums especiales

Parte II, cap. XVII — Formación de los médiums

Parte II, cap. XVIII — Inconvenientes y peligros de la mediumnidad

Parte II, cap. XIX — Papel del médium en las comunicaciones espíritas

Parte II, cap. XX — Influencia moral del médium

Parte II, cap. XXI — Influencia del entorno

Parte II, cap. XXII — De la mediumnidad en los animales

Parte II, cap. XXIII — De la obsesión

Parte II, cap. XXIV — Identidad de los Espíritus

Parte II, cap. XXV — De las evocaciones

Parte II, cap. XXVI — Preguntas que se pueden dirigir a los Espíritus

Parte II, cap. XXVII — De las contradicciones y las mistificaciones

Parte II, cap. XXVIII — Charlatanismo y superchería

Parte II, cap. XXIX — Reuniones y sociedades espíritas

Parte II, cap. XXX — Reglamento de la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas

Parte II, cap. XXXI — Disertaciones espíritas

Parte II, cap. XXXII — Vocabulario espírita

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

INTRODUCCIÓN

✦

1 La experiencia nos confirma cada día en la opinión de que las dificultades y los desengaños que se encuentran en la práctica del espiritismo tienen su origen en el desconocimiento de los principios de esta ciencia, y nos alegra haber podido comprobar que el trabajo que hemos realizado para prevenir a los adeptos contra los escollos del aprendizaje ha dado sus frutos, y que muchos han podido evitarlos gracias a la lectura atenta de esta obra.

2 Un deseo muy natural entre las personas que se ocupan del espiritismo es poder entrar ellas mismas en comunicación con los Espíritus; esta obra está destinada a allanarles el camino, haciéndolas aprovechar el fruto de nuestros largos y laboriosos estudios, pues se tendría una idea muy equivocada si se pensara que, para ser experto en esta materia, basta con saber poner los dedos sobre una mesa para hacerla girar, o sostener un lápiz para escribir.

3 También se equivocaría quien creyera encontrar en esta obra una receta universal e infalible para formar médiums. Aunque cada uno encierra en sí mismo el germen de las cualidades necesarias para llegar a serlo, estas cualidades solo existen en grados muy diferentes, y su desarrollo depende de causas que nadie puede hacer surgir a voluntad.

3.2 Las reglas de la poesía, de la pintura y de la música no convierten en poetas, pintores ni músicos a quienes carecen de ese talento: guían en el empleo de las facultades naturales.

3.3 Lo mismo ocurre con nuestro trabajo; su objeto es indicar los medios de desarrollar la facultad mediúmnica tanto como lo permitan las disposiciones de cada uno, y sobre todo orientar su empleo de una manera útil

cuando la facultad existe. Pero ese no es el único fin que nos hemos propuesto.

4 Junto a los médiums propiamente dichos está la multitud, que crece cada día, de personas que se ocupan de las manifestaciones espíritas; guiarlas en sus observaciones, señalarles los escollos que pueden y deben necesariamente encontrar en una cosa nueva, iniciarlas en la manera de conversar con los Espíritus, indicarles los medios de obtener buenas comunicaciones: ese es el ámbito que debemos abarcar, a riesgo de hacer una obra incompleta.

4.2 Por tanto, no debe sorprender que se encuentren en nuestro trabajo informaciones que, a primera vista, podrían parecer ajenas a él: la experiencia mostrará su utilidad. Después de haberlo estudiado con cuidado, se comprenderán mejor los hechos que se presencien; el lenguaje de ciertos Espíritus parecerá menos extraño.

4.3 Como instrucción práctica, no se dirige, pues, exclusivamente a los médiums, sino a todos aquellos que tienen la posibilidad de ver y observar los fenómenos espíritas.

5 Algunas personas habrían deseado que publicáramos un manual práctico muy sucinto que contuviera, en pocas palabras, la indicación de los procedimientos que deben seguirse para entrar en comunicación con los Espíritus; piensan que un librito de esta naturaleza, que por su módico precio pudiera difundirse ampliamente, sería un poderoso medio de propaganda al multiplicar los médiums; por nuestra parte, consideraríamos semejante obra más perjudicial que útil, al menos por el momento.

5.2 La práctica del espiritismo está rodeada de muchas dificultades, y no siempre está exenta de inconvenientes que solo un estudio serio y completo puede prevenir.

5.3 Habría que temer, por tanto, que unas indicaciones demasiado sucintas provocaran experiencias realizadas a la ligera, de las que pudiera haber motivos para arrepentirse; estas son cosas con las que no es conveniente ni prudente jugar, y creeríamos prestar un mal servicio poniéndolas a disposición del primer atolondrado que encontrara divertido conversar con los muertos.

5.4 Nos dirigimos a las personas que ven en el espiritismo un fin serio, que comprenden toda su gravedad y no hacen de las comunicaciones con el mundo invisible un juego.

6 Habíamos publicado una Instrucción práctica con el fin de guiar a los médiums; esta obra está hoy agotada y, aunque fue realizada con un propósito eminentemente grave y serio, no la reimprimiremos, porque todavía no la encontramos lo bastante completa para esclarecer todas las dificultades que se pueden encontrar.

6.2 La hemos sustituido por esta, en la que hemos reunido todos los datos que una larga experiencia y un estudio concienzudo nos han permitido adquirir. Contribuirá, al menos así lo esperamos, a dar al espiritismo el carácter serio que constituye su esencia, y a disuadir de ver en él un motivo de ocupación frívola y de diversión.

7 A estas consideraciones añadiremos una muy importante: la mala impresión que produce en las personas principiantes o mal predispuestas la vista de experiencias realizadas a la ligera y sin conocimiento de causa; tienen el inconveniente de dar una idea muy falsa del mundo de los Espíritus y de

dar pie a la burla y a una crítica a menudo fundada; por eso los incrédulos rara vez salen convertidos de estas reuniones, y quedan poco dispuestos a ver un aspecto serio en el espiritismo. La ignorancia y la ligereza de ciertos médiums han causado más daño del que se cree en la opinión de mucha gente.

8 El espiritismo ha hecho grandes progresos desde hace algunos años, pero sobre todo los ha hecho inmensos desde que entró en la vía filosófica, porque ha sido apreciado por las personas instruidas. Hoy ya no es un espectáculo: es una doctrina de la que ya no se ríen quienes se burlaban de las mesas giratorias.

8.2 Al esforzarnos por llevarlo y mantenerlo en este terreno, tenemos la convicción de ganarle más partidarios útiles que provocando sin criterio manifestaciones de las que se podría abusar. Tenemos prueba de ello cada día por el número de adeptos que ha ganado la sola lectura de El libro de los Espíritus.

9 Después de haber expuesto en El libro de los Espíritus la parte filosófica de la ciencia espírita, ofrecemos en esta obra la parte práctica para uso de quienes quieren ocuparse de las manifestaciones, ya sea por sí mismos, ya sea para comprender los fenómenos que puedan llegar a presenciar. Verán en ella los escollos que se pueden encontrar y tendrán así un medio de evitarlos.

9.2 Estas dos obras, aunque una sea continuación de la otra, son hasta cierto punto independientes entre sí; pero a quien quiera ocuparse seriamente de la cuestión le diremos que lea primero El libro de los Espíritus, porque contiene principios fundamentales sin los cuales ciertas partes de esta obra serían quizá difíciles de comprender.

10 Se han introducido mejoras importantes en esta segunda edición, mucho más completa que la primera. Ha sido corregida con un cuidado muy especial por los Espíritus, que han añadido un gran número de observaciones e instrucciones del mayor interés.

10.2 Como lo han revisado todo y lo han aprobado o modificado a su gusto, puede decirse que es en gran parte obra suya, pues su intervención no se ha limitado a los pocos artículos firmados; solo hemos indicado los nombres cuando nos ha parecido necesario para señalar que ciertas citas algo extensas procedían textualmente de ellos; de otro modo habríamos tenido que citarlos casi en cada página, especialmente en todas las respuestas a las preguntas propuestas, lo que no nos ha parecido útil.

10.3 Los nombres, como se sabe, importan poco en semejante materia; lo esencial es que el conjunto del trabajo responda al fin que nos hemos propuesto. La acogida que tuvo la primera edición, aunque imperfecta, nos hace esperar que esta no sea recibida con menos favor.

11 Como hemos añadido muchas cosas y varios capítulos enteros, hemos suprimido algunos artículos que resultaban repetidos, entre otros la Escala espírita, que ya se encuentra en El libro de los Espíritus. También hemos suprimido del Vocabulario lo que no entraba específicamente en el ámbito de esta obra, y que queda provechosamente sustituido por cosas más prácticas.

11.2 Este vocabulario, por lo demás, no era lo bastante completo; lo publicaremos más adelante por separado en forma de un pequeño diccionario de filosofía espírita; aquí solo hemos conservado las palabras nuevas o especiales relacionadas con el objeto del que nos ocupamos.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE I, CAP. I — ¿EXISTEN LOS ESPÍRITUS?

✦

1 La duda acerca de la existencia de los Espíritus tiene como causa primera la ignorancia de su verdadera naturaleza. Generalmente se los imagina como seres aparte en la creación, cuya necesidad no está demostrada. Muchos solo los conocen por los cuentos fantásticos con que los arrullaron, más o menos como se conoce la historia por las novelas; sin investigar si esos cuentos, despojados de los detalles ridículos, se apoyan en un fondo de verdad, solo les llama la atención el lado absurdo; al no tomarse la molestia de quitar la corteza amarga para descubrir la almendra, lo rechazan todo, como hacen, en la religión, quienes, escandalizados por ciertos abusos, lo engloban todo en una misma reprobación.

Cualquiera que sea la idea que uno se forme de los Espíritus, esta creencia se funda necesariamente en la existencia de un principio inteligente fuera de la materia; es incompatible con la negación absoluta de ese principio. Tomamos, pues, como punto de partida la existencia, la supervivencia y la individualidad del alma, de las cuales el espiritualismo es la demostración teórica y dogmática, y el espiritismo, la demostración patente. Dejemos por un momento de lado las manifestaciones propiamente dichas y, razonando por inducción, veamos a qué consecuencias llegaremos.

2 Desde el momento en que se admite la existencia del alma y su individualidad después de la muerte, también hay que admitir 1° que es de una naturaleza distinta de la del cuerpo, puesto que, una vez separada, ya no tiene sus propiedades; 2° que tiene conciencia de sí misma, puesto que se le

atribuyen alegría o sufrimiento; de otro modo sería un ser inerte, y para nosotros daría lo mismo no tenerla. Admitido esto, esa alma va a alguna parte; ¿qué es de ella y adónde va? Según la creencia común, va al cielo o al infierno; pero ¿dónde están el cielo y el infierno? Antiguamente se decía que el cielo estaba arriba y el infierno abajo; pero ¿qué son arriba y abajo en el universo, desde que conocemos la redondez de la tierra, el movimiento de los astros, que hace que lo que está arriba en un momento dado esté abajo doce horas después, y la infinitud del espacio, en el que la mirada penetra a distancias inconmensurables? Es cierto que por lugares bajos también se entienden las profundidades de la tierra; pero ¿qué ha sido de esas profundidades desde que la geología las ha explorado? ¿Qué ha sido también de esas esferas concéntricas llamadas cielo de fuego, cielo de las estrellas, desde que sabemos que la tierra no es el centro de los mundos, que nuestro propio sol no es más que uno de los millones de soles que brillan en el espacio, cada uno de los cuales es el centro de un torbellino planetario? ¿Qué queda de la importancia de la tierra, perdida en esa inmensidad? ¿Por qué privilegio injustificable ese grano de arena imperceptible, que no se distingue ni por su volumen, ni por su posición, ni por una función particular, sería el único poblado de seres racionales? La razón se niega a admitir esa inutilidad del infinito, y todo nos dice que esos mundos están habitados. Si están poblados, aportan, pues, su contingente al mundo de las almas; pero, una vez más, ¿qué es de esas almas, puesto que la astronomía y la geología han destruido las moradas que se les asignaban, y sobre todo desde que la teoría tan racional de la pluralidad de los mundos las ha multiplicado hasta el infinito? Como la doctrina de la localización de las almas no puede conciliarse con los datos de la ciencia, otra doctrina más lógica les asigna como dominio, no un lugar determinado y circunscrito, sino el espacio universal:

es todo un mundo invisible en medio del cual vivimos, que nos rodea y se codea con nosotros sin cesar. ¿Hay en ello alguna imposibilidad, algo que repugne a la razón? En absoluto; todo nos dice, por el contrario, que no puede ser de otro modo. Pero entonces, ¿qué es de las penas y las recompensas futuras si se les quitan sus lugares especiales? Obsérvese que la incredulidad respecto a esas penas y recompensas suele deberse a que se presentan en condiciones inadmisibles; pero dígase, en lugar de eso, que las almas encuentran su felicidad o su desdicha en sí mismas; que su suerte está subordinada a su estado moral; que la reunión de las almas afines y buenas es una fuente de felicidad; que, según su grado de purificación, penetran y entrevén cosas que se desvanecen ante las almas groseras, y todo el mundo lo comprenderá sin dificultad; dígase también que las almas solo llegan al grado supremo mediante los esfuerzos que hacen por mejorar y después de una serie de pruebas que sirven para su purificación; que los ángeles son las almas que han llegado al último grado, que todas pueden alcanzar con buena voluntad; que los ángeles son los mensajeros de Dios, encargados de velar por la ejecución de sus designios en todo el universo, que son felices con esas misiones gloriosas, y se dará a su felicidad un fin más útil y más atractivo que el de una contemplación perpetua, que no sería otra cosa que una inutilidad perpetua; dígase, por último, que los demonios no son sino las almas de los malvados, aún no purificadas, pero que pueden llegar como las demás, y eso parecerá más conforme con la justicia y la bondad de Dios que la doctrina de seres creados para el mal y perpetuamente destinados al mal. Una vez más, esto es lo que la razón más severa, la lógica más rigurosa, el buen sentido, en una palabra, pueden admitir.

Ahora bien, esas almas que pueblan el espacio son precisamente lo que se llama Espíritus; los Espíritus no son, pues, otra cosa que las almas de los

hombres despojadas de su envoltura corporal. Si los Espíritus fueran seres aparte, su existencia sería más hipotética; pero, si se admite que hay almas, también hay que admitir a los Espíritus, que no son sino las almas; si se admite que las almas están en todas partes, hay que admitir igualmente que los Espíritus están en todas partes. No se puede, pues, negar la existencia de los Espíritus sin negar la de las almas.

3 Esto no es, en verdad, más que una teoría más racional que la otra; pero ya es mucho que una teoría no sea contradicha ni por la razón ni por la ciencia; si, además, está corroborada por los hechos, cuenta con la confirmación del razonamiento y de la experiencia. Esos hechos los encontramos en el fenómeno de las manifestaciones espíritas, que son así la prueba patente de la existencia y de la supervivencia del alma. Pero, en muchas personas, la creencia se detiene ahí; admiten la existencia de las almas y, por consiguiente, la de los Espíritus, pero niegan la posibilidad de comunicarse con ellos, porque, según dicen, unos seres inmateriales no pueden actuar sobre la materia. Esta duda se funda en la ignorancia de la verdadera naturaleza de los Espíritus, de quienes generalmente se tiene una idea muy falsa, pues se los imagina erróneamente como seres abstractos, vagos e indefinidos, cosa que no son.

Imaginemos primero al Espíritu en su unión con el cuerpo; el Espíritu es el ser principal, puesto que es el ser que piensa y sobrevive; el cuerpo no es, pues, más que un accesorio del Espíritu, una envoltura, una vestidura que abandona cuando está gastada. Además de esa envoltura material, el Espíritu tiene una segunda, semimaterial, que lo une a la primera; al morir, el Espíritu se despoja de la primera, pero no de la segunda, a la que damos el nombre de periespíritu. Esta envoltura semimaterial, que adopta la forma

humana, constituye para él un cuerpo fluídico, vaporoso, pero que, aunque sea invisible para nosotros en su estado normal, no deja de poseer algunas de las propiedades de la materia. El Espíritu no es, pues, un punto, una abstracción, sino un ser limitado y circunscrito, al que solo le falta ser visible y palpable para parecerse a los seres humanos. ¿Por qué, entonces, no habría de actuar sobre la materia? ¿Porque su cuerpo es fluídico? Pero ¿no es entre los fluidos más enrarecidos, incluso aquellos que se consideran imponderables, la electricidad, por ejemplo, donde el hombre encuentra sus motores más poderosos?

¿Acaso la luz imponderable no ejerce una acción química sobre la materia ponderable? No conocemos la naturaleza íntima del periespíritu; pero, supongamos que está formado de materia eléctrica, o de cualquier otra igual de sutil: ¿por qué no habría de tener la misma propiedad al ser dirigido por una voluntad?

[4] Puesto que la existencia del alma y la de Dios, que son consecuencia una de otra, constituyen la base de todo el edificio, antes de entablar cualquier discusión espírita importa asegurarse de si el interlocutor admite esa base. Si a estas preguntas:

¿Cree usted en Dios?

¿Cree usted tener un alma?

¿Cree usted en la supervivencia del alma después de la muerte? responde negativamente, o incluso si dice simplemente: No lo sé; quisiera que así fuera, pero no estoy seguro, lo que, la mayoría de las veces, equivale a una negación cortés, disimulada bajo una forma menos tajante para evitar herir demasiado bruscamente lo que llama prejuicios respetables, sería tan inútil ir más allá como intentar demostrar las propiedades de la luz a un ciego

que no admitiera la luz; pues, en definitiva, las manifestaciones espíritas no son otra cosa que los efectos de las propiedades del alma; con esa persona hay que seguir un orden de ideas completamente distinto, si no se quiere perder el tiempo.
Si se admite la base, como algo demostrado e indiscutible, y no como una probabilidad, la existencia de los Espíritus se deduce de ella con toda naturalidad.

5 Queda ahora la cuestión de saber si el Espíritu puede comunicarse con el hombre, es decir, si puede intercambiar pensamientos con él. ¿Y por qué no? ¿Qué es el hombre sino un Espíritu aprisionado en un cuerpo?
¿Por qué el Espíritu libre no podría comunicarse con el Espíritu cautivo, como el hombre libre con el que está encadenado? Desde el momento en que se admite la supervivencia del alma, ¿es racional no admitir la supervivencia de los afectos? Puesto que las almas están en todas partes, ¿no es natural pensar que la de un ser que nos ha amado durante su vida venga a nuestro lado, que ese ser desee comunicarse con nosotros y que se sirva para ello de los medios que tiene a su disposición? Durante su vida, ¿no actuaba sobre la materia de su cuerpo? ¿No era él quien dirigía sus movimientos? ¿Por qué, entonces, después de su muerte, de acuerdo con otro Espíritu unido a un cuerpo, no habría de servirse de ese cuerpo vivo para manifestar su pensamiento, como un mudo puede servirse de alguien que habla para hacerse entender?

6 Dejemos por un momento de lado los hechos que, para nosotros, hacen indiscutible la cuestión; admitámosla como una simple hipótesis; pedimos que los incrédulos nos prueben, no mediante una simple negación, pues su opinión personal no puede tener fuerza de ley, sino mediante razones con-

cluyentes, que eso no es posible. Nos situamos en su terreno y, puesto que quieren juzgar los hechos espíritas con ayuda de las leyes de la materia, que saquen de ese arsenal alguna demostración matemática, física, química, mecánica, fisiológica, y prueben por a más b, partiendo siempre del principio de la existencia y de la supervivencia del alma:

1° Que el ser que piensa en nosotros durante la vida ya no debe pensar después de la muerte; 2° Que, si piensa, ya no debe pensar en aquellos a quienes ha amado; 3° Que, si piensa en aquellos a quienes ha amado, ya no debe querer comunicarse con ellos; 4° Que, si puede estar en todas partes, no puede estar a nuestro lado; 5° Que, si está a nuestro lado, no puede comunicarse con nosotros; 6° Que, mediante su envoltura fluídica, no puede actuar sobre la materia inerte; 7° Que, si puede actuar sobre la materia inerte, no puede actuar sobre un ser animado; 8° Que, si puede actuar sobre un ser animado, no puede dirigir su mano para hacerlo escribir; 9° Que, pudiendo hacerlo escribir, no puede responder a sus preguntas y transmitirle su pensamiento.

Cuando los adversarios del espiritismo nos hayan demostrado que eso no es posible, mediante razones tan patentes como aquellas con las que Galileo demostró que no es el sol el que gira alrededor de la tierra, entonces podremos decir que sus dudas están fundadas; por desgracia, hasta el día de hoy toda su argumentación se resume en estas palabras: No lo creo, luego es imposible. Sin duda nos dirán que nos corresponde probar la realidad de las manifestaciones; se la probamos mediante los hechos y el razonamiento; si no admiten ni lo uno ni lo otro, si niegan incluso lo que ven, les corresponde probar que nuestro razonamiento es falso y que los hechos son imposibles.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE I, CAP. II — LO MARAVILLOSO Y LO SOBRENATURAL

✦

7 Si la creencia en los Espíritus y en sus manifestaciones fuera una concepción aislada, producto de un sistema, podría, con cierta apariencia de razón, considerarse una ilusión; pero que nos digan entonces por qué se la encuentra tan viva entre todos los pueblos antiguos y modernos, en los libros sagrados de todas las religiones conocidas.

7.2 Es, dicen algunos críticos, porque al ser humano siempre le ha gustado lo maravilloso. —¿Qué es, pues, lo maravilloso, según ustedes? —Lo que es sobrenatural. —¿Qué entienden por sobrenatural?

7.3 —Lo que es contrario a las leyes de la naturaleza. —¿Conocen, pues, tan bien esas leyes que les es posible poner un límite al poder de Dios? ¡Pues bien! Demuestren entonces que la existencia de los Espíritus y sus manifestaciones son contrarias a las leyes de la naturaleza; que no son ni pueden ser una de esas leyes.

7.4 Sigan la doctrina espírita y vean si este encadenamiento no tiene todas las características de una ley admirable, que resuelve todo lo que las leyes filosóficas no han podido resolver hasta hoy.

7.5 El pensamiento es uno de los atributos del Espíritu; la posibilidad de actuar sobre la materia, de impresionar nuestros sentidos y, por consiguiente, de transmitir su pensamiento resulta, si podemos expresarnos así, de su constitución fisiológica: por tanto, no hay en este hecho nada sobrenatural, nada maravilloso.

7.6 Que un hombre muerto, y bien muerto, reviva corporalmente, que sus miembros dispersos se reúnan para volver a formar su cuerpo, eso sí sería maravilloso, sobrenatural, fantástico; sería una verdadera excepción que Dios solo puede realizar mediante un milagro, pero no hay nada semejante en la doctrina espírita.

8 Sin embargo, se dirá, ustedes admiten que un Espíritu puede levantar una mesa y mantenerla en el espacio sin punto de apoyo; ¿no es eso una excepción a la ley de la gravedad?

8.2 —Sí, a la ley conocida; pero ¿ha dicho la naturaleza su última palabra? Antes de que se hubiera experimentado la fuerza ascensional de ciertos gases, ¿quién habría dicho que una máquina pesada que lleva a varios hombres puede vencer la fuerza de atracción? A los ojos de la gente común, ¿no debía parecer aquello maravilloso, diabólico?

8.3 Quien hubiera propuesto hace un siglo transmitir un despacho a 500 leguas y recibir la respuesta en unos minutos habría pasado por loco; si lo hubiera hecho, se habría creído que tenía al diablo a sus órdenes, pues entonces solo el diablo era capaz de ir tan deprisa. ¿Por qué, pues, un fluido desconocido no habría de tener la propiedad, en determinadas circunstancias, de contrarrestar el efecto de la gravedad, como el hidrógeno contrarresta el peso del globo?

8.4 Esto, señalémoslo de paso, es una comparación, pero no una equiparación, y tiene únicamente el propósito de mostrar, por analogía, que el hecho no es físicamente imposible. Ahora bien, precisamente cuando los sabios, al observar esta clase de fenómenos, han querido proceder por equiparación, se han extraviado.

8.5 Por lo demás, el hecho está ahí; todas las negaciones no podrán hacer que deje de existir, pues negar no es probar; para nosotros no tiene nada de sobrenatural; es todo lo que podemos decir al respecto por el momento.

9 Si el hecho está comprobado, se dirá, lo aceptamos; aceptamos incluso la causa que ustedes acaban de señalar, la de un fluido desconocido; pero ¿qué prueba la intervención de los Espíritus? Ahí está lo maravilloso, lo sobrenatural.

Aquí haría falta toda una demostración que estaría fuera de lugar y que, además, sería redundante, pues se desprende de todas las demás partes de la enseñanza. No obstante, para resumirla en pocas palabras, diremos que se funda, en teoría, en este principio: todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente; en la práctica, en esta observación: los fenómenos llamados espíritas, al haber dado pruebas de inteligencia, debían tener su causa fuera de la materia; como esa inteligencia no era la de los asistentes —esto es un resultado de la experiencia—, debía estar fuera de ellos; puesto que no se veía al ser que actuaba, se trataba, pues, de un ser invisible. Fue entonces cuando, de observación en observación, se llegó a reconocer que ese ser invisible, al que se dio el nombre de Espíritu, no es otro que el alma de quienes han vivido corporalmente y a quienes la muerte ha despojado de su burda envoltura visible, dejándoles tan solo una envoltura etérea, invisible en su estado normal. He aquí, pues, lo maravilloso y lo sobrenatural reducidos a su expresión más simple. Una vez comprobada la existencia de seres invisibles, su acción sobre la materia resulta de la naturaleza de su envoltura fluídica; esa acción es inteligente porque, al morir, solo han perdido su cuerpo, pero han conservado la inteligencia, que es su esencia; ahí está la clave de todos esos fenómenos considerados erróneamente sobrena-

turales. La existencia de los Espíritus no es, pues, un sistema preconcebido, una hipótesis imaginada para explicar los hechos; es un resultado de observaciones y la consecuencia natural de la existencia del alma; negar esta causa es negar el alma y sus atributos. Quienes piensen que pueden dar una explicación más racional de esos efectos inteligentes, capaz sobre todo de dar cuenta de todos los hechos, tengan a bien hacerlo, y entonces se podrá discutir el mérito de cada una.

10 A los ojos de quienes consideran la materia como la única fuerza de la naturaleza, todo lo que no puede explicarse por las leyes de la materia es maravilloso o sobrenatural; y para ellos, maravilloso es sinónimo de superstición. Según ese criterio, la religión, fundada en la existencia de un principio inmaterial, sería un conjunto de supersticiones; no se atreven a decirlo en voz alta, pero lo dicen en voz baja, y creen salvar las apariencias al conceder que hace falta una religión para el pueblo y para que los niños se porten bien; ahora bien, una de dos: o el principio religioso es verdadero o es falso; si es verdadero, lo es para todo el mundo; si es falso, no es mejor para los ignorantes que para las personas instruidas.

11 Quienes atacan el espiritismo en nombre de lo maravilloso se apoyan, pues, generalmente en el principio materialista, puesto que, al negar todo efecto extramaterial, niegan por eso mismo la existencia del alma; examinen el fondo de su pensamiento, estudien bien el sentido de sus palabras y verán casi siempre ese principio, si no formulado categóricamente, asomar bajo la apariencia de una supuesta filosofía racional con la que lo encubren.

11.2 Al atribuir a lo maravilloso todo lo que se deriva de la existencia del alma, son, pues, consecuentes consigo mismos; como no admiten la causa, no pueden admitir los efectos; de ahí que tengan una opinión preconce-

bida que los incapacita para juzgar sensatamente el espiritismo, porque parten del principio de negar todo lo que no es material.

11.3 En cuanto a nosotros, del hecho de que admitamos los efectos que son consecuencia de la existencia del alma, ¿se deduce que aceptamos todos los hechos calificados de maravillosos, que somos los defensores de todos los soñadores, los adeptos de todas las utopías, de todas las excentricidades sistemáticas?

11.4 Habría que conocer muy poco el espiritismo para pensarlo; pero nuestros adversarios no examinan las cosas tan de cerca; la necesidad de conocer aquello de lo que hablan es la menor de sus preocupaciones. Según ellos, lo maravilloso es absurdo; ahora bien, el espiritismo se apoya en hechos maravillosos; por tanto, el espiritismo es absurdo: para ellos es un juicio inapelable.

11.5 Creen presentar un argumento sin réplica cuando, después de haber realizado eruditas investigaciones sobre los convulsionarios de Saint-Médard, los camisardos de las Cevenas o las religiosas de Loudun, han llegado a descubrir hechos evidentes de engaño que nadie discute; pero ¿son esas historias el evangelio del espiritismo? ¿Han negado sus partidarios que la charlatanería haya explotado ciertos hechos en su provecho, que la imaginación haya creado otros, que el fanatismo haya exagerado muchos?

11.6 El espiritismo no es más responsable de las extravagancias que puedan cometerse en su nombre de lo que la verdadera ciencia lo es de los abusos de la ignorancia, ni la verdadera religión de los excesos del fanatismo.

11.7 Muchos críticos solo juzgan el espiritismo por los cuentos de hadas y las leyendas populares que son sus representaciones ficticias; lo mismo valdría juzgar la historia por las novelas históricas o las tragedias.

12 En lógica elemental, para discutir una cosa hay que conocerla, pues la opinión de un crítico solo tiene valor en la medida en que habla con pleno conocimiento de causa; solo entonces su opinión, aunque sea errónea, puede tomarse en consideración; pero ¿qué peso tiene sobre una materia que no conoce? El verdadero crítico debe dar pruebas no solo de erudición, sino también de un conocimiento profundo del objeto que trata, de un juicio sensato y de una imparcialidad a toda prueba; de lo contrario, el primer músico ambulante que apareciera podría arrogarse el derecho de juzgar a Rossini, y un pintor mediocre el de censurar a Rafael.

13 El espiritismo no acepta, pues, todos los hechos considerados maravillosos o sobrenaturales; lejos de ello, demuestra la imposibilidad de muchos y lo ridículo de ciertas creencias que constituyen, propiamente hablando, la superstición.

13.2 Es verdad que, entre lo que admite, hay cosas que para los incrédulos son puramente maravillosas, es decir, superstición; de acuerdo; pero al menos discutan solo esos puntos, pues sobre los demás no tiene nada que decir, y ustedes predican a los ya convertidos. Al atacar lo que él mismo refuta, demuestran su ignorancia sobre el asunto, y sus argumentos no dan en el blanco.

13.3 Pero ¿hasta dónde llega la creencia del espiritismo?, se dirá. Lean, observen y lo sabrán. Toda ciencia se adquiere únicamente con tiempo y estudio; ahora bien, el espiritismo, que toca las cuestiones más graves de la filosofía, todas las ramas del orden social, que abarca a la vez al ser humano físico y al ser humano moral, es en sí mismo toda una ciencia, toda una fi-

losofía que, al igual que cualquier otra ciencia, no puede aprenderse en unas horas; sería tan pueril ver todo el espiritismo en una mesa giratoria como ver toda la física en ciertos juguetes infantiles.

13.4 Para quien no quiera quedarse en la superficie, no son horas, sino meses y años los que hacen falta para sondear todos sus arcanos. Júzguese por ello el grado de conocimiento y el valor de la opinión de quienes se arrogan el derecho de juzgar porque han visto una o dos experiencias, la mayoría de las veces como distracción y pasatiempo.

13.5 Dirán sin duda que no disponen de todo el tiempo necesario para ese estudio; de acuerdo; nada los obliga a ello; pero entonces, cuando uno no tiene tiempo para aprender una cosa, no se mete a hablar de ella, y menos aún a juzgarla, si no quiere ser acusado de ligereza; ahora bien, cuanto más elevada sea la posición que uno ocupa en la ciencia, menos excusable es tratar a la ligera un asunto que no conoce.

14 Nos resumimos en las siguientes proposiciones:
1° Todos los fenómenos espíritas tienen por principio la existencia del alma, su supervivencia al cuerpo y sus manifestaciones; 2° Estos fenómenos, al estar fundados en una ley de la naturaleza, no tienen nada de maravilloso ni de sobrenatural en el sentido corriente de estas palabras; 3° Muchos hechos solo se consideran sobrenaturales porque se desconoce su causa; el espiritismo, al atribuirles una causa, los devuelve al ámbito de los fenómenos naturales; 4° Entre los hechos calificados de sobrenaturales, hay muchos cuya imposibilidad demuestra el espiritismo y que este incluye entre las creencias supersticiosas; 5° Aunque el espiritismo reconoce un fondo de verdad en muchas creencias populares, no se hace en absoluto responsable de todas las historias fantásticas creadas por la imaginación; 6°

Juzgar el espiritismo por los hechos que no admite es dar prueba de ignorancia y quitar todo valor a la propia opinión; 7° La explicación de los hechos admitidos por el espiritismo, sus causas y sus consecuencias morales constituyen toda una ciencia y toda una filosofía que requiere un estudio serio, perseverante y profundo; 8° El espiritismo solo puede considerar un crítico serio a quien lo haya visto todo, estudiado todo y examinado todo a fondo, con la paciencia y la perseverancia de un observador concienzudo; que sepa tanto sobre este asunto como el adepto más instruido; que, por consiguiente, haya adquirido sus conocimientos en otras fuentes que las novelas de la ciencia; a quien no se pueda oponer ningún hecho que desconozca, ningún argumento sobre el que no haya meditado; que lo refute, no mediante negaciones, sino mediante otros argumentos más concluyentes; que pueda, en fin, atribuir una causa más lógica a los hechos comprobados. Ese crítico aún está por encontrar.

15 Hace un momento hemos pronunciado la palabra milagro; una breve observación al respecto no estará fuera de lugar en este capítulo sobre lo maravilloso.

En su acepción primitiva, y por su etimología, la palabra milagro significa cosa extraordinaria, cosa admirable de ver; pero esta palabra, como tantas otras, se ha apartado de su sentido original, y hoy se dice (según la Academia) de un acto del poder divino contrario a las leyes comunes de la naturaleza. Tal es, en efecto, su acepción habitual, y solo por comparación y por metáfora se aplica a las cosas corrientes que nos sorprenden y cuya causa es desconocida. No entra en absoluto en nuestros propósitos examinar si Dios ha podido juzgar útil, en ciertas circunstancias, apartarse de las leyes establecidas por él mismo; nuestro único objetivo es demostrar que los fenó-

menos espíritas, por extraordinarios que sean, no se apartan en absoluto de esas leyes, no tienen ningún carácter milagroso, como tampoco son maravillosos ni sobrenaturales. El milagro no se explica; los fenómenos espíritas, por el contrario, se explican de la manera más racional; por tanto, no son milagros, sino simples efectos que tienen su razón de ser en las leyes generales. El milagro tiene además otro carácter: es insólito y aislado. Ahora bien, desde el momento en que un hecho se reproduce, por así decirlo, a voluntad y por diversas personas, no puede ser un milagro.

La ciencia hace milagros todos los días a los ojos de los ignorantes: por eso, antiguamente, quienes sabían más que el común de la gente pasaban por brujos; y como se creía que toda ciencia sobrehumana venía del diablo, se los quemaba. Hoy, que se es mucho más civilizado, se conforman con enviarlos a las Petites-Maisons.

Que un hombre realmente muerto, como hemos dicho al principio, sea devuelto a la vida por una intervención divina, eso sí es un verdadero milagro, porque es contrario a las leyes de la naturaleza. Pero si ese hombre solo tiene las apariencias de la muerte, si aún queda en él un resto de vitalidad latente y la ciencia, o una acción magnética, consigue reanimarlo, para las personas instruidas es un fenómeno natural; pero, a los ojos del vulgo ignorante, el hecho pasará por milagroso, y su autor será perseguido a pedradas o venerado, según el carácter de los individuos. Que, en medio de ciertas zonas rurales, un físico lance una cometa eléctrica y haga caer un rayo sobre un árbol, y ese nuevo Prometeo será sin duda considerado como alguien dotado de un poder diabólico; y, dicho sea de paso, nos parece que Prometeo se anticipó de manera singular a Franklin; pero Josué deteniendo el movimiento del sol, o más bien de la tierra, eso sí es el verdadero milagro, pues no conocemos a ningún magnetizador dotado de un poder lo

bastante grande para realizar semejante prodigio. De todos los fenómenos espíritas, uno de los más extraordinarios es, sin duda, el de la escritura directa, y uno de los que demuestran de la manera más patente la acción de las inteligencias ocultas; pero el hecho de que el fenómeno sea producido por seres ocultos no lo hace más milagroso que todos los demás fenómenos debidos a agentes invisibles, porque esos seres ocultos, que pueblan los espacios, son una de las fuerzas de la naturaleza, fuerza cuya acción es incesante sobre el mundo material, así como sobre el mundo moral.

El espiritismo, al ilustrarnos sobre esta fuerza, nos da la clave de multitud de cosas inexplicadas e inexplicables por cualquier otro medio, y que en tiempos remotos pudieron pasar por prodigios; revela, al igual que el magnetismo, una ley, si no desconocida, al menos mal comprendida; o, mejor dicho, se conocían sus efectos, pues se han producido en todos los tiempos, pero no se conocía la ley, y la ignorancia de esta ley es lo que ha engendrado la superstición. Una vez conocida esta ley, lo maravilloso desaparece y los fenómenos entran en el orden de las cosas naturales. Por eso los espíritas no hacen más milagros al hacer girar una mesa o escribir a los difuntos que el médico al devolver la vida a un moribundo, o el físico al hacer caer un rayo. Quien pretendiera hacer milagros con ayuda de esta ciencia sería un ignorante en la materia o un embaucador.

16 Los fenómenos espíritas, al igual que los fenómenos magnéticos, antes de que se conociera su causa, debieron pasar por prodigios; ahora bien, como los escépticos, los espíritus fuertes, es decir, aquellos que tienen el privilegio exclusivo de la razón y del buen sentido, no creen que una cosa sea posible desde el momento en que no la comprenden, todos los hechos

considerados prodigiosos son objeto de sus burlas; y como la religión contiene un gran número de hechos de este género, no creen en la religión, y de ahí a la incredulidad absoluta solo hay un paso.

16.2 El espiritismo, al explicar la mayoría de estos hechos, les da una razón de ser. Viene, pues, en ayuda de la religión al demostrar la posibilidad de ciertos hechos que, por haber perdido su carácter milagroso, no son menos extraordinarios, y Dios no es por ello menos grande ni menos poderoso por no haberse apartado de sus leyes. ¡De cuántas burlas han sido objeto las elevaciones de san Cupertino!

16.3 Ahora bien, la suspensión etérea de los cuerpos pesados es un hecho explicado por la ley espírita; nosotros hemos sido personalmente testigos oculares de ello, y el señor Home, así como otras personas que conocemos, han repetido en varias ocasiones el fenómeno producido por san Cupertino. Por tanto, este fenómeno entra en el orden de las cosas naturales.

17 Entre los hechos de este género hay que colocar en primer lugar las apariciones, porque son los más frecuentes. La de la Salette, que divide incluso al clero, no tiene para nosotros nada de insólito. Ciertamente, no podemos afirmar que el hecho haya ocurrido, porque no tenemos la prueba material; pero, para nosotros, es posible, puesto que conocemos miles de hechos análogos recientes; creemos en ellos no solo porque su realidad está comprobada para nosotros, sino sobre todo porque comprendemos perfectamente cómo se producen. Consúltese la teoría de las apariciones que exponemos más adelante, y se verá que este fenómeno se vuelve tan sencillo y tan plausible como multitud de fenómenos físicos que solo son prodigiosos por falta de la clave para comprenderlos. En cuanto al personaje que se presentó en la Salette, esa es otra cuestión; su identidad no nos ha sido de-

mostrada en absoluto; simplemente constatamos que pudo haber una aparición; lo demás no es de nuestra competencia; cada cual puede conservar sus convicciones al respecto, y el espiritismo no tiene por qué ocuparse de ello; solo decimos que los hechos producidos por el espiritismo nos revelan leyes nuevas y nos dan la clave de multitud de cosas que parecían sobrenaturales; si algunos de los que pasaban por milagrosos encuentran en ellas una explicación lógica, es un motivo para no apresurarse a negar lo que no se comprende.

Ciertas personas cuestionan los fenómenos espíritas precisamente porque parecen salirse de la ley común y no se comprende cómo se producen. Denles una base racional y la duda cesa. La explicación, en este siglo en que nadie se conforma con palabras, es, por tanto, un poderoso motivo de convicción; así vemos todos los días a personas que no han sido testigos de ningún hecho, que no han visto girar una mesa ni escribir a un médium, y que están tan convencidas como nosotros, únicamente porque han leído y comprendido. Si solo se debiera creer en lo que se ha visto con los propios ojos, nuestras convicciones se reducirían a muy poca cosa.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE I, CAP. III — MÉTODO

✦

18 El deseo muy natural y muy loable de todo adepto, deseo que nunca se alentará demasiado, es hacer prosélitos. Con el fin de facilitar su tarea, nos proponemos examinar aquí el camino más seguro, a nuestro juicio, para alcanzar ese objetivo y ahorrarles esfuerzos inútiles.

Hemos dicho que el espiritismo es toda una ciencia, toda una filosofía; quien quiera conocerlo seriamente debe, pues, como primera condición, someterse a un estudio serio y convencerse de que, al igual que cualquier otra ciencia, no puede aprenderse jugando.

El espiritismo, como hemos dicho, abarca todas las cuestiones que interesan a la humanidad; su campo es inmenso, y conviene considerarlo sobre todo en sus consecuencias. La creencia en los Espíritus constituye sin duda su base, pero no basta para hacer un espiritista instruido, como tampoco la creencia en Dios basta para hacer un teólogo. Veamos, pues, de qué manera conviene impartir esta enseñanza para llegar con mayor seguridad a la convicción.

Que los adeptos no se asusten por esta palabra: enseñanza; no existe solo la enseñanza impartida desde el púlpito o la tribuna; también está la de la simple conversación. Toda persona que procura persuadir a otra, ya sea mediante explicaciones o mediante experiencias, está enseñando; lo que deseamos es que su esfuerzo dé frutos, y por eso creemos necesario ofrecer algunos consejos, de los que también podrán beneficiarse quienes quieran instruirse por sí mismos; encontrarán en ellos el medio de llegar con mayor seguridad y rapidez al objetivo.

19 Generalmente se cree que para convencer basta con mostrar hechos; en efecto, este parece el camino más lógico y, sin embargo, la experiencia demuestra que no siempre es el mejor, pues a menudo se ven personas a quienes los hechos más evidentes no convencen en absoluto. ¿A qué se debe esto? Es lo que vamos a intentar demostrar.

En el espiritismo, la cuestión de los Espíritus es secundaria y derivada; no es el punto de partida, y precisamente ahí está el error en que se cae y que a menudo hace fracasar ante ciertas personas. Puesto que los Espíritus no son otra cosa que las almas de los hombres, el verdadero punto de partida es, pues, la existencia del alma. Ahora bien, ¿cómo puede admitir el materialista que haya seres que vivan fuera del mundo material, cuando cree que él mismo no es más que materia? ¿Cómo puede creer en Espíritus fuera de él, cuando no cree tener uno dentro de sí? En vano se acumularían ante sus ojos las pruebas más palpables: las impugnará todas, porque no admite el principio. Toda enseñanza metódica debe proceder de lo conocido a lo desconocido; para el materialista, lo conocido es la materia; partan, pues, de la materia y procuren ante todo, haciéndosela observar, convencerlo de que hay en él algo que escapa a las leyes de la materia; en una palabra, antes de hacerlo espiritista, procuren hacerlo espiritualista; pero para ello se trata de un orden de hechos completamente distinto, de una enseñanza muy especial que debe abordarse por otros medios; hablarle de los Espíritus antes de que esté convencido de tener un alma es empezar por donde habría que terminar, pues no puede admitir la conclusión si no admite las premisas. Por tanto, antes de intentar convencer a un incrédulo, incluso mediante los hechos, conviene cerciorarse de su opinión respecto al alma, es decir, si cree en su existencia, en su supervivencia al cuerpo y en su individualidad después de la muerte; si su respuesta es negativa, sería un esfuerzo perdido ha-

blarle de los Espíritus. Esa es la regla; no decimos que no tenga excepciones, pero entonces es porque probablemente hay otra causa que lo hace menos reacio.

20 Entre los materialistas hay que distinguir dos clases: en la primera pondremos a quienes lo son por sistema; en ellos no hay duda, sino negación absoluta, razonada a su manera; a sus ojos, el hombre no es más que una máquina que funciona mientras se le da cuerda, que se descompone y de la que, después de la muerte, solo queda el armazón. Afortunadamente, su número es muy reducido y en ninguna parte constituye una escuela que se declare abiertamente como tal; no necesitamos insistir en los deplorables efectos que tendría para el orden social la difusión de semejante doctrina; nos hemos extendido suficientemente sobre este asunto en El libro de los Espíritus (n.º 147 y conclusión III).

Cuando hemos dicho que la duda cesa en los incrédulos ante una explicación racional, hay que exceptuar a los materialistas a ultranza, a quienes niegan todo poder y todo principio inteligente fuera de la materia; la mayoría se obstina en su opinión por orgullo y cree que su amor propio le exige persistir en ella; persiste a pesar de todas las pruebas contrarias, porque no quiere darse por vencida. Con esas personas no hay nada que hacer; ni siquiera hay que dejarse engañar por la falsa apariencia de sinceridad de quienes dicen: háganme ver y creeré. Los hay más francos que dicen sin rodeos: aunque lo viera, no lo creería.

21 La segunda clase de materialistas, y con mucho la más numerosa, pues el verdadero materialismo es un sentimiento contrario a la naturaleza, comprende a quienes lo son por indiferencia y, puede decirse, a falta de algo

mejor; no lo son deliberadamente y no desean otra cosa que creer, pues la incertidumbre es para ellos un tormento.

21.2 Hay en ellos una vaga aspiración hacia el porvenir; pero ese porvenir se les ha presentado bajo colores que su razón no puede aceptar; de ahí la duda y, como consecuencia de la duda, la incredulidad.

21.3 En ellos, por tanto, la incredulidad no es un sistema; preséntenles algo racional y lo aceptarán con entusiasmo; estos pueden, pues, comprendernos, porque están más cerca de nosotros de lo que sin duda ellos mismos creen.

21.4 Con el primero, no hablen de revelación, ni de ángeles, ni de paraíso: no los comprendería; pero, situándose en su terreno, demuéstrenle primero que las leyes de la fisiología son incapaces de dar razón de todo; lo demás vendrá después.

21.5 Ocurre algo muy distinto cuando la incredulidad no es preconcebida, pues entonces la creencia no está totalmente ausente; es un germen latente ahogado por malas hierbas, pero que una chispa puede reanimar; es el ciego a quien se devuelve la vista y que se alegra de volver a ver la luz; es el náufrago a quien se tiende una tabla de salvación.

22 Junto a los materialistas propiamente dichos, hay una tercera clase de incrédulos que, aunque espiritualistas, al menos de nombre, no por ello dejan de ser muy reacios; son los incrédulos de mala voluntad. A estos les disgustaría creer, porque eso perturbaría su tranquilidad en los goces materiales; temen ver en ello la condena de su ambición, de su egoísmo y de las vanidades humanas en las que se deleitan; cierran los ojos para no ver y se tapan los oídos para no oír. Solo cabe compadecerlos.

23 Mencionaremos solo de pasada una cuarta categoría, que llamaremos la de los incrédulos interesados o de mala fe. Estos saben muy bien a qué atenerse sobre el espiritismo, pero lo condenan públicamente por motivos de interés personal. De ellos no hay nada que decir, como tampoco hay nada que hacer con ellos.

23.2 Si el materialista puro se equivoca, tiene al menos a su favor la excusa de la buena fe; se lo puede hacer rectificar demostrándole su error; aquí, en cambio, se trata de una postura tomada contra la que se estrellan todos los argumentos; el tiempo se encargará de abrirles los ojos y de mostrarles, quizá a costa suya, dónde estaban sus verdaderos intereses, pues, al no poder impedir que la verdad se difunda, serán arrastrados por el torrente, y con ellos los intereses que creían salvaguardar.

24 Además de estas diversas categorías de opositores, hay una infinidad de matices, entre los cuales pueden contarse los incrédulos por pusilanimidad: el valor les llegará cuando vean que los demás no se queman; los incrédulos por escrúpulo religioso: un estudio esclarecido les enseñará que el espiritismo se apoya en las bases fundamentales de la religión y que respeta todas las creencias; que uno de sus efectos es dar sentimientos religiosos a quienes no los tienen y fortalecerlos en quienes los tienen vacilantes; luego vienen los incrédulos por orgullo, por afán de contradicción, por despreocupación, por ligereza, etc., etc.

25 No podemos omitir una categoría que llamaremos la de los incrédulos por decepciones. Comprende a las personas que han pasado de una confianza exagerada a la incredulidad porque han sufrido desengaños; entonces, desalentadas, lo han abandonado todo, lo han rechazado todo. Están en el caso de quien negara la buena fe porque hubiera sido engañado.

25.2 Es también el resultado de un estudio incompleto del espiritismo y de una falta de experiencia. Quien es engañado por los Espíritus lo es generalmente porque les pide lo que no deben o no pueden decir, o porque no está suficientemente instruido en la materia para distinguir la verdad de la impostura.

25.3 Muchos, además, solo ven en el espiritismo un nuevo medio de adivinación y se imaginan que los Espíritus están hechos para predecir la suerte; ahora bien, los Espíritus ligeros y burlones no dejan pasar la ocasión de divertirse a su costa: así es como anunciarán maridos a las jóvenes; al ambicioso, honores, herencias, tesoros ocultos, etc.; de ahí surgen a menudo decepciones desagradables, de las que el hombre serio y prudente sabe siempre preservarse.

26 Una clase muy numerosa, la más numerosa incluso de todas, pero que no puede contarse entre los opositores, es la de los indecisos; generalmente son espiritualistas por principio; en la mayoría hay una vaga intuición de las ideas espiritistas, una aspiración hacia algo que no pueden definir; a sus pensamientos solo les falta ser coordinados y formulados; el espiritismo es para ellos como un rayo de luz: es la claridad que disipa la niebla; por eso lo acogen con entusiasmo, porque los libera de las angustias de la incertidumbre.

27 Si, desde ahí, echamos una mirada a las diversas categorías de creyentes, encontraremos primero a los espiritistas sin saberlo; se trata, propiamente hablando, de una variedad o un matiz de la clase anterior.

27.2 Sin haber oído hablar jamás de la doctrina espiritista, tienen el sentimiento innato de los grandes principios que de ella se desprenden, y ese sentimiento se refleja en ciertos pasajes de sus escritos y de sus discursos,

hasta tal punto que, al oírlos, se los creería completamente iniciados.

27.3 Se encuentran numerosos ejemplos entre los escritores sagrados y profanos, entre los poetas, los oradores, los moralistas y los filósofos antiguos y modernos.

28 Entre aquellos a quienes ha convencido un estudio directo se pueden distinguir:

1° Los que creen pura y simplemente en las manifestaciones. El espiritismo es para ellos una simple ciencia de observación, una serie de hechos más o menos curiosos; los llamaremos espíritas experimentadores; 2° Los que ven en el espiritismo algo más que hechos; comprenden su parte filosófica; admiran la moral que de él se desprende, pero no la practican. Su influencia sobre su carácter es insignificante o nula; no cambian nada de sus hábitos y no se privarían de un solo placer; el avaro sigue siendo mezquino, el orgulloso sigue lleno de sí mismo, el envidioso y el celoso siguen siendo hostiles; para ellos la caridad cristiana no es más que una hermosa máxima; son los espíritas imperfectos; 3° Los que no se contentan con admirar la moral espírita, sino que la practican y aceptan todas sus consecuencias. Convencidos de que la existencia terrenal es una prueba pasajera, procuran aprovechar estos breves instantes para avanzar por la vía del progreso, el único que puede elevarlos en la jerarquía del mundo de los Espíritus, esforzándose por hacer el bien y reprimir sus malas inclinaciones; siempre se puede confiar en ellos en el trato, pues su convicción los aleja de todo pensamiento de mal. La caridad es en todo la regla de su conducta; estos son los verdaderos espíritas o, mejor dicho, los espíritas cristianos.

4° Están, por último, los espíritas exaltados. La especie humana sería perfecta si solo tomara siempre el lado bueno de las cosas. La exageración en

todo es perjudicial; en el espiritismo produce una confianza demasiado ciega y a menudo pueril en las cosas del mundo invisible, y hace aceptar con demasiada facilidad y sin comprobación aquello cuya absurdidad o imposibilidad demostrarían la reflexión y el examen; pero el entusiasmo no reflexiona; deslumbra. Esta clase de adeptos es más perjudicial que útil para la causa del espiritismo; son los menos aptos para convencer, porque se desconfía con razón de su juicio; con la mayor buena fe se dejan engañar, ya sea por Espíritus embaucadores, ya por hombres que buscan explotar su credulidad. Si solo ellos tuvieran que sufrir las consecuencias, el mal sería menor; lo peor es que dan sin querer armas a los incrédulos, que buscan mucho más las ocasiones de burlarse que las de convencerse, y no dejan de atribuir a todos el ridículo de algunos. Esto, sin duda, no es justo ni racional; pero, se leía, los adversarios del espiritismo solo reconocen su propia razón como válida, y conocer a fondo aquello de lo que hablan es la menor de sus preocupaciones.

29 Los medios de convicción varían enormemente según los individuos; lo que persuade a unos no produce ningún efecto en otros; uno se convence por ciertas manifestaciones materiales, otro por comunicaciones inteligentes, la mayoría por el razonamiento. Podemos incluso decir que, para la mayor parte de quienes no están preparados por el razonamiento, los fenómenos materiales tienen poco peso; cuanto más extraordinarios son estos fenómenos y más se apartan de las leyes conocidas, más oposición encuentran, y esto por una razón muy sencilla: uno se siente naturalmente inclinado a dudar de algo que no cuenta con un fundamento racional; cada cual lo considera desde su punto de vista y se lo explica a su manera; el materialista ve en ello una causa puramente física o un engaño; el ignorante y el

supersticioso, una causa diabólica o sobrenatural; mientras que una explicación previa tiene por efecto destruir las ideas preconcebidas y mostrar, si no la realidad, al menos la posibilidad de la cosa; se la comprende antes de haberla visto; ahora bien, desde el momento en que se reconoce la posibilidad, la convicción ya está formada en sus tres cuartas partes.

30 ¿Es útil tratar de convencer a un incrédulo obstinado? Hemos dicho que eso depende de las causas y de la naturaleza de su incredulidad; a menudo, la insistencia con que se intenta persuadirlo le hace creer en su importancia personal, y esto es para él una razón para obstinarse aún más.

30.2 Si alguien no se convence ni por el razonamiento ni por los hechos, es porque todavía debe pasar por la prueba de la incredulidad; hay que dejar a la Providencia el cuidado de proporcionarle circunstancias más favorables; hay suficientes personas que solo piden recibir la luz como para no perder el tiempo con quienes la rechazan; diríjanse, pues, a los hombres de buena voluntad, cuyo número es mayor de lo que se cree, y su ejemplo, al multiplicarse, vencerá más resistencias que las palabras.

30.3 Al verdadero espírita nunca le faltará bien por hacer; corazones afligidos que aliviar, consuelos que dar, desesperaciones que calmar, reformas morales que realizar: esa es su misión; ahí encontrará también su verdadera satisfacción. El espiritismo está en el aire; se extiende por la fuerza de las cosas y porque hace felices a quienes lo profesan.

30.4 Cuando sus adversarios sistemáticos lo oigan resonar a su alrededor, incluso entre sus amigos, comprenderán su aislamiento y se verán obligados a callar o a rendirse.

31 Para proceder en la enseñanza del espiritismo como se haría en las ciencias ordinarias, habría que repasar toda la serie de fenómenos que pueden producirse, comenzando por los más sencillos y llegando sucesivamente a los más complicados; ahora bien, eso no es posible, pues sería imposible impartir un curso de espiritismo experimental como se imparte un curso de física y química. En las ciencias naturales se trabaja con materia bruta que se manipula a voluntad, y casi siempre se tiene la certeza de poder regular sus efectos; en el espiritismo se trata con inteligencias que tienen su libertad y nos demuestran a cada instante que no están sometidas a nuestros caprichos; por consiguiente, hay que observar, esperar los resultados, captarlos cuando se presentan; por eso decimos abiertamente que quien se jactara de obtenerlos a voluntad solo puede ser un ignorante o un impostor; por eso el verdadero espiritismo nunca se ofrecerá como espectáculo ni subirá a los escenarios. Hay incluso algo de ilógico en suponer que los Espíritus vengan a exhibirse y a someterse a la investigación como objetos de curiosidad.

Los fenómenos pueden, por lo tanto, faltar cuando se los necesita o presentarse en un orden completamente distinto del que se desea. Añadamos también que, para obtenerlos, hacen falta personas dotadas de facultades especiales, y que estas facultades varían hasta el infinito según la aptitud de los individuos; ahora bien, como es sumamente raro que una misma persona tenga todas las aptitudes, esta es una dificultad más, pues habría que tener siempre a mano una verdadera colección de médiums, lo cual apenas es posible.

El medio de evitar este inconveniente es muy sencillo: comenzar por la teoría; en ella se repasan todos los fenómenos; se explican, se puede dar cuenta de ellos, comprender su posibilidad, conocer las condiciones en que pue-

den producirse y los obstáculos que pueden encontrar; entonces, sea cual sea el orden en que las circunstancias los presenten, no tienen nada que pueda sorprender. Este proceder ofrece además otra ventaja: ahorrar a quien quiere experimentar una multitud de decepciones; prevenido contra las dificultades, puede mantenerse alerta y evitar adquirir experiencia a su costa.

Desde que nos ocupamos del espiritismo, nos sería difícil decir cuántas personas han acudido a nosotros, y entre ellas cuántas hemos visto que habían permanecido indiferentes o incrédulas ante los hechos más patentes, y que solo se convencieron más tarde mediante una explicación razonada; cuántas otras fueron predispuestas a la convicción por el razonamiento; cuántas, en fin, quedaron persuadidas sin haber visto nada, sino únicamente porque habían comprendido. Hablamos, pues, por experiencia, y también por eso decimos que el mejor método de enseñanza espírita es dirigirse a la razón antes de dirigirse a los ojos. Es el que seguimos en nuestras lecciones, y no podemos sino felicitarnos por ello.

32 El estudio previo de la teoría tiene otra ventaja: mostrar de inmediato la grandeza del objetivo y el alcance de esta ciencia; quien comienza por ver una mesa girar o dar golpes es más propenso a la burla, porque difícilmente se imagina que de una mesa pueda surgir una doctrina regeneradora de la humanidad.

32.2 Siempre hemos observado que quienes creen antes de haber visto, pero porque han leído y comprendido, lejos de ser superficiales, son, por el contrario, los que más reflexionan; al prestar más atención al fondo que a la forma, para ellos la parte filosófica es lo principal, y los fenómenos propiamente dichos son lo accesorio; y se dicen que, aun cuando estos fenómenos

no existieran, quedaría de todos modos una filosofía que es la única que resuelve problemas insolubles hasta hoy; la única que ofrece sobre el pasado del hombre y su porvenir la teoría más racional; ahora bien, prefieren una doctrina que explica a las que no explican o explican mal.

32.3 Cualquiera que reflexione comprende muy bien que se podría prescindir de las manifestaciones y que la doctrina no dejaría por ello de subsistir; las manifestaciones vienen a corroborarla, a confirmarla, pero no son su base esencial; el observador serio no las rechaza, al contrario, pero espera las circunstancias favorables que le permitan presenciarlas.

32.4 La prueba de lo que afirmamos es que, antes de haber oído hablar de las manifestaciones, muchas personas tenían la intuición de esta doctrina, que no ha hecho más que dar cuerpo y unidad a sus ideas.

33 Por lo demás, no sería exacto decir que quienes comienzan por la teoría carecen de ocasiones para realizar observaciones prácticas; por el contrario, las tienen, y estas deben tener a sus ojos un peso aún mayor que las que se podrían producir ante ellos: son los numerosos hechos de manifestaciones espontáneas de los que hablaremos en los capítulos siguientes.

33.2 Son pocas las personas que no los conocen al menos de oídas; muchas los han experimentado por sí mismas, aunque solo les habían prestado una atención escasa. La teoría tiene por efecto darles su explicación; y decimos que estos hechos tienen un gran peso cuando se apoyan en testimonios irrecusables, porque no se puede suponer ni preparativos ni complicidad.

33.3 Si los fenómenos provocados no existieran, los fenómenos espontáneos no dejarían de subsistir, y aunque el espiritismo solo tuviera como resultado darles una solución racional, eso ya sería mucho. Por eso, la mayoría

de quienes leen de antemano vuelven en sus recuerdos a los hechos que para ellos son una confirmación de la teoría.

34 Se interpretaría de manera muy equivocada nuestro modo de ver si se supusiera que aconsejamos descuidar los hechos; por los hechos hemos llegado a la teoría; es cierto que para ello hemos necesitado un trabajo constante de varios años y miles de observaciones; pero, puesto que los hechos nos han servido y nos sirven todos los días, seríamos inconsecuentes con nosotros mismos si negáramos su importancia, sobre todo cuando escribimos un libro destinado a darlos a conocer.

34.2 Solo decimos que, sin el razonamiento, no bastan para producir la convicción; que una explicación previa, al destruir los prejuicios y mostrar que no tienen nada contrario a la razón, predispone a aceptarlos.

34.3 Esto es tan cierto que, de diez personas enteramente novatas que asistan a una sesión de experimentación, aunque sea de las más satisfactorias desde el punto de vista de los adeptos, nueve saldrán sin estar convencidas, y algunas más incrédulas que antes, porque los experimentos no habrán respondido a sus expectativas.

34.4 Ocurrirá algo muy distinto con quienes puedan comprenderlos gracias a un conocimiento teórico previo; para ellas, es un medio de comprobación, pero nada las sorprende, ni siquiera el fracaso, porque saben en qué condiciones se producen los hechos y que solo se les debe pedir lo que pueden dar.

34.5 La comprensión previa de los hechos les permite, pues, explicarse todas las anomalías, pero además les permite captar en ellos multitud de detalles, de matices a menudo muy delicados, que son para ellas medios de convicción y que escapan al observador ignorante.

34.6 Estos son los motivos que nos llevan a admitir en nuestras sesiones experimentales únicamente a personas que posean nociones preparatorias suficientes para comprender lo que se hace en ellas, convencidos de que las demás perderían su tiempo o nos harían perder el nuestro.

35 A quienes quieran adquirir estos conocimientos preliminares mediante la lectura de nuestras obras, les aconsejamos el siguiente orden:

1° ¿Qué es el espiritismo? Este folleto, de apenas un centenar de páginas, es una exposición resumida de los principios de la doctrina espírita, una visión general que permite abarcar el conjunto en un marco reducido. En pocas palabras se ve su objetivo y se puede juzgar su alcance. Se encuentra además en él la respuesta a las principales preguntas u objeciones que las personas novatas se sienten naturalmente inclinadas a plantear. Esta primera lectura, que requiere poco tiempo, es una introducción que facilita un estudio más profundo.

2° El libro de los espíritus; contiene la doctrina completa dictada por los propios espíritus, con toda su filosofía y todas sus consecuencias morales; es el destino del ser humano revelado, la iniciación en la naturaleza de los espíritus y en los misterios de la vida de ultratumba. Al leerlo se comprende que el espiritismo tiene un objetivo serio y que no es un pasatiempo frívolo.

3° El libro de los médiums; está destinado a orientar en la práctica de las manifestaciones, mediante el conocimiento de los medios más adecuados para comunicarse con los espíritus; es una guía tanto para los médiums como para los evocadores, y el complemento de El libro de los espíritus.

4 La Revista Espírita; es una recopilación variada de hechos, explicaciones teóricas y textos sueltos que completan lo dicho en las dos obras anteriores,

y que constituye, en cierto modo, su aplicación. Puede leerse al mismo tiempo, pero su lectura será más provechosa y comprensible sobre todo después de la de El libro de los espíritus.

Esto en lo que a nosotros respecta. Quienes quieren conocerlo todo en una ciencia deben necesariamente leer todo lo escrito sobre la materia, o al menos lo principal, y no limitarse a un solo autor; deben incluso leer lo que está a favor y en contra, las críticas así como las defensas, familiarizarse con los diferentes sistemas para poder juzgar mediante la comparación. En este sentido, no recomendamos ni criticamos ninguna obra, pues no queremos influir en absoluto en la opinión que pueda formarse de ellas; al aportar nuestra piedra al edificio, nos sumamos a los demás: no nos corresponde ser juez y parte, y no tenemos la ridícula pretensión de ser los únicos dispensadores de la luz; corresponde al lector distinguir lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE I, CAP. IV — SISTEMAS

✦

36 Cuando los extraños fenómenos del espiritismo empezaron a producirse, o mejor dicho, se renovaron en estos últimos tiempos, el primer sentimiento que suscitaron fue la duda sobre su propia realidad, y aún más sobre su causa. Cuando quedaron comprobados por testimonios irrefutables y por las experiencias que cada uno pudo realizar, ocurrió que cada cual los interpretó a su manera, según sus ideas personales, sus creencias o sus prejuicios; de ahí surgieron varios sistemas que una observación más atenta debía reducir a su justo valor.

Los adversarios del espiritismo creyeron encontrar un argumento en esta divergencia de opiniones, diciendo que los propios espiritistas no están de acuerdo entre sí. Era una razón muy pobre, si se considera que los pasos de toda ciencia naciente son necesariamente inciertos hasta que el tiempo haya permitido reunir y coordinar los hechos que pueden fundamentar la opinión; a medida que los hechos se completan y se observan mejor, las ideas prematuras se desvanecen y se establece la unidad, al menos en los puntos fundamentales, aunque no sea en todos los detalles. Esto es lo que ha ocurrido con el espiritismo; no podía escapar a la ley común y, por su naturaleza, debía incluso prestarse más que cualquier otra cosa a la diversidad de interpretaciones. Hasta puede decirse que, en este aspecto, ha avanzado más deprisa que otras ciencias más antiguas, como la medicina, por ejemplo, que todavía divide a los mayores sabios.

37 En el orden metódico, para seguir la marcha progresiva de las ideas, conviene colocar en primer lugar los que pueden llamarse sistemas de la negación, es decir, los de los adversarios del espiritismo. Hemos refutado sus objeciones en la introducción y en la conclusión de El libro de los espíritus, así como en la pequeña obra titulada: ¿Qué es el espiritismo? Sería superfluo volver aquí sobre ello; nos limitaremos a recordar en pocas palabras los motivos en que se fundan.

Los fenómenos espiritistas son de dos clases: los efectos físicos y los efectos inteligentes. Como no admiten la existencia de los Espíritus, porque no admiten nada fuera de la materia, se comprende que nieguen los efectos inteligentes. En cuanto a los efectos físicos, los comentan desde su punto de vista, y sus argumentos pueden resumirse en los cuatro sistemas siguientes.

38 Sistema del charlatanismo. Entre los antagonistas, muchos atribuyen estos efectos al engaño, porque algunos han podido ser imitados. Esta suposición convertiría a todos los espiritistas en engañados y a todos los médiums en embaucadores, sin consideración por la posición, el carácter, el saber y la honorabilidad de las personas.

38.2 Si mereciera una respuesta, diríamos que ciertos fenómenos de la física también son imitados por los prestidigitadores, y que eso no prueba nada contra la verdadera ciencia. Hay, además, personas cuyo carácter descarta toda sospecha de fraude, y hay que carecer de toda educación y cortesía para atreverse a decirles a la cara que son cómplices de charlatanismo.

38.3 En un salón muy respetable, un señor, supuestamente bien educado, se permitió una observación de esta naturaleza, y la señora de la casa le dijo: «Señor, puesto que no está contento, le devolverán su dinero en la

puerta»; y con un gesto le hizo comprender lo mejor que podía hacer. ¿Quiere esto decir que nunca ha habido abusos?

38.4 Para creerlo habría que admitir que los hombres son perfectos. Se abusa de todo, incluso de las cosas más santas; ¿por qué no se habría de abusar del espiritismo? Pero el mal uso que puede hacerse de una cosa no permite prejuzgar nada contra la cosa misma; la comprobación que puede hacerse de la buena fe de las personas está en los motivos que las llevan a actuar. Donde no hay afán de lucro, el charlatanismo no tiene nada que hacer.

39 Sistema de la locura. Algunos, por condescendencia, acceden a descartar la sospecha de engaño y sostienen que quienes no engañan a otros son ellos mismos los engañados, lo que equivale a decir que son unos imbéciles. Cuando los incrédulos guardan menos las formas, dicen sencillamente que uno está loco, atribuyéndose así, sin más, el privilegio del buen sentido.

39.2 Este es el gran argumento de quienes no tienen ninguna buena razón que oponer. Por lo demás, esta forma de ataque se ha vuelto ridícula de tan repetida, y no merece que se pierda el tiempo en refutarla.

39.3 Los espiritistas, además, apenas se inquietan por ello; lo aceptan con valentía y se consuelan pensando que tienen por compañeros de infortunio a bastantes personas cuyo mérito no puede discutirse.

39.4 En efecto, hay que reconocer que esta locura, si es que hay locura, tiene un carácter muy singular: afecta preferentemente a la clase ilustrada, entre la cual el espiritismo cuenta hasta ahora con la inmensa mayoría de sus adeptos.

39.5 Si entre ellos se encuentran algunas excentricidades, estas no prueban más contra esta doctrina que los locos religiosos contra la religión, los locos melómanos contra la música o los locos matemáticos contra las matemáticas. Todas las ideas han encontrado fanáticos exagerados, y habría que tener un juicio muy obtuso para confundir la exageración de una cosa con la cosa misma.

39.6 Para explicaciones más amplias sobre este asunto, remitimos a nuestro folleto ¿Qué es el espiritismo? y a El libro de los espíritus (Introducción, XV).

40 Sistema de la alucinación. Otra opinión, menos ofensiva porque tiene un ligero tinte científico, consiste en atribuir los fenómenos a la ilusión de los sentidos; así, el observador actuaría de muy buena fe, solo que creería ver lo que no ve. Cuando ve una mesa elevarse y mantenerse en el aire sin punto de apoyo, la mesa no se habría movido de su sitio; la ve en el aire por una especie de espejismo o por un efecto de refracción como el que hace ver un astro, o un objeto en el agua, fuera de su posición real. Esto sería posible, en rigor; pero quienes han presenciado este fenómeno han podido comprobar la falta de apoyo pasando por debajo de la mesa suspendida, lo que parece difícil si esta no se ha separado del suelo. Por otra parte, muchas veces la mesa se ha roto al caer: ¿se dirá también que esto no es más que un efecto óptico?

Una causa fisiológica bien conocida puede, sin duda, hacer que uno crea ver girar una cosa que no se mueve, o que crea girar él mismo estando inmóvil; pero cuando varias personas alrededor de una mesa son arrastradas

por un movimiento tan rápido que les cuesta seguirlo, y algunas son a veces arrojadas al suelo, ¿se dirá que todas sufren vértigo, como el borracho que cree ver pasar su casa delante de él?

[41] Sistema del músculo que cruje. Si así fuera para la vista, no podría ocurrir lo mismo con el oído, y cuando toda una asamblea oye golpes, no puede atribuirlos razonablemente a una ilusión. Descartamos, por supuesto, toda idea de fraude y suponemos que una observación atenta ha comprobado que no se deben a ninguna causa fortuita o material.

Es cierto que un médico erudito ha dado una explicación concluyente, según él. «La causa está —dice— en las contracciones voluntarias o involuntarias del tendón del músculo peroneo corto». Entra al respecto en los detalles anatómicos más completos para demostrar mediante qué mecanismo este tendón puede producir esos ruidos, imitar los redobles del tambor e incluso ejecutar melodías rítmicas; de ahí concluye que quienes creen oír golpes en una mesa son víctimas de un engaño o de una ilusión. El hecho no es nuevo en sí mismo; por desgracia para el autor de este supuesto descubrimiento, su teoría no puede explicar todos los casos. Digamos primero que quienes gozan de la singular facultad de hacer crujir a voluntad su músculo peroneo corto, o cualquier otro, y de tocar melodías por este medio, son personas excepcionales; mientras que la facultad de hacer que las mesas produzcan golpes es muy común, y quienes poseen esta última están muy lejos de poseer todos la primera. En segundo lugar, el sabio doctor olvidó explicar cómo el crujido muscular de una persona inmóvil y separada de la mesa puede producir en ella vibraciones perceptibles al tacto; cómo puede repercutir ese ruido, a voluntad de los asistentes, en las diferentes partes de la mesa, en los demás muebles, contra las paredes, en el techo,

etc.; cómo, en fin, la acción de ese músculo puede extenderse a una mesa que nadie toca y hacerla mover. Esta explicación, por lo demás, si lo fuera, solo invalidaría el fenómeno de los golpes, pero no puede aplicarse a todas las demás formas de comunicación. Concluyamos que ha juzgado sin haber visto, o sin haberlo visto todo y haberlo visto bien. Siempre es lamentable que hombres de ciencia se apresuren a dar, sobre lo que no conocen, explicaciones que los hechos pueden desmentir. Su propio saber debería hacerlos tanto más prudentes en sus juicios, pues amplía para ellos los límites de lo desconocido.

42 Sistema de las causas físicas. Aquí salimos del sistema de la negación absoluta. Una vez comprobada la realidad de los fenómenos, la primera idea que vino naturalmente a la mente de quienes los reconocieron fue atribuir los movimientos al magnetismo, a la electricidad o a la acción de algún fluido; en una palabra, a una causa enteramente física y material.

42.2 Esta opinión no tenía nada de irracional y habría prevalecido si el fenómeno se hubiera limitado a efectos puramente mecánicos. Incluso una circunstancia parecía corroborarla: en ciertos casos, la fuerza aumentaba en proporción al número de personas; cada una de ellas podía así considerarse como uno de los elementos de una pila eléctrica humana.

42.3 Lo que caracteriza a una teoría verdadera, como hemos dicho, es que puede explicarlo todo; pero si un solo hecho viene a contradecirla, es porque es falsa, incompleta o demasiado absoluta. Pues bien, esto es lo que no tardó en suceder aquí.

42.4 Estos movimientos y estos golpes dieron señales inteligentes al obedecer a la voluntad y responder al pensamiento; debían, por tanto, tener una causa inteligente.

42.5 Desde el momento en que el efecto dejaba de ser puramente físico, la causa, por eso mismo, debía tener otro origen; por ello se abandonó el sistema de la acción exclusiva de un agente material, y solo se encuentra entre quienes juzgan a priori y sin haber visto.

42.6 El punto capital es, pues, comprobar la acción inteligente, y de ello puede convencerse cualquiera que quiera tomarse la molestia de observar.

43 Sistema del reflejo. Una vez reconocida la acción inteligente, quedaba por saber cuál era la fuente de esa inteligencia. Se pensó que podía ser la del médium o la de los asistentes, que se reflejaba como la luz o las ondas sonoras. Eso era posible: solo la experiencia podía decir la última palabra. Pero observemos primero que este sistema ya se aparta por completo de la idea puramente materialista; para que la inteligencia de los asistentes pudiera reproducirse por vía indirecta, era necesario admitir en el ser humano un principio ajeno al organismo.

Si el pensamiento expresado hubiera sido siempre el de los asistentes, la teoría del reflejo habría quedado confirmada; ahora bien, el fenómeno, aun reducido a esas proporciones, ¿no era del mayor interés? El pensamiento que repercutía en un cuerpo inerte y se traducía en movimiento y ruido, ¿no era algo muy notable? ¿No había allí motivos para despertar la curiosidad de los sabios? ¿Por qué, entonces, lo desdeñaron ellos, que se agotan buscando una fibra nerviosa?

Solo la experiencia, decimos, podía dar o quitar la razón a esta teoría, y la experiencia le ha quitado la razón, pues demuestra a cada instante, y mediante los hechos más concluyentes, que el pensamiento expresado puede ser no solo ajeno al de los asistentes, sino que a menudo le es enteramente contrario; que contradice todas las ideas preconcebidas y desbarata todas

las previsiones; en efecto, cuando pienso blanco y se me responde negro, me resulta difícil creer que la respuesta provenga de mí. Se apoyan en algunos casos de identidad entre el pensamiento expresado y el de los asistentes; pero ¿qué prueba eso, sino que los asistentes pueden pensar como la inteligencia que se comunica? No se ha dicho que deban tener siempre opiniones opuestas. Cuando, en una conversación, el interlocutor expresa un pensamiento semejante al suyo, ¿dirá usted por eso que proviene de usted? Bastan unos pocos ejemplos contrarios bien comprobados para demostrar que esta teoría no puede ser absoluta. ¿Cómo explicar, además, mediante el reflejo del pensamiento, la escritura producida por personas que no saben escribir, las respuestas del más alto alcance filosófico obtenidas por personas sin instrucción, las que se dan a preguntas mentales o en una lengua desconocida para el médium, y otros mil hechos que no pueden dejar dudas sobre la independencia de la inteligencia que se manifiesta? La opinión contraria solo puede ser el resultado de una observación deficiente.

Si la presencia de una inteligencia ajena queda probada moralmente por la naturaleza de las respuestas, lo queda materialmente por el hecho de la escritura directa; es decir, de la escritura obtenida espontáneamente, sin pluma ni lápiz, sin contacto y pese a todas las precauciones tomadas para protegerse de cualquier engaño. El carácter inteligente del fenómeno no puede ponerse en duda; por consiguiente, hay algo más que una acción fluídica. Además, la espontaneidad del pensamiento expresado, al margen de toda expectativa y de toda pregunta formulada, no permite ver en él un reflejo del de los asistentes.

El sistema del reflejo resulta bastante ofensivo en ciertos casos; cuando en una reunión de personas honradas surge de improviso una de esas comunicaciones de una grosería repugnante, sería hacer un pésimo cumplido a los

asistentes pretender que proviene de uno de ellos, y es probable que cada cual se apresurara a rechazarla. (Véase El libro de los espíritus, Introducción,

[44] Sistema del alma colectiva. Es una variante del anterior. Según este sistema, solo se manifiesta el alma del médium, pero se identifica con la de otros varios seres vivos presentes o ausentes y forma un todo colectivo que reúne las aptitudes, la inteligencia y los conocimientos de cada uno. Aunque el folleto donde se expone esta teoría se titula La luz (1), su estilo nos ha parecido muy oscuro; confesamos haberlo comprendido poco, y solo lo mencionamos para dejar constancia. Es, además, como muchas otras, una opinión individual que ha ganado pocos prosélitos. Émah Tirpsé es el nombre que adopta el autor para designar al ser colectivo que representa. Toma como epígrafe: No hay nada oculto que no deba conocerse. Esta proposición es evidentemente falsa, pues hay multitud de cosas que el ser humano no puede ni debe saber; muy presuntuoso sería quien pretendiera penetrar todos los secretos de Dios.
(1) Comunión. La luz del fenómeno del Espíritu. Mesas parlantes, sonámbulos, médiums, milagros. Magnetismo espiritual: poder de la práctica de la fe. Por Émah Tirpsé, un alma colectiva que escribe por medio de una tablilla, Bruselas, 1858, en la editorial Devroye.

[45] Sistema sonambúlico. Este ha tenido más partidarios, e incluso cuenta todavía con algunos. Como el anterior, admite que todas las comunicaciones inteligentes tienen su origen en el alma o Espíritu del médium; pero, para explicar su aptitud para tratar temas ajenos a sus conocimientos, en

vez de suponer en él un alma múltiple, atribuye esa aptitud a una sobreexcitación momentánea de las facultades mentales, a una especie de estado sonambúlico o extático que exalta y desarrolla su inteligencia.

45.2 No se puede negar, en ciertos casos, la influencia de esta causa; pero basta con haber visto actuar a la mayoría de los médiums para convencerse de que no puede explicar todos los hechos y de que constituye la excepción y no la regla.

45.3 Podría creerse que es así si el médium tuviera siempre el aspecto de un inspirado o de un extático, apariencia que, por otra parte, podría simular perfectamente si quisiera hacer una comedia; pero ¿cómo creer en la inspiración cuando el médium escribe como una máquina, sin tener la menor conciencia de lo que obtiene, sin la menor emoción, sin prestar atención a lo que hace, mientras mira hacia otro lado, ríe y conversa de unas cosas y otras?

45.4 Se concibe la sobreexcitación de las ideas, pero no se comprende que pueda hacer escribir a quien no sabe escribir, y menos aún cuando las comunicaciones se transmiten mediante golpes o con ayuda de una tablilla o de una cesta.

45.5 Veremos, más adelante en esta obra, qué parte debe atribuirse a la influencia de las ideas del médium; pero los hechos en que la inteligencia ajena se revela mediante signos indiscutibles son tan numerosos y tan evidentes que no pueden dejar dudas al respecto.

45.6 El error de la mayoría de los sistemas surgidos en los comienzos del espiritismo consiste en haber sacado conclusiones generales de unos pocos hechos aislados.

[46] Sistema pesimista, diabólico o demoníaco. Aquí entramos en otro orden de ideas. Una vez comprobada la intervención de una inteligencia ajena, se trataba de saber cuál era la naturaleza de esa inteligencia. El medio más sencillo era, sin duda, preguntárselo; pero algunas personas no encontraron en ello una garantía suficiente y solo quisieron ver en todas las manifestaciones una obra diabólica; según ellas, únicamente el diablo o los demonios pueden comunicarse. Aunque este sistema encuentra hoy poco eco, no por ello dejó de gozar por un momento de cierto crédito, por el carácter mismo de quienes trataron de hacerlo prevalecer. Sin embargo, señalaremos que los partidarios del sistema demoníaco no deben contarse entre los adversarios del espiritismo, sino todo lo contrario. Ya sean demonios o ángeles los seres que se comunican, siempre son seres incorpóreos; por tanto, admitir la manifestación de los demonios sigue siendo admitir la posibilidad de comunicarse con el mundo invisible, o al menos con una parte de ese mundo. La creencia en la comunicación exclusiva de los demonios, por irracional que sea, podía no parecer imposible cuando se consideraba a los Espíritus como seres creados fuera de la humanidad; pero desde que se sabe que los Espíritus no son otra cosa que las almas de quienes han vivido, ha perdido todo su prestigio y, puede decirse, toda verosimilitud; pues de ello se seguiría que todas esas almas son demonios, aunque fueran las de un padre, un hijo o un amigo, y que nosotros mismos, al morir, nos convertimos en demonios, doctrina poco halagadora y poco consoladora para muchas personas. Será muy difícil persuadir a una madre de que el hijo querido que ha perdido, y que viene a darle después de su muerte pruebas de su afecto y de su identidad, es un secuaz de Satanás. Es cierto que entre los Espíritus los hay muy malos y que no son mejores que aquellos a quienes se llama demonios, por una razón muy sencilla: hay hombres muy malos y la

muerte no los vuelve mejores de inmediato; la cuestión es saber si son los únicos que pueden comunicarse. A quienes así lo piensan les dirigiremos las siguientes preguntas:

1° ¿Hay Espíritus buenos y malos?

2° ¿Es Dios más poderoso que los malos Espíritus, o que los demonios, si quieren llamarlos así?

3° Afirmar que solo los malos se comunican es decir que los buenos no pueden hacerlo; si es así, una de dos: esto ocurre por voluntad de Dios o contra su voluntad. Si es contra su voluntad, es porque los malos Espíritus son más poderosos que él; si es por su voluntad, ¿por qué, en su bondad, no se lo permitiría a los buenos para contrarrestar la influencia de los otros?

4° ¿Qué prueba pueden dar de la incapacidad de los buenos Espíritus para comunicarse?

5° Cuando se les opone la sabiduría de ciertas comunicaciones, responden que el demonio adopta todas las máscaras para seducir mejor. Sabemos, en efecto, que hay Espíritus hipócritas que dan a su lenguaje un falso barniz de sabiduría; pero ¿admiten que la ignorancia pueda imitar el verdadero saber, y una mala naturaleza imitar la verdadera virtud, sin dejar traslucir nada que pueda revelar el fraude?

6° Si solo el demonio se comunica, puesto que es el enemigo de Dios y de los hombres, ¿por qué recomienda orar a Dios, someterse a su voluntad, soportar sin quejarse las tribulaciones de la vida, no ambicionar ni los honores ni las riquezas, practicar la caridad y todas las máximas de Cristo; en una palabra, hacer todo lo necesario para destruir su imperio? Si es el demonio quien da tales consejos, hay que convenir en que, por astuto que sea, es muy torpe al proporcionar armas contra sí mismo x.

7° Puesto que los Espíritus se comunican, es porque Dios lo permite; al ver

las buenas y las malas comunicaciones, ¿no es más lógico pensar que Dios permite unas para ponernos a prueba y otras para aconsejarnos el bien?

8° ¿Qué pensarían de un padre que dejara a su hijo a merced de ejemplos y consejos perniciosos, y que alejara de él, que le prohibiera ver a las personas que podrían apartarlo del mal? Lo que un buen padre no haría, ¿debe pensarse que Dios, que es la bondad por excelencia, haga menos de lo que haría un hombre?

9° La Iglesia reconoce como auténticas ciertas manifestaciones de la Virgen y de otros santos, en apariciones, visiones, comunicaciones orales, etc.; ¿no es esta creencia contradictoria con la doctrina de la comunicación exclusiva de los demonios? vamos a publicar bajo el título de: Los contradictores del espiritismo desde el punto de vista de la religión, de la ciencia y del materialismo.

Creemos que algunas personas han profesado esta teoría de buena fe; pero creemos también que varias lo han hecho únicamente con el propósito de disuadir de ocuparse de estas cosas, a causa de las malas comunicaciones que se está expuesto a recibir; al decir que solo el diablo se manifiesta, han querido asustar, más o menos como cuando se le dice a un niño: No toques eso, porque quema. La intención puede ser loable, pero el objetivo no se alcanza; pues la sola prohibición despierta la curiosidad y el miedo al diablo detiene a muy pocas personas: se quiere verlo, aunque solo sea para ver cómo es, y uno se sorprende mucho al no encontrarlo tan negro como había creído.

¿No podría verse también otro motivo en esta teoría exclusiva del diablo? Hay personas que consideran que todos los que no comparten su opinión están equivocados; ahora bien, quienes pretenden que todas las comunicaciones son obra del demonio, ¿no estarían movidos por el temor de no en-

contrar a los Espíritus de acuerdo con ellos en todos los puntos, más aún en los que afectan a los intereses de este mundo que en los del otro? Al no poder negar los hechos, han querido presentarlos de una manera aterradora; pero este medio no ha logrado detenerlos más que los otros. Donde el temor al ridículo resulta impotente, hay que resignarse a dejar que las cosas sigan su curso.

El musulmán que oyera a un Espíritu hablar contra ciertas leyes del Corán pensaría sin duda que es un mal Espíritu; lo mismo ocurriría con un judío en lo que respecta a ciertas prácticas de la ley de Moisés. En cuanto a los católicos, hemos oído a uno afirmar que el Espíritu que se comunicaba solo podía ser el diablo, porque se había permitido pensar de manera distinta a él sobre el poder temporal, aunque, por lo demás, solo hubiera predicado la caridad, la tolerancia, el amor al prójimo y el desprendimiento de las cosas de este mundo, todas ellas máximas enseñadas por Cristo.

Como los Espíritus no son otros que las almas de los hombres, y los hombres no son perfectos, de ello resulta que hay Espíritus igualmente imperfectos, cuyo carácter se refleja en sus comunicaciones. Es un hecho indiscutible que los hay malos, astutos, profundamente hipócritas, y contra los cuales hay que mantenerse en guardia; pero, porque se encuentre en el mundo a hombres perversos, ¿es eso una razón para huir de toda sociedad? Dios nos ha dado la razón y el juicio para valorar a los Espíritus tanto como a los hombres. El mejor medio de prevenir los inconvenientes que puede presentar la práctica del espiritismo no es prohibirlo, sino hacerlo comprender. Un temor imaginario solo impresiona por un momento y no afecta a todo el mundo; la realidad claramente demostrada es comprendida por todos.

47 Sistema optimista. Junto a quienes solo ven en estos fenómenos la acción de los demonios, hay otros que solo han visto la de los buenos Espíritus; han supuesto que, al estar el alma liberada de la materia, ya no existía ningún velo para ella y debía poseer el saber supremo y la sabiduría suprema.

47.2 Su confianza ciega en esa superioridad absoluta de los seres del mundo invisible ha sido para muchos la fuente de numerosas decepciones; han aprendido a sus expensas a desconfiar de ciertos Espíritus tanto como de ciertos hombres.

48 Sistema uniespírita o monoespírita. Una variedad del sistema optimista consiste en la creencia de que un solo Espíritu se comunica con los hombres, y que ese Espíritu es Cristo, que es el protector de la tierra. Cuando se ven comunicaciones de la más baja trivialidad, de una grosería indignante, impregnadas de malevolencia y maldad, sería una profanación y una impiedad suponer que pudieran emanar del Espíritu del bien por excelencia. Si al menos quienes lo creen solo hubieran tenido comunicaciones irreprochables, se comprendería su ilusión; pero la mayoría reconoce haberlas tenido muy malas, lo que explican diciendo que es una prueba a la que el buen Espíritu los somete al dictarles cosas absurdas: así, mientras unos atribuyen todas las comunicaciones al diablo, que puede decir cosas buenas para tentar, otros piensan que solo Jesús se manifiesta y que puede decir cosas malas para poner a prueba. Entre estas dos opiniones tan opuestas, ¿quién decidirá? El sentido común y la experiencia. Decimos la experiencia, porque es imposible que quienes profesan ideas tan exclusivas lo hayan visto todo y lo hayan visto todo bien.

Cuando se les objetan los hechos de identidad que atestiguan la presencia

de familiares, amigos o conocidos mediante manifestaciones escritas, visuales o de otro tipo, responden que siempre es el mismo Espíritu, el diablo según unos, Cristo según otros, quien adopta todas las formas; pero no nos dicen por qué los otros Espíritus no pueden comunicarse, con qué propósito el Espíritu de verdad vendría a engañarnos presentándose bajo falsas apariencias, a engañar a una pobre madre haciéndole creer falsamente que es el hijo al que llora. La razón se niega a admitir que el Espíritu Santo, entre todos, se rebaje a representar semejante comedia. Por otra parte, negar la posibilidad de cualquier otra comunicación, ¿no es quitarle al espiritismo lo más dulce que tiene: el consuelo de los afligidos? Digamos sencillamente que semejante sistema es irracional y no puede resistir un examen serio.

[49] Sistema multiespírita o poliespírita. Todos los sistemas que hemos examinado, sin exceptuar los que tienen un sentido negativo, se apoyan en algunas observaciones, pero incompletas o mal interpretadas. Si una casa es roja por un lado y blanca por el otro, quien solo la haya visto por un lado afirmará que es roja, y otro, que es blanca: ambos estarán equivocados y tendrán razón; pero quien haya visto la casa por todos sus lados dirá que es roja y blanca, y será el único que esté en lo cierto. Lo mismo sucede con la opinión que uno se forma del espiritismo: puede ser verdadera en ciertos aspectos y falsa si se generaliza lo que solo es parcial, si se toma por regla lo que solo es la excepción, y por el todo lo que solo es una parte. Por eso decimos que quien quiera estudiar seriamente esta ciencia debe ver mucho y durante largo tiempo; solo el tiempo le permitirá captar los detalles, advertir los matices delicados y observar una multitud de hechos característicos que serán para él destellos de luz; pero si se queda en la superficie, se ex-

pone a emitir un juicio prematuro y, por consiguiente, erróneo. Estas son las consecuencias generales que se han deducido de una observación completa y que constituyen ahora la creencia, puede decirse, de la totalidad de los espíritas, pues los sistemas restrictivos ya no son más que opiniones aisladas.

1° Los fenómenos espíritas son producidos por inteligencias extracorpóreas, es decir, por Espíritus.

2° Los Espíritus constituyen el mundo invisible; están en todas partes; los espacios están poblados de ellos hasta el infinito; los hay sin cesar a nuestro alrededor y estamos en contacto con ellos.

3° Los Espíritus actúan incesantemente sobre el mundo físico y sobre el mundo moral, y son una de las fuerzas de la naturaleza.

4° Los Espíritus no son seres aparte en la creación; son las almas de quienes han vivido en la tierra o en otros mundos y se han despojado de su envoltura corporal; de ello se sigue que las almas de los hombres son Espíritus encarnados y que, al morir, nos convertimos en Espíritus.

5° Hay Espíritus de todos los grados de bondad y de malicia, de saber y de ignorancia.

6° Todos están sujetos a la ley del progreso y todos pueden alcanzar la perfección; pero, como tienen libre albedrío, llegan a ella en un tiempo más o menos largo, según sus esfuerzos y su voluntad.

7° Son felices o desgraciados según el bien o el mal que hayan hecho durante su vida y el grado de adelanto que hayan alcanzado. La felicidad perfecta y sin mezcla solo corresponde a los Espíritus que han llegado al grado supremo de perfección.

8° Todos los Espíritus, en determinadas circunstancias, pueden manifestarse a los hombres; el número de los que pueden comunicarse es indefi-

nido.

9° Los Espíritus se comunican por medio de los médiums, que les sirven de instrumentos y de intérpretes.

10 Se reconoce la superioridad o la inferioridad de los Espíritus por su lenguaje; los buenos solo aconsejan el bien y solo dicen cosas buenas: todo en ellos da testimonio de su elevación; los malos engañan, y todas sus palabras llevan el sello de la imperfección y de la ignorancia.

Los diferentes grados que recorren los Espíritus están indicados en la Escala espírita (Libro de los Espíritus, libro II, cap. I, n° 100). El estudio de esta clasificación es indispensable para apreciar la naturaleza de los Espíritus que se manifiestan, sus buenas y malas cualidades.

50 Sistema del alma material. Consiste únicamente en una opinión particular sobre la naturaleza íntima del alma. Según esta opinión, el alma y el periespíritu no serían dos cosas distintas o, mejor dicho, el periespíritu no sería sino el alma misma, que se purifica gradualmente mediante las diversas transmigraciones, como el alcohol se purifica mediante las diversas destilaciones, mientras que la doctrina espírita solo considera el periespíritu como la envoltura fluídica del alma o del Espíritu. Puesto que el periespíritu es materia, aunque muy etérea, el alma sería así de una naturaleza material más o menos esencial según el grado de su purificación.

Este sistema no invalida ninguno de los principios fundamentales de la doctrina espírita, pues no cambia en nada el destino del alma; las condiciones de su felicidad futura siguen siendo las mismas; como el alma y el periespíritu forman un todo bajo el nombre de Espíritu, al igual que el germen y el perispermo forman uno bajo el nombre de fruto, toda la cuestión se reduce a considerar el todo como homogéneo en lugar de estar formado

por dos partes distintas.

Como se ve, esto no tiene consecuencia alguna, y no habríamos hablado de ello si no hubiéramos encontrado a personas inclinadas a ver una nueva escuela en lo que, en definitiva, no es más que una simple interpretación de palabras. Esta opinión, por lo demás muy poco extendida, aunque estuviera más generalizada, no constituiría una escisión entre los espíritas, como tampoco las dos teorías de la emisión o de las ondulaciones de la luz la constituyen entre los físicos. Quienes quisieran formar un grupo aparte por una cuestión tan pueril demostrarían, por ese solo hecho, que dan más importancia a lo accesorio que a lo principal y que son impulsados a la desunión por Espíritus que no pueden ser buenos, pues los buenos Espíritus nunca inspiran la acritud ni la cizaña; por eso exhortamos a todos los verdaderos espíritas a mantenerse en guardia contra semejantes sugestiones y a no dar a ciertos detalles más importancia de la que merecen; lo esencial es el fondo.

Creemos, sin embargo, que debemos decir en pocas palabras en qué se apoya la opinión de quienes consideran el alma y el periespíritu como dos cosas distintas. Se funda en la enseñanza de los Espíritus, que nunca han variado a este respecto; hablamos de los Espíritus esclarecidos, pues entre ellos los hay que no saben más, e incluso saben menos, que los hombres, mientras que la teoría contraria es una concepción humana. No hemos inventado ni supuesto el periespíritu para explicar los fenómenos; su existencia nos ha sido revelada por los Espíritus, y la observación nos la ha confirmado (Libro de los Espíritus, n° 93). También se apoya en el estudio de las sensaciones de los Espíritus (Libro de los Espíritus, n° 257) y, sobre todo, en el fenómeno de las apariciones tangibles, que implicaría, según la otra opinión, la solidificación y la disgregación de las partes constituyentes del

alma y, por consiguiente, su desorganización. Habría que admitir, además, que esa materia, que puede ser percibida por los sentidos, es ella misma el principio inteligente, lo cual no es más racional que confundir el cuerpo con el alma o el vestido con el cuerpo. En cuanto a la naturaleza íntima del alma, nos es desconocida. Cuando se dice que es inmaterial, debe entenderse en sentido relativo y no absoluto, pues la inmaterialidad absoluta sería la nada; ahora bien, el alma o el Espíritu es algo; se quiere decir que su esencia es tan superior que no tiene ninguna analogía con lo que llamamos materia y que, por tanto, para nosotros es inmaterial (Libro de los Espíritus, nos 23 y 82).

51 Esta es la respuesta dada sobre este asunto por un Espíritu:
«Lo que unos llaman periespíritu no es otra cosa que lo que otros llaman envoltura material fluídica. Diré, para hacerme comprender de una manera más lógica, que ese fluido es la perfectibilidad de los sentidos, la extensión de la vista y de las ideas; hablo aquí de los Espíritus elevados. En cuanto a los Espíritus inferiores, los fluidos terrestres siguen siendo completamente inherentes a ellos; por tanto, es materia, como veis; de ahí los sufrimientos del hambre, del frío, etc., sufrimientos que no pueden padecer los Espíritus superiores, puesto que los fluidos terrestres están purificados alrededor del pensamiento, es decir, del alma. El alma, para su progreso, siempre necesita un agente; el alma, sin agente, no es nada para vosotros o, mejor dicho, no puede ser concebida por vosotros. El periespíritu, para nosotros, los Espíritus errantes, es el agente por el cual nos comunicamos con vosotros, ya sea indirectamente por vuestro cuerpo o vuestro periespíritu, ya sea directamente con vuestra alma; de ahí los infinitos matices de médiums y de comunicaciones. Ahora queda el punto de vista científico, es decir, la esen-

cia misma del periespíritu; esto es otro asunto. Comprended primero desde el punto de vista moral; solo queda una discusión sobre la naturaleza de los fluidos, lo cual es inexplicable por el momento; la ciencia no sabe lo suficiente, pero se llegará a ello si la ciencia quiere avanzar con el espiritismo. El periespíritu puede variar y cambiar hasta el infinito; el alma es el pensamiento: no cambia de naturaleza; en este aspecto no vayáis más lejos, es un punto que no puede explicarse. ¿Creéis que yo no busco como vosotros? Vosotros buscáis el periespíritu; nosotros, ahora, buscamos el alma. Esperad, pues».

Lamennais.

Así, si unos Espíritus que pueden considerarse adelantados aún no han podido sondear la naturaleza del alma, ¿cómo podríamos hacerlo nosotros mismos? Es, por tanto, perder el tiempo querer escudriñar el principio de las cosas que, como se dice en el Libro de los Espíritus (nos 17, 49), está entre los secretos de Dios. Pretender indagar, con ayuda del espiritismo, lo que todavía no está al alcance de la humanidad es desviarlo de su verdadero fin; es hacer como el niño que quisiera saber tanto como el anciano. Que el hombre emplee el espiritismo para su mejora moral, eso es lo esencial; lo demás no es más que una curiosidad estéril y a menudo orgullosa, cuya satisfacción no le hará dar ningún paso adelante; el único medio de avanzar es hacerse mejor. Los Espíritus que han dictado el libro que lleva su nombre han demostrado su sabiduría al mantenerse, en lo que concierne al principio de las cosas, dentro de los límites que Dios no permite franquear, dejando a los Espíritus sistemáticos y presuntuosos la responsabilidad de las teorías prematuras y erróneas, más seductoras que sólidas, y que un día caerán ante la razón como tantas otras salidas de los cerebros

humanos. Solo han dicho lo justo y necesario para hacer comprender al hombre el porvenir que le espera y, por eso mismo, alentarlo al bien. (Véase más adelante, 2 parte, cap. 1, Acción de los Espíritus sobre la materia.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. I — ACCIÓN DE LOS ESPÍRITUS SOBRE LA MATERIA

✦

52 Descartada la opinión materialista, condenada a la vez por la razón y por los hechos, todo se reduce a saber si el alma, después de la muerte, puede manifestarse a los vivos. La cuestión, reducida así a su expresión más sencilla, queda notablemente despejada. Cabría preguntar primero por qué unos seres inteligentes, que viven en cierto modo entre nosotros, aunque sean invisibles por su naturaleza, no podrían dar testimonio de su presencia de alguna manera. La simple razón dice que en ello no hay nada absolutamente imposible, y eso ya es algo. Esta creencia cuenta además con el asentimiento de todos los pueblos, pues se encuentra en todas partes y en todas las épocas; ahora bien, una intuición no podría ser tan general ni perdurar en el tiempo sin apoyarse en algo. También está respaldada por el testimonio de los libros sagrados y de los Padres de la Iglesia, y han sido necesarios el escepticismo y el materialismo de nuestro siglo para relegarla entre las ideas supersticiosas; si estamos equivocados, esas autoridades también lo están.

Pero estas no son más que consideraciones morales. Una causa ha contribuido sobre todo a fortalecer la duda, en una época tan apegada a los hechos como la nuestra, en la que se procura comprenderlo todo y se quiere saber el porqué y el cómo de cada cosa: la ignorancia de la naturaleza de los Espíritus y de los medios por los que pueden manifestarse. Una vez adquirido este conocimiento, el hecho de las manifestaciones ya no tiene nada de sorprendente y entra en el orden de los hechos naturales.

53 La idea que nos formamos de los Espíritus hace que, a primera vista, el fenómeno de las manifestaciones resulte incomprensible. Estas manifestaciones solo pueden producirse por la acción del Espíritu sobre la materia; por eso, quienes creen que el Espíritu es la ausencia de toda materia se preguntan, con cierta apariencia de razón, cómo puede actuar materialmente. Ahora bien, ahí está el error; pues el Espíritu no es una abstracción, es un ser definido, limitado y circunscrito. El Espíritu encarnado en el cuerpo constituye el alma; cuando lo abandona al morir, no sale de él despojado de toda envoltura. Todos nos dicen que conservan la forma humana y, en efecto, cuando se nos aparecen, lo hacen con la que les conocíamos.

Observémoslos atentamente en el momento en que acaban de dejar la vida; se encuentran en un estado de turbación; todo es confuso a su alrededor; ven su cuerpo intacto o mutilado según el género de muerte; por otra parte, se ven y se sienten vivir; algo les dice que ese cuerpo es suyo, y no comprenden que estén separados de él. Siguen viéndose con su forma primitiva, y esta visión produce en algunos, durante cierto tiempo, una singular ilusión: la de creerse todavía vivos; necesitan la experiencia de su nuevo estado para convencerse de la realidad. Disipado ese primer momento de turbación, el cuerpo se convierte para ellos en una vieja vestidura de la que se han despojado y que no echan de menos; se sienten más ligeros y como liberados de una carga; ya no experimentan dolores físicos y se sienten felices de poder elevarse, atravesar el espacio, como lo hicieron muchas veces en sueños cuando vivían. Sin embargo, pese a la ausencia del cuerpo, constatan su personalidad; tienen una forma, pero una forma que no los molesta ni los estorba; tienen, en fin, conciencia de su yo y de su individualidad. ¿Qué debemos concluir de ello? Que el alma no lo deja todo en el ataúd y que se lleva algo consigo.

54 Numerosas observaciones y hechos irrefutables de los que hablaremos más adelante han llevado a esta conclusión: que hay en el ser humano tres cosas; 1° el alma o Espíritu, principio inteligente en el que reside el sentido moral; 2° el cuerpo, envoltura burda, material, de la que está temporalmente revestido para el cumplimiento de ciertos designios providenciales; 3° el periespíritu, envoltura fluídica, semimaterial, que sirve de vínculo entre el alma y el cuerpo.

La muerte es la destrucción, o mejor dicho, la disgregación de la envoltura burda, de aquella que el alma abandona; la otra se desprende de ella y sigue al alma, que de este modo conserva siempre una envoltura; esta última, aunque fluídica, etérea, vaporosa e invisible para nosotros en su estado normal, no deja de ser materia, aunque hasta ahora no hayamos podido captarla y someterla al análisis.

Esta segunda envoltura del alma, o periespíritu, existe, pues, durante la vida corporal; es el intermediario de todas las sensaciones que percibe el Espíritu, aquel por el que el Espíritu transmite su voluntad al exterior y actúa sobre los órganos. Para servirnos de una comparación material, es el hilo conductor eléctrico que sirve para recibir y transmitir el pensamiento; es, en fin, ese agente misterioso, inaprehensible, designado con el nombre de fluido nervioso, que desempeña un papel tan importante en el funcionamiento del organismo y que no se tiene suficientemente en cuenta en los fenómenos fisiológicos y patológicos. La medicina, al considerar únicamente el elemento material ponderable, se priva, en la apreciación de los hechos, de una causa incesante de acción. Pero este no es el lugar para examinar esta cuestión; solo señalaremos que el conocimiento del periespíritu es la clave de una multitud de problemas hasta entonces inexplicados.

El periespíritu no es una de esas hipótesis a las que se recurre a veces en la

ciencia para explicar un hecho; su existencia no solo es revelada por los Espíritus, sino que es el resultado de observaciones, como tendremos ocasión de demostrar. Por el momento, y para no anticiparnos a los hechos que tendremos que relatar, nos limitamos a decir que, tanto durante su unión con el cuerpo como después de su separación, el alma nunca está separada de su periespíritu.

(1) Si se consulta todo lo que hemos dicho en El libro de los Espíritus sobre los sueños y el estado del Espíritu durante el sueño (n° 400 a 418), se comprenderá que esos sueños que casi todo el mundo ha tenido, en los que uno se ve transportado a través del espacio y como volando, no son otra cosa que un recuerdo de la sensación experimentada por el Espíritu cuando, durante el sueño, había abandonado momentáneamente su cuerpo material, llevándose consigo únicamente su cuerpo fluídico, el que conservará después de la muerte. Estos sueños pueden, por tanto, darnos una idea del estado del Espíritu cuando se haya liberado de las trabas que lo retienen en el suelo.

55 Se ha dicho que el Espíritu es una llama, una chispa; esto debe entenderse del Espíritu propiamente dicho, como principio intelectual y moral, al que no se puede atribuir una forma determinada; pero, cualquiera que sea el grado en que se encuentre, está siempre revestido de una envoltura o periespíritu, cuya naturaleza se hace más etérea a medida que se purifica y se eleva en la jerarquía; de modo que, para nosotros, la idea de forma es inseparable de la de Espíritu, y no concebimos el uno sin la otra. El periespíritu forma, pues, parte integrante del Espíritu, como el cuerpo forma parte integrante del ser humano; pero el periespíritu por sí solo no es el Espíritu,

como tampoco el cuerpo por sí solo es el ser humano, pues el periespíritu no piensa; es para el Espíritu lo que el cuerpo es para el ser humano; es el agente o el instrumento de su acción.

56 La forma del periespíritu es la forma humana, y cuando se nos aparece, es generalmente aquella con la que conocimos al Espíritu cuando vivía. Podría creerse, por ello, que el periespíritu, desprendido de todas las partes del cuerpo, se amolda en cierto modo a él y conserva su huella, pero no parece que sea así. La forma humana, salvo algunos matices de detalle y las modificaciones orgánicas que exige el medio en el que el ser está llamado a vivir, se encuentra entre los habitantes de todos los mundos; eso es, al menos, lo que dicen los Espíritus; es también la forma de todos los Espíritus no encarnados y que solo tienen el periespíritu; es aquella con la que en todos los tiempos se ha representado a los ángeles o Espíritus puros; de ello debemos concluir que la forma humana es la forma típica de todos los seres humanos, cualquiera que sea el grado al que pertenezcan. Pero la materia sutil del periespíritu no tiene la tenacidad ni la rigidez de la materia compacta del cuerpo; es, si podemos expresarnos así, flexible y expansible; por eso la forma que adopta, aunque esté calcada de la del cuerpo, no es absoluta; se pliega a la voluntad del Espíritu, que puede darle tal o cual apariencia a su gusto, mientras que la envoltura sólida le ofrecía una resistencia insuperable. Liberado de esa traba que lo comprimía, el periespíritu se extiende o se contrae, se transforma, en una palabra, se presta a todas las metamorfosis, según la voluntad que actúa sobre él. En virtud de esta propiedad de su envoltura fluídica, el Espíritu que quiere hacerse reconocer puede, cuando es necesario, adoptar la apariencia exacta que tenía cuando vivía, incluso la de las particularidades corporales que puedan servir como

señales de reconocimiento.

Los Espíritus, como se ve, son, pues, seres semejantes a nosotros, que forman a nuestro alrededor toda una población invisible en el estado normal; decimos en el estado normal porque, como veremos, esta invisibilidad no es absoluta.

57 Volvamos a la naturaleza del periespíritu, pues esto es esencial para la explicación que debemos dar. Hemos dicho que, aunque fluídico, no deja de ser una especie de materia, y esto se desprende del hecho de las apariciones tangibles, sobre las que volveremos.

57.2 Se ha visto, bajo la influencia de ciertos médiums, aparecer manos con todas las propiedades de las manos vivas, que tienen su calor, que se pueden palpar, que ofrecen la resistencia de un cuerpo sólido, que lo agarran a uno y que, de pronto, se desvanecen como una sombra.

57.3 La acción inteligente de estas manos, que obedecen evidentemente a una voluntad al ejecutar ciertos movimientos, al tocar incluso melodías en un instrumento, demuestra que son la parte visible de un ser inteligente invisible.

57.4 Su tangibilidad, su temperatura, en una palabra, la impresión que producen en los sentidos, puesto que se las ha visto dejar huellas en la piel, dar golpes dolorosos o acariciar delicadamente, demuestran que están hechas de alguna clase de materia.

57.5 Su desaparición instantánea demuestra, además, que esta materia es sumamente sutil y se comporta como ciertas sustancias que pueden pasar alternativamente del estado sólido al estado fluídico, y viceversa.

58 La naturaleza íntima del Espíritu propiamente dicho, es decir, del ser pensante, nos es completamente desconocida; solo se nos revela por sus actos, y sus actos solo pueden impresionar nuestros sentidos materiales por medio de un intermediario material. El Espíritu necesita, pues, materia para actuar sobre la materia. Tiene como instrumento directo su periespíritu, como el ser humano tiene su cuerpo; ahora bien, su periespíritu es materia, como acabamos de ver. Tiene después como agente intermediario el fluido universal, una especie de vehículo sobre el que actúa como nosotros actuamos sobre el aire para producir ciertos efectos mediante la dilatación, la compresión, la propulsión o las vibraciones.

Considerada de esta manera, la acción del Espíritu sobre la materia se concibe fácilmente; se comprende entonces que todos los efectos que de ella resultan entran en el orden de los hechos naturales y no tienen nada de maravilloso. Solo han parecido sobrenaturales porque se desconocía su causa; conocida la causa, lo maravilloso desaparece, y esta causa reside enteramente en las propiedades semimateriales del periespíritu. Es un nuevo orden de hechos que una nueva ley viene a explicar y que, dentro de algún tiempo, no causará más asombro del que causa hoy comunicarse a distancia por medio de la electricidad en unos minutos.

59 Tal vez alguien se pregunte cómo el Espíritu, con ayuda de una materia tan sutil, puede actuar sobre cuerpos pesados y compactos, levantar mesas, etc. Sin duda, no sería un hombre de ciencia quien pudiera formular semejante objeción; pues, sin hablar de las propiedades desconocidas que pueda tener este nuevo agente, ¿no tenemos ante nuestros ojos ejemplos análogos? ¿No es en los gases más enrarecidos, en los fluidos imponderables, donde la industria encuentra sus motores más potentes?

59.2 Cuando se ve al aire derribar edificios, al vapor arrastrar masas enormes, a la pólvora gasificada levantar rocas, a la electricidad romper árboles y perforar muros, ¿qué habría de más extraño en admitir que el Espíritu, con ayuda de su periespíritu, pueda levantar una mesa?

59.3 Sobre todo cuando se sabe que este periespíritu puede hacerse visible, tangible y comportarse como un cuerpo sólido.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. II — MANIFESTACIONES FÍSICAS. MESAS GIRATORIAS

✦

60 Se da el nombre de manifestaciones físicas a las que se expresan mediante efectos perceptibles por los sentidos, como los ruidos, el movimiento y el desplazamiento de los cuerpos sólidos. Unas son espontáneas, es decir, independientes de toda voluntad; las otras pueden provocarse. Al principio solo hablaremos de estas últimas.

El efecto más sencillo, y uno de los primeros que se observaron, consiste en el movimiento circular que se imprime a una mesa. Este efecto también se produce en todos los demás objetos; pero, como la mesa es el objeto con el que más se ha experimentado, por ser el más cómodo, el nombre de mesas giratorias ha prevalecido para designar esta clase de fenómeno.

Cuando decimos que este efecto es uno de los primeros que se observaron, nos referimos a estos últimos tiempos, pues es muy cierto que todos los tipos de manifestaciones se conocían desde los tiempos más remotos, y no puede ser de otro modo; puesto que son efectos naturales, han debido producirse en todas las épocas. Tertuliano habla en términos explícitos de las mesas giratorias y parlantes.

Este fenómeno alimentó durante algún tiempo la curiosidad de los salones; después se cansaron de él y pasaron a otras distracciones, porque solo era un motivo de entretenimiento. Dos causas contribuyeron al abandono de las mesas giratorias: la moda, para las personas frívolas, que rara vez dedican dos inviernos a una misma diversión y que, ¡cosa prodigiosa en ellas!,

dedicaron tres o cuatro a esta. Para las personas serias y observadoras, surgió de ello algo serio que prevaleció; si dejaron de lado las mesas giratorias, fue porque se ocuparon de las consecuencias, mucho más importantes por sus resultados: dejaron el alfabeto para pasar a la ciencia; ese es todo el secreto de este abandono aparente del que tanto alarde hacen los burlones.

Sea como sea, las mesas giratorias siguen siendo el punto de partida de la doctrina espírita, y por este motivo les debemos algunas explicaciones, tanto más cuanto que, al presentar los fenómenos en su mayor sencillez, el estudio de sus causas será más fácil, y la teoría, una vez establecida, nos dará la clave de los efectos más complicados.

61 Para producir el fenómeno es necesaria la intervención de una o varias personas dotadas de una aptitud especial, a las que se designa con el nombre de médiums. El número de participantes es indiferente, salvo que, entre muchos, pueden encontrarse algunos médiums desconocidos. En cuanto a quienes carecen de mediumnidad, su presencia no produce ningún resultado y es incluso más perjudicial que útil, por la disposición de ánimo con que suelen acudir.

Los médiums poseen, en este aspecto, una potencia mayor o menor y producen, por lo tanto, efectos más o menos pronunciados; a menudo una persona, un médium poderoso, producirá por sí sola mucho más que otras veinte reunidas; le bastará con poner las manos sobre la mesa para que al instante esta se mueva, se levante, se vuelque, dé sacudidas o gire con violencia. 4

62 No hay ningún indicio de la facultad medianímica; solo la experiencia permite reconocerla. Cuando en una reunión se quiere hacer la prueba, basta con sentarse alrededor de una mesa y apoyar las manos extendidas so-

bre ella, sin presión ni tensión muscular.

62.2 Al principio, como se ignoraban las causas del fenómeno, se habían indicado varias precauciones que después se reconocieron como absolutamente inútiles; tal es, por ejemplo, la alternancia de los sexos; también lo es el contacto entre los dedos meñiques de las distintas personas, de manera que formen una cadena ininterrumpida.

62.3 Esta última precaución había parecido necesaria cuando se creía en la acción de una especie de corriente eléctrica; desde entonces, la experiencia ha demostrado su inutilidad. La única indicación rigurosamente obligatoria es el recogimiento, un silencio absoluto y, sobre todo, la paciencia si el efecto se hace esperar.

62.4 Puede producirse en unos minutos, como también puede tardar media hora o una hora; eso depende de la potencia medianímica de los participantes.

63 Digamos también que la forma de la mesa, la sustancia de la que está hecha, la presencia de metales, de seda en la ropa de los asistentes, los días, las horas, la oscuridad o la luz, etc., son tan indiferentes como la lluvia o el buen tiempo. Solo el volumen de la mesa influye en algo, pero únicamente en el caso de que la potencia medianímica sea insuficiente para vencer la resistencia; en el caso contrario, una sola persona, incluso un niño, puede hacer que se levante una mesa de cien kilogramos, mientras que, en condiciones menos favorables, doce personas no lograrían mover la mesita más pequeña.

Estando las cosas así, cuando el efecto empieza a manifestarse, suele oírse un pequeño crujido en la mesa; se siente una especie de temblor que es el preludio del movimiento; parece hacer esfuerzos por ponerse en marcha, y

luego el movimiento de rotación se acentúa; se acelera hasta alcanzar tal rapidez que a los asistentes les cuesta muchísimo seguirlo. Una vez establecido el movimiento, incluso pueden apartarse de la mesa, que sigue moviéndose en distintas direcciones sin contacto.

En otras circunstancias, la mesa se levanta y se alza, unas veces sobre una sola pata, otras sobre otra, y después recupera suavemente su posición natural. Otras veces se balancea imitando el movimiento de cabeceo o de balanceo de un barco. Otras veces, por último, aunque para ello se necesita una potencia medianímica considerable, se separa por completo del suelo y se mantiene en equilibrio en el aire, sin punto de apoyo, elevándose incluso a veces hasta el techo, de modo que se puede pasar por debajo; después vuelve a bajar lentamente, balanceándose como lo haría una hoja de papel, o bien cae violentamente y se rompe, lo que demuestra de manera patente que no se es víctima de una ilusión óptica.

64 Otro fenómeno que se produce con mucha frecuencia, según la naturaleza del médium, es el de los golpes que resuenan en la propia estructura de la madera, sin ningún movimiento de la mesa; estos golpes, a veces muy débiles y otras bastante fuertes, también se oyen en los demás muebles de la habitación, en las puertas, las paredes y el techo.

64.2 Volveremos sobre ello dentro de un momento. Cuando se producen en la mesa, generan en ella una vibración muy perceptible con los dedos y, sobre todo, muy clara cuando se aplica el oído.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. III — MANIFESTACIONES INTELIGENTES

✦

65 En lo que acabamos de ver, nada revela, ciertamente, la intervención de una potencia oculta, y estos efectos podrían explicarse perfectamente por la acción de una corriente magnética o eléctrica, o por la de un fluido cualquiera. Tal fue, en efecto, la primera solución dada a estos fenómenos, y que con razón podía considerarse muy lógica.

65.2 Habría prevalecido, sin duda, si otros hechos no hubieran venido a demostrar su insuficiencia; estos hechos son las pruebas de inteligencia que han dado; ahora bien, como todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente, resultaba evidente que, aun admitiendo que la electricidad o cualquier otro fluido desempeñara algún papel en ellos, intervenía también otra causa. ¿Cuál era? ¿Qué inteligencia era aquella? Eso es lo que las observaciones posteriores han dado a conocer.

66 Para que una manifestación sea inteligente, no es necesario que sea elocuente, ingeniosa o sabia; basta con que demuestre un acto libre y voluntario, que exprese una intención o responda a un pensamiento.

66.2 Ciertamente, cuando vemos una veleta agitada por el viento, estamos bien seguros de que solo obedece a un impulso mecánico; pero si reconociéramos señales intencionales en los movimientos de la veleta, si girara a la derecha o a la izquierda, deprisa o lentamente al recibir una orden, nos veríamos obligados a admitir que la veleta obedece a una inteligencia, sin que ella misma sea inteligente. Esto es lo que ha ocurrido con la mesa.

67 Hemos visto la mesa moverse, levantarse y dar golpes bajo la influencia de uno o varios médiums. El primer efecto inteligente que se observó fue ver que estos movimientos obedecían a una orden; así, sin cambiar de lugar, la mesa se levantaba alternativamente sobre la pata indicada; luego, al caer, daba un número determinado de golpes en respuesta a una pregunta.

67.2 Otras veces la mesa, sin que nadie la tocara, se paseaba sola por la habitación, yendo a la derecha o a la izquierda, hacia delante o hacia atrás, y ejecutando diversos movimientos por orden de los presentes. Es evidente que descartamos toda suposición de fraude; que admitimos la perfecta lealtad de los presentes, acreditada por su honradez y su completo desinterés. Más adelante hablaremos de los engaños contra los que conviene estar prevenidos.

68 Por medio de los golpes, y sobre todo de los golpes internos de los que acabamos de hablar, se obtienen efectos aún más inteligentes, como la imitación de los diversos toques del tambor, de los simulacros de combate con fuego por filas o por pelotones, del cañoneo, y luego del chirrido de la sierra, de los martillazos, del ritmo de distintas melodías, etc.

68.2 Era, como se comprende, un amplio campo abierto a la exploración. Se pensó que, puesto que había allí una inteligencia oculta, debía poder responder a las preguntas, y en efecto respondió con un sí o un no mediante un número convenido de golpes.

68.3 Estas respuestas eran muy poco significativas, por lo que se tuvo la idea de hacer que se señalaran las letras del alfabeto y componer así palabras y frases.

69 Estos hechos, repetidos a voluntad por miles de personas y en todos los países, no podían dejar dudas sobre la naturaleza inteligente de las manifestaciones. Fue entonces cuando surgió un nuevo sistema según el cual esta inteligencia no sería otra que la del médium, la de quien hacía las preguntas o incluso la de los presentes.

69.2 La dificultad consistía en explicar cómo podía reflejarse esta inteligencia en la mesa y manifestarse mediante golpes; desde el momento en que se había comprobado que el médium no daba esos golpes, tenía que darlos el pensamiento; ahora bien, que el pensamiento diera golpes era un fenómeno aún más prodigioso que todos aquellos de los que se había sido testigo.

69.3 La experiencia no tardó en demostrar que esta opinión era inadmisible. En efecto, las respuestas se encontraban muy a menudo en abierta oposición con el pensamiento de los presentes, fuera del alcance intelectual del médium, e incluso en lenguas que este desconocía, o relataban hechos desconocidos por todos.

69.4 Los ejemplos son tan numerosos que es casi imposible que cualquiera que se haya ocupado un poco de las comunicaciones espíritas no haya sido testigo de ello muchas veces. Solo citaremos uno que nos fue relatado por un testigo presencial.

70 En un navío de la marina imperial francesa, destinado en los mares de China, toda la tripulación, desde los marineros hasta el estado mayor, se ocupaba de hacer hablar a las mesas. Se tuvo la idea de evocar al Espíritu de un teniente de aquel mismo buque, muerto hacía dos años. Acudió y, después de diversas comunicaciones que llenaron a todos de asombro, dijo lo siguiente mediante golpes:

«Les ruego encarecidamente que hagan pagar al capitán la suma de... (indicaba la cifra), que le debo y que lamento no haber podido devolverle antes de mi muerte». Nadie conocía el hecho; el propio capitán había olvidado aquel crédito, por lo demás bastante pequeño; pero, al buscar en sus cuentas, encontró la anotación de la deuda del teniente, cuya cifra coincidía exactamente con la indicada. Preguntamos de quién podía ser el pensamiento que se reflejaba en aquella indicación.

71 Se perfeccionó el arte de comunicarse mediante golpes alfabéticos, pero el procedimiento seguía siendo muy lento; sin embargo, se obtuvieron comunicaciones de cierta extensión, así como interesantes revelaciones sobre el mundo de los Espíritus. Estos indicaron otros procedimientos, y a ellos se debe el de las comunicaciones escritas.

Las primeras comunicaciones de este género tuvieron lugar al fijar un lápiz a la pata de una mesa ligera colocada sobre una hoja de papel. La mesa, puesta en movimiento por la influencia de un médium, comenzó a trazar caracteres, luego palabras y frases. Este procedimiento se simplificó sucesivamente utilizando mesitas del tamaño de la mano, hechas expresamente, luego cestas, cajas de cartón y, por último, simples tablillas. La escritura era tan fluida, tan rápida y tan fácil como con la mano; pero más tarde se reconoció que todos estos objetos no eran, en definitiva, más que apéndices, verdaderos portalápices de los que se podía prescindir sosteniendo uno mismo el lápiz; la mano, arrastrada por un movimiento involuntario, escribía bajo el impulso dado por el Espíritu, sin que intervinieran la voluntad ni el pensamiento del médium. Desde entonces, las comunicaciones de ultratumba no tuvieron más límites que la correspondencia habitual entre los vivos. Volveremos sobre estos distintos procedimientos, que explicare-

mos en detalle; los hemos esbozado brevemente para mostrar la sucesión de los hechos que han llevado a comprobar, en estos fenómenos, la intervención de inteligencias ocultas, es decir, de los Espíritus.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. IV — TEORÍA DE LAS MANIFESTACIONES FÍSICAS

✦

72 Una vez demostrada la existencia de los Espíritus por el razonamiento y por los hechos, así como la posibilidad de que actúen sobre la materia, se trata ahora de conocer cómo se produce esta acción y cómo proceden para hacer que se muevan las mesas y los demás cuerpos inertes.

Una idea se presenta con toda naturalidad, y es la que nosotros tuvimos; como fue refutada por los Espíritus, que nos dieron una explicación muy distinta que estábamos lejos de esperar, esto constituye una prueba evidente de que su teoría no era nuestra opinión. Ahora bien, cualquiera podría haber tenido esa primera idea, como nosotros; en cuanto a la teoría de los Espíritus, no creemos que jamás se le haya ocurrido a nadie. Se reconocerá sin dificultad cuánto supera a la nuestra, aunque sea menos sencilla, porque ofrece la solución de una multitud de otros hechos que no encontraban en ella una explicación satisfactoria.

73 Desde el momento en que se conoce la naturaleza de los Espíritus, su forma humana, las propiedades semimateriales del periespíritu y la acción mecánica que puede ejercer sobre la materia; y puesto que en casos de apariciones se han visto manos fluídicas e incluso tangibles tomar objetos y transportarlos, era natural creer que el Espíritu se servía sencillamente de sus manos para hacer girar la mesa y que la levantaba en el espacio a fuerza de brazos.

73.2 Pero entonces, en ese caso, ¿qué necesidad hay de un médium? ¿No puede el Espíritu actuar solo? Pues el médium, que la mayoría de las veces coloca las manos en sentido contrario al movimiento, o incluso no las coloca en absoluto, evidentemente no puede ayudar al Espíritu mediante ninguna acción muscular. Dejemos primero hablar a los Espíritus a quienes hemos interrogado sobre este asunto.

74 Las siguientes respuestas nos fueron dadas por el Espíritu de san Luis; desde entonces han sido confirmadas por muchos otros.

1. ¿Es el fluido universal una emanación de la divinidad?

«No».

2. ¿Es una creación de la divinidad?

«Todo ha sido creado, excepto Dios».

3. ¿Es el fluido universal al mismo tiempo el elemento universal?

«Sí, es el principio elemental de todas las cosas».

4. ¿Tiene alguna relación con el fluido eléctrico cuyos efectos conocemos?

«Es su elemento».

6. ¿En qué estado se nos presenta el fluido universal en su mayor simplicidad?

«Para encontrarlo en su simplicidad absoluta, habría que remontarse hasta los Espíritus puros; en vuestro mundo siempre está más o menos modificado para formar la materia compacta que os rodea; sin embargo, podéis decir que el estado que más se acerca a esa simplicidad es el del fluido que llamáis fluido magnético animal».

6. Se ha dicho que el fluido universal es la fuente de la vida; ¿es al mismo tiempo la fuente de la inteligencia?

«No; ese fluido solo anima la materia».

7. Ya que ese fluido compone el periespíritu, ¿parece encontrarse en él en una especie de estado de condensación que lo acerca, hasta cierto punto, a la materia propiamente dicha?

«Hasta cierto punto, como decís, porque no tiene todas sus propiedades; está más o menos condensado según los mundos».

8. ¿Cómo puede un Espíritu producir el movimiento de un cuerpo sólido?

«Combina una parte del fluido universal con el fluido que desprende el médium adecuado para ese efecto».

9. ¿Levantan los Espíritus la mesa con ayuda de sus miembros, solidificados de algún modo?

«Esta respuesta todavía no os dará lo que deseáis. Cuando una mesa se mueve bajo vuestras manos, el Espíritu evocado toma del fluido universal lo necesario para animar esa mesa con una vida ficticia. Una vez preparada así la mesa, el Espíritu la atrae y la mueve bajo la influencia de su propio fluido, desprendido por su voluntad. Cuando la masa que quiere poner en movimiento es demasiado pesada para él, llama en su ayuda a Espíritus que se encuentran en las mismas condiciones que él. Debido a su naturaleza etérea, el Espíritu propiamente dicho no puede actuar sobre la materia grosera sin un intermediario, es decir, sin el lazo que lo une a la materia; ese lazo, que constituye lo que llamáis periespíritu, os da la clave de todos los fenómenos espíritas materiales. Creo haberme explicado con suficiente claridad para hacerme comprender».

Observación. Llamamos la atención sobre esta primera frase:

Esta respuesta todavía no os dará lo que deseáis. El Espíritu había comprendido perfectamente que todas las preguntas anteriores solo se hacían para llegar a esta, y alude a nuestro pensamiento, que esperaba, en efecto, una respuesta muy distinta, es decir, la confirmación de nuestra idea sobre

la manera en que el Espíritu hace mover las mesas.

10. ¿Los Espíritus a los que llama en su ayuda son inferiores a él? ¿Están a sus órdenes?

«Son iguales, casi siempre; a menudo vienen por sí mismos».

11. ¿Todos los Espíritus son aptos para producir fenómenos de este género?

«Los Espíritus que producen esta clase de efectos son siempre Espíritus inferiores que todavía no están enteramente libres de toda influencia material».

12. Comprendemos que los Espíritus superiores no se ocupen de cosas que están por debajo de ellos; pero preguntamos si, por estar más desmaterializados, tendrían el poder de hacerlo si tuvieran la voluntad.

«Ellos tienen la fuerza moral, como los otros tienen la fuerza física; cuando necesitan esa fuerza, se sirven de quienes la poseen. ¿No se os ha dicho que se sirven de los Espíritus inferiores como vosotros os servís de los cargadores?». Observación. Se ha dicho que la densidad del periespíritu, si podemos expresarnos así, varía según el estado de los mundos; parece que también varía en un mismo mundo según los individuos. En los Espíritus moralmente avanzados es más sutil y se acerca al de los Espíritus elevados; en los Espíritus inferiores, por el contrario, se acerca a la materia, y eso hace que esos Espíritus de condición baja conserven durante tanto tiempo las ilusiones de la vida terrestre; piensan y actúan como si todavía estuvieran vivos; tienen los mismos deseos, y casi podría decirse que la misma sensualidad. Esa tosquedad del periespíritu, al darle mayor afinidad con la materia, hace a los Espíritus inferiores más aptos para las manifestaciones físicas. Por la misma razón, un hombre de sociedad, acostumbrado a los trabajos de la inteligencia, cuyo cuerpo es débil y delicado, no puede levantar una carga pesada como un cargador. En él, la materia es de algún modo me-

nos compacta, los órganos menos resistentes; tiene menos fluido nervioso. Como el periespíritu es al Espíritu lo que el cuerpo es al hombre, y su densidad es proporcional a la inferioridad del Espíritu, esta sustituye en él a la fuerza muscular, es decir, le da sobre los fluidos necesarios para las manifestaciones un poder mayor que el de aquellos cuya naturaleza es más etérea. Si un Espíritu elevado quiere producir tales efectos, hace lo que hacen entre nosotros las personas delicadas: encarga que lo haga un Espíritu del oficio.

13. Si hemos comprendido bien lo que habéis dicho, el principio vital reside en el fluido universal; el Espíritu toma de ese fluido la envoltura semimaterial que constituye su periespíritu, y por medio de ese fluido actúa sobre la materia inerte. ¿Es así?

«Sí; es decir, anima la materia con una especie de vida ficticia: la materia se anima con la vida animal. La mesa que se mueve bajo vuestras manos vive como el animal; obedece por sí misma al ser inteligente. No es este quien la empuja como hace el hombre con una carga; cuando la mesa se eleva, no es el Espíritu quien la levanta a fuerza de brazos, es la mesa animada la que obedece al impulso dado por el Espíritu».

14. ¿Cuál es el papel del médium en este fenómeno?

«Ya lo he dicho: el fluido propio del médium se combina con el fluido universal acumulado por el Espíritu; se necesita la unión de esos dos fluidos, es decir, del fluido animalizado con el fluido universal, para dar vida a la mesa.

Pero observad bien que esa vida solo es momentánea; se extingue con la acción, y a menudo antes de que esta termine, en cuanto la cantidad de fluido deja de ser suficiente para reanimarla».

15. ¿Puede el Espíritu actuar sin la colaboración de un médium?

«Puede actuar sin que el médium lo sepa; es decir, muchas personas sirven de auxiliares a los Espíritus para ciertos fenómenos, sin sospecharlo. El Espíritu toma de ellas, como de una fuente, el fluido animalizado que necesita; por eso la colaboración de un médium, tal como lo entendéis, no siempre es necesaria, lo que ocurre sobre todo en los fenómenos espontáneos».

16. ¿La mesa animada actúa con inteligencia? ¿Piensa?

«No piensa más que el bastón con el que hacéis una señal inteligente, pero la vitalidad que la anima le permite obedecer al impulso de una inteligencia. Sabed, pues, que la mesa que se mueve no se convierte en Espíritu y que, por sí misma, no tiene pensamiento ni voluntad».

Observación. A menudo se utiliza una expresión análoga en el lenguaje corriente; se dice de una rueda que gira a gran velocidad que está animada de un movimiento rápido.

17. ¿Cuál es la causa preponderante en la producción de este fenómeno: el Espíritu o el fluido?

«El Espíritu es la causa, el fluido es el instrumento; ambas cosas son necesarias».

18. ¿Qué papel desempeña la voluntad del médium en este caso?

«Llamar a los Espíritus y ayudarlos en el impulso dado al fluido».

— ¿Es siempre indispensable la acción de la voluntad?

«Aumenta el poder, pero no siempre es necesaria, puesto que el movimiento puede producirse en contra y a pesar de esa voluntad, y esa es una prueba de que hay una causa independiente del médium».

Observación. El contacto de las manos no siempre es necesario para hacer mover un objeto. Lo es con mayor frecuencia para dar el primer impulso, pero, una vez que el objeto está animado, puede obedecer a la voluntad sin contacto material; eso depende tanto del poder del médium como de la na-

turaleza de los Espíritus. Ni siquiera es siempre indispensable un primer contacto; la prueba está en los movimientos y desplazamientos espontáneos que no se piensa en provocar.

19. ¿Por qué no puede todo el mundo producir el mismo efecto, y por qué no tienen todos los médiums el mismo poder?

«Eso depende de la constitución y de la mayor o menor facilidad con que pueda efectuarse la combinación de los fluidos; además, el Espíritu del médium simpatiza más o menos con los Espíritus ajenos que encuentran en él el poder fluídico necesario. Con ese poder ocurre lo mismo que con el de los magnetizadores, que es más o menos grande. A este respecto, hay personas que son completamente refractarias; otras en quienes la combinación solo se efectúa mediante un esfuerzo de su voluntad; otras, por último, en quienes se produce con tanta naturalidad y facilidad que ni siquiera lo sospechan, y sirven de instrumento sin saberlo, como ya hemos dicho». (Véase más adelante el cap. de las manifestaciones espontáneas.)

Observación. El magnetismo es sin duda el principio de estos fenómenos, pero no tal como se entiende generalmente; la prueba es que hay magnetizadores muy poderosos que no lograrían mover una mesita, y personas que no pueden magnetizar, incluso niños, a quienes les basta con poner los dedos sobre una mesa pesada para hacer que se agite; por lo tanto, si el poder mediúmnico no es proporcional al poder magnético, es porque hay otra causa.

20. ¿Las personas llamadas eléctricas pueden considerarse médiums?

«Esas personas extraen de sí mismas el fluido necesario para producir el fenómeno, y pueden actuar sin ayuda de Espíritus ajenos. En ese caso no son médiums en el sentido que se da a esa palabra; pero también puede suceder que un Espíritu las asista y aproveche sus disposiciones naturales».

Observación. Con esas personas ocurriría lo mismo que con los sonámbulos, que pueden actuar con o sin la colaboración de un Espíritu ajeno. (Véase, en el cap. de los médiums, el artículo relativo a los médiums sonámbulos.)

21. ¿El Espíritu que actúa sobre los cuerpos sólidos para moverlos está en la sustancia misma de los cuerpos, o fuera de esa sustancia?

«Ambas cosas; hemos dicho que la materia no es un obstáculo para los Espíritus; lo penetran todo; una porción del periespíritu se identifica, por así decirlo, con el objeto que penetra».

22. ¿Cómo procede el Espíritu para golpear? ¿Se sirve de un objeto material?

«No más que de sus brazos para levantar la mesa. Bien sabéis que no tiene un martillo a su disposición. Su martillo es el fluido combinado, puesto en acción por su voluntad para mover o para golpear. Cuando mueve, la luz os permite ver los movimientos; cuando golpea, el aire os transmite el sonido».

23. Comprendemos eso cuando golpea un cuerpo duro; pero ¿cómo puede hacer que se oigan ruidos o sonidos articulados en el espacio del aire?

«Puesto que actúa sobre la materia, puede actuar sobre el aire tanto como sobre la mesa. En cuanto a los sonidos articulados, puede imitarlos como todos los demás ruidos».

24. Decís que el Espíritu no se sirve de sus manos para mover la mesa; sin embargo, se ha visto, en ciertas manifestaciones visuales, aparecer manos cuyos dedos recorrían un teclado, movían las teclas y hacían oír sonidos. ¿No parecería que aquí el movimiento de las teclas lo produce la presión de los dedos? ¿No es esa presión igualmente directa y real cuando se hace sentir sobre nosotros mismos, cuando esas manos dejan huellas en la piel?

«Solo podéis comprender la naturaleza de los Espíritus y su manera de actuar mediante comparaciones que no os dan más que una idea incompleta, y es un error querer asimilar siempre sus procedimientos a los vuestros. Sus procedimientos deben estar en consonancia con su constitución. ¿No os he dicho que el fluido del periespíritu penetra la materia y se identifica con ella, que la anima con una vida ficticia? ¡Pues bien! Cuando el Espíritu pone los dedos sobre las teclas, los pone realmente, e incluso los mueve; pero no es mediante la fuerza muscular como presiona la tecla; anima la tecla como anima la mesa, y la tecla, que obedece a su voluntad, se mueve y golpea la cuerda. Aquí ocurre incluso algo que os costará comprender: ciertos Espíritus están tan poco avanzados y son tan materiales, en comparación con los Espíritus elevados, que todavía tienen las ilusiones de la vida terrestre y creen actuar como cuando tenían su cuerpo; no comprenden la verdadera causa de los efectos que producen más de lo que un campesino comprende la teoría de los sonidos que articula; preguntadles cómo tocan el piano y os dirán que lo golpean con los dedos, porque creen golpear; el efecto se produce en ellos instintivamente, sin que sepan cómo, y sin embargo por su voluntad. Cuando hacen oír palabras, ocurre lo mismo».

Observación. De estas explicaciones se desprende que los Espíritus pueden producir todos los efectos que nosotros mismos producimos, pero por medios apropiados a su constitución; ciertas fuerzas que les son propias sustituyen a los músculos que necesitamos para actuar, del mismo modo que el gesto sustituye, en el mudo, a la palabra que le falta.

25. Entre los fenómenos que se citan como pruebas de la acción de un poder oculto, hay algunos que son evidentemente contrarios a todas las leyes conocidas de la naturaleza; ¿no parece entonces admisible la duda?

«Es que el hombre está lejos de conocer todas las leyes de la naturaleza; si

las conociera todas, sería un Espíritu superior. Sin embargo, cada día desmiente a quienes, creyendo saberlo todo, pretenden imponer límites a la naturaleza, y no por eso dejan de ser orgullosos. Al revelar sin cesar nuevos misterios, Dios advierte al hombre que desconfíe de sus propios conocimientos, porque llegará un día en que la ciencia del más sabio se verá confundida. ¿No tenéis todos los días ejemplos de cuerpos animados de un movimiento capaz de vencer la fuerza de gravitación? ¿La bala de cañón lanzada al aire no supera momentáneamente esa fuerza? Pobres hombres que os creéis muy sabios, y cuya necia vanidad se ve desconcertada a cada instante, sabed que todavía sois muy pequeños».

75 Estas explicaciones son claras, categóricas y sin ambigüedad; de ellas se desprende este punto fundamental: el fluido universal, en el que reside el principio de la vida, es el agente principal de las manifestaciones, y este agente recibe su impulso del Espíritu, ya esté encarnado o errante.

75.2 Este fluido condensado constituye el periespíritu o envoltura semimaterial del Espíritu. En el estado de encarnación, el periespíritu está unido a la materia del cuerpo; en el estado de erraticidad, está libre. Cuando el Espíritu está encarnado, la sustancia del periespíritu está más o menos ligada, más o menos adherida, si podemos expresarnos así.

75.3 En ciertas personas hay una especie de emanación de este fluido como consecuencia de su organización, y esto es, propiamente hablando, lo que constituye a los médiums de influencias físicas.

75.4 La emisión del fluido animalizado puede ser más o menos abundante y su combinación más o menos fácil; de ahí que los médiums sean más o menos poderosos; esta emisión no es permanente, lo que explica la intermitencia de su poder.

76 Citemos una comparación. Cuando tenemos la voluntad de actuar materialmente sobre un punto cualquiera situado a cierta distancia, es el pensamiento el que quiere, pero el pensamiento por sí solo no irá a golpear ese punto; necesita un intermediario al que dirigir: un bastón, un proyectil, una corriente de aire, etc.

76.2 Observad incluso que el pensamiento no actúa directamente sobre el bastón, pues, si no lo tocamos, no actuará por sí solo. El pensamiento, que no es otro que el Espíritu encarnado en nosotros, está unido al cuerpo por el periespíritu; ahora bien, no puede actuar sobre el cuerpo sin el periespíritu, del mismo modo que no puede actuar sobre el bastón sin el cuerpo; actúa sobre el periespíritu porque es la sustancia con la que tiene más afinidad; el periespíritu actúa sobre los músculos, los músculos sujetan el bastón y el bastón golpea el blanco.

76.3 Cuando el Espíritu no está encarnado, necesita un auxiliar externo; ese auxiliar es el fluido mediante el cual hace que el objeto pueda seguir el impulso de su voluntad.

77 Así pues, cuando un objeto se pone en movimiento, se eleva o se lanza al aire, no es el Espíritu quien lo sujeta, lo empuja y lo levanta, como lo haríamos nosotros con la mano; lo satura, por así decirlo, de su fluido combinado con el del médium, y el objeto, vivificado así momentáneamente, actúa como lo haría un ser vivo, con la diferencia de que, al no tener voluntad propia, sigue el impulso de la voluntad del Espíritu.

Puesto que el fluido vital, impulsado en cierto modo por el Espíritu, da una vida ficticia y momentánea a los cuerpos inertes, y el periespíritu no es otra cosa que ese mismo fluido vital, se deduce que, cuando el Espíritu está encarnado, es él quien da vida a su cuerpo por medio de su periespíritu;

permanece unido a él mientras la organización lo permite; cuando se retira, el cuerpo muere. Ahora bien, si en lugar de una mesa se talla la madera en forma de estatua y se actúa sobre esta estatua como sobre la mesa, se tendrá una estatua que se moverá, que golpeará, que responderá mediante sus movimientos y sus golpes; se tendrá, en una palabra, una estatua momentáneamente animada de una vida artificial; se ha hablado de mesas parlantes, y también se podría hablar de estatuas parlantes. ¡Cuánta luz arroja esta teoría sobre una multitud de fenómenos hasta entonces sin solución! ¡Cuántas alegorías y efectos misteriosos explica!

78 Los incrédulos a toda costa objetan que la elevación de las mesas sin punto de apoyo es imposible porque es contraria a la ley de la gravitación. Les responderemos, en primer lugar, que su negación no es una prueba; en segundo lugar, que, si el hecho existe, aunque fuera contrario a todas las leyes conocidas, demostraría una cosa: que se basa en una ley desconocida, y que quienes lo niegan no pueden pretender conocer todas las leyes de la naturaleza.

78.2 Acabamos de explicar esta ley, pero eso no es motivo para que la acepten, precisamente porque la dan Espíritus que han dejado su vestidura terrestre, en lugar de Espíritus que aún la conservan y ocupan un asiento en la Academia.

78.3 De modo que, si el Espíritu de Arago vivo hubiera dado esta ley, la habrían aceptado con los ojos cerrados; pero, dada por el Espíritu de Arago muerto, es una utopía. ¿Y por qué? Porque creen que, al haber muerto Arago, todo ha muerto en él.

78.4 No pretendemos disuadirlos de ello; sin embargo, como esta objeción podría desconcertar a ciertas personas, intentaremos responder a ella situándonos en su punto de vista, es decir, dejando de lado por un instante la teoría de la animación ficticia.

79 Cuando se hace el vacío bajo la campana de la máquina neumática, esta campana se adhiere con tal fuerza que es imposible levantarla debido al peso de la columna de aire que descansa sobre ella.

79.2 Si se deja entrar de nuevo el aire, la campana se levanta con la mayor facilidad, porque el aire de abajo hace contrapeso al aire de arriba; sin embargo, abandonada a sí misma, permanecerá sobre la plataforma en virtud de la ley de la gravitación.

79.3 Ahora bien, si se comprime el aire de abajo y adquiere una densidad mayor que el de arriba, la campana se elevará a pesar de la gravitación; si la corriente de aire es rápida y violenta, podrá mantenerse en el espacio sin ningún apoyo visible, como esos muñequitos que se hacen revolotear sobre un chorro de agua. ¿Por qué, entonces, el fluido universal, que es el elemento de toda materia, al acumularse alrededor de la mesa, no habría de tener la propiedad de disminuir o aumentar su peso específico relativo, como lo hace el aire con la campana de la máquina neumática y el gas hidrógeno con los globos, sin que por ello se infrinjan las leyes de la gravitación? ¿Conocéis todas las propiedades y todo el poder de este fluido? No; pues bien, no neguéis un hecho porque no podáis explicarlo.

80 Volvamos a la teoría del movimiento de la mesa. Si, por el medio indicado, el Espíritu puede levantar una mesa, puede levantar cualquier otra cosa: un sillón, por ejemplo. Si puede levantar un sillón, también puede,

con fuerza suficiente, levantar al mismo tiempo a una persona sentada en él.

80.2 He aquí, pues, la explicación de ese fenómeno que el señor Home ha producido cien veces sobre sí mismo y sobre otras personas; lo repitió durante un viaje a Londres y, para demostrar que los espectadores no eran víctimas de una ilusión óptica, hizo una marca en el techo con un lápiz, y algunas personas pasaron por debajo de él.

80.3 Se sabe que el señor Home es un médium poderoso para los efectos físicos: en ese caso, era la causa eficiente y el objeto.

81 Hemos hablado hace un momento del posible aumento del peso; es, en efecto, un fenómeno que se produce algunas veces y que no tiene nada más anómalo que la prodigiosa resistencia de la campana bajo la presión de la columna atmosférica. Se ha visto, bajo la influencia de ciertos médiums, que objetos bastante ligeros ofrecían la misma resistencia y, de repente, cedían al menor esfuerzo. En el experimento anterior, la campana no pesa en realidad ni más ni menos por sí misma, pero parece más pesada por efecto de la causa exterior que actúa sobre ella; probablemente sucede lo mismo aquí. La mesa conserva siempre el mismo peso intrínseco, pues su masa no ha aumentado, pero una fuerza externa se opone a su movimiento, y esta causa puede estar en los fluidos del entorno que la penetran, del mismo modo que la causa que aumenta o disminuye el peso aparente de la campana está en el aire. Haced el experimento de la campana neumática ante un campesino ignorante: como no comprende que es el aire que no ve el que actúa, no será difícil persuadirlo de que es el diablo.

Se dirá tal vez que, al ser imponderable este fluido, su acumulación no puede aumentar el peso de un objeto: de acuerdo; pero observad que, si he-

mos empleado la palabra acumulación, ha sido por comparación, y no por una equiparación absoluta con el aire; es imponderable, admitámoslo; sin embargo, nada lo demuestra; su naturaleza íntima nos es desconocida y estamos lejos de conocer todas sus propiedades. Antes de que se comprobara experimentalmente el peso del aire, no se sospechaban los efectos de ese mismo peso. La electricidad también se clasifica entre los fluidos imponderables; sin embargo, un cuerpo puede quedar sujeto por una corriente eléctrica y ofrecer una gran resistencia a quien quiere levantarlo; por lo tanto, se ha vuelto aparentemente más pesado. Del hecho de que no se vea el soporte, sería ilógico concluir que no existe. El Espíritu puede, por tanto, disponer de palancas que desconocemos; la naturaleza nos demuestra todos los días que su poder no se limita al testimonio de los sentidos.

Solo por una causa semejante puede explicarse el singular fenómeno, del que se han visto varios ejemplos, de una joven débil y delicada que levanta con dos dedos, sin esfuerzo y como si fuera una pluma, a un hombre fuerte y robusto junto con el asiento en el que estaba sentado. Lo que demuestra que la causa es ajena a la persona son las intermitencias de la facultad.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. V — MANIFESTACIONES FÍSICAS ESPONTÁNEAS

✦

82 Los fenómenos de los que acabamos de hablar son provocados; pero a veces ocurren espontáneamente, sin participación de la voluntad; muy lejos de ello, pues a menudo se vuelven muy molestos.

82.2 Lo que excluye, además, la idea de que puedan ser un efecto de la imaginación sobreexcitada por las ideas espíritas es que se producen en personas que nunca han oído hablar de ellas, y en el momento en que menos lo esperan.

82.3 Estos fenómenos, que podrían llamarse espiritismo práctico natural, son muy importantes, porque no cabe sospechar en ellos complicidad; por eso animamos a las personas que se ocupan de los fenómenos espíritas a recoger todos los hechos de este género que lleguen a su conocimiento, pero sobre todo a comprobar cuidadosamente su realidad mediante un estudio minucioso de las circunstancias, a fin de asegurarse de que no son víctimas de una ilusión o de un engaño.

83 De todas las manifestaciones espíritas, las más sencillas y frecuentes son los ruidos y los golpes; aquí es, sobre todo, donde hay que temer la ilusión, pues multitud de causas naturales pueden producirlos: el viento que silba o que agita un objeto, un cuerpo que uno mismo mueve sin darse cuenta, un efecto acústico, un animal escondido, un insecto, etc., e incluso las travesuras de los bromistas de mal gusto.

83.2 Los ruidos espíritas tienen, por otra parte, un carácter particular, aunque presentan una intensidad y un timbre muy variados, que los hacen fácilmente reconocibles y no permiten confundirlos con el crujido de la madera, el chisporroteo del fuego o el tictac monótono de un reloj de péndulo; son golpes secos, unas veces sordos, débiles y leves, otras claros, distintos y a veces ruidosos, que cambian de lugar y se repiten sin tener una regularidad mecánica.

83.3 De todos los medios de comprobación, el más eficaz, el que no puede dejar dudas sobre su origen, es la obediencia a la voluntad. Si los golpes se oyen en el lugar señalado, si responden al pensamiento por su número o su intensidad, no se puede dejar de reconocer en ellos una causa inteligente; pero la falta de obediencia no siempre es una prueba de lo contrario.

84 Admitamos ahora que, mediante una comprobación minuciosa, se adquiere la certeza de que los ruidos o cualquier otro efecto son manifestaciones reales: ¿es razonable asustarse por ello?

84.2 No, ciertamente; pues en ningún caso podría haber el menor peligro; solo las personas a las que se convence de que se trata del diablo pueden verse afectadas de manera perjudicial, como los niños a quienes se asusta con el hombre lobo o el Coco.

84.3 Estas manifestaciones adquieren en ciertas circunstancias, hay que reconocerlo, unas proporciones y una persistencia desagradables, de las que se tiene el deseo muy natural de librarse. Es necesaria una explicación al respecto.

85 Hemos dicho que las manifestaciones físicas tienen por objeto llamar nuestra atención sobre algo y convencernos de la presencia de un poder superior al hombre.

85.2 También hemos dicho que los Espíritus elevados no se ocupan de esta clase de manifestaciones; se sirven de los Espíritus inferiores para producirlas, como nosotros nos servimos de criados para los trabajos pesados, y ello con el fin que acabamos de indicar. Una vez alcanzado ese fin, la manifestación material cesa, porque ya no es necesaria. Uno o dos ejemplos permitirán comprender mejor la cuestión.

86 Hace varios años, al comienzo de mis estudios sobre el espiritismo, mientras una noche me ocupaba de un trabajo sobre esta materia, se oyeron golpes a mi alrededor durante cuatro horas consecutivas; era la primera vez que me ocurría algo semejante; comprobé que no tenían ninguna causa accidental, pero en aquel momento no pude saber más. Por entonces tenía ocasión de ver con frecuencia a un excelente médium escribiente. Al día siguiente, pregunté al Espíritu que se comunicaba por su mediación cuál era la causa de aquellos golpes. Es, me respondió, tu Espíritu familiar, que quería hablarte. —¿Y qué quería decirme? Resp.: Puedes preguntárselo tú mismo, pues está aquí. —Habiendo interrogado, pues, a ese Espíritu, se dio a conocer con un nombre alegórico (desde entonces he sabido, por otros Espíritus, que pertenece a un orden muy elevado y que desempeñó en la tierra un papel importante); me señaló errores en mi trabajo, indicándome las líneas donde se encontraban, me dio consejos útiles y sabios, y añadió que estaría siempre conmigo y acudiría a mi llamada cada vez que quisiera interrogarlo. Desde entonces, en efecto, ese Espíritu nunca me ha abandonado. Me ha dado numerosas pruebas de una gran superioridad, y su inter-

vención benévola y eficaz ha sido manifiesta para mí en los asuntos de la vida material, como en lo referente a las cosas metafísicas. Pero desde nuestra primera conversación cesaron los golpes. ¿Qué quería, en efecto? Entrar en comunicación regular conmigo; para ello tenía que avisarme. Dado el aviso, explicado después y establecidas las relaciones regulares, los golpes se volvían inútiles, y por eso cesaron. Ya no se toca el tambor para despertar a los soldados una vez que están levantados.

Un hecho casi semejante le ocurrió a uno de nuestros amigos. Desde hacía algún tiempo resonaban en su habitación ruidos diversos que se volvían muy molestos. Al presentarse la ocasión de interrogar al Espíritu de su padre por medio de un médium escribiente, supo qué querían de él, hizo lo que le recomendaron y, desde entonces, no ha vuelto a oír nada. Hay que observar que las personas que tienen con los Espíritus un medio regular y fácil de comunicación experimentan manifestaciones de este género con mucha menos frecuencia, y eso se comprende.

87 Las manifestaciones espontáneas no siempre se limitan a ruidos y golpes; a veces degeneran en verdadero alboroto y en perturbaciones; se revuelven muebles y objetos diversos, se lanzan desde fuera proyectiles de toda clase, manos invisibles abren y cierran puertas y ventanas, se rompen cristales, lo cual no puede atribuirse a la ilusión.

El desorden es a menudo muy real, pero a veces solo tiene apariencia de realidad. Se oye un estrépito en una habitación contigua, un ruido de vajilla que cae y se rompe con estruendo, leños que ruedan por el suelo; uno se apresura a acudir y lo encuentra todo tranquilo y en orden; luego, apenas sale, el tumulto comienza de nuevo.

88 Las manifestaciones de este género no son raras ni nuevas; pocas crónicas locales hay que no contengan alguna historia de este tipo. El miedo ha exagerado sin duda a menudo hechos que debieron adquirir proporciones gigantescamente ridículas al pasar de boca en boca; con la ayuda de la superstición, las casas donde ocurrieron cobraron fama de estar embrujadas por el diablo, y de ahí todos los relatos maravillosos o terribles de aparecidos. Por su parte, el engaño no ha dejado escapar una ocasión tan buena para explotar la credulidad, y con frecuencia en beneficio de intereses personales. Se comprende, por lo demás, la impresión que hechos de este género, aun reducidos a la realidad, pueden causar en personas de carácter débil y predispuestas por la educación a las ideas supersticiosas. El medio más seguro de prevenir los inconvenientes que podrían tener, puesto que no se pueden impedir, es dar a conocer la verdad. Las cosas más sencillas se vuelven aterradoras cuando se desconoce su causa. Cuando las personas se hayan familiarizado con los Espíritus, y aquellas a quienes se manifiestan ya no crean tener una legión de demonios pisándoles los talones, dejarán de tenerles miedo.

Se puede ver, en la Revista Espírita, el relato de varios hechos auténticos de este género, entre otros la historia del Espíritu golpeador de Bergzabern, cuyas malas pasadas duraron más de ocho años (números de mayo, junio y julio de 1858); la de Dibbelsdorf (agosto de 1858); la del panadero de Grandes-Ventes, cerca de Dieppe (marzo de 1860); la de la rue des Noyers, en París (agosto de 1860); la del Espíritu de Castelnaudary, bajo el título de Historia de un condenado (febrero de 1860); la del fabricante de San Petersburgo (abril de 1860), y muchas otras.

89 Los hechos de esta naturaleza tienen a menudo el carácter de una verdadera persecución. Conocemos a seis hermanas que vivían juntas y que, durante varios años, encontraban por la mañana sus vestidos dispersos, escondidos incluso en los tejados, desgarrados y cortados en pedazos, por muchas precauciones que tomaran para guardarlos bajo llave. Ha ocurrido a menudo que personas acostadas y perfectamente despiertas veían sacudir sus cortinas, arrancar violentamente sus mantas y sus almohadas, eran levantadas sobre sus colchones y, a veces, incluso arrojadas fuera de la cama. Estos hechos son más frecuentes de lo que se cree; pero la mayoría de las veces quienes los padecen no se atreven a hablar de ellos por miedo al ridículo. Sabemos que se ha creído curar a ciertos individuos de lo que se consideraba alucinaciones sometiéndolos al tratamiento de los enfermos mentales, lo que los ha vuelto realmente locos. La medicina no puede comprender estas cosas, porque solo admite el elemento material entre las causas, de donde resultan errores a menudo funestos. La historia contará algún día ciertos tratamientos del siglo diecinueve, como hoy se cuentan ciertos procedimientos de la Edad Media.

Admitimos perfectamente que ciertos hechos son obra de la malicia o de la mala voluntad; pero si, hechas todas las comprobaciones, queda demostrado que no son obra de los hombres, hay que reconocer que lo son, unos dirán del diablo, nosotros diremos de los Espíritus; pero ¿de qué Espíritus?

90 Los Espíritus superiores, al igual que los hombres formales y serios entre nosotros, no se divierten armando alborotos. A menudo hemos hecho venir a algunos para preguntarles qué motivo los lleva a perturbar así el reposo. La mayoría no tiene otro propósito que divertirse; son Espíritus más frívolos que malvados, que se ríen de los temores que provocan y de las in-

vestigaciones inútiles que se hacen para descubrir la causa del tumulto. A menudo se ensañan con un individuo al que se complacen en molestar y al que persiguen de una vivienda a otra; otras veces se apegan a un lugar sin más motivo que su capricho. A veces también ejercen una venganza, como tendremos ocasión de ver. En ciertos casos, su intención es más loable; quieren llamar la atención y establecer contacto, ya sea para dar una advertencia útil a la persona a quien se dirigen, ya para pedir algo para ellos mismos. A menudo hemos visto a algunos pedir oraciones, a otros solicitar que se cumpla en su nombre una promesa que no habían podido cumplir, y a otros, en fin, querer reparar, por su propio reposo, una mala acción que cometieron en vida. En general, es un error asustarse de ellos; su presencia puede ser molesta, pero no peligrosa. Se comprende, por lo demás, el deseo de librarse de ellos, y generalmente se hace para ello todo lo contrario de lo que se debería. Si son Espíritus que se divierten, cuanto más en serio se toma la cosa, más persisten, como niños traviesos que acosan tanto más a quienes ven impacientarse y que asustan a los cobardes. Si se tomara la sabia decisión de reírse también de sus travesuras, acabarían por cansarse y quedarse tranquilos. Conocemos a alguien que, lejos de irritarse, los incitaba y los desafiaba a hacer tal o cual cosa, de modo que al cabo de unos días no volvieron más. Pero, como hemos dicho, hay algunos cuyo motivo es menos frívolo. Por eso siempre es útil saber qué quieren. Si piden algo, se puede tener la certeza de que dejarán de visitarnos en cuanto se satisfaga su deseo. El mejor medio de informarse al respecto es evocar al Espíritu por medio de un buen médium escribiente; por sus respuestas se verá enseguida con quién se trata y se actuará en consecuencia; si es un Espíritu desdichado, la caridad exige que se lo trate con las consideraciones que merece; si es un bromista de mal gusto, se puede actuar con él sin miramien-

tos; si es malévolo, hay que rogar a Dios que lo haga mejor. En cualquier caso, la oración siempre puede dar un buen resultado. Pero la solemnidad de las fórmulas de exorcismo les da risa y no les prestan ninguna atención. Si se puede entrar en comunicación con ellos, hay que desconfiar de los calificativos burlescos o aterradores que a veces se dan para divertirse a costa de la credulidad.

Volveremos con más detalle sobre este tema, y sobre las causas que a menudo hacen ineficaces las oraciones, en los capítulos de los lugares frecuentados por Espíritus y de la obsesión.

91 Estos fenómenos, aunque ejecutados por Espíritus inferiores, son provocados a menudo por Espíritus de un orden más elevado, con el fin de convencer de la existencia de seres incorpóreos y de un poder superior al hombre. La repercusión que producen, e incluso el espanto que causan, llaman la atención y acabarán por abrir los ojos a los más incrédulos. Estos consideran más sencillo atribuir estos fenómenos a la imaginación, explicación muy cómoda y que exime de dar otras; no obstante, cuando los objetos son sacudidos o arrojados contra la cabeza de uno, haría falta una imaginación muy complaciente para figurarse que semejantes cosas ocurren cuando no ocurren. Se observa un efecto cualquiera, y ese efecto tiene necesariamente una causa; si una observación fría y serena nos demuestra que ese efecto es independiente de toda voluntad humana y de toda causa material, si además nos da señales evidentes de inteligencia y de libre voluntad, lo cual es la señal más característica, nos vemos forzados a atribuirlo a una inteligencia oculta. ¿Quiénes son estos seres misteriosos? Eso es lo que los estudios espíritas nos enseñan de la manera menos discutible, mediante los medios que nos dan para comunicarnos con ellos. Estos estudios nos enseñan ade-

más a distinguir lo que hay de real, de falso o de exagerado en los fenómenos que no nos explicamos. Si se produce un efecto insólito, ya sea un ruido, un movimiento o incluso una aparición, lo primero que debemos pensar es que se debe a una causa enteramente natural, porque es la más probable; hay que buscar entonces esa causa con el mayor cuidado y admitir la intervención de los Espíritus solo con fundamento; este es el medio de no engañarse. Quien, por ejemplo, sin que nadie se le acercara, recibiera una bofetada o golpes de bastón en la espalda, como se ha visto, no podría dudar de la presencia de un ser invisible.

Hay que precaverse no solo de los relatos que pueden estar, cuando menos, teñidos de exageración, sino también de las propias impresiones, y no atribuir un origen oculto a todo lo que no se comprende. Una infinidad de causas muy sencillas y muy naturales pueden producir efectos extraños a primera vista, y sería una verdadera superstición ver por todas partes Espíritus ocupados en volcar los muebles, romper la vajilla y provocar, en fin, las mil y una molestias domésticas que es más racional atribuir a la torpeza.

92 La explicación dada del movimiento de los cuerpos inertes se aplica naturalmente a todos los efectos espontáneos que acabamos de ver. Los ruidos, aunque más fuertes que los golpes dados en la mesa, tienen la misma causa; los objetos son lanzados o desplazados por la misma fuerza que levanta un objeto cualquiera. Una circunstancia viene incluso aquí en apoyo de esta teoría.

92.2 Cabría preguntarse dónde está el médium en esta circunstancia. Los Espíritus nos han dicho que en semejante caso siempre hay alguien cuyo poder se ejerce sin que lo sepa.

92.3 Las manifestaciones espontáneas se producen muy raramente en lugares aislados; casi siempre tienen lugar en casas habitadas y por la presencia de ciertas personas que ejercen una influencia sin quererlo; estas personas son verdaderos médiums que lo ignoran, y a quienes llamamos, por esta razón, médiums naturales; son a los demás médiums lo que los sonámbulos naturales son a los sonámbulos magnéticos, y resultan igualmente curiosos de observar.

93 La intervención voluntaria o involuntaria de una persona dotada de una aptitud especial para producir estos fenómenos parece ser necesaria en la mayoría de los casos, aunque hay algunos en los que el Espíritu parece actuar solo; pero entonces podría ser que obtuviera el fluido animalizado de otra fuente que de una persona presente.

93.2 Esto explica por qué los Espíritus que nos rodean sin cesar no producen perturbaciones a cada instante. Es preciso, ante todo, que el Espíritu lo quiera, que tenga un propósito, un motivo; sin eso no hace nada.

93.3 Luego es necesario, a menudo, que encuentre, precisamente en el lugar donde quisiera actuar, a una persona apta para ayudarlo, coincidencia que se da bastante raramente. Si esta persona llega de improviso, él lo aprovecha. A pesar de reunirse las circunstancias favorables, todavía podría impedírselo una voluntad superior que no le permitiera actuar a su antojo.

93.4 Puede que solo se le permita hacerlo dentro de ciertos límites y en los casos en que estas manifestaciones se consideren útiles, ya sea como medio de convicción, ya como prueba para la persona que es objeto de ellas.

94 Solo citaremos sobre este asunto la conversación motivada por los hechos ocurridos en junio de 1860 en la calle de los Noyers, en París. Se encontrarán los detalles en la Revista Espírita, n.º de agosto de 1860.

1. (A san Luis.) ¿Tendríais la bondad de decirnos si los hechos que se dice que ocurrieron en la calle de los Noyers son reales? En cuanto a su posibilidad, no dudamos de ella.

«Sí, esos hechos son ciertos; solo que la imaginación de los hombres los exagerará, ya sea por miedo o por ironía; pero, lo repito, son ciertos. Estas manifestaciones son provocadas por un Espíritu que se divierte un poco a costa de los habitantes del lugar.

2. ¿Hay en la casa alguna persona que sea la causa de estas manifestaciones?

«Siempre son causadas por la presencia de la persona a la que se ataca; es que el Espíritu perturbador tiene algo contra el habitante del lugar donde se encuentra y quiere hacerle travesuras, o incluso trata de conseguir que se marche.»- 3. Preguntamos si, entre los habitantes de la casa, hay alguien que sea la causa de estos fenómenos por una influencia mediúmnica espontánea e involuntaria.

«Tiene que haberlo, pues de lo contrario el hecho no podría producirse. Un Espíritu habita en un lugar de su predilección; permanece inactivo mientras no se presenta allí una persona cuya naturaleza le convenga; cuando esa persona llega, entonces se divierte cuanto puede.»

4. ¿Es indispensable la presencia de esa persona en el lugar mismo?

«Es el caso más corriente, y es el del hecho que citáis; por eso he dicho que, sin ella, el hecho no habría podido producirse; pero no he querido generalizar; hay casos en los que la presencia inmediata no es necesaria.»

5. Puesto que estos Espíritus son siempre de un orden inferior, ¿la aptitud para servirles de auxiliar constituye un indicio desfavorable para la persona? ¿Revela esto una simpatía con los seres de esa naturaleza? «No, no precisamente, pues esa aptitud depende de una disposición física; sin embargo, revela muy a menudo una tendencia material que sería preferible

no tener; pues cuanto más elevado se está moralmente, más se atrae a los buenos Espíritus, que necesariamente alejan a los malos.»

6. ¿De dónde toma el Espíritu los proyectiles de los que se sirve? «Estos diversos objetos se toman, casi siempre, del mismo lugar o de sus cercanías; una fuerza procedente de un Espíritu los lanza al espacio, y caen en un lugar señalado por ese Espíritu.»

7. Puesto que las manifestaciones espontáneas se permiten a menudo, e incluso se provocan, con el fin de convencer, nos parece que, si ciertos incrédulos fueran personalmente objeto de ellas, se verían obligados a rendirse ante la evidencia. A veces se quejan de no poder presenciar hechos concluyentes; ¿no dependería de los Espíritus hacer que se les diera alguna prueba sensible? «¿Acaso los ateos y los materialistas no son testigos a cada instante de los efectos del poder de Dios y del pensamiento? Eso no les impide negar a Dios y al alma. ¿Los milagros de Jesús convirtieron a todos sus contemporáneos? Los fariseos que le decían: "Maestro, haznos ver algún prodigio", ¿no se parecen a los que, en vuestro tiempo, piden que les hagáis ver manifestaciones? Si no los convencen las maravillas de la creación, tampoco se convencerían aunque los Espíritus se les aparecieran de la manera más inequívoca, porque su orgullo los vuelve como caballos reacios. No les faltarían ocasiones de ver si las buscaran de buena fe; por eso Dios no juzga oportuno hacer por ellos más de lo que hace por quienes buscan sinceramente instruirse, pues solo recompensa a los hombres de buena voluntad. Su incredulidad no impedirá que se cumpla la voluntad de Dios; bien veis que no ha impedido que la doctrina se difunda. Dejad, pues, de inquietaros por su oposición, que es a la doctrina lo que la sombra al cuadro, y le da mayor relieve. ¿Qué mérito tendrían en ser convencidos por la fuerza? Dios les deja toda la responsabilidad de su obstinación, y esa responsabili-

dad será más terrible de lo que pensáis. Bienaventurados los que creen sin haber visto, dijo Jesús, porque esos no dudan del poder de Dios.»

8. ¿Creéis que sería útil evocar a ese Espíritu para pedirle algunas explicaciones?

«Evocadlo si queréis; pero es un Espíritu inferior que solo os dará respuestas bastante insignificantes.»

95 Conversación con el Espíritu perturbador de la calle de los Noyers.

1. Evocación.

«¿Qué os pasa para llamarme? ¿Acaso queréis pedradas? Entonces sí que se vería un buen sálvese quien pueda, a pesar de vuestro aire de valentía.»

2. Aunque nos enviaras piedras aquí, eso no nos asustaría; incluso te preguntamos expresamente si puedes enviárnoslas.

«Aquí quizá no podría; tenéis un guardián que vela bien por vosotros.»

3. En la calle de los Noyers, ¿había alguna persona que te sirviera de auxiliar para facilitarte las malas pasadas que les jugabas a los habitantes de la casa?

«Ciertamente, encontré un buen instrumento, y ningún Espíritu docto, sabio y recatado que me lo impidiera; pues soy alegre y a veces me gusta divertirme.»

4. ¿Qué persona te sirvió de instrumento? «Una criada.»

5. ¿Te servía de auxiliar sin saberlo?

«¡Oh, sí! ¡La pobre muchacha! Era la más asustada.»

6. ¿Actuabas con una intención hostil?

«Yo no tenía ninguna intención hostil; pero los hombres, que se apoderan de todo, lo aprovecharán en su beneficio.»

7. ¿Qué quieres decir con eso? No te comprendemos. «Yo buscaba diver-

tirme; pero vosotros estudiaréis el asunto y tendréis un hecho más para demostrar que existimos.»

8. Dices que no tenías ninguna intención hostil y, sin embargo, has roto todos los cristales de la vivienda; de ese modo has causado un perjuicio real.

«Es un detalle.

9. ¿Dónde conseguiste los objetos que lanzaste?

«Son bastante comunes; los encontré en el patio, en los jardines vecinos.»

10. ¿Los encontraste todos o fabricaste algunos? (Véase más adelante el cap. VIII.)

«No creé nada ni compuse nada.»

11. Si no los hubieras encontrado, ¿habrías podido fabricarlos? «Habría sido más difícil; pero, en último caso, se mezclan materias y eso forma un conjunto cualquiera.»

12. Ahora dinos cómo los lanzaste.

«¡Ah! Esto es más difícil de decir; me ayudé de la naturaleza eléctrica de esa muchacha, unida a la mía, menos material; así pudimos transportar entre los dos esas diversas materias.»

13. Supongo que querrás darnos algunos datos sobre tu persona. Dinos primero si hace mucho que has muerto. «Hace bastante tiempo; hace unos cincuenta años.»

14. ¿Qué eras cuando vivías?

«No gran cosa de bueno; recogía trapos en este barrio, y a veces me decían tonterías porque me gustaba demasiado el licor rojo del bueno de Noé; por eso quisiera hacer que todos se largaran.»

15. ¿Has respondido tú mismo y por tu propia voluntad a nuestras preguntas?

«Tenía un maestro.»

16. ¿Quién es ese maestro? «Vuestro buen rey Luis.»

Observación. Esta pregunta se debe a la naturaleza de ciertas respuestas que parecían superar la capacidad de este Espíritu, por el fondo de las ideas e incluso por la forma del lenguaje. No hay, pues, nada de extraño en que lo haya ayudado un Espíritu más esclarecido, que quería aprovechar esta ocasión para darnos una enseñanza. Este es un hecho muy corriente, pero una particularidad notable en esta circunstancia es que la influencia del otro Espíritu se hizo sentir en la propia escritura; la de las respuestas en las que intervino es más regular y fluida; la del trapero es angulosa, grande, irregular, a menudo poco legible, y presenta un carácter muy distinto.

17. ¿Qué haces ahora? ¿Te ocupas de tu porvenir?

«Todavía no; ando errante. En la tierra piensan tan poco en mí que nadie reza por mí; por eso no recibo ayuda ni trabajo.»

Observación. Más adelante se verá cuánto se puede contribuir al progreso y al alivio de los Espíritus inferiores mediante la oración y los consejos.

18. ¿Cómo te llamabas cuando vivías?

«Jeannet.»

19. ¡Pues bien, Jeannet, rezaremos por ti! Dinos si nuestra evocación te ha agradado o te ha contrariado. «Más bien me ha agradado, porque sois buena gente, personas alegres, aunque un poco austeras; da igual, me habéis escuchado, estoy contento.» Jeannet.

[96] Fenómeno de los aportes

Este fenómeno solo difiere de aquellos de los que acabamos de hablar por la intención benévola del Espíritu que lo produce, por la naturaleza de los objetos, casi siempre agradables, y por la manera suave y a menudo deli-

cada en que son traídos. Consiste en el aporte espontáneo de objetos que no existen en el lugar donde uno se encuentra; casi siempre son flores, a veces frutas, dulces, joyas, etc.

97 Digamos primero que este fenómeno es uno de los que más se prestan a la imitación y que, por lo tanto, hay que estar prevenidos contra el engaño. Se sabe hasta dónde puede llegar el arte de la prestidigitación en experiencias de este género; pero, sin tener que vérselas con un profesional, uno podría ser fácilmente víctima de una maniobra hábil e interesada.

97.2 La mejor de todas las garantías está en el carácter, la honradez reconocida y el absoluto desinterés de la persona que obtiene semejantes efectos; en segundo lugar, en el examen atento de todas las circunstancias en las que se producen los hechos; por último, en el conocimiento esclarecido del espiritismo, que es el único que puede permitir descubrir lo que resulte sospechoso.

98 La teoría del fenómeno de los aportes y de las manifestaciones físicas en general se encuentra resumida de manera notable en la siguiente disertación, por un Espíritu cuyas comunicaciones llevan todas un sello indiscutible de profundidad y lógica. Se encontrarán varias de ellas más adelante en esta obra. Se dio a conocer con el nombre de Erasto, discípulo de san Pablo, y como Espíritu protector del médium que le sirvió de intérprete:
«Para obtener fenómenos de este orden, es necesario contar con médiums a los que llamaré sensitivos, es decir, dotados en el más alto grado de las facultades medianímicas de expansión y penetrabilidad; porque el sistema nervioso de estos médiums, fácilmente excitable, les permite, mediante ciertas vibraciones, proyectar a su alrededor con profusión su fluido animalizado.

«Las naturalezas impresionables, las personas cuyos nervios vibran ante el menor sentimiento, ante la más pequeña sensación, a quienes sensibiliza la influencia moral o física, interna o externa, son sujetos muy aptos para convertirse en excelentes médiums para los efectos físicos de tangibilidad y de aportes. En efecto, su sistema nervioso, casi enteramente desprovisto de la envoltura refractaria que aísla este sistema en la mayoría de los demás encarnados, las hace aptas para el desarrollo de estos diversos fenómenos. En consecuencia, con un sujeto de esta naturaleza, y cuyas demás facultades no sean contrarias a la medianimización, se obtendrán más fácilmente los fenómenos de tangibilidad, los golpes en las paredes y en los muebles, los movimientos inteligentes e incluso la suspensión en el espacio de la materia inerte más pesada. Con mayor razón se obtendrán estos resultados si, en lugar de un médium, se dispone de varios igualmente bien dotados.

«Pero de la producción de estos fenómenos a la obtención del de los aportes hay todo un mundo; porque, en este caso, no solo el trabajo del Espíritu es más complejo y más difícil, sino que, además, el Espíritu solo puede operar mediante un único aparato medianímico, es decir, que varios médiums no pueden contribuir simultáneamente a la producción del mismo fenómeno. Incluso sucede, por el contrario, que la presencia de ciertas personas que resultan antipáticas al Espíritu que opera obstaculiza por completo su operación. A estos motivos que, como veis, no carecen de importancia, añadid que los aportes requieren siempre una mayor concentración y, al mismo tiempo, una mayor difusión de ciertos fluidos, y que solo pueden obtenerse con los médiums mejor dotados, aquellos, en una palabra, cuyo aparato electromedianímico se encuentra en las mejores condiciones.

«En general, los hechos de aportes son y seguirán siendo sumamente raros. No necesito demostraros por qué son y serán menos frecuentes que los de-

más hechos de tangibilidad; de lo que digo, lo deduciréis vosotros mismos. Por lo demás, estos fenómenos son de tal naturaleza que no solo no todos los médiums son aptos para ellos, sino que tampoco todos los Espíritus pueden producirlos. En efecto, es preciso que entre el Espíritu y el médium sobre el que influye exista cierta afinidad, cierta analogía, en una palabra, cierta semejanza que permita que la parte expansible del fluido periespiritual del encarnado se mezcle, se una y se combine con el del Espíritu que quiere realizar un aporte. Esta fusión debe ser tal que la fuerza resultante se vuelva, por así decirlo, una sola; del mismo modo que una corriente eléctrica, al actuar sobre el carbón, produce un solo foco, una sola luz. ¿Por qué esta unión, por qué esta fusión?, diréis. Porque, para la producción de estos fenómenos, es preciso que a las propiedades esenciales del Espíritu motor se añadan algunas de las del sujeto medianimizado; porque el fluido vital, indispensable para la producción de todos los fenómenos medianímicos, es patrimonio exclusivo del encarnado y, por consiguiente, el Espíritu que opera está obligado a impregnarse de él. Solo entonces puede, mediante ciertas propiedades de vuestro medio ambiente, desconocidas para vosotros, aislar, hacer invisibles y mover ciertos objetos materiales, e incluso a los propios encarnados.

«No me está permitido, por el momento, revelaros estas leyes particulares que rigen los gases y los fluidos que os rodean; pero, antes de que hayan transcurrido unos años, antes de que se haya cumplido la duración de una vida humana, se os revelará la explicación de estas leyes y de estos fenómenos, y veréis surgir y manifestarse una nueva variedad de médiums, que caerán en un estado cataléptico particular en cuanto sean medianimizados.

«Veis de cuántas dificultades está rodeada la producción de los aportes; podéis concluir de ello, con toda lógica, que los fenómenos de esta naturaleza

son sumamente raros, como he dicho, y con mayor razón porque los Espíritus se prestan muy poco a ellos, pues les exigen un trabajo casi material, lo que les causa molestia y fatiga. Por otra parte, también ocurre lo siguiente: muy a menudo, pese a su energía y su voluntad, el estado del propio médium les opone una barrera infranqueable. «Es, pues, evidente, y vuestro razonamiento lo confirma, no lo dudo, que los hechos tangibles de golpes, movimientos y suspensión son fenómenos simples, que se realizan mediante la concentración y la dilatación de ciertos fluidos, y que pueden ser provocados y obtenidos por la voluntad y el trabajo de los médiums aptos para ello, cuando estos son secundados por Espíritus amigos y benévolos; mientras que los hechos de aporte son múltiples, complejos, exigen la concurrencia de circunstancias especiales, solo pueden realizarse por un único Espíritu y un único médium, y requieren, además de lo necesario para la tangibilidad, una combinación muy particular para aislar y hacer invisibles el objeto o los objetos que son materia del aporte.

«Todos vosotros, espíritas, comprendéis mis explicaciones y os dais perfecta cuenta de esta concentración de fluidos especiales para la locomoción y la tactilidad de la materia inerte; creéis en ella, como creéis en los fenómenos de la electricidad y del magnetismo, con los cuales los hechos medianímicos guardan gran analogía, y de los que son, por así decirlo, la confirmación y el desarrollo. En cuanto a los incrédulos y a los sabios peores que los incrédulos, no tengo por qué convencerlos, no me ocupo de ellos; un día quedarán convencidos por la fuerza de la evidencia, pues tendrán que inclinarse ante el testimonio unánime de los hechos espíritas, como se han visto obligados a hacerlo ante tantos otros hechos que habían rechazado al principio.

«Para resumir: si los hechos de tangibilidad son frecuentes, los hechos de

aporte son muy raros, porque sus condiciones son muy difíciles; por consiguiente, ningún médium puede decir: A tal hora, en tal momento, obtendré un aporte; porque a menudo el propio Espíritu se ve impedido en su obra. Debo añadir que estos fenómenos son doblemente difíciles en público, pues casi siempre se encuentran allí elementos enérgicamente refractarios que paralizan los esfuerzos del Espíritu y, con mayor razón, la acción del médium. Tened, por el contrario, por cierto que estos fenómenos se producen casi siempre en privado, espontáneamente, la mayoría de las veces sin que los médiums lo sepan y sin premeditación, y, por último, muy raramente cuando estos están avisados de ello; de donde debéis concluir que hay motivo legítimo de sospecha siempre que un médium se jacta de obtenerlos a voluntad, dicho de otro modo, de dar órdenes a los Espíritus como a sirvientes, lo cual es sencillamente absurdo. Tened también por regla general que los fenómenos espíritas no están hechos para ofrecerse como espectáculo ni para divertir a los curiosos. Si algunos Espíritus se prestan a esta clase de cosas, solo puede ser para fenómenos simples, y no para aquellos que, como los aportes y otros semejantes, exigen condiciones excepcionales.

«Recordad, espíritas, que si es absurdo rechazar sistemáticamente todos los fenómenos de ultratumba, tampoco es prudente aceptarlos todos a ciegas. Cuando un fenómeno de tangibilidad, de aparición, de visibilidad o de aporte se manifieste espontáneamente y de manera instantánea, aceptadlo; pero, nunca os lo repetiré bastante, no aceptéis nada a ciegas; que cada hecho sea sometido a un examen minucioso, profundo y riguroso; porque, creedlo, el espiritismo, tan rico en fenómenos sublimes y grandiosos, no tiene nada que ganar con esas pequeñas manifestaciones que hábiles prestidigitadores pueden imitar.

«Sé bien lo que vais a decirme: que estos fenómenos son útiles para convencer a los incrédulos; pero sabed que, si no hubierais tenido otros medios de convicción, no tendríais hoy la centésima parte de los espíritas que tenéis. Hablad al corazón, por ese camino lograréis más conversiones serias. Si creéis útil, para ciertas personas, actuar mediante los hechos materiales, presentadlos al menos en circunstancias tales que no puedan dar lugar a ninguna interpretación falsa, y sobre todo no os apartéis de las condiciones normales de estos hechos, porque los hechos presentados en malas condiciones proporcionan argumentos a los incrédulos, en lugar de convencerlos.

99 Este fenómeno presenta una particularidad bastante singular: ciertos médiums solo lo obtienen en el estado sonambúlico; y esto se explica fácilmente. En el sonámbulo hay un desprendimiento natural, una especie de aislamiento del Espíritu y del periespíritu que debe facilitar la combinación de los fluidos necesarios. Tal es el caso de los aportes de los que hemos sido testigos. Las siguientes preguntas se dirigieron al Espíritu que los había producido, pero sus respuestas reflejan a veces sus limitaciones; las hemos sometido al Espíritu Erasto, mucho más instruido desde el punto de vista teórico, quien las ha completado con observaciones muy acertadas. Uno es el artesano, el otro el sabio, y la propia comparación de estas dos inteligencias constituye un estudio instructivo, pues demuestra que no basta con ser Espíritu para comprenderlo todo.

1. Tenga la bondad de decirnos por qué los aportes que usted realiza solo se producen durante el sueño magnético del médium.

«Esto se debe a la naturaleza del médium; los hechos que produzco cuando el mío está dormido también podría producirlos en estado de vigi-

lia con otro médium».

2. ¿Por qué hace esperar tanto tiempo el aporte de los objetos, y por qué despierta la codicia del médium avivando su deseo de obtener el objeto prometido?

«Necesito ese tiempo para preparar los fluidos que sirven para el aporte; en cuanto a la excitación, a menudo solo tiene por objeto divertir a los presentes y a la sonámbula».

Observación de Erasto. El Espíritu que ha respondido no sabe más; no se da cuenta del motivo de esa codicia que estimula instintivamente sin comprender su efecto; cree divertir, cuando en realidad provoca, sin sospecharlo, una mayor emisión de fluido; es la consecuencia de la dificultad que presenta el fenómeno, dificultad siempre mayor cuando no es espontáneo, sobre todo con ciertos médiums.

3. ¿La producción del fenómeno depende de la naturaleza especial del médium, y podría producirse por medio de otros médiums con mayor facilidad y rapidez?

«La producción depende de la naturaleza del médium, y solo puede darse con naturalezas afines; en cuanto a la rapidez, la costumbre que adquirimos al comunicarnos a menudo con el mismo médium nos resulta de gran ayuda».

4. ¿Tiene algo que ver en ello la influencia de los presentes?

«Cuando hay incredulidad u oposición, pueden entorpecernos mucho; preferimos con mucho dar pruebas ante creyentes y personas versadas en el espiritismo; pero con esto no quiero decir que la mala voluntad pudiera paralizarnos por completo».

5. ¿Dónde fue a buscar las flores y los dulces que ha traído?

«Las flores las tomo de los jardines, donde me gustan».

6. ¿Y los dulces? El comerciante debió de darse cuenta de que le faltaban.
«Los tomo donde me place; el comerciante no se dio cuenta en absoluto, porque puse otros en su lugar».
7. Pero los anillos tienen un valor; ¿de dónde los tomó? ¿No ha perjudicado eso a aquel a quien se los pidió prestados?
«Los tomé de lugares desconocidos para todos, y de manera que nadie pudiera sufrir perjuicio alguno».
Observación de Erasto. Creo que el hecho está explicado de manera insuficiente debido a la capacidad del Espíritu que ha respondido. Sí, puede haberse causado un perjuicio real, pero el Espíritu no ha querido aparecer como alguien que se hubiera apropiado de nada. Un objeto solo puede ser reemplazado por otro idéntico, de la misma forma y del mismo valor; por consiguiente, si un Espíritu tuviera la facultad de sustituir el objeto que toma por otro igual, no tendría razón para tomarlo y debería dar el que sirve de sustituto.
8. ¿Es posible traer flores de otro planeta? «No, a mí no me es posible».
— (A Erasto.) ¿Otros Espíritus tendrían ese poder?
«No, eso no es posible debido a la diferencia de los medios circundantes».
9. ¿Podría traer flores de otro hemisferio; de los trópicos, por ejemplo?
«Mientras sea en la Tierra, puedo hacerlo».
10. Los objetos que ha traído, ¿podría hacerlos desaparecer y llevárselos de nuevo?
«Así como los he hecho venir, puedo llevármelos cuando quiera».
11. ¿La producción del fenómeno de los aportes le causa algún esfuerzo o alguna dificultad?
«No nos causa ningún esfuerzo cuando tenemos permiso para ello; podría causarnos esfuerzos muy grandes si quisiéramos producir efectos sin estar

autorizados».

Observación de Erasto. No quiere reconocer su esfuerzo, aunque sea real, puesto que se ve obligado a realizar una operación, por así decirlo, material.

12. ¿Qué dificultades encuentra?

«Ninguna más que malas disposiciones fluídicas que pueden sernos contrarias».

13. ¿Cómo trae el objeto? ¿Lo sostiene con las manos?

«No, lo envolvemos en nosotros».

Observación de Erasto. No explica claramente su operación, pues no envuelve el objeto con su propia personalidad; pero, como su fluido personal es dilatable, penetrable y expansible, combina una parte de ese fluido con una parte del fluido animalizado del médium, y en esa combinación es donde oculta y transporta el objeto del aporte. Por lo tanto, no es correcto decir que lo envuelve en sí mismo.

14. ¿Traería con la misma facilidad un objeto de peso considerable; de 50 kg, por ejemplo?

«El peso no es nada para nosotros; traemos flores porque pueden resultar más agradables que un peso voluminoso».

Observación de Erasto. Es correcto; puede traer cien y doscientos kilogramos de objetos, pues la gravedad que existe para ustedes queda anulada para él; pero también aquí desconoce lo que sucede. La masa de los Guías combinados es proporcional a la masa de los objetos; en una palabra, la fuerza debe ser proporcional a la resistencia; de ahí se deduce que, si el Espíritu solo trae una flor o un objeto ligero, a menudo es porque no encuentra en el médium, o en sí mismo, los elementos necesarios para un esfuerzo más considerable.

15. ¿Hay a veces desapariciones de objetos cuya causa se ignora y que serían

obra de los Espíritus?

«Eso ocurre muy a menudo, más de lo que piensan, y podría remediarse pidiendo al Espíritu que devuelva el objeto desaparecido».

Observación de Erasto. Es cierto; pero a veces lo que se llevan queda bien lejos, pues ciertos objetos que uno ya no encuentra en casa con frecuencia han sido llevados a gran distancia. Sin embargo, como la sustracción de objetos exige aproximadamente las mismas condiciones fluídicas que los aportes, solo puede tener lugar con la ayuda de médiums dotados de facultades especiales; por eso, cuando algo desaparece, es más probable que se deba a su distracción que a los Espíritus.

16. ¿Hay efectos que se consideran fenómenos naturales y que se deben a la acción de ciertos Espíritus?

«Sus días están llenos de esos hechos que no comprenden porque no han pensado en ellos, y que un poco de reflexión les permitiría ver claramente».

Observación de Erasto. No atribuyan a los Espíritus lo que es obra de la humanidad; pero crean en su influencia oculta y constante, que hace surgir a su alrededor mil circunstancias, mil incidentes necesarios para el cumplimiento de sus actos y de su existencia.

17. Entre los objetos aportados, ¿no hay algunos que puedan ser fabricados por los Espíritus; es decir, producidos espontáneamente mediante las modificaciones que los Espíritus pueden efectuar en el fluido o en el elemento universal?

«Por mí no, pues no tengo permiso para ello; solo un Espíritu elevado puede hacerlo».

18. ¿Cómo introdujo esos objetos el otro día, puesto que la habitación estaba cerrada? «Los hice entrar conmigo, envueltos, por así decirlo, en mi

sustancia; en cuanto a decirles más, no se puede explicar».

19. ¿Cómo hizo para volver visibles esos objetos que un instante antes eran invisibles?

«Quité la materia que los envolvía».

Observación de Erasto. No es materia propiamente dicha lo que los envuelve, sino un fluido tomado por mitades del periespíritu del médium y del Espíritu que actúa.

20. (A Erasto.) ¿Puede llevarse un objeto a un lugar perfectamente cerrado; en una palabra, puede el Espíritu espiritualizar un objeto material de manera que pueda penetrar la materia?

«Esta cuestión es compleja. En cuanto a los objetos aportados, el Espíritu puede volverlos invisibles, pero no penetrables; no puede romper la agregación de la materia, lo que supondría la destrucción del objeto. Una vez vuelto invisible ese objeto, puede traerlo cuando quiera y liberarlo solo en el momento oportuno para hacerlo aparecer. Sucede de otro modo con los que componemos; como solo introducimos los elementos de la materia, y esos elementos son esencialmente penetrables; como nosotros mismos penetramos y atravesamos los cuerpos más condensados con tanta facilidad como los rayos solares atraviesan los cristales de las ventanas, podemos decir perfectamente que hemos introducido el objeto en un lugar, por muy cerrado que esté; pero solo en este caso».

Nota. Véase más adelante, para la teoría de la formación espontánea de los objetos, el capítulo titulado: Laboratorio del mundo invisible.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. VI — MANIFESTACIONES VISUALES

✦

100 Preguntas sobre las apariciones. — Ensayo teórico sobre las apariciones. — Espíritus glóbulos. — Teoría de la alucinación.

De todas las manifestaciones espíritas, las más interesantes son, sin duda, aquellas por las cuales los Espíritus pueden hacerse visibles. Se verá, por la explicación de este fenómeno, que no es más sobrenatural que los demás. Damos primero las respuestas que los Espíritus han dado sobre este asunto.

1. ¿Pueden los Espíritus hacerse visibles?

«Sí, sobre todo durante el sueño; sin embargo, algunas personas también los ven durante la vigilia, pero es más raro».

Observación. Mientras el cuerpo descansa, el Espíritu se desprende de los lazos materiales; es más libre y puede ver más fácilmente a los otros Espíritus con los que entra en comunicación. El sueño no es más que el recuerdo de ese estado; cuando no se recuerda nada, se dice que no se ha soñado, pero el alma no por ello ha dejado de ver y de gozar de su libertad. Aquí nos ocupamos más especialmente de las apariciones en estado de vigilia[1].

[1] Véase, para más detalles sobre el estado del Espíritu durante el sueño, el Libro de los Espíritus, cap. Emancipación del alma, n.º 409.

2. ¿Los Espíritus que se manifiestan a la vista pertenecen más a una clase que a otra?

«No; pueden pertenecer a todas las clases, tanto a las más elevadas como a las más inferiores».

3. ¿Todos los Espíritus tienen la capacidad de manifestarse visiblemente?

«Todos pueden hacerlo; pero no siempre tienen el permiso ni la voluntad».

4. ¿Cuál es el propósito de los Espíritus que se manifiestan visiblemente?

«Depende; según su naturaleza, el propósito puede ser bueno o malo».

5. ¿Cómo puede darse ese permiso cuando el propósito es malo?

«En ese caso es para poner a prueba a aquellos a quienes se aparecen. La intención del Espíritu puede ser mala, pero el resultado puede ser bueno».

6. ¿Cuál puede ser el propósito de los Espíritus que tienen una mala intención al hacerse ver?

«Asustar y, a menudo, vengarse».

— ¿Cuál es el de los Espíritus que vienen con una buena intención?

«Consolar a las personas que los echan de menos; demostrar que existen y están cerca de ustedes; dar consejos y, a veces, pedir ayuda para ellos mismos».

7. ¿Qué inconveniente habría en que la posibilidad de ver a los Espíritus fuera permanente y general? ¿No sería un medio de disipar las dudas de los más incrédulos?

«Como el hombre está constantemente rodeado de Espíritus, verlos sin cesar lo perturbaría, lo estorbaría en sus acciones y le quitaría la iniciativa en la mayoría de los casos, mientras que, al creerse solo, actúa con más libertad. En cuanto a los incrédulos, tienen suficientes medios para convencerse, si quieren aprovecharlos y si el orgullo no los ciega. Bien saben ustedes que hay personas que han visto y que no creen más por ello, pues dicen que son ilusiones. No se preocupen por esas personas, Dios se encarga de ellas».

Observación. Habría tantos inconvenientes en verse constantemente en presencia de los Espíritus como en ver el aire que nos rodea o las miríadas

de animales microscópicos que pululan a nuestro alrededor y sobre nosotros. De ahí debemos concluir que lo que Dios hace está bien hecho y que él sabe mejor que nosotros lo que nos conviene.

8. Si ver a los Espíritus tiene inconvenientes, ¿por qué se permite en ciertos casos?

«Es para dar una prueba de que no todo muere con el cuerpo y de que el alma conserva su individualidad después de la muerte. Esa visión pasajera basta para dar esa prueba y atestiguar la presencia de sus amigos junto a ustedes; pero no tiene los inconvenientes de la permanencia».

9. En los mundos más adelantados que el nuestro, ¿es más frecuente ver a los Espíritus? «Cuanto más se acerca el hombre a la naturaleza espiritual, más fácilmente entra en relación con los Espíritus; es la tosquedad de su envoltura lo que hace más difícil y menos frecuente la percepción de los seres etéreos».

10. ¿Es razonable asustarse ante la aparición de un Espíritu?

«Quien reflexiona debe comprender que un Espíritu, sea cual sea, es menos peligroso que una persona viva. Además, los Espíritus van a todas partes, y no es necesario verlos para saber que se puede tener alguno al lado. El Espíritu que quisiera hacer daño puede hacerlo sin dejarse ver, e incluso con mayor seguridad; no es peligroso por ser Espíritu, sino por la influencia que puede ejercer sobre el pensamiento, apartando del bien e impulsando al mal».

Observación. Las personas que tienen miedo en la soledad o en la oscuridad rara vez se dan cuenta de la causa de su temor; no sabrían decir a qué le tienen miedo, pero sin duda deberían temer más encontrarse con hombres que con Espíritus, pues un malhechor es más peligroso vivo que después de su muerte. Una señora conocida nuestra tuvo una noche, en su habita-

ción, una aparición tan definida que creyó que había alguien allí, y su primera reacción fue de espanto. Tras asegurarse de que no había nadie, se dijo: Parece que solo es un Espíritu: puedo dormir tranquila.

11. ¿La persona a quien se aparece un Espíritu podría entablar una conversación con él?

«Perfectamente, e incluso es lo que siempre debe hacerse en semejante caso, preguntándole al Espíritu quién es, qué desea y qué se puede hacer para serle útil. Si el Espíritu es desdichado y sufre, la compasión que se le demuestra lo alivia; si es un Espíritu benévolo, puede venir con la intención de dar buenos consejos».

— ¿Cómo puede responder el Espíritu en ese caso?

«A veces lo hace mediante sonidos articulados, como lo haría una persona viva; lo más frecuente es que haya transmisión de pensamientos».

12. ¿Los Espíritus que aparecen con alas las tienen realmente, o esas alas son solo una apariencia simbólica?

«Los Espíritus no tienen alas; no las necesitan, puesto que pueden trasladarse a todas partes como Espíritus. Aparecen según la impresión que quieren causar en la persona a quien se muestran: unos se presentarán con la vestimenta corriente, otros envueltos en telas, algunos con alas, como atributo de la categoría de Espíritus que representan».

13. ¿Las personas que se ven en sueños son siempre aquellas cuya apariencia tienen?

«Casi siempre son esas mismas personas a quienes su Espíritu va a encontrar o que vienen a encontrarlos a ustedes».

14. ¿No podrían los Espíritus burlones tomar la apariencia de las personas que nos son queridas para inducirnos a error?

«Solo toman apariencias fantásticas para divertirse a costa de ustedes; pero

hay cosas con las que no se les permite jugar».

15. Como el pensamiento es una especie de evocación, se comprende que provoque la presencia del Espíritu; pero ¿cómo es que a menudo las personas en quienes más pensamos, a quienes deseamos ardientemente volver a ver, nunca se presentan en sueños, mientras que vemos a personas que nos son indiferentes y en quienes no pensamos en absoluto?

«Los Espíritus no siempre tienen la posibilidad de manifestarse a la vista, incluso en sueños y a pesar del deseo que se tenga de verlos; causas independientes de su voluntad pueden impedirlo. A menudo es también una prueba de la que el deseo más ardiente no puede librarlos. En cuanto a las personas indiferentes, si ustedes no piensan en ellas, es posible que ellas piensen en ustedes. Además, no pueden hacerse una idea de las relaciones del mundo de los Espíritus; allí encuentran a multitud de conocidos íntimos, antiguos o nuevos, de quienes no tienen ninguna idea en estado de vigilia».

Observación. Cuando no hay ningún medio de comprobar las visiones o apariciones, sin duda pueden atribuirse a la alucinación; pero cuando los acontecimientos las confirman, no se las puede atribuir a la imaginación: tales son, por ejemplo, las apariciones, en el momento de su muerte, en sueños o en estado de vigilia, de personas en quienes no se piensa en absoluto y que, mediante diversos signos, vienen a revelar las circunstancias enteramente inesperadas de su fin. A menudo se ha visto a caballos encabritarse y negarse a avanzar ante apariciones que asustaban a quienes los conducían. Si la imaginación interviene en algo entre los hombres, ciertamente no interviene en nada entre los animales. Además, si las imágenes que se ven en sueños fueran siempre un efecto de las preocupaciones de la vigilia, nada explicaría por qué sucede a menudo que nunca soñamos con las cosas en

las que más pensamos.

16. ¿Por qué ciertas visiones son más frecuentes durante la enfermedad?

«También tienen lugar en un estado de perfecta salud; pero en la enfermedad los lazos materiales se aflojan; la debilidad del cuerpo deja más libertad al Espíritu, que entra más fácilmente en comunicación con los otros Espíritus».

17. Las apariciones espontáneas parecen ser más frecuentes en ciertas regiones. ¿Acaso algunos pueblos están mejor dotados que otros para tener esta clase de manifestaciones?

«¿Levantan ustedes acta de cada aparición? Las apariciones, los ruidos, todas las manifestaciones, en fin, están igualmente extendidas por toda la tierra, pero presentan rasgos distintivos según los pueblos en los que se producen. En aquellos, por ejemplo, donde la escritura está poco extendida, no hay médiums escribientes; en otros abundan; en otros lugares hay con más frecuencia ruidos y movimientos que comunicaciones inteligentes, porque estas son menos apreciadas y buscadas allí».

18. ¿Por qué las apariciones tienen lugar preferentemente de noche? ¿No será un efecto del silencio y de la oscuridad sobre la imaginación?

«Por la misma razón que les permite ver durante la noche las estrellas que no ven en pleno día. Una gran claridad puede desvanecer una aparición tenue; pero es un error creer que la noche tenga algo que ver. Pregunten a todos los que las han tenido y verán que la mayoría las ha tenido de día».

Observación. Los casos de apariciones son mucho más frecuentes y generales de lo que se cree; pero muchas personas no los confiesan por miedo al ridículo y otras los atribuyen a una ilusión. Si parecen más numerosos entre ciertos pueblos, se debe a que allí se conservan con más cuidado las tradiciones verdaderas o falsas, casi siempre amplificadas por el atractivo de lo

maravilloso, al que se presta más o menos el aspecto de los lugares; la credulidad hace entonces ver efectos sobrenaturales en los fenómenos más corrientes: el silencio de la soledad, lo escarpado de los barrancos, el bramido del bosque, las ráfagas de la tempestad, el eco de las montañas; la forma fantástica de las nubes, las sombras, los espejismos, todo, en fin, se presta a la ilusión para las imaginaciones sencillas e ingenuas, que cuentan de buena fe lo que han visto o lo que han creído ver. Pero junto a la ficción está la realidad; el estudio serio del espiritismo lleva a liberarla de todos los adornos ridículos de la superstición.

19. ¿La visión de los Espíritus se produce en el estado normal o solamente en un estado de éxtasis?

«Puede tener lugar en condiciones perfectamente normales; sin embargo, las personas que los ven se encuentran con bastante frecuencia en un estado particular, cercano al éxtasis, que les da una especie de doble vista. (Libro de los Espíritus, n.º 447)».

20. ¿Quienes ven a los Espíritus los ven con los ojos?

«Así lo creen; pero en realidad es el alma la que ve, y lo que lo demuestra es que se los puede ver con los ojos cerrados».

21. ¿Cómo puede el Espíritu hacerse visible?

«El principio es el mismo que el de todas las manifestaciones; depende de las propiedades del periespíritu, que puede sufrir diversas modificaciones según la voluntad del Espíritu».

22. ¿El Espíritu propiamente dicho puede hacerse visible, o solo puede hacerlo con ayuda del periespíritu?

«En el estado material de ustedes, los Espíritus solo pueden manifestarse con ayuda de su envoltura semimaterial; es el intermediario mediante el cual actúan sobre sus sentidos. Bajo esa envoltura aparecen a veces con una

forma humana o cualquier otra, ya sea en sueños o incluso en estado de vigilia, tanto a la luz como en la oscuridad».

23. ¿Podría decirse que el Espíritu se vuelve visible por la condensación del fluido del periespíritu?

«Condensación no es la palabra; es más bien una comparación que puede ayudarles a comprender el fenómeno, pues no hay realmente condensación. Por la combinación de los fluidos, se produce en el periespíritu una disposición particular que no tiene nada análogo para ustedes y que lo hace perceptible».

24. ¿Los Espíritus que aparecen son siempre inasibles e inaccesibles al tacto?

«Inasibles como en un sueño, en su estado normal; sin embargo, pueden producir una impresión en el tacto y dejar huellas de su presencia, e incluso, en ciertos casos, volverse momentáneamente tangibles, lo que demuestra que entre ellos y ustedes hay una materia».

25. ¿Todo el mundo es apto para ver a los Espíritus?

«Durante el sueño sí, pero no en estado de vigilia. Durante el sueño, el alma ve sin intermediario; durante la vigilia, siempre está más o menos influida por los órganos: por eso las condiciones no son exactamente las mismas.

26. ¿De qué depende la facultad de ver a los Espíritus durante la vigilia?

«Esta facultad depende de la constitución; está ligada a la mayor o menor facilidad que tiene el fluido del vidente para combinarse con el del Espíritu. Así, no basta con que el Espíritu quiera mostrarse; también es necesario que encuentre en la persona a quien quiere hacerse ver la aptitud necesaria».

— ¿Puede desarrollarse esta facultad mediante el ejercicio?

«Puede, como todas las demás facultades; pero es una de aquellas cuyo desarrollo natural conviene esperar, en vez de provocarlo, por temor a sobreexcitar la imaginación. La visión general y permanente de los Espíritus es excepcional y no forma parte de las condiciones normales del hombre».

27. ¿Se puede provocar la aparición de los Espíritus?

«A veces se puede, pero muy raramente; casi siempre es espontánea. Para ello es necesario estar dotado de una facultad especial».

28. ¿Los Espíritus pueden hacerse visibles bajo otra apariencia que la forma humana?

«La forma humana es la forma normal; el Espíritu puede variar su apariencia, pero siempre es el tipo humano».

— ¿No pueden manifestarse en forma de llama?

«Pueden producir llamas, resplandores, como cualquier otro efecto, para atestiguar su presencia; pero no son los Espíritus mismos. La llama a menudo es solo un espejismo o una emanación del periespíritu; en todos los casos, no es más que una parte de él; el periespíritu solo aparece entero en las visiones».

29. ¿Qué pensar de la creencia que atribuye los fuegos fatuos a la presencia de almas o Espíritus?

«Superstición producida por la ignorancia. La causa física de los fuegos fatuos es bien conocida».

— La llama azul que apareció, según se dice, sobre la cabeza de Servio Tulio cuando era niño, ¿es una fábula o una realidad?

«Era real; la producía el Espíritu familiar que quería advertir a la madre. Esa madre, médium vidente, había percibido un resplandor del Espíritu protector de su hijo. No todos los médiums videntes ven en el mismo grado, del mismo modo que sus médiums escribientes no escriben todos lo

mismo. Mientras esa madre solo veía una llama, otro médium habría podido ver el propio cuerpo del Espíritu».

30. ¿Podrían los Espíritus presentarse bajo la forma de animales?

«Puede suceder; pero siempre son Espíritus muy inferiores los que toman esas apariencias. En todos los casos, solo sería una apariencia momentánea; pues sería absurdo creer que un animal verdadero cualquiera pudiera ser la encarnación de un Espíritu. Los animales siempre son solo animales y nada más».

Observación. Solo la superstición puede hacer creer que ciertos animales están animados por Espíritus; hace falta una imaginación muy complaciente o muy impresionada para ver algo sobrenatural en las circunstancias un tanto extrañas en las que a veces se presentan; pero el miedo a menudo hace ver lo que no existe. El miedo no siempre es la fuente de esta idea; conocimos a una señora, por lo demás muy inteligente, que sentía un afecto desmedido por un gran gato negro porque lo creía de una naturaleza superior a la animal; sin embargo, nunca había oído hablar del espiritismo; si lo hubiera conocido, este le habría hecho comprender lo ridículo de la causa de su predilección, demostrándole la imposibilidad de semejante metamorfosis.

101 Ensayo teórico sobre las apariciones

Las manifestaciones visibles más comunes tienen lugar durante el sueño, por medio de los sueños: son las visiones. No entra en nuestro propósito examinar todas las particularidades que pueden presentar los sueños; nos limitamos a decir que pueden ser: una visión actual de cosas presentes o ausentes; una visión retrospectiva del pasado y, en algunos casos excepcionales, un presentimiento del porvenir. Con frecuencia son también cua-

dros alegóricos que los Espíritus hacen pasar ante nuestros ojos para darnos advertencias útiles y consejos saludables, si son buenos Espíritus; o para inducirnos a error y halagar nuestras pasiones, si son Espíritus imperfectos. La teoría que sigue se aplica a los sueños, como a todos los demás casos de apariciones. (Véase El libro de los Espíritus, n.º 400 y siguientes.)

Creeríamos ofender el buen sentido de nuestros lectores si refutáramos lo que hay de absurdo y ridículo en lo que comúnmente se llama la interpretación de los sueños.

102 Las apariciones propiamente dichas tienen lugar en estado de vigilia, cuando se goza de la plenitud y de la entera libertad de las facultades. Se presentan generalmente bajo una forma vaporosa y diáfana, a veces vaga e imprecisa; a menudo son, a primera vista, un resplandor blanquecino cuyos contornos se dibujan poco a poco. Otras veces las formas están claramente definidas y se distinguen los menores rasgos del rostro, hasta el punto de poder hacer una descripción muy precisa. Los ademanes y el aspecto son semejantes a los que tenía el Espíritu en vida.

Como puede adoptar todas las apariencias, el Espíritu se presenta bajo la que mejor permita reconocerlo, si ese es su deseo. Así, aunque como Espíritu ya no tenga ninguna dolencia corporal, se mostrará lisiado, cojo, jorobado, herido, con cicatrices, si eso es necesario para comprobar su identidad. Esopo, por ejemplo, como Espíritu, no es deforme; pero si se lo evoca como Esopo, aunque haya tenido varias existencias desde entonces, aparecerá feo y jorobado, con el traje tradicional. Algo notable es que, salvo en circunstancias particulares, las partes menos definidas son los miembros inferiores, mientras que la cabeza, el tronco, los brazos y las manos siempre están claramente delineados: por eso casi nunca se los ve caminar, sino des-

lizarse como sombras. En cuanto al traje, lo más común es que consista en un ropaje que termina en largos pliegues flotantes; esa es, al menos, junto con una cabellera ondulante y graciosa, la apariencia de los Espíritus que no han conservado nada de las cosas terrenales; pero los Espíritus comunes, aquellos a quienes se ha conocido, suelen llevar el traje que tenían en el último período de su existencia. A menudo tienen atributos característicos de su elevación, como una aureola, o alas en el caso de los que pueden considerarse ángeles, mientras que otros tienen los que recuerdan sus ocupaciones terrenales: así, un guerrero podrá aparecer con su armadura, un sabio con libros, un asesino con un puñal, etc. Los Espíritus superiores tienen un rostro bello, noble y sereno; los más inferiores tienen algo de feroz y bestial, y a veces aún llevan las huellas de los crímenes que han cometido o de los suplicios que han padecido. La cuestión del traje y de todos esos objetos accesorios es quizá la que más asombra; volveremos sobre ella en un capítulo especial, porque está relacionada con otros hechos muy importantes.

103 Hemos dicho que la aparición tiene algo de vaporoso; en ciertos casos podría compararse con la imagen reflejada en un espejo sin azogue, que, a pesar de su nitidez, permite ver a través de ella los objetos que están detrás.

103.2 Así es como las distinguen generalmente los médiums videntes; los ven ir, venir, entrar en una vivienda o salir de ella, circular entre la multitud de los vivos, con la apariencia, al menos en el caso de los Espíritus comunes, de tomar parte activa en todo lo que se hace a su alrededor, de interesarse por ello, de escuchar lo que se dice.

103.3 A menudo se los ve acercarse a una persona, sugerirle ideas, influir en ella, consolarla si son buenos, burlarse de ella si son maliciosos, mostrarse tristes o contentos con los resultados que obtienen; es, en una palabra, el doble del mundo corporal.

103.4 Tal es ese mundo oculto que nos rodea, en medio del cual vivimos sin sospecharlo, como vivimos, sin sospecharlo tampoco, en medio de las miríadas del mundo microscópico.

103.5 El microscopio nos ha revelado el mundo de lo infinitamente pequeño que no sospechábamos; el espiritismo, con la ayuda de los médiums videntes, nos ha revelado el mundo de los Espíritus, que también es una de las fuerzas activas de la naturaleza.

103.6 Con la ayuda de los médiums videntes hemos podido estudiar el mundo invisible, conocer sus costumbres, como un pueblo de ciegos podría estudiar el mundo visible con la ayuda de algunos hombres que gozaran de la vista. (Véase más adelante, en el capítulo de los médiums, el artículo relativo a los médiums videntes.)

104 El Espíritu que quiere o puede aparecer adopta a veces una forma todavía más definida, con todas las apariencias de un cuerpo sólido, hasta el punto de producir una ilusión completa y hacer creer que se tiene delante un ser corporal.

104.2 Finalmente, en algunos casos y bajo determinadas circunstancias, la tangibilidad puede hacerse real, es decir, se puede tocar, palpar, sentir la misma resistencia y el mismo calor que en un cuerpo vivo, lo que no le impide desvanecerse con la rapidez del relámpago. Entonces ya no se comprueba su presencia con los ojos, sino con el tacto.

104.3 Si se pudiera atribuir a la ilusión o a una especie de fascinación la aparición meramente visual, la duda no es posible cuando se la puede asir, palpar, cuando ella misma lo sujeta a uno y lo estrecha.

104.4 Los hechos de apariciones tangibles son los más raros; pero los que han ocurrido en estos últimos tiempos, por la influencia de algunos médiums poderosos, y que cuentan con toda la autenticidad de testimonios irrecusables, prueban y explican los que la historia refiere acerca de personas que se han mostrado después de su muerte con todas las apariencias de la realidad.

104.5 Por lo demás, como hemos dicho, por extraordinarios que sean semejantes fenómenos, todo lo maravilloso desaparece cuando se conoce la manera en que se producen, y se comprende que, lejos de ser una excepción a las leyes de la naturaleza, son tan solo una nueva aplicación de ellas.

105 Por su naturaleza y en su estado normal, el periespíritu es invisible, y tiene eso en común con una multitud de fluidos que sabemos que existen y que, sin embargo, nunca hemos visto; pero también puede, al igual que ciertos fluidos, sufrir modificaciones que lo hagan perceptible a la vista, ya sea por una especie de condensación, ya por un cambio en la disposición molecular; entonces se nos aparece bajo una forma vaporosa.

105.2 La condensación (no debe tomarse esta palabra al pie de la letra; solo la empleamos a falta de otra y a modo de comparación), la condensación, decimos, puede ser tal que el periespíritu adquiera las propiedades de un cuerpo sólido y tangible; pero puede recobrar instantáneamente su estado etéreo e invisible.

105.3 Podemos comprender este efecto por el del vapor, que puede pasar de la invisibilidad al estado de niebla, luego al líquido, luego al sólido, y viceversa. Estos diferentes estados del periespíritu son el resultado de la voluntad del Espíritu, y no de una causa física exterior, como ocurre con nuestros gases.

105.4 Cuando se nos aparece, es porque pone su periespíritu en el estado necesario para hacerlo visible; pero para ello no basta su voluntad, pues la modificación del periespíritu se realiza mediante su combinación con el fluido propio del médium; ahora bien, esa combinación no siempre es posible, lo que explica por qué la visibilidad de los Espíritus no es general.

105.5 Así pues, no basta con que el Espíritu quiera mostrarse; tampoco basta con que una persona quiera verlo: es preciso que los dos fluidos puedan combinarse, que haya entre ellos una especie de afinidad; quizá también que la emisión del fluido de la persona sea lo bastante abundante para realizar la transformación del periespíritu, y probablemente se requieran además otras condiciones que desconocemos; por último, es preciso que el Espíritu tenga permiso para hacerse ver por determinada persona, lo que no siempre se le concede, o solo se le concede en ciertas circunstancias, por motivos que no podemos juzgar.

106 Otra propiedad del periespíritu, que se debe a su naturaleza etérea, es la penetrabilidad. Ninguna materia le ofrece obstáculo: las atraviesa todas, como la luz atraviesa los cuerpos transparentes. Por eso no hay barrera que pueda impedir la entrada de los Espíritus; van a visitar al prisionero en su calabozo con la misma facilidad que al hombre que está en medio del campo.

107 Las apariciones en estado de vigilia no son raras ni nuevas; las ha habido en todos los tiempos; la historia refiere un gran número de ellas; pero, sin remontarnos tan lejos, en nuestros días son muy frecuentes, y muchas personas las han tenido y las han tomado al principio por lo que se ha convenido en llamar alucinaciones.

107.2 Son frecuentes sobre todo en los casos de muerte de personas ausentes que vienen a visitar a sus familiares o amigos. Con frecuencia no tienen un propósito bien definido, pero puede decirse que, en general, los Espíritus que aparecen así son atraídos por la simpatía.

107.3 Que cada cual examine sus recuerdos, y se verá que son pocas las personas que no conocen algunos hechos de este género cuya autenticidad no podría ponerse en duda.

108 Añadiremos a las consideraciones anteriores el examen de algunos efectos ópticos que han dado lugar al singular sistema de los Espíritus glóbulos.

El aire no siempre tiene una limpidez absoluta, y hay circunstancias en que las corrientes de las moléculas aeriformes y su agitación producida por el calor son perfectamente visibles. Algunas personas han tomado esto por grupos de Espíritus que se agitan en el espacio; basta con señalar esta opinión para refutarla. Pero he aquí otro tipo de ilusión no menos extraña contra la cual también conviene estar prevenido.

El humor acuoso del ojo presenta puntos apenas perceptibles que han perdido parte de su transparencia. Estos puntos son como cuerpos opacos suspendidos en el líquido, cuyos movimientos siguen. Por efecto del aumento y de la refracción, producen en el aire circundante, y a cierta distancia, la apariencia de pequeños discos que varían de uno a diez milímetros de diá-

metro y que parecen nadar en la atmósfera. Hemos visto a personas tomar estos discos por Espíritus que las seguían y acompañaban a todas partes, y, en su entusiasmo, tomar por figuras los matices de la irisación, lo cual es casi tan racional como ver una figura en la luna. Una simple observación, proporcionada por esas mismas personas, las devolverá al terreno de la realidad.

Estos discos o medallones, dicen, no solo las acompañan, sino que siguen todos sus movimientos; van a la derecha, a la izquierda, arriba, abajo, o se detienen según el movimiento de la cabeza. Esto no tiene nada de extraño; puesto que la apariencia tiene su sede en el globo ocular, debe seguir sus movimientos. Si fueran Espíritus, habría que admitir que estarían sujetos a un papel demasiado mecánico para seres inteligentes y libres; un papel muy fastidioso, incluso para Espíritus inferiores, y con mayor razón incompatible con la idea que nos hacemos de los Espíritus superiores. Algunos, es cierto, toman los puntos negros o moscas amauróticas por Espíritus malos. Estos discos, al igual que las manchas negras, tienen un movimiento ondulatorio que nunca se aparta de la amplitud de cierto ángulo, y lo que aumenta la ilusión es que no siguen bruscamente los movimientos de la línea visual. La razón es muy sencilla. Los puntos opacos del humor acuoso, causa primera del fenómeno, están, como hemos dicho, suspendidos, por así decirlo, y siempre tienen tendencia a descender; cuando suben, es porque el movimiento del ojo de abajo arriba los impulsa a ello; pero, una vez que llegan a cierta altura, si se mantiene fijo el ojo, se ve que los discos descienden por sí mismos y luego se detienen. Su movilidad es extrema, porque basta un movimiento imperceptible del ojo para hacerlos cambiar de dirección y recorrer rápidamente toda la amplitud del arco en el espacio donde se produce la imagen. Mientras no se demuestre que una imagen

posee un movimiento propio, espontáneo e inteligente, solo puede verse en ella un simple fenómeno óptico o fisiológico.

Lo mismo ocurre con las chispas que se producen a veces en haces más o menos compactos por la contracción de los músculos del ojo, y que probablemente se deben a la electricidad fosforescente del iris, puesto que generalmente están circunscritas a la circunferencia del disco de este órgano.

Semejantes ilusiones solo pueden ser el resultado de una observación incompleta. Quien haya estudiado seriamente la naturaleza de los Espíritus por todos los medios que ofrece la ciencia práctica comprenderá todo lo que tienen de pueril. Así como combatimos las teorías aventuradas con las que se atacan las manifestaciones cuando esas teorías se basan en la ignorancia de los hechos, debemos procurar destruir las ideas falsas que demuestran más entusiasmo que reflexión y que, por eso mismo, hacen más mal que bien ante los incrédulos, ya tan dispuestos a buscar el lado ridículo.

109 El periespíritu, como se ve, es el principio de todas las manifestaciones; su conocimiento ha dado la clave de multitud de fenómenos; ha hecho que la ciencia espírita dé un paso inmenso y entre en un nuevo camino, al quitarle todo carácter maravilloso.

109.2 Hemos encontrado, por medio de los propios Espíritus, pues obsérvese bien que son ellos quienes nos han puesto en el camino, la explicación de la acción del Espíritu sobre la materia, del movimiento de los cuerpos inertes, de los ruidos y de las apariciones.

109.3 También encontraremos en él la de otros muchos fenómenos que nos quedan por examinar antes de pasar al estudio de las comunicaciones propiamente dichas. Se comprenderán tanto mejor cuanto mejor se hayan

entendido las causas primeras. Si se ha comprendido bien este principio, será fácil aplicarlo por uno mismo a los diversos hechos que puedan presentarse al observador.

110 Estamos lejos de considerar la teoría que exponemos como absoluta y como la última palabra; sin duda, más adelante será completada o rectificada mediante nuevos estudios, pero, por incompleta o imperfecta que sea todavía hoy, siempre puede ayudar a comprender la posibilidad de los hechos por causas que no tienen nada de sobrenatural; si es una hipótesis, no se le puede negar, sin embargo, el mérito de la racionalidad y la probabilidad, y bien vale todas las explicaciones que dan los que niegan para demostrar que en los fenómenos espíritas todo es ilusión, fantasmagoría y subterfugio.

111 Teoría de la alucinación

Quienes no admiten el mundo incorpóreo e invisible creen explicarlo todo con la palabra alucinación. La definición de esta palabra es conocida: Un error, una ilusión de una persona que cree tener percepciones que en realidad no tiene (del latín hallncinari, errar, formado de ad litcem); pero los sabios todavía no han dado, que sepamos, su explicación fisiológica.

La óptica y la fisiología parecen no tener ya secretos para ellos; ¿cómo es que todavía no han explicado la naturaleza y el origen de las imágenes que se presentan al espíritu en determinadas circunstancias?

Quieren explicarlo todo por las leyes de la materia; sea, pues que den mediante esas leyes una teoría de la alucinación; buena o mala, siempre será una explicación.

112 La ciencia nunca ha explicado la causa de los sueños; los atribuye a un efecto de la imaginación; pero no nos dice qué es la imaginación ni cómo produce esas imágenes tan claras y tan nítidas que a veces se nos aparecen; esto es explicar una cosa que no se conoce mediante otra que tampoco se conoce; por lo tanto, la cuestión sigue sin resolverse. Es, se dice, un recuerdo de las preocupaciones de la vigilia; pero, aun admitiendo esta solución, que no lo es, todavía quedaría por saber qué es ese espejo mágico que conserva así la huella de las cosas; ¿cómo explicar, sobre todo, esas visiones de cosas reales que nunca se han visto en estado de vigilia y en las que ni siquiera se ha pensado? Solo el espiritismo podía darnos la clave de este extraño fenómeno, que pasa inadvertido por lo común que es, como todas las maravillas de la naturaleza que pisamos bajo nuestros pies.

Los sabios han desdeñado ocuparse de la alucinación; sea real o no, no deja de ser un fenómeno que la fisiología debe poder explicar, so pena de reconocer su insuficiencia. Si algún día un sabio se propone dar, no una definición, entendámonos bien, sino una explicación fisiológica, veremos si su teoría resuelve todos los casos; que no omita, sobre todo, los hechos tan comunes de apariciones de personas en el momento de su muerte; que diga de dónde viene la coincidencia de la aparición con la muerte de la persona. Si fuera un hecho aislado, podría atribuirse a la casualidad; pero, como es muy frecuente, la casualidad no tiene semejantes repeticiones. Si al menos quien ve la aparición tuviera la imaginación impresionada por la idea de que esa persona va a morir, de acuerdo; pero quien aparece suele ser la persona en la que menos piensa; por lo tanto, la imaginación no interviene en ello. Menos aún pueden explicarse por la imaginación las circunstancias de la muerte de las que no se tiene idea alguna. ¿Dirán los partidarios de la alucinación que el alma (si es que admiten un alma) tiene momentos de

sobreexcitación en los que sus facultades se exaltan? Estamos de acuerdo; pero, cuando lo que ve es real, entonces no es una ilusión. Si, en su exaltación, el alma ve algo que no está presente, es porque se traslada; pero, si nuestra alma puede trasladarse hacia una persona ausente, ¿por qué el alma de esa persona no podría trasladarse hacia nosotros? Que tengan a bien tomar en cuenta estos hechos en su teoría de la alucinación y no olviden que una teoría a la que pueden oponerse hechos contrarios es necesariamente falsa o incompleta.

Mientras esperamos su explicación, intentaremos expresar algunas ideas sobre este asunto.

113 Los hechos prueban que hay verdaderas apariciones que la teoría espírita explica perfectamente, y que solo pueden negar quienes no admiten nada fuera del organismo; pero, junto a las visiones reales, ¿hay alucinaciones en el sentido que se da a esta palabra?

No cabe duda. ¿Cuál es su origen? Los Espíritus nos pondrán sobre la pista, pues nos parece que la explicación está enteramente en las respuestas dadas a las siguientes preguntas:

¿Las visiones son siempre reales, y no son a veces efecto de la alucinación? Cuando se ve, en sueños o de otro modo, al diablo, por ejemplo, u otras cosas fantásticas que no existen, ¿no es un producto de la imaginación?

«Sí, a veces, cuando ciertas lecturas o historias de diabluras causan una fuerte impresión, uno las recuerda y cree ver lo que no existe. Pero también hemos dicho que el Espíritu, bajo su envoltura semimaterial, puede adoptar toda clase de formas para manifestarse. Un Espíritu burlón puede, por tanto, aparecer con cuernos y garras si le place, para aprovecharse de la credulidad, así como un Espíritu bueno puede mostrarse con alas y un rostro

radiante».

— ¿Pueden considerarse apariciones las figuras y otras imágenes que suelen presentarse durante el duermevela, o simplemente cuando se cierran los ojos?

«En cuanto los sentidos se adormecen, el Espíritu se desprende y puede ver de lejos o de cerca lo que no podría ver con los ojos. Estas imágenes son muy a menudo visiones, pero también pueden ser un efecto de las impresiones que la vista de ciertos objetos ha dejado en el cerebro, que conserva sus huellas como conserva las de los sonidos. El Espíritu desprendido ve entonces en su propio cerebro esas huellas que han quedado fijadas en él como en una placa de daguerrotipo. Su variedad y su mezcla forman conjuntos extraños y fugaces que se borran casi de inmediato, pese a los esfuerzos que se hacen por retenerlos. A una causa semejante deben atribuirse ciertas apariciones fantásticas que no tienen nada de real y que se producen a menudo durante la enfermedad».

Es un hecho establecido que la memoria es el resultado de las huellas conservadas por el cerebro; ¿por qué singular fenómeno esas huellas tan variadas, tan múltiples, no se confunden? Es un misterio impenetrable, pero no más extraño que el de las ondulaciones sonoras que se cruzan en el aire y, aun así, siguen siendo distintas. En un cerebro sano y bien organizado, esas huellas son nítidas y precisas; en un estado menos favorable, se borran y se confunden; de ahí la pérdida de la memoria o la confusión de las ideas. Esto parece aún menos extraordinario si se admite, como en la frenología, una función especial para cada parte, e incluso para cada fibra del cerebro.

Las imágenes que llegan al cerebro por los ojos dejan, pues, una huella que hace que recordemos un cuadro como si lo tuviéramos delante, pero sigue siendo solo una cuestión de memoria, pues no lo vemos; ahora bien, en

cierto estado de emancipación, el alma ve en el cerebro y encuentra allí esas imágenes, sobre todo las que más la han impresionado, según la naturaleza de sus preocupaciones o las disposiciones del espíritu; así encuentra allí la huella de escenas religiosas, diabólicas, dramáticas, mundanas, de figuras de animales extraños que vio en otro tiempo en pinturas o incluso en relatos, pues los relatos también dejan huellas. Así, el alma ve realmente, pero solo ve una imagen fijada como un daguerrotipo en el cerebro. En el estado normal, estas imágenes son fugaces y efímeras, porque todas las partes cerebrales funcionan libremente; pero durante la enfermedad, el cerebro siempre está más o menos debilitado, no hay equilibrio entre todos los órganos, solo algunos conservan su actividad, mientras que otros están, en cierto modo, paralizados; de ahí la permanencia de ciertas imágenes que ya no son borradas, como en el estado normal, por las preocupaciones de la vida exterior. Esta es la verdadera alucinación y la causa primera de las ideas fijas.

Como se ve, hemos explicado esta anomalía mediante una ley puramente fisiológica y bien conocida, la de las huellas cerebrales; pero siempre hemos tenido que hacer intervenir al alma; ahora bien, si los materialistas aún no han podido dar una solución satisfactoria a este fenómeno, es porque no quieren admitir la existencia del alma; por eso dirán que nuestra explicación es mala, porque establecemos como principio lo que se discute. ¿Discutido por quién? Por ellos, pero admitido por la inmensa mayoría desde que hay seres humanos en la tierra, y la negación de unos pocos no puede imponerse como ley.

¿Es buena nuestra explicación? La ofrecemos por lo que pueda valer a falta de otra, y, si se quiere, como una simple hipótesis a la espera de algo mejor. Tal como es, ¿explica todos los casos de visión? Ciertamente no, y desafia-

mos a todos los fisiólogos a que den, desde su punto de vista exclusivo, una sola explicación que los resuelva todos; pues, cuando han pronunciado sus palabras sacramentales de sobreexcitación y exaltación, no han dicho nada; por tanto, si todas las teorías de la alucinación son insuficientes para explicar todos los hechos, es porque hay algo más que la alucinación propiamente dicha. Nuestra teoría sería falsa si la aplicáramos a todos los casos de visión, porque hay algunos que la contradirían; puede ser acertada si se limita a ciertos efectos.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. VII — BICORPOREIDAD Y TRANSFIGURACIÓN

✦

114 Estos dos fenómenos son variedades del de las manifestaciones visuales y, por maravillosos que puedan parecer a primera vista, se reconocerá fácilmente, por la explicación que puede darse de ellos, que no se apartan del orden de los fenómenos naturales. Ambos se basan en este principio: todo lo que se ha dicho sobre las propiedades del periespíritu después de la muerte se aplica al periespíritu de los vivos. Sabemos que durante el sueño el Espíritu recobra en parte su libertad, es decir, se aísla del cuerpo, y en ese estado hemos tenido muchas veces ocasión de observarlo. Pero el Espíritu, esté el hombre muerto o vivo, siempre tiene su envoltura semimaterial que, por las mismas causas que hemos descrito, puede adquirir visibilidad y tangibilidad. Hechos muy concluyentes no pueden dejar ninguna duda al respecto; solo citaremos algunos ejemplos que conocemos personalmente y cuya exactitud podemos garantizar, pues cualquiera puede recoger otros semejantes consultando sus recuerdos.

IIS. La esposa de uno de nuestros amigos vio en varias ocasiones, durante la noche, entrar en su habitación, hubiera luz o no, a una vendedora de fruta de los alrededores a quien conocía de vista, pero con quien nunca había hablado. Esta aparición le causó un temor tanto mayor cuanto que, en aquella época, esta señora no tenía ningún conocimiento del espiritismo y el fenómeno se repitió con mucha frecuencia. Ahora bien, la vendedora estaba perfectamente viva y probablemente dormía a aquella hora; mientras su cuerpo material estaba en su casa, su Espíritu y su cuerpo fluídico estaban

en casa de aquella señora. ¿Por qué motivo? Eso no se sabe. En semejante caso, un espírita, familiarizado con estas cosas, se lo habría preguntado, pero a ella no se le ocurrió. Cada vez la aparición se desvanecía sin que ella supiera cómo, y cada vez también, después de su desaparición, iba a comprobar que todas las puertas estuvieran perfectamente cerradas y que nadie hubiera podido entrar en su vivienda. Esta precaución le demostró que estaba bien despierta y que no era víctima de un sueño. Otras veces vio del mismo modo a un hombre a quien no conocía, pero un día vio a su hermano, que entonces estaba en California; tenía tal apariencia de una persona real que, en un primer momento, creyó que había regresado y quiso hablarle, pero desapareció sin darle tiempo. Una carta recibida posteriormente le demostró que no había muerto. Esta señora era lo que puede llamarse una médium vidente natural, pero en aquella época, como hemos dicho, nunca había oído hablar de médiums.

Este señor estaba sentado en un sillón al pie de su cama y de vez en cuando tomaba un poco de rapé; parecía velar por ella. Sorprendida por semejante visita a tal hora, quiso preguntarle el motivo, pero el señor le hizo señas de que no hablara y durmiera; varias veces quiso dirigirle la palabra y cada vez recibió la misma recomendación. Acabó por dormirse. Unos días después, ya restablecida, recibió la visita de aquel mismo señor, pero a una hora más conveniente, y esta vez era él en persona; llevaba la misma ropa, la misma tabaquera y tenía exactamente los mismos modales. Convencida de que había venido durante su enfermedad, le agradeció la molestia que se había tomado. El señor, muy sorprendido, le dijo que hacía bastante tiempo que no había tenido el placer de verla. La señora, que conocía los fenómenos espíritas, comprendió lo ocurrido; pero, como no quería explicárselo, se limitó a decirle que probablemente lo había soñado.

Eso es lo probable, dirán los incrédulos, los librepensadores, lo que para ellos es sinónimo de personas de ingenio; pero es un hecho que esta señora no dormía en absoluto, como tampoco la anterior. —Entonces soñaba despierta; en otras palabras, tenía una alucinación.— Esa es la gran palabra, la explicación universal de todo lo que no se comprende. Como ya hemos refutado suficientemente esta objeción, continuaremos dirigiéndonos a quienes pueden comprendernos.

117 Sin embargo, he aquí otro hecho más característico, y tendríamos curiosidad por ver cómo podría explicarse por el solo juego de la imaginación. Un señor que vivía en provincias nunca había querido casarse, pese a la insistencia de su familia. Habían insistido especialmente en favor de una persona que vivía en una ciudad vecina y a quien él nunca había visto. Un día, estando en su habitación, se sorprendió mucho al encontrarse ante una joven vestida de blanco y con la cabeza adornada con una corona de flores. Ella le dijo que era su prometida y le tendió la mano, que él tomó entre las suyas y en la que vio un anillo. Al cabo de unos instantes todo desapareció. Sorprendido por esta aparición, y después de asegurarse de que estaba bien despierto, preguntó si había venido alguien durante el día, pero le dijeron que no habían visto a nadie. Un año después, cediendo a nuevas peticiones de sus parientes, se decidió a ir a ver a la que le proponían. Llegó el día de Corpus Christi; regresaban de la procesión y una de las primeras personas que vio al entrar en la casa fue una joven a quien reconoció como la que se le había aparecido; iba vestida del mismo modo, pues el día de la aparición también había sido el de Corpus Christi. Él quedó atónito y, por su parte, la joven lanzó un grito de sorpresa y se desmayó. Al volver en sí, dijo que ya había visto a aquel señor el mismo día del año anterior. El matrimonio se

concertó. Esto sucedía hacia 1835; en aquella época no se hablaba de los Espíritus y, además, ambos son personas de un positivismo extremo y de la imaginación menos exaltada que pueda haber en el mundo.

Tal vez se diga que ambos tenían la mente impresionada por la idea de la unión propuesta y que esta preocupación provocó una alucinación; pero no hay que olvidar que el marido era tan indiferente a ella que pasó un año sin ir a ver a su futura esposa. Aun admitiendo esta hipótesis, quedaría por explicar la doble aparición, la coincidencia de la ropa con el día de Corpus Christi y, por último, el reconocimiento físico entre personas que nunca se habían visto, circunstancias que no pueden ser producto de la imaginación.

118 Antes de seguir adelante, debemos responder de inmediato a una pregunta que sin duda se hará: cómo puede vivir el cuerpo mientras el Espíritu está ausente. Podríamos decir que el cuerpo puede vivir la vida orgánica, que es independiente de la presencia del Espíritu, y la prueba de ello es que las plantas viven y no tienen Espíritu; pero debemos añadir que, durante la vida, el Espíritu nunca está completamente separado del cuerpo.

118.2 Los Espíritus, al igual que ciertos médiums videntes, reconocen al Espíritu de una persona viva por una estela luminosa que llega hasta su cuerpo, fenómeno que nunca se produce cuando el cuerpo está muerto, pues entonces la separación es completa.

118.3 Por esta comunicación el Espíritu es advertido al instante, a cualquier distancia que se encuentre, de la necesidad que el cuerpo pueda tener de su presencia, y entonces regresa a él con la rapidez del relámpago.

118.4 De ello resulta que el cuerpo nunca puede morir durante la ausencia del Espíritu y que nunca puede ocurrir que este, a su regreso, encuentre la puerta cerrada, como han dicho algunos novelistas en historias inventadas a su antojo. (El libro de los Espíritus, n.º -400 y siguientes.)

119 Volvamos a nuestro tema. El Espíritu de una persona viva, separado del cuerpo, puede aparecer como el de una persona muerta y tener todas las apariencias de la realidad; además, por las mismas causas que hemos explicado, puede adquirir una tangibilidad momentánea. Este fenómeno, designado con el nombre de bicorporeidad, es el que ha dado lugar a las historias de los hombres dobles, es decir, de individuos cuya presencia simultánea se ha comprobado en dos lugares diferentes. He aquí dos ejemplos tomados, no de las leyendas populares, sino de la historia eclesiástica.

San Alfonso de Ligorio fue canonizado antes del tiempo previsto por haberse mostrado simultáneamente en dos lugares diferentes, lo que se consideró un milagro.

San Antonio de Padua estaba en España y, mientras predicaba, su padre, que estaba en Padua, iba al suplicio acusado de un asesinato. En ese momento aparece san Antonio, demuestra la inocencia de su padre y da a conocer al verdadero criminal, que más tarde sufrió el castigo. Se comprobó que, en ese momento, san Antonio no había salido de España.

Habiendo evocado a san Alfonso e interrogado sobre el hecho anterior, estas fueron sus respuestas:

1. ¿Podría darnos la explicación de este fenómeno?

«Sí; el hombre, cuando se ha desmaterializado por completo mediante su virtud y ha elevado su alma hacia Dios, puede aparecer en dos lugares a la vez, de la siguiente manera. El Espíritu encarnado, al sentir que le llega el

sueño, puede pedir a Dios trasladarse a un lugar cualquiera. Su Espíritu, o su alma, como quieran llamarlo, abandona entonces su cuerpo, seguido de una parte de su periespíritu, y deja la materia inmunda en un estado cercano a la muerte. Digo cercano a la muerte porque ha quedado en el cuerpo un vínculo que une el periespíritu y el alma a la materia, y ese vínculo no puede definirse. El cuerpo aparece, pues, en el lugar solicitado. Creo que esto es todo lo que desean saber».

2. Esto no nos da la explicación de la visibilidad y la tangibilidad del periespíritu. «El Espíritu, al encontrarse desligado de la materia según su grado de elevación, puede hacerse tangible para la materia».

3. ¿Es indispensable el sueño del cuerpo para que el Espíritu aparezca en otros lugares?

«El alma puede dividirse cuando se siente llevada a un lugar diferente de aquel donde se encuentra el cuerpo. Puede suceder que el cuerpo no duerma, aunque esto es muy raro, pero entonces el cuerpo nunca se encuentra en un estado perfectamente normal; siempre está en un estado más o menos extático».

Observación. El alma no se divide en el sentido literal de la palabra; irradia hacia distintos lados y puede así manifestarse en varios puntos sin estar dividida; sucede lo mismo con una luz que puede reflejarse simultáneamente en varios espejos.

4. Si un hombre está sumido en el sueño mientras su Espíritu aparece en otra parte, ¿qué sucedería si lo despertaran de repente?

«Eso no sucedería, porque, si alguien tuviera la intención de despertarlo, el Espíritu volvería al cuerpo y se anticiparía a esa intención, puesto que el Espíritu lee el pensamiento».

Una explicación completamente idéntica nos ha sido dada varias veces por

el Espíritu de personas muertas o vivas. San Alfonso explica el hecho de la doble presencia, pero no da la teoría de la visibilidad y la tangibilidad.

420. Tácito relata un hecho análogo:

Durante los meses que Vespasiano pasó en Alejandría para esperar el regreso periódico de los vientos de verano y la estación en que el mar se vuelve seguro, ocurrieron varios prodigios, por los que se manifestó el favor del cielo y el interés que los dioses parecían mostrar por este príncipe.... Estos prodigios redoblaron en Vespasiano el deseo de visitar la morada sagrada del dios para consultarlo acerca del imperio. Ordena que el templo se cierre a todo el mundo; una vez dentro y enteramente concentrado en lo que iba a pronunciar el oráculo, ve detrás de él a uno de los principales egipcios, llamado Basílides, de quien sabía que estaba enfermo a varias jornadas de Alejandría. Pregunta a los sacerdotes si Basílides ha venido ese día al templo; pregunta a los transeúntes si lo han visto en la ciudad; finalmente envía a unos hombres a caballo y se asegura de que, en ese mismo momento, estaba a ochenta millas de distancia. Entonces ya no dudó de que la visión fuera sobrenatural, y el nombre de Basílides le sirvió de oráculo. (Tácito. Historias, libro IV, caps. 81 y 82. Traducción de Burnovf.)

121 El individuo que se muestra simultáneamente en dos lugares diferentes tiene, pues, dos cuerpos; pero de esos dos cuerpos solo uno es real, el otro no es más que una apariencia; puede decirse que el primero tiene la vida orgánica y que el segundo tiene la vida del alma; al despertar, los dos cuerpos se reúnen y la vida del alma vuelve al cuerpo material.

121.2 No parece posible, al menos no tenemos ningún ejemplo de ello y la razón parece demostrarlo, que, en el estado de separación, los dos cuerpos puedan gozar simultáneamente y en el mismo grado de la vida activa e

inteligente.

121.3 Se desprende, además, de lo que acabamos de decir que el cuerpo real no podría morir mientras el cuerpo aparente permaneciera visible, pues la proximidad de la muerte siempre hace volver al Espíritu al cuerpo, aunque solo sea por un instante.

121.4 De ello resulta igualmente que no se podría matar al cuerpo aparente, porque no es orgánico y no está formado de carne y hueso; desaparece en el momento en que se quisiera darle muerte.

122 Pasamos al segundo fenómeno, el de la transfiguración. Consiste en el cambio de aspecto de un cuerpo vivo. He aquí, al respecto, un hecho cuya perfecta autenticidad podemos garantizar y que ocurrió en los años 1858 y 1859 en los alrededores de Saint-Étienne.

122.2 Una joven de unos quince años poseía la singular facultad de transfigurarse, es decir, de adoptar en determinados momentos todas las apariencias de ciertas personas muertas; la ilusión era tan completa que uno creía tener a la persona delante, tanto se parecían los rasgos del rostro, la mirada, el sonido de la voz e incluso la manera de hablar.

122.3 Este fenómeno se repitió cientos de veces sin que la voluntad de la joven interviniera en absoluto. Adoptó varias veces la apariencia de su hermano, muerto algunos años antes; tenía no solo su rostro, sino también su estatura y el volumen de su cuerpo.

122.4 Un médico de la zona, que había presenciado muchas veces estos extraños efectos, queriendo asegurarse de que no era víctima de una ilusión, hizo el siguiente experimento. Conocemos los hechos por él mismo, por el padre de la joven y por otros varios testigos oculares muy honorables y muy dignos de fe.

122.5 Tuvo la idea de pesar a la joven en su estado normal y luego en el de transfiguración, cuando tenía la apariencia de su hermano de veintitantos años, que era mucho más alto y más robusto. Pues bien, resultó que, en este último estado, el peso era casi el doble. El experimento era concluyente y era imposible atribuir esa apariencia a una simple ilusión óptica.

122.6 Intentemos explicar este hecho, que en otro tiempo se habría tanin: el doctor V. y la señorita I.; abril de 1860, El fabricante de San Petersburgo; apariciones tangibles; noviembre de 1860, Historia de María de Ágreda; julio de 1861, Una aparición providencial.

123 Llamado milagro, y que nosotros llamamos sencillamente fenómeno

La transfiguración, en ciertos casos, puede tener por causa una simple contracción muscular que puede dar a la fisonomía una expresión completamente distinta, hasta el punto de volver a la persona casi irreconocible. La hemos observado a menudo en ciertas sonámbulas, pero en este caso la transformación no es radical; una mujer podrá parecer joven o vieja, hermosa o fea, pero seguirá siendo una mujer y, sobre todo, su peso no aumentará ni disminuirá. En el caso del que se trata, es muy evidente que hay algo más; la teoría del periespíritu nos pondrá sobre la pista.

Se admite en principio que el Espíritu puede dar a su periespíritu todas las apariencias; que, mediante una modificación en la disposición molecular, puede darle visibilidad, tangibilidad y, por consiguiente, opacidad; que el periespíritu de una persona viva, separado del cuerpo, puede experimentar las mismas transformaciones; que este cambio de estado se produce por la combinación de los fluidos. Imaginemos ahora el periespíritu de una persona viva, no separado, sino irradiando alrededor del cuerpo de manera que lo envuelva como un vapor; en este estado puede experimentar las mis-

mas modificaciones que si estuviera separado de él; si pierde su transparencia, el cuerpo puede desaparecer, volverse invisible y quedar velado como si estuviera sumido en la niebla. Incluso podrá cambiar de aspecto y volverse brillante, si tal es la voluntad o el poder del Espíritu. Otro Espíritu, combinando su propio fluido con el primero, puede sustituir esa apariencia por la suya propia, de tal modo que el cuerpo real desaparece bajo una envoltura fluídica exterior cuya apariencia puede variar a voluntad del Espíritu. Tal parece ser la verdadera causa del fenómeno extraño y raro, hay que decirlo, de la transfiguración. En cuanto a la diferencia de peso, se explica de la misma manera que en los cuerpos inertes. El peso intrínseco del cuerpo no ha variado, porque la cantidad de materia no ha aumentado; experimenta la influencia de un agente exterior que puede aumentar o disminuir su peso relativo, como hemos explicado más arriba, n.º 78 y siguientes. Es, pues, probable que, si la transfiguración hubiera tenido lugar bajo el aspecto de un niño pequeño, el peso hubiera disminuido en proporción.

124 Se comprende que el cuerpo pueda adoptar otra apariencia más grande o de la misma dimensión; pero ¿cómo podría adoptar una más pequeña, la de un niño pequeño, como acabamos de decir? En ese caso, ¿no debería el cuerpo real sobrepasar los límites del cuerpo aparente? Por eso no decimos que el hecho se haya producido; solo hemos querido mostrar, remitiéndonos a la teoría del peso específico, que el peso aparente habría podido disminuir. En cuanto al fenómeno en sí, no afirmamos ni su posibilidad ni su imposibilidad; pero, en caso de que ocurriera, el hecho de que no se pudiera dar una explicación satisfactoria no lo invalidaría; no hay que olvidar que estamos en los comienzos de la ciencia y que esta está lejos de haber dicho su última palabra sobre este punto, como sobre muchos otros. Por lo

demás, las partes que sobresalieran podrían perfectamente hacerse invisibles.

La teoría del fenómeno de la invisibilidad se desprende de manera muy natural de las explicaciones anteriores y de las que se han dado acerca del fenómeno de los aportes, n.º 96 y siguientes.

125 Nos quedaría por hablar del singular fenómeno de los agéneres que, por extraordinario que pueda parecer a primera vista, no es más sobrenatural que los demás.

Pero, como lo hemos explicado en la Revista Espírita (febrero de 1859), creemos inútil reproducir aquí los detalles; diremos solamente que es una variedad de la aparición tangible; es el estado de ciertos Espíritus que pueden revestir momentáneamente las formas de una persona viva, hasta el punto de crear una ilusión completa. (Del griego a privativo, y géine, géinomat, engendrar; que no ha sido engendrado.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. VIII — LABORATORIO DEL MUNDO INVISIBLE

✦

126 Hemos dicho que los Espíritus se presentan vestidos con túnicas, ropajes o incluso con sus prendas habituales. Los ropajes parecen ser una vestimenta general en el mundo de los Espíritus; pero cabe preguntarse de dónde sacan prendas enteramente semejantes a las que llevaban en vida, con todos los accesorios del atuendo. Es indudable que no se llevaron esos objetos consigo, puesto que los objetos reales siguen aquí, ante nuestros ojos; ¿de dónde proceden, pues, los que llevan en el otro mundo? Esta cuestión siempre ha intrigado mucho; pero para muchas personas era un simple asunto de curiosidad; sin embargo, planteaba una cuestión de principio de gran importancia, pues su solución nos ha puesto sobre la pista de una ley general que también tiene aplicación en nuestro mundo corporal. Varios hechos vinieron a complicarla y a demostrar la insuficiencia de las teorías que se habían ensayado.

Hasta cierto punto, se podía explicar la vestimenta, porque puede considerarse que forma, en cierto modo, parte del individuo; no ocurre lo mismo con los objetos accesorios, como, por ejemplo, la tabaquera del visitante de la señora enferma de la que hemos hablado en el n.º 117. Observemos al respecto que aquí no se trataba de un muerto, sino de un vivo, y que este señor, cuando volvió en persona, tenía una tabaquera enteramente semejante. ¿Dónde había encontrado, pues, su Espíritu la que tenía cuando estaba al pie de la cama de la enferma? Podríamos citar un gran número de casos en que Espíritus de muertos o de vivos han aparecido con diversos

objetos, tales como bastones, armas, pipas, linternas, libros, etc. Entonces se nos ocurrió que los cuerpos inertes podían tener sus equivalentes etéreos en el mundo invisible; que la materia condensada que forma los objetos podía tener una parte quintaesenciada que escapara a nuestros sentidos. Esta teoría no carecía de verosimilitud, pero era incapaz de explicar todos los hechos. Hay uno, sobre todo, que parecía destinado a frustrar todas las interpretaciones. Hasta entonces solo se había tratado de imágenes o apariencias; hemos visto que el periespíritu puede adquirir las propiedades de la materia y volverse tangible, pero esa tangibilidad es solo momentánea, y el cuerpo sólido se desvanece como una sombra. Esto ya es un fenómeno muy extraordinario, pero mucho más extraordinario es ver producirse materia sólida persistente, como lo prueban numerosos hechos auténticos, en particular el de la escritura directa, del que hablaremos detalladamente en un capítulo especial. Sin embargo, como este fenómeno está íntimamente ligado al asunto que tratamos en este momento, y es una de sus aplicaciones más evidentes, nos adelantaremos al orden en que debe aparecer.

127 La escritura directa, o pneumatografía, es la que se produce espontáneamente sin ayuda de la mano del médium ni del lápiz. Basta con tomar una hoja de papel en blanco, lo que puede hacerse con todas las precauciones necesarias para asegurarse de no ser víctima de ningún engaño, doblarla y depositarla en algún lugar, en un cajón o simplemente sobre un mueble, y, si se dan las condiciones adecuadas, al cabo de un tiempo más o menos largo se encuentran en el papel caracteres trazados, signos diversos, palabras, frases e incluso discursos, la mayoría de las veces con una sustancia grisácea semejante al grafito, otras veces con lápiz rojo, tinta ordinaria e incluso tinta de imprenta.

127.2 Este es el hecho en toda su sencillez, cuya reproducción, aunque poco común, tampoco es muy rara, pues hay personas que la obtienen con bastante facilidad. Si se pusiera un lápiz junto al papel, podría creerse que el Espíritu se ha servido de él para escribir; pero, desde el momento en que el papel está completamente solo, es evidente que la escritura está formada por una materia depositada; ¿de dónde ha sacado el Espíritu esa materia? Esta es la cuestión a cuya solución nos ha llevado la tabaquera de la que acabamos de hablar.

128 Fue el Espíritu de san Luis quien nos dio esta solución en las respuestas siguientes:

1. Hemos citado un caso de aparición del Espíritu de una persona viva. Este Espíritu tenía una tabaquera y tomaba rapé. ¿Experimentaba la sensación que se experimenta al tomar rapé?

«No».

2. Esa tabaquera tenía la forma de la que usaba habitualmente y que estaba en su casa. ¿Qué era esa tabaquera en manos de aquel hombre?

«Una apariencia; era para que se reparara en aquella circunstancia, como ocurrió, y para que la aparición no se tomara por una alucinación producida por el estado de salud de la vidente. El Espíritu quería que aquella señora creyera en la realidad de su presencia y adoptó todas las apariencias de la realidad».

3. Decís que es una apariencia; pero una apariencia no tiene nada de real, es como una ilusión óptica; quisiéramos saber si esa tabaquera era solo una imagen sin realidad o si había algo material. «Ciertamente; con ayuda de ese principio material, el periespíritu toma la apariencia de prendas semejantes a las que el Espíritu llevaba en vida».

Observación. Es evidente que aquí debe entenderse la palabra apariencia en el sentido de aspecto, imitación. La tabaquera real no estaba allí; la que sostenía el Espíritu era solo su representación: era, pues, una apariencia comparada con el original, aunque estuviera formada por un principio material.

La experiencia nos enseña que no siempre hay que tomar al pie de la letra ciertas expresiones empleadas por los Espíritus; al interpretarlas según nuestras ideas, nos exponemos a grandes equivocaciones; por eso hay que profundizar en el sentido de sus palabras siempre que presente la menor ambigüedad; es una recomendación que nos hacen constantemente los propios Espíritus. Sin la explicación que hemos suscitado, la palabra apariencia, repetida constantemente en casos análogos, podía dar lugar a una interpretación falsa.

4. ¿Se desdoblaría la materia inerte? ¿Habría en el mundo invisible una materia esencial que adoptara la forma de los objetos que vemos? En una palabra, ¿tendrían esos objetos su doble etéreo en el mundo invisible, como los hombres están allí representados por los Espíritus?

«No es así como sucede; el Espíritu tiene sobre los elementos materiales esparcidos por todas partes en el espacio, en vuestra atmósfera, un poder que estáis lejos de sospechar. Puede concentrar esos elementos a voluntad y darles la forma aparente adecuada a sus propósitos».

Observación. Esta pregunta, como se ha visto, era la expresión de nuestro pensamiento, es decir, de la idea que nos habíamos formado sobre la naturaleza de esos objetos. Si las respuestas fueran, como algunos pretenden, el reflejo del pensamiento, habríamos obtenido la confirmación de nuestra teoría, en lugar de una teoría contraria.

5. Planteo de nuevo la pregunta de manera categórica, para evitar cualquier

equívoco:

¿Son algo las prendas con que se cubren los Espíritus?

«Me parece que mi respuesta anterior resuelve la cuestión. ¿No sabéis que el propio periespíritu es algo?»

6. De esta explicación resulta que los Espíritus hacen sufrir a la materia etérea transformaciones a voluntad, y que así, por ejemplo, en el caso de la tabaquera, el Espíritu no la encontró ya hecha, sino que la hizo él mismo para el momento en que la necesitaba, mediante un acto de su voluntad, y que pudo deshacerla; lo mismo debe ocurrir con todos los demás objetos, tales como prendas, joyas, etc.

«Evidentemente».

7. Esa tabaquera fue visible para aquella señora hasta el punto de engañarla. ¿Habría podido el Espíritu hacerla tangible para ella?

«Habría podido».

8. Llegado el caso, ¿habría podido aquella señora tomarla entre sus manos, creyendo tener una tabaquera verdadera?

«Sí».

9. Si la hubiera abierto, probablemente habría encontrado tabaco; si hubiera tomado ese tabaco, ¿la habría hecho estornudar? «Sí».

10. ¿Puede, pues, el Espíritu dar no solo la forma, sino también propiedades especiales? «Si lo quiere; solo en virtud de ese principio he respondido afirmativamente a las preguntas anteriores. Tendréis pruebas de la poderosa acción que el Espíritu ejerce sobre la materia y que estáis lejos de sospechar, como os he dicho».

11. Supongamos entonces que hubiera querido hacer una sustancia venenosa y que una persona la hubiera tomado, ¿se habría envenenado?

«Habría podido hacerlo, pero no lo habría hecho; no se le habría permi-

tido».

12. ¿Habría tenido el poder de hacer una sustancia saludable y apropiada para curar en caso de enfermedad, y se ha presentado ese caso?

«Sí, muy a menudo».

13. Entonces podría hacer igualmente una sustancia alimenticia; supongamos que ha hecho una fruta, un alimento cualquiera, ¿habría podido alguien comerlo y quedar saciado? «Sí, sí; pero no busquéis tanto para encontrar lo que es tan fácil de comprender. Basta un rayo de sol para hacer perceptibles a vuestros órganos groseros esas partículas materiales que llenan el espacio en medio del cual vivís; ¿no sabéis que el aire contiene vapor de agua? Condensadlo y lo devolveréis al estado normal; privadlo de calor, y veréis que esas moléculas impalpables e invisibles se han convertido en un cuerpo sólido, y muy sólido, y lo mismo ocurre con muchas otras sustancias de las que los químicos os mostrarán maravillas todavía más asombrosas; solo que el Espíritu posee instrumentos más perfectos que los vuestros: la voluntad y el permiso de Dios».

Observación. La cuestión de la saciedad es aquí muy importante. ¿Cómo puede producir saciedad una sustancia que solo tiene una existencia y unas propiedades temporales y, en cierto modo, convencionales? Esta sustancia, por su contacto con el estómago, produce la sensación de saciedad, pero no la saciedad resultante de estar lleno. Si una sustancia así puede actuar sobre el organismo y modificar un estado morboso, también puede actuar sobre el estómago y producir en él la sensación de saciedad. Rogamos, sin embargo, a los señores farmacéuticos y restauradores que no sientan celos por ello ni crean que los Espíritus vienen a hacerles competencia: estos casos son raros, excepcionales, y nunca dependen de la voluntad; de otro modo, uno se alimentaría y se curaría a un precio demasiado bajo.

14. Los objetos que la voluntad del Espíritu vuelve tangibles, ¿podrían tener un carácter de permanencia y estabilidad, y convertirse en objetos de uso habitual?

«Eso sería posible, pero no sucede; está fuera de las leyes».

15. ¿Tienen todos los Espíritus, en el mismo grado, el poder de producir objetos tangibles?

«Es cierto que cuanto más elevado es el Espíritu, más fácilmente lo consigue; pero también depende de las circunstancias: los Espíritus inferiores pueden tener ese poder».

16. ¿Se da cuenta siempre el Espíritu de la manera en que produce sus prendas o los objetos cuya apariencia presenta? «No; a menudo contribuye a su formación mediante un acto instintivo que él mismo no comprende, si no tiene suficientes conocimientos para ello».

17. Si el Espíritu puede extraer del elemento universal los materiales para hacer todas esas cosas y darles una realidad temporal con sus propiedades, también puede extraer de él lo necesario para escribir y, por consiguiente, ¿esto nos parece dar la clave del fenómeno de la escritura directa?

«¡Por fin habéis llegado!»

Observación. En efecto, a eso queríamos llegar con todas nuestras preguntas preliminares; la respuesta prueba que el Espíritu había leído nuestro pensamiento.

18. Si la materia de la que se sirve el Espíritu no es persistente, ¿cómo es que los trazos de la escritura directa no desaparecen?

«No discutáis sobre las palabras; en primer lugar, no he dicho: nunca; se trataba de un objeto material voluminoso; aquí son signos trazados que conviene conservar, y se conservan. He querido decir que los objetos así

compuestos por el Espíritu no podrían convertirse en objetos de uso habitual, pues no hay en realidad agregación de materia como en vuestros cuerpos sólidos».

129 La teoría anterior puede resumirse así: el Espíritu actúa sobre la materia; extrae de la materia cósmica universal los elementos necesarios para formar a voluntad objetos que tienen la apariencia de los diversos cuerpos que existen en la tierra.

129.2 También puede producir sobre la materia elemental, mediante su voluntad, una transformación íntima que le da propiedades determinadas. Esta facultad es inherente a la naturaleza del Espíritu, que a menudo la ejerce como un acto instintivo cuando es necesario y sin darse cuenta.

129.3 Los objetos formados por el Espíritu tienen una existencia temporal, subordinada a su voluntad o a la necesidad; puede hacerlos y deshacerlos a voluntad. Estos objetos pueden, en ciertos casos, tener a los ojos de las personas vivas todas las apariencias de la realidad, es decir, volverse momentáneamente visibles e incluso tangibles. Hay formación, pero no creación, puesto que el Espíritu no puede sacar nada de la nada.

130 La existencia de una materia elemental única es hoy casi generalmente admitida por la ciencia y confirmada, como se ha visto, por los Espíritus. Esta materia da origen a todos los cuerpos de la naturaleza; mediante las transformaciones que experimenta, produce también las diversas propiedades de esos mismos cuerpos; así, una sustancia saludable puede volverse venenosa por una simple modificación; la química nos ofrece numerosos ejemplos de ello.

130.2 Todo el mundo sabe que dos sustancias inocuas, combinadas en ciertas proporciones, pueden producir una que sea nociva. Una parte de oxígeno y dos de hidrógeno, ambos inofensivos, forman el agua; añadid un átomo de oxígeno y tendréis un líquido corrosivo.

130.3 Sin cambiar las proporciones, a menudo basta un simple cambio en el modo de agregación molecular para cambiar las propiedades; así, un cuerpo opaco puede volverse transparente, y viceversa.

130.4 Ya que el Espíritu tiene, por su sola voluntad, una acción tan poderosa sobre la materia elemental, se comprende que pueda no solo formar sustancias, sino también alterar sus propiedades, haciendo aquí la voluntad el efecto de un reactivo.

131 Esta teoría nos da la solución de un hecho bien conocido en magnetismo, pero hasta ahora inexplicado: el cambio de las propiedades del agua por la voluntad. El Espíritu que actúa es el del magnetizador, asistido casi siempre por otro Espíritu; realiza una transmutación con ayuda del fluido magnético que, como se ha dicho, es la sustancia que más se aproxima a la materia cósmica, o elemento universal. Si puede producir una modificación en las propiedades del agua, también puede producir un fenómeno análogo en los fluidos del organismo, y de ahí el efecto curativo de la acción magnética convenientemente dirigida.

Se conoce el papel fundamental que desempeña la voluntad en todos los fenómenos del magnetismo; pero ¿cómo explicar la acción material de un agente tan sutil? La voluntad no es un ser, una sustancia cualquiera; ni siquiera es una propiedad de la materia más etérea; la voluntad es el atributo esencial del espíritu, es decir, del ser pensante. Con ayuda de esta palanca, actúa sobre la materia elemental y, por una acción consecutiva, actúa a su

vez sobre sus compuestos, cuyas propiedades íntimas pueden así transformarse.

La voluntad es el atributo del Espíritu encarnado tanto como del Espíritu errante; de ahí el poder del magnetizador, poder que, como se sabe, está en proporción con la fuerza de voluntad. Como el Espíritu encarnado puede actuar sobre la materia elemental, también puede variar sus propiedades dentro de ciertos límites; así se explica la facultad de curar mediante el contacto y la imposición de manos, facultad que algunas personas poseen en mayor o menor grado. (Véase, en el capítulo de los médiums, el artículo relativo a los médiums curativos. Véase también la Revista Espírita, julio de 1859, páginas 184 y 189: El zuavo de Magenta; Un oficial del ejército de Italia.)

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. IX — DE LOS LUGARES ENCANTADOS

✦

132 Las manifestaciones espontáneas que se han producido en todos los tiempos, y la persistencia de algunos Espíritus en dar señales ostensibles de su presencia en ciertos lugares, son el origen de la creencia en los lugares encantados. Las siguientes respuestas se dieron a las preguntas formuladas sobre este asunto.

1. ¿Los Espíritus se apegan solamente a las personas o también a las cosas?

«Eso depende de su elevación. Algunos Espíritus pueden apegarse a los objetos terrestres; los avaros, por ejemplo, que han escondido sus tesoros y que no están suficientemente desmaterializados, todavía pueden vigilarlos y custodiarlos».

2. ¿Los Espíritus errantes tienen lugares predilectos?

«Sigue siendo el mismo principio. Los Espíritus que ya no están apegados a la tierra van donde encuentran a quién amar; los atraen las personas más que los objetos materiales; sin embargo, hay algunos que pueden tener momentáneamente una preferencia por ciertos lugares, pero siempre son Espíritus inferiores».

3. Puesto que el apego de los Espíritus a un lugar es un signo de inferioridad, ¿es también una prueba de que son malos Espíritus?

«Desde luego que no; un Espíritu puede estar poco adelantado sin ser malo por ello; ¿no ocurre lo mismo entre los hombres?».

4. ¿Tiene algún fundamento la creencia de que los Espíritus frecuentan preferentemente las ruinas?

«No; los Espíritus van a esos sitios como van a cualquier otro; pero el aspecto lúgubre de ciertos lugares impresiona la imaginación, que atribuye a su presencia lo que casi siempre no es más que un efecto muy natural.

¡Cuántas veces el miedo ha hecho tomar la sombra de un árbol por un fantasma, el grito de un animal o el soplo del viento por aparecidos! A los Espíritus les gusta la presencia de los hombres, por eso buscarán los sitios habitados antes que los lugares aislados.

— Sin embargo, por lo que sabemos de la diversidad de carácter de los Espíritus, debe de haber algunos misántropos que pueden preferir la soledad.

«Por eso no he respondido a la pregunta de manera absoluta; he dicho que pueden ir a los lugares desiertos como a cualquier otro, y es evidente que quienes se mantienen apartados lo hacen porque les gusta; pero eso no es razón para que las ruinas sean forzosamente sus lugares predilectos; pues, ciertamente, hay muchos más en las ciudades y los palacios que en lo profundo de los bosques, d

5. Las creencias populares tienen, en general, un fondo de verdad; ¿cuál puede ser el origen de la creencia en los lugares encantados?

«El fondo de verdad es la manifestación de los Espíritus, en la que el hombre ha creído por instinto en todos los tiempos; pero, como he dicho, el aspecto de los lugares lúgubres impresiona su imaginación, y sitúa naturalmente en ellos a los seres que considera sobrenaturales. Esta creencia supersticiosa se mantiene con los relatos de los poetas y los cuentos fantásticos con los que se arrulla su infancia».

6. ¿Los Espíritus que se reúnen tienen para ello días y horas predilectos?

«No; los días y las horas son medidas del tiempo para uso de los hombres y para la vida corporal, pero los Espíritus no las necesitan ni se preocupan por ellas».

7. ¿Cuál es el origen de la idea de que los Espíritus vienen preferentemente durante la noche?

«La impresión que producen en la imaginación el silencio y la oscuridad. Todas esas creencias son supersticiones que el conocimiento razonado del espiritismo debe destruir. Lo mismo ocurre con los días y las horas que se creen más propicios para ellos; tened por seguro que la influencia de la medianoche nunca ha existido más que en los cuentos».

— Si es así, ¿por qué ciertos Espíritus anuncian su llegada y sus manifestaciones para esa hora y para días determinados, como el viernes, por ejemplo?

8. ¿Los Espíritus vuelven preferentemente a las tumbas donde reposan sus cuerpos?

«El cuerpo no era más que una vestidura; no tienen más apego a la envoltura que los hizo sufrir que el prisionero a sus cadenas. El recuerdo de las personas que les son queridas es lo único que valoran».

— ¿Las oraciones que se van a hacer sobre sus tumbas les resultan más agradables y los atraen allí más que a otros lugares?

«La oración es una evocación que atrae a los Espíritus, bien lo sabéis. La oración tiene tanta más fuerza cuanto más ferviente y sincera es; ahora bien, ante una tumba venerada se está más recogido, y la conservación de reliquias piadosas es un testimonio de afecto que se da al Espíritu y al que siempre es sensible. Siempre es el pensamiento el que actúa sobre el Espíritu, y no los objetos materiales; esos objetos influyen más en quien reza, al fijar su atención, que en el Espíritu».

9. Según esto, ¿la creencia en los lugares encantados no parecería absolutamente falsa?

«Hemos dicho que algunos Espíritus pueden ser atraídos por cosas mate-

riales; pueden serlo por ciertos lugares donde parecen establecer su morada, hasta que cesen las circunstancias que los llevaban allí».

— ¿Cuáles son las circunstancias que pueden llevarlos allí?

«Su simpatía por algunas de las personas que los frecuentan, o el deseo de comunicarse con ellas. Sin embargo, sus intenciones no siempre son tan loables; cuando son malos Espíritus, pueden querer vengarse de ciertas personas de las que han tenido motivos de queja. La permanencia en un lugar determinado también puede ser, para algunos, un castigo que se les impone, sobre todo si han cometido allí un crimen, a fin de que tengan constantemente ese crimen ante los ojos».

10. ¿Los lugares encantados lo están siempre por antiguos habitantes de esas moradas?

«A veces, pero no siempre, pues si el antiguo habitante es un Espíritu elevado, no tendrá más apego a su morada terrestre que a su cuerpo. Los Espíritus que frecuentan ciertos lugares a menudo no tienen otro motivo que el capricho, a menos que los atraiga allí su simpatía por determinadas personas».

— ¿Pueden establecerse allí con el propósito de proteger a una persona o a su familia?

«Desde luego, si son buenos Espíritus; pero en ese caso nunca manifiestan su presencia mediante cosas desagradables».

11. ¿Hay algo de real en la historia de la Dama Blanca?

«Es un cuento sacado de mil hechos que son verdaderos».

12. ¿Es razonable temer los lugares frecuentados por los Espíritus?

«No; los Espíritus que frecuentan ciertos lugares y arman alboroto en ellos buscan más divertirse a costa de la credulidad y la cobardía que hacer daño. Además, tened bien presente que hay Espíritus en todas partes y

que, dondequiera que estéis, los tenéis sin cesar a vuestro lado, incluso en las casas más apacibles. A menudo solo parecen rondar ciertas viviendas porque encuentran en ellas una ocasión de manifestar su presencia».

13. ¿Hay algún medio de expulsarlos?

«Sí, y la mayoría de las veces lo que se hace para ello los atrae en vez de alejarlos. El mejor medio de ahuyentar a los malos Espíritus es atraer a los buenos. Atraed, pues, a los buenos Espíritus haciendo todo el bien posible, y los malos se marcharán; porque el bien y el mal son incompatibles. Sed siempre buenos y solo tendréis buenos Espíritus a vuestro lado.

— Sin embargo, ¿hay personas muy buenas que sufren las molestias de los malos Espíritus? «Si esas personas son realmente buenas, puede ser una prueba para ejercitar su paciencia e impulsarlas a ser todavía mejores; pero tened por seguro que quienes hablan sin cesar de la virtud no son quienes más la poseen. Quien posee cualidades reales a menudo las ignora él mismo o no habla de ellas».

14. ¿Qué debe creerse sobre la eficacia del exorcismo para expulsar a los malos Espíritus de los lugares encantados?

«¿Habéis visto a menudo que ese medio dé resultado? ¿No habéis visto, por el contrario, que el alboroto se redobla después de las ceremonias del exorcismo? Es que les divierte que los tomen por el diablo.

«Los Espíritus que no vienen con una mala intención también pueden manifestar su presencia mediante ruidos, e incluso haciéndose visibles, pero nunca arman un alboroto molesto. Con frecuencia son Espíritus que sufren y a los que podéis aliviar rezando por ellos; otras veces son incluso Espíritus benévolos que quieren demostraros que están cerca de vosotros, o, en fin, Espíritus ligeros que juguetean. Como quienes perturban el descanso con alborotos son casi siempre Espíritus que se divierten, lo mejor

que se puede hacer es reírse de ello; se cansarán si ven que no consiguen asustar ni impacientar». (Véase más arriba el capítulo V, manifestaciones físicas espontáneas).

De las explicaciones anteriores se desprende que hay Espíritus que se apegan a ciertos lugares y permanecen en ellos preferentemente, pero que no por eso necesitan manifestar su presencia mediante efectos sensibles. Cualquier lugar puede ser la morada forzosa o predilecta de un Espíritu, incluso malo, sin que jamás se haya producido en él ninguna manifestación.

Los Espíritus que se apegan a los lugares o a las cosas materiales nunca son Espíritus superiores, pero, sin ser superiores, pueden no ser malvados ni tener ninguna mala intención; a veces son incluso compañeros de mesa más útiles que perjudiciales, pues, si se interesan por las personas, pueden protegerlas

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. X — NATURALEZA DE LAS COMUNICACIONES

✦

133 Comunicaciones groseras, frívolas, serias o instructivas.

Hemos dicho que todo efecto que revela en su causa un acto de libre voluntad, por insignificante que sea ese acto, indica por ello mismo una causa inteligente. Así, un simple movimiento de mesa que responde a nuestro pensamiento, o presenta un carácter intencional, puede considerarse una manifestación inteligente. Si el resultado se limitara a eso, solo tendría para nosotros un interés muy secundario; sería, sin embargo, algo que nos diera la prueba de que en estos fenómenos hay más que una acción puramente material; pero la utilidad práctica que obtendríamos de ello sería nula o, al menos, muy limitada. Muy distinto es cuando esa inteligencia adquiere un desarrollo que permite un intercambio regular y continuo de pensamientos; ya no son entonces simples manifestaciones inteligentes, sino verdaderas comunicaciones. Los medios de que disponemos hoy permiten obtenerlas tan extensas, tan explícitas y tan rápidas como las que mantenemos con los hombres.

Si se ha comprendido bien, de acuerdo con la escala espírita (Libro de los Espíritus, n.º 100), la infinita variedad que existe entre los Espíritus en el doble aspecto de la inteligencia y de la moralidad, se comprenderá fácilmente la diferencia que debe existir en sus comunicaciones; estas deben reflejar la elevación o la bajeza de sus ideas, su saber y su ignorancia, sus vicios y sus virtudes; en una palabra, no deben parecerse entre sí más que las de

los hombres, desde el salvaje hasta el europeo más ilustrado. Todos los matices que presentan pueden agruparse en cuatro categorías principales; según sus rasgos más marcados, son: groseras, frívolas, serias o instructivas.

134 Las comunicaciones groseras son las que se manifiestan mediante expresiones que ofenden el decoro. Solo pueden proceder de Espíritus de baja condición, todavía manchados por todas las impurezas de la materia, y no difieren en nada de las que podrían dar hombres viciosos y groseros. Repugnan a toda persona que tenga la más mínima delicadeza de sentimientos; pues son, según el carácter de los Espíritus, vulgares, soeces, obscenas, insolentes, arrogantes, malintencionadas e incluso impías.

135 Las comunicaciones frívolas proceden de Espíritus ligeros, burlones y traviesos, más pícaros que malvados, y que no conceden ninguna importancia a lo que dicen. Como no tienen nada indecoroso, agradan a ciertas personas que se divierten con ellas y encuentran placer en esas conversaciones fútiles en las que se habla mucho para no decir nada.

135.2 Estos Espíritus compiten a veces en ocurrencias ingeniosas y mordaces, y en medio de bromas banales dicen a menudo duras verdades que casi siempre dan en el blanco.

135.3 Estos Espíritus ligeros pululan a nuestro alrededor y aprovechan todas las ocasiones para intervenir en las comunicaciones; la verdad es la menor de sus preocupaciones, por eso se complacen maliciosamente en engañar a quienes tienen la debilidad, y a veces la presunción, de creer en su palabra.

135.4 Las personas que se complacen en esta clase de comunicaciones dan naturalmente entrada a los Espíritus ligeros y engañadores; los Espíritus serios se alejan de ellas, como entre nosotros los hombres serios se alejan de

las reuniones de gente irreflexiva.

136 Las comunicaciones serias son graves en cuanto al asunto y a la manera en que se realizan. Toda comunicación que excluye la frivolidad y la grosería, y que tiene un fin útil, aunque sea de interés privado, es por ello mismo seria; pero no por eso está siempre libre de errores. Los Espíritus serios no son todos igualmente ilustrados; hay muchas cosas que ignoran y sobre las cuales pueden equivocarse de buena fe; por eso los Espíritus verdaderamente superiores nos recomiendan sin cesar someter todas las comunicaciones al examen de la razón y de la lógica más rigurosa.

Es preciso, pues, distinguir las comunicaciones serias verdaderas de las comunicaciones serias falsas, y esto no siempre es fácil, pues precisamente al amparo de la gravedad del lenguaje ciertos Espíritus presuntuosos o falsos sabios tratan de hacer prevalecer las ideas más falsas y los sistemas más absurdos; y para darse mayor crédito e importancia no tienen escrúpulos en adornarse con los nombres más respetables e incluso los más venerados. Este es uno de los mayores escollos de la ciencia práctica; volveremos sobre ello más adelante con todo el desarrollo que requiere un asunto tan importante, al mismo tiempo que daremos a conocer los medios de protegerse contra el peligro de las falsas comunicaciones

137 Las comunicaciones instructivas son las comunicaciones serias que tienen por objeto principal alguna enseñanza dada por los Espíritus sobre las ciencias, la moral, la filosofía, etc. Son más o menos profundas, según el grado de elevación y de desmaterialización del Espíritu. Para sacar de estas comunicaciones un fruto real, es preciso que sean regulares y se sigan con perseverancia. Los Espíritus serios se vinculan a quienes quieren instruirse y los ayudan, mientras que dejan a los Espíritus ligeros la tarea de divertir a

quienes solo ven en estas manifestaciones una distracción pasajera. Solo mediante la regularidad y la frecuencia de estas comunicaciones se puede apreciar el valor moral e intelectual de los Espíritus con los que se conversa y el grado de confianza que merecen. Si hace falta experiencia para juzgar a los hombres, quizá haga falta aún más para juzgar a los Espíritus.

Al dar a estas comunicaciones la calificación de instructivas, las suponemos verdaderas, pues una cosa que no fuera verdadera no podría ser instructiva, aunque se dijera con el lenguaje más imponente. No podemos, por tanto, incluir en esta categoría ciertas enseñanzas que solo tienen de serio la forma, a menudo ampulosa y enfática, con la que los Espíritus más presuntuosos que sabios que las dictan esperan engañar; pero estos Espíritus, al no poder suplir el contenido que les falta, no pueden mantener por mucho tiempo su papel; pronto dejan ver su lado débil, por poco que sus comunicaciones tengan continuidad o que se sepa llevarlos hasta sus últimos reductos.

138 Los medios de comunicación son muy variados. Los Espíritus, al actuar sobre nuestros órganos y sobre todos nuestros sentidos, pueden manifestarse a la vista en las apariciones, al tacto mediante impresiones tangibles ocultas o visibles, al oído mediante ruidos, al olfato mediante olores sin causa conocida.

138.2 Este último modo de manifestación, aunque muy real, es sin duda el más incierto por las numerosas causas que pueden inducir a error; por eso no nos detendremos en él. Lo que debemos examinar con cuidado son

los diversos medios de obtener comunicaciones, es decir, un intercambio regular y continuo de pensamientos. Estos medios son: los golpes, la palabra y la escritura. Los desarrollaremos en capítulos especiales.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XI — SEMATOLOGÍA Y TIPTOLOGÍA

✦

139 Lenguaje de los signos y de los golpes. — Tiptología alfabética.

Las primeras manifestaciones inteligentes se obtuvieron mediante golpes o tiptología. Este medio primitivo, que reflejaba los comienzos del arte, solo ofrecía recursos muy limitados, y en las comunicaciones había que conformarse con respuestas monosilábicas de sí o no, mediante un número convenido de golpes. Más tarde se perfeccionó, como hemos dicho. Los golpes se obtienen de dos maneras por medio de médiums especiales; por lo general, esta forma de proceder requiere cierta aptitud para las manifestaciones físicas. La primera, que podría llamarse tiptología por balanceo, consiste en el movimiento de la mesa, que se levanta por un lado y luego vuelve a caer, golpeando con la pata. Para ello basta con que el médium ponga las manos en el borde de la mesa; si desea conversar con un Espíritu determinado, debe evocarlo; en caso contrario, se presenta el primero que llega o el que tiene la costumbre de venir. Una vez convenido, por ejemplo, un golpe para sí y dos para no, aunque esto es indiferente, se dirigen al Espíritu las preguntas que se deseen; más adelante veremos cuáles conviene evitar. El inconveniente está en la brevedad de las respuestas y en la dificultad de formular la pregunta de manera que dé lugar a un sí o un no. Supongamos que se pregunta al Espíritu: ¿Qué deseas? Solo podría responder con una frase; entonces hay que decir: ¿Deseas tal cosa? No; — ¿tal otra? Sí; y así sucesivamente.

140 Cabe observar que, al emplear este medio, el Espíritu suele añadir una especie de mímica, es decir, expresa la energía de la afirmación o de la negación mediante la fuerza de los golpes. También expresa la naturaleza de los sentimientos que lo animan: la violencia, mediante la brusquedad de los movimientos; la ira y la impaciencia, dando fuertes golpes repetidos, como una persona que golpea el suelo con el pie en un arrebato, a veces arrojando la mesa al suelo. Si es benévolo y cortés, al principio y al final de la sesión inclina la mesa a modo de saludo; si quiere dirigirse directamente a una persona de la reunión, dirige la mesa hacia ella con suavidad o violencia, según quiera mostrarle afecto o antipatía. Esto es, propiamente hablando, la sematología o lenguaje de los signos, así como la tiptología es el lenguaje de los golpes. He aquí un ejemplo notable del empleo espontáneo de la sematología:

Un señor conocido nuestro se encontraba un día en su salón, donde varias personas se ocupaban de manifestaciones, cuando recibió una carta nuestra. Mientras la leía, la mesita que servía para los experimentos se acercó de pronto a él. Terminada la lectura de la carta, fue a dejarla sobre una mesa en el otro extremo del salón; la mesita lo siguió y se dirigió hacia la mesa donde estaba la carta. Sorprendido por esta coincidencia, pensó que había alguna relación entre aquel movimiento y la carta; interrogó al Espíritu, que respondió que era nuestro Espíritu familiar. Habiéndonos informado este señor de lo ocurrido, rogamos a nuestra vez a aquel Espíritu que nos dijera el motivo de la visita que le había hecho; respondió: «Es natural que vaya a ver a las personas con las que te relacionas, para poder, en caso necesario, daros tanto a ti como a ellas los consejos necesarios».

Es evidente, pues, que el Espíritu había querido llamar la atención de aquel señor y buscaba una ocasión para hacerle saber que estaba allí. Un mudo no lo habría hecho mejor.

141 La tiptología no tardó en perfeccionarse y se enriqueció con un medio de comunicación más completo, el de la tiptología alfabética. Consiste en hacer que se indiquen las letras del alfabeto mediante golpes; así pudieron obtenerse palabras, frases e incluso discursos enteros. Según un método, la mesa da tantos golpes como sean necesarios para indicar cada letra, es decir, un golpe para la a, dos para la è, y así sucesivamente; mientras tanto, una persona escribe las letras a medida que se indican. Cuando el Espíritu ha terminado, lo hace saber mediante cualquier signo convenido.

Esta forma de proceder, como se ve, es muy lenta y requiere muchísimo tiempo para las comunicaciones de cierta extensión; sin embargo, hay personas que han tenido la paciencia de utilizarla para obtener dictados de varias páginas; pero la práctica permitió descubrir medios de abreviación que hicieron posible avanzar con cierta rapidez. El más utilizado consiste en tener delante un alfabeto escrito completo, así como la serie de cifras que representan las unidades. Mientras el médium está junto a la mesa, otra persona recorre sucesivamente las letras del alfabeto, si se trata de una palabra, o las cifras, si se trata de un número; al llegar a la letra necesaria, la mesa da por sí sola un golpe y se escribe la letra; luego se vuelve a empezar para la 2.ª, la 3.ª y así sucesivamente. Si se ha cometido un error en una letra, el Espíritu lo advierte mediante varios golpes o un movimiento de la mesa, y se vuelve a empezar. Con la costumbre se avanza bastante deprisa; pero se

abrevia sobre todo mucho adivinando el final de una palabra empezada que el sentido de la frase permite reconocer; si hay dudas, se pregunta al Espíritu si ha querido poner tal palabra, y responde sí o no.

142 Todos los efectos que acabamos de indicar pueden obtenerse de una manera aún más sencilla mediante los golpes que se oyen en la propia madera de la mesa, sin movimiento de ninguna clase, y que hemos descrito en el capítulo de las manifestaciones físicas, n.º 64: es la tiptología íntima. No todos los médiums son igualmente aptos para esta última forma de comunicación, pues algunos solo obtienen los golpes por balanceo; sin embargo, con práctica, la mayoría puede conseguirlo, y esta forma tiene la doble ventaja de ser más rápida y de prestarse menos a sospechas que el balanceo, que puede atribuirse a una presión voluntaria. Es cierto que los golpes íntimos también podrían ser imitados por médiums de mala fe. Las mejores cosas pueden falsificarse, lo cual no prueba nada en su contra. (Véase al final de este volumen el capítulo titulado: Fraudes y supercherías.)

Sean cuales sean los perfeccionamientos que se hayan podido introducir en esta forma de proceder, nunca puede alcanzar la rapidez y la facilidad que ofrece la escritura, por lo que ahora se emplea muy poco; sin embargo, a veces resulta muy interesante desde el punto de vista del fenómeno, principalmente para los principiantes, y tiene sobre todo la ventaja de demostrar de manera concluyente la independencia absoluta respecto del pensamiento del médium. A menudo se obtienen así respuestas tan imprevistas y tan asombrosamente oportunas que haría falta una postura muy obstinada para no rendirse a la evidencia; por eso es para muchas personas un

poderoso motivo de convicción; pero, por este medio, al igual que por los demás, a los Espíritus no les gusta prestarse a los caprichos de los curiosos que quieren ponerlos a prueba con preguntas fuera de lugar.

143 Con el fin de asegurar mejor la independencia respecto del pensamiento del médium, se han ideado diversos instrumentos que consisten en esferas sobre las que están trazadas las letras, a la manera de las esferas de los telégrafos eléctricos. Una aguja móvil, puesta en movimiento por la influencia del médium mediante un hilo conductor y una polea, indica las letras. Solo conocemos estos instrumentos por los dibujos y las descripciones que se han publicado en América; por tanto, no podemos pronunciarnos sobre su mérito, pero pensamos que su propia complejidad es un inconveniente; que los golpes íntimos acreditan igualmente bien la independencia del médium, y que lo imprevisto de las respuestas la acredita mucho más aún que todos los medios materiales. Por otra parte, los incrédulos, siempre dispuestos a ver por todas partes hilos y preparativos, son aún más propensos a suponerlos en un mecanismo especial que en una mesa cualquiera desprovista de todo accesorio.

444. Un aparato más sencillo, pero del que la mala fe puede abusar fácilmente, como veremos en el capítulo de los Fraudes, es el que designaremos con el nombre de Mesa Girardin, en recuerdo del uso que hacía de él la señora Émile de Girardin en las numerosas comunicaciones que obtenía como médium; pues la señora de Girardin, con todo su ingenio, tenía la debilidad de creer en los Espíritus y en sus manifestaciones. Este instrumento consiste en un tablero móvil de mesita, de treinta a cuarenta centímetros de diámetro, que gira libremente y con facilidad sobre su eje, a la manera de la ruleta. En su superficie, a lo largo de la circunferencia, están trazadas,

como en una esfera, las letras, las cifras y las palabras sí y no. En el centro hay una aguja fija. Cuando el médium pone los dedos en el borde del tablero, este gira y se detiene cuando la letra deseada está bajo la aguja. Se toma nota de las letras indicadas y así se forman con bastante rapidez las palabras y las frases.

Cabe observar que el tablero no se desliza bajo los dedos, sino que estos, al permanecer apoyados en él, siguen su movimiento. Quizá un médium poderoso podría obtener un movimiento independiente; lo creemos posible, pero nunca lo hemos presenciado.

Si el experimento pudiera hacerse de esta manera, sería infinitamente más concluyente, porque descartaría toda posibilidad de superchería.

Nos queda por disipar un error bastante extendido, que consiste en confundir a todos los Espíritus que se comunican mediante golpes con los Espíritus golpeadores. La tiptología es un medio de comunicación como cualquier otro, y no es más indigno de los Espíritus elevados que la escritura o la palabra. Todos los Espíritus, buenos o malos, pueden, por tanto, servirse de ella tan bien como de las otras formas. Lo que caracteriza a los Espíritus superiores es la elevación del pensamiento, y no el instrumento del que se sirven para transmitirlo; sin duda prefieren los medios más cómodos y, sobre todo, los más rápidos; pero, a falta de lápices y papel, se servirán sin escrúpulos de la vulgar mesa parlante, y la prueba es que por este medio se obtienen las cosas más sublimes. Por tanto, si no nos servimos de él, no es porque lo despreciemos, sino únicamente porque, como fenómeno, nos ha enseñado todo lo que podíamos saber, porque no puede añadir nada a nuestras convicciones y porque la extensión de las comunicaciones que recibimos exige una rapidez incompatible con la tiptología.

Por tanto, no todos los Espíritus que dan golpes son Espíritus golpeadores;

este nombre debe reservarse para aquellos a quienes se puede llamar golpeadores de profesión y que, mediante este recurso, se complacen en hacer trucos para divertir a una reunión o en molestar con su importunidad. De ellos pueden esperarse a veces cosas ingeniosas, pero nunca cosas profundas; por eso sería perder el tiempo dirigirles preguntas de cierto alcance científico o filosófico; su ignorancia y su inferioridad les han valido con razón, por parte de los demás Espíritus, el calificativo de Espíritus prestidigitadores o de saltimbanquis del mundo espírita. Añadamos que, si bien a menudo actúan por su propia cuenta, también son a menudo instrumentos de los que se sirven los Espíritus superiores cuando quieren producir efectos materiales.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XII — NEUMATOGRAFÍA O ESCRITURA DIRECTA. NEUMATOFONÍA

✦

146 Escritura directa.

La neumatografía es la escritura producida directamente por el Espíritu, sin ningún intermediario; se diferencia de la psicografía en que esta es la transmisión del pensamiento del Espíritu por medio de la escritura realizada por la mano de un médium.

El fenómeno de la escritura directa es, sin duda, uno de los más extraordinarios del espiritismo; pero, por anómalo que parezca a primera vista, hoy es un hecho comprobado e indiscutible. Si la teoría es necesaria para comprender la posibilidad de los fenómenos espíritas en general, quizá lo sea aún más en este caso, sin duda uno de los más extraños que se hayan presentado hasta ahora, pero que deja de parecer sobrenatural en cuanto se comprende su principio.

Ante la primera revelación de este fenómeno, el sentimiento predominante fue la duda; enseguida surgió la idea de un engaño; en efecto, todo el mundo conoce la acción de las llamadas tintas simpáticas, cuyos trazos, al principio completamente invisibles, aparecen al cabo de algún tiempo. Por tanto, era posible que se hubiera abusado de la credulidad, y no afirmaríamos que nunca se haya hecho; incluso estamos convencidos de que ciertas personas, ya sea con fines de lucro, ya sea únicamente por amor propio y para hacer creer en su poder, han empleado subterfugios. (Véase el capítulo de los Fraudes.)

Pero del hecho de que se pueda imitar una cosa sería absurdo concluir que esa cosa no existe. ¿No se ha encontrado últimamente el medio de imitar la lucidez sonambúlica hasta el punto de producir una ilusión? Y porque este procedimiento de prestidigitador haya recorrido todas las ferias, ¿hay que concluir que no existen verdaderos sonámbulos? Porque ciertos comerciantes venden vino adulterado, ¿es esa una razón para que no haya vino puro? Lo mismo sucede con la escritura directa; las precauciones para asegurarse de la realidad del hecho eran, por otra parte, muy sencillas y muy fáciles, y, gracias a ellas, hoy no puede ser objeto de duda alguna.

147 Ya que la posibilidad de escribir sin intermediario es uno de los atributos del Espíritu, y que los Espíritus han existido en todos los tiempos y en todos los tiempos han producido también los diversos fenómenos que conocemos, debieron de producir igualmente la escritura directa tanto en la antigüedad como en nuestros días; y así puede explicarse la aparición de las tres palabras en la sala del banquete de Baltasar. La Edad Media, tan fecunda en prodigios ocultos, pero que fueron sofocados en las hogueras, debió de conocer también la escritura directa, y quizá se encontraría, en la teoría de las modificaciones que los Espíritus pueden realizar en la materia, y que hemos desarrollado en el capítulo VIII, el principio de la creencia en la transmutación de los metales.

Sean cuales sean los resultados obtenidos en diversas épocas, solo desde la divulgación de las manifestaciones espíritas se habla seriamente de la escritura directa. El primero que parece haberla dado a conocer en París en estos últimos años es el señor barón de Guldenstubbe, quien ha publicado sobre este asunto una obra muy interesante que contiene un gran número de facsímiles de las escrituras que ha obtenido 1. El fenómeno ya se conocía en

América desde hacía algún tiempo. La posición social del señor de Guldenstubbe, su independencia y la consideración de que goza en los círculos más elevados descartan indiscutiblemente toda sospecha de fraude voluntario, pues no puede moverlo ningún motivo de interés. A lo sumo podría creerse que él mismo era víctima de una ilusión; pero a esto responde de manera concluyente un hecho: la obtención del mismo fenómeno por otras personas, tomando todas las precauciones necesarias para evitar cualquier engaño y cualquier causa de error.

148 La escritura directa se obtiene, como en general la mayoría de las manifestaciones espíritas no espontáneas, mediante el recogimiento, la oración y la evocación. A menudo se ha obtenido en las iglesias, sobre las tumbas, al pie de las estatuas o de las imágenes de los personajes a quienes se llama; pero es evidente que el lugar no tiene otra influencia que la de provocar un mayor recogimiento y una mayor concentración del pensamiento; pues está demostrado que se obtiene igualmente sin estos elementos accesorios y en los lugares más corrientes, sobre un simple mueble doméstico, si se reúnen las condiciones morales requeridas y se posee la facultad mediúmnica necesaria.

Al principio se sostenía que había que colocar un lápiz junto al papel; entonces el hecho podía explicarse hasta cierto punto. Se sabe que los Espíritus producen el movimiento y el desplazamiento de los objetos; que los toman y a veces los lanzan a través del espacio; por tanto, podían igualmente tomar el lápiz y servirse de él para trazar caracteres; ya que le dan el impulso por medio de la mano del médium, de una tablilla, etc., también podían hacerlo de manera directa. Pero no se tardó en reconocer que la presencia del lápiz no era necesaria y que bastaba con un simple trozo de pa-

pel, doblado o no, sobre el cual se encuentran, al cabo de unos minutos, caracteres trazados. Aquí el fenómeno cambia completamente de aspecto y nos introduce en un orden de cosas enteramente nuevo; estos caracteres se han trazado con alguna sustancia; desde el momento en que no se ha proporcionado esa sustancia al Espíritu, él mismo la ha hecho, la ha compuesto; ¿de dónde la ha sacado? Ahí estaba el problema.

Si se consultan las explicaciones dadas en el capítulo VIII, n.º 127 y 128, se encontrará en ellas la teoría completa de este fenómeno. En esta escritura, el Espíritu no se sirve ni de nuestras sustancias ni de nuestros instrumentos; él mismo hace la materia y los instrumentos que necesita, tomando sus materiales del elemento primitivo universal, al que somete, mediante su voluntad, a las modificaciones necesarias para el efecto que quiere producir. Por tanto, puede fabricar tanto lápiz rojo, tinta de imprenta o tinta corriente como lápiz negro, e incluso caracteres tipográficos lo bastante resistentes para dar relieve a la impresión, tal como hemos visto en algunos ejemplos. La hija de un señor que conocemos, una niña de 12 a 13 años, ha obtenido páginas enteras escritas con una sustancia análoga al pastel.

149 Tal es el resultado al que nos ha llevado el fenómeno de la tabaquera relatado en el cap. VII, n.º 1 16, y sobre el cual nos hemos extendido largamente, porque vimos en él la ocasión de sondear una de las leyes más importantes del espiritismo, ley cuyo conocimiento puede esclarecer más de un misterio incluso del mundo visible. Así es como de un hecho, corriente en apariencia, puede surgir la luz; todo consiste en observar con cuidado, y eso es lo que cualquiera puede hacer como nosotros, cuando no se limite a ver efectos sin buscar sus causas. Si nuestra fe se afianza día a día, es porque comprendemos; hagan comprender, pues, si quieren hacer prosélitos se-

rios. La comprensión de las causas tiene otro resultado: trazar una línea de demarcación entre la verdad y la superstición.

Si consideramos la escritura directa desde el punto de vista de las ventajas que puede ofrecer, diremos que, hasta el presente, su principal utilidad ha sido la comprobación material de un hecho importante: la intervención de un poder oculto que encuentra así un nuevo medio de manifestarse. Pero las comunicaciones que se obtienen de este modo rara vez tienen cierta extensión; generalmente son espontáneas y se limitan a palabras, sentencias y, con frecuencia, signos ininteligibles; se han obtenido en todas las lenguas, en griego, en latín, en siríaco, en caracteres jeroglíficos, etc., pero todavía no se han prestado a esas conversaciones continuadas y rápidas que permite la psicografía o escritura por medio de médiums.

150 Neumatofonía

Los Espíritus, al poder producir ruidos y golpes, pueden igualmente hacer oír gritos de toda clase y sonidos vocales que imitan la voz humana, a nuestro lado o en el aire, sin un lugar determinado; este es el fenómeno que designamos con el nombre de neumatofonía. Según lo que conocemos de la naturaleza de los Espíritus, puede pensarse que algunos de ellos, cuando son de un orden inferior, se engañan y creen hablar como cuando estaban vivos. (Véase Revista Espírita, febrero de 1858: Historia del aparecido de la señorita Clairon.)

Sin embargo, habría que cuidarse de tomar por voces ocultas todos los sonidos que no tienen una causa conocida, o simples zumbidos de oídos, y, sobre todo, de creer que hay la menor verdad en la creencia popular de que el oído que zumba nos avisa de que se habla de nosotros en alguna parte. Estos zumbidos, cuya causa es puramente fisiológica, no tienen, por lo de-

más, ningún sentido, mientras que los sonidos neumatofónicos expresan pensamientos, y solo por esto puede reconocerse que se deben a una causa inteligente y no accidental. Puede establecerse como principio que los efectos manifiestamente inteligentes son los únicos que pueden atestiguar la intervención de los Espíritus; en cuanto a los demás, hay por lo menos cien probabilidades contra una de que se deban a causas fortuitas.

151 Ocurre con bastante frecuencia que, estando medio dormidos, oímos pronunciar claramente palabras, nombres y a veces incluso frases enteras, con suficiente fuerza para despertarnos sobresaltados. Aunque puede suceder que en ciertos casos se trate realmente de una manifestación, este fenómeno no tiene nada lo bastante concluyente como para que no pueda atribuirse también a una causa análoga a la que hemos desarrollado en la teoría de la alucinación, cap. VI, n.º 111 y siguientes. Lo que se oye de esta manera no tiene, por lo demás, ninguna continuidad; no sucede lo mismo cuando se está completamente despierto, pues entonces, si es un Espíritu quien se hace oír, casi siempre se pueden intercambiar pensamientos con él y entablar una conversación regular.

Los sonidos espíritas o neumatofónicos tienen dos maneras bien distintas de producirse: a veces es una voz íntima que resuena en el fuero interior; pero, aunque las palabras sean claras y distintas, no tienen nada de material; otras veces son exteriores y están articuladas con tanta claridad como si procedieran de una persona que estuviera a nuestro lado.

De cualquier manera que se produzca, el fenómeno de la neumatofonía es casi siempre espontáneo y solo muy rara vez puede provocarse.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XIII — PSICOGRAFÍA

✦

152 Psicografía indirecta: cestitas y tablillas. — Psicografía directa o manual.

La ciencia espírita ha progresado como todas las demás, y más rápidamente que las otras; pues apenas nos separan unos pocos años de aquellos medios primitivos e incompletos que se llamaban vulgarmente mesas parlantes, y ya se puede comunicar con los Espíritus con tanta facilidad y rapidez como lo hacen los hombres entre sí, y por los mismos medios: la escritura y la palabra. La escritura tiene sobre todo la ventaja de mostrar de manera más material la intervención de una fuerza oculta y de dejar huellas que se pueden conservar, como hacemos con nuestra propia correspondencia. El primer medio empleado fue el de las tablillas y las cestitas provistas de un lápiz. Esta es su disposición.

153 Hemos dicho que una persona dotada de una aptitud especial puede imprimir un movimiento de rotación a una mesa o a cualquier objeto; tomemos, en lugar de una mesa, una cestita de quince a veinte centímetros de diámetro (poco importa que sea de madera o de mimbre, la materia es indiferente).

153.2 Si ahora se hace pasar por el fondo de esta cestita un lápiz firmemente sujeto, con la punta hacia fuera y hacia abajo, y se mantiene el conjunto en equilibrio sobre la punta del lápiz, colocado a su vez sobre una hoja de papel, al poner los dedos sobre los bordes de la cestita, esta se pon-

drá en movimiento; pero, en lugar de girar, moverá el lápiz en distintas direcciones sobre el papel, de manera que forme trazos insignificantes o caracteres de escritura.

153.3 Si se evoca a un Espíritu y este quiere comunicarse, responderá, ya no mediante golpes, como en la tiptología, sino mediante palabras escritas. El movimiento de la cestita deja de ser automático como en las mesas giratorias y se vuelve inteligente.

153.4 Con esta disposición, el lápiz, al llegar al extremo de la línea, no retrocede para comenzar otra; continúa circularmente, de modo que la línea de escritura forma una espiral y hay que girar varias veces el papel para leer lo escrito.

153.5 La escritura así obtenida no siempre es muy legible, pues las palabras no están separadas; pero el médium, por una especie de intuición, la descifra fácilmente. Por economía, se pueden sustituir el papel y el lápiz corriente por una pizarra y un pizarrín. Designaremos esta cestita con el nombre de cestita peonza.

153.6 A veces se sustituye la cestita por una caja de cartón bastante semejante a las cajas de confites; el lápiz forma su eje, como en el juguete llamado perinola.

154 Se han ideado otras muchas disposiciones para alcanzar el mismo fin. La más cómoda es la que llamaremos cestita de pico, que consiste en adaptar a la cestita una varilla de madera inclinada, que sobresale de diez a quince centímetros por un lado, en la posición del bauprés de un navío. Por un agujero practicado en el extremo de esta varilla, o del pico, se hace pasar un lápiz lo bastante largo para que la punta descanse sobre el papel. Cuando el médium tiene los dedos sobre los bordes de la cestita, todo el

aparato se mueve y el lápiz escribe como en el caso anterior, con la diferencia de que la escritura es, por lo general, más legible, las palabras están separadas y las líneas ya no forman una espiral, sino que se suceden como en la escritura corriente, pues el médium puede llevar fácilmente el lápiz de una línea a otra. Así se obtienen disertaciones de varias páginas con tanta rapidez como si se escribiera con la mano.

155 La inteligencia que actúa se manifiesta a menudo por otras señales inequívocas. Al llegar al final de la página, el lápiz hace espontáneamente un movimiento para darle la vuelta; si quiere remitirse a un pasaje anterior, en la misma página o en otra, lo busca con la punta del lápiz, como se haría con el dedo, y luego lo subraya.

155.2 Si, por último, el Espíritu quiere dirigirse a uno de los asistentes, el extremo de la varilla de madera se dirige hacia él. Para abreviar, expresa a menudo las palabras sí y no mediante los gestos de afirmación y negación que hacemos con la cabeza; si quiere expresar cólera e impaciencia, golpea repetidamente con la punta del lápiz, y a menudo lo rompe.

156 En lugar de una cestita, algunas personas se sirven de una especie de mesita hecha expresamente, de doce a quince centímetros de largo por cinco a seis de alto, con tres patas, una de las cuales lleva el lápiz; las otras dos son redondeadas o están provistas de una bolita de marfil para deslizarse fácilmente sobre el papel. Otras se sirven simplemente de una tablilla de quince a veinte centímetros cuadrados, triangular, alargada u ovalada; en uno de los bordes hay un agujero oblicuo para colocar el lápiz; al disponerla para escribir, queda inclinada y se apoya por uno de sus lados sobre el papel; el lado que descansa sobre el papel está a veces provisto de dos ruedecillas para facilitar el movimiento. Se comprende, por lo demás, que to-

das estas disposiciones no tienen nada de absoluto; la más cómoda es la mejor.

Con todos estos aparatos, casi siempre hacen falta dos personas; pero no es necesario que la segunda esté dotada de la facultad mediúmnica: sirve únicamente para mantener el equilibrio y disminuir la fatiga del médium.

157 Llamamos psicografía indirecta a la escritura así obtenida, por oposición a la psicografía directa o manual obtenida por el propio médium. Para comprender este último procedimiento, hay que entender lo que sucede en esta operación.

157.2 El Espíritu ajeno que se comunica actúa sobre el médium; este, bajo esa influencia, dirige mecánicamente el brazo y la mano para escribir, sin tener (al menos este es el caso más corriente) la menor conciencia de lo que escribe; la mano actúa sobre la cestita, y la cestita sobre el lápiz.

157.3 Así pues, la cestita no se vuelve inteligente, sino que es un instrumento dirigido por una inteligencia; en realidad no es más que un portalápices, un apéndice de la mano, un intermediario entre la mano y el lápiz; supriman este intermediario y coloquen el lápiz en la mano, y tendrán el mismo resultado, con un mecanismo mucho más sencillo, puesto que el médium escribe como lo hace en condiciones normales; así, toda persona que escribe con ayuda de una cestita, una tablilla u otro objeto puede escribir directamente.

157.4 De todos los medios de comunicación, la escritura a mano, que algunos designan con el nombre de escritura involuntaria, es, sin duda, el más sencillo, el más fácil y el más cómodo, porque no exige preparación alguna y se presta, como la escritura corriente, a los desarrollos más extensos. Volveremos sobre ello al hablar de los médiums.

158 Al comienzo de las manifestaciones, cuando se tenían ideas menos precisas sobre este asunto, se publicaron varios escritos con esta designación: Comunicaciones de una cestita, de una tablilla, de una mesa, etc. Hoy se comprende todo lo que estas expresiones tienen de insuficiente o erróneo, aun dejando de lado su carácter poco serio.

158.2 En efecto, como acabamos de ver, las mesas, tablillas y cestitas no son más que instrumentos sin inteligencia, aunque estén animados momentáneamente por una vida artificial, y no pueden comunicar nada por sí mismos; esto es tomar el efecto por la causa, el instrumento por el principio; lo mismo sería que un autor pusiera en el título de su obra que la escribió con una pluma metálica o una pluma de ganso.

158.3 Estos instrumentos, por lo demás, no son imprescindibles; conocemos a alguien que, en lugar de la cestita peonza que hemos descrito, se servía de un embudo por cuyo cuello pasaba el lápiz. Por tanto, se habrían podido tener las comunicaciones de un embudo, y también las de una cacerola o una ensaladera.

158.4 Si tienen lugar mediante golpes y estos los da una silla o un bastón, ya no se trata de una mesa parlante, sino de una silla o un bastón parlantes. Lo que importa conocer no es la naturaleza del instrumento, sino el modo de obtención. Si la comunicación tiene lugar por la escritura, sea cual sea el portalápices, para nosotros es psicografía; si es por golpes, es tiptología.

158.5 Puesto que el espiritismo adquiere las proporciones de una ciencia, necesita un lenguaje científico.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XIV — DE LOS MÉDIUMS

✦

159 Toda persona que siente en algún grado la influencia de los Espíritus es, por ese mismo hecho, médium. Esta facultad es inherente al ser humano y, por consiguiente, no es un privilegio exclusivo; por eso son pocas las personas en quienes no se encuentran algunos rudimentos de ella. Se puede decir, pues, que casi todo el mundo es médium. Sin embargo, en el uso habitual, esta denominación solo se aplica a quienes tienen la facultad medianímica claramente caracterizada, que se manifiesta mediante efectos patentes de cierta intensidad, lo que depende entonces de una constitución más o menos sensible. Hay que observar, además, que esta facultad no se manifiesta en todos de la misma manera; los médiums tienen generalmente una aptitud especial para uno u otro tipo de fenómenos, lo que da lugar a tantas variedades como clases de manifestaciones existen. Las principales son: los médiums de efectos físicos; los médiums sensitivos o impresionables; auditivos; parlantes; videntes; sonámbulos; curadores; pneumatógrafos; escribientes o psicógrafos.

1. Médiums de efectos físicos.

AQUÍ. Los médiums de efectos físicos son especialmente aptos para producir fenómenos materiales, como los movimientos de cuerpos inertes, los ruidos, etc. Se pueden dividir en médiums facultativos y médiums involuntarios. (Véase la 2 parte, caps. II y IV.)

Los médiums facultativos son quienes tienen conciencia de su poder y producen fenómenos espíritas por un acto de su voluntad. Esta facultad,

aunque inherente a la especie humana, como ya hemos dicho, dista mucho de existir en todos en el mismo grado; pero, si son pocas las personas en quienes es absolutamente nula, aún más escasas son las aptas para producir grandes efectos, como la suspensión de cuerpos pesados en el espacio, el traslado por el aire y, sobre todo, las apariciones. Los efectos más sencillos son la rotación de un objeto y los golpes producidos al levantarse ese objeto o en su propia sustancia. Sin atribuir una importancia capital a estos fenómenos, recomendamos no descuidarlos; pueden dar lugar a observaciones interesantes y ayudar a adquirir convicción. Pero hay que observar que la facultad de producir efectos materiales rara vez existe en quienes poseen medios de comunicación más perfectos, como la escritura o la palabra. Generalmente, la facultad disminuye en un sentido a medida que se desarrolla en otro.

161 Los médiums involuntarios o naturales son aquellos cuya influencia se ejerce sin que lo sepan. No tienen ninguna conciencia de su poder y, a menudo, lo anormal que sucede a su alrededor no les parece en absoluto extraordinario; forma parte de ellos mismos, exactamente como ocurre con las personas dotadas de segunda vista y que no lo sospechan. Estos sujetos son muy dignos de observación, y no se debe dejar de recoger y estudiar los hechos de este tipo que puedan llegar a nuestro conocimiento; se manifiestan a cualquier edad y, a menudo, en niños muy pequeños. (Véase más arriba, capítulo V, Manifestaciones espontáneas.)

Esta facultad no es, por sí misma, indicio de un estado patológico, pues no es incompatible con una salud perfecta. Si quien la posee está enfermo, esto se debe a una causa ajena; por eso los medios terapéuticos son impotentes para hacerla cesar. En ciertos casos puede ser consecuencia de alguna

debilidad orgánica, pero nunca es causa eficiente. No cabe, pues, concebir razonablemente ninguna inquietud por ella desde el punto de vista de la salud; solo podría tener inconvenientes si el sujeto, convertido en médium facultativo, hiciera un uso abusivo de ella, porque entonces emitiría una cantidad excesiva de fluido vital y, por consiguiente, se debilitarían sus órganos.

162 La razón se rebela ante la idea de las torturas morales y corporales a las que la ciencia ha sometido a veces a seres débiles y delicados para asegurarse de que no había engaño por su parte; estos experimentos, realizados las más de las veces con mala intención, siempre son perjudiciales para las constituciones sensibles; podrían causar graves trastornos en el organismo; hacer semejantes pruebas es jugar con la vida. El observador de buena fe no necesita emplear estos medios; quien está familiarizado con esta clase de fenómenos sabe, además, que pertenecen más al orden moral que al físico, y que sería inútil buscar su explicación en nuestras ciencias exactas.

Precisamente porque estos fenómenos pertenecen al orden moral, se debe evitar con un cuidado no menos escrupuloso todo lo que pueda sobreexcitar la imaginación. Se conocen los accidentes que puede ocasionar el miedo, y se actuaría con menos imprudencia si se conocieran todos los casos de locura y epilepsia que tienen su origen en los cuentos de hombres lobo y del Coco; ¿qué ocurrirá entonces si se convence a alguien de que se trata del diablo? Quienes dan crédito a tales ideas no saben la responsabilidad que asumen: pueden matar. Ahora bien, el peligro no afecta solo al sujeto, sino también a quienes lo rodean y pueden asustarse al pensar que su casa es una guarida de demonios. Esta creencia funesta es la que ha causado tantos actos atroces en tiempos de ignorancia. Sin embargo, con un poco

más de discernimiento, se habría debido pensar que, al quemar el cuerpo supuestamente poseído por el diablo, no se quemaba al diablo. Puesto que se quería acabar con el diablo, era a él a quien había que matar; la doctrina espírita, al esclarecernos la verdadera causa de todos estos fenómenos, le da el golpe de gracia. Por tanto, lejos de suscitar esta idea, se debe combatirla si existe, y hacerlo es un deber moral y de humanidad.

Lo que hay que hacer cuando una facultad semejante se desarrolla espontáneamente en un individuo es dejar que el fenómeno siga su curso natural: la naturaleza es más prudente que los hombres; la Providencia, además, tiene sus propósitos, y el más pequeño puede ser instrumento de los mayores designios. Pero hay que reconocer que este fenómeno adquiere a veces proporciones fatigosas y molestas para todo el mundo (1); ahora bien, he aquí en todos los casos lo que hay que hacer. En el capítulo V, sobre las Manifestaciones físicas espontáneas, ya hemos dado algunos consejos al respecto, diciendo que hay que procurar ponerse en comunicación con el Espíritu para saber por él qué quiere. El siguiente medio se funda igualmente en la observación.

Los Seres invisibles que revelan su presencia mediante efectos sensibles son, por lo general, Espíritus de un orden inferior, a los que se puede dominar mediante el ascendiente moral; ese es el ascendiente que hay que procurar adquirir.

Para obtener ese ascendiente, hay que hacer pasar al sujeto del estado de médium natural al de médium facultativo. Se produce entonces un efecto análogo a lo que ocurre en el sonambulismo. Se sabe que el sonambulismo natural cesa generalmente cuando lo sustituye el sonambulismo magnético. No se detiene la facultad emancipadora del alma, sino que se le da otro curso. Lo mismo ocurre con la facultad medianímica. A tal efecto, en

vez de obstaculizar los fenómenos, cosa que rara vez se consigue y que no siempre está exenta de peligro, hay que animar al médium a producirlos a voluntad, imponiéndose al Espíritu; por este medio, logra dominarlo y, de un dominador a veces tiránico, hace un ser subordinado y a menudo muy dócil. Un hecho digno de atención, y confirmado por la experiencia, es que en semejante caso un niño tiene tanta autoridad como un adulto, y a menudo más: nueva prueba en apoyo de este punto capital de la doctrina, que el Espíritu solo es niño por el cuerpo y que posee por sí mismo un desarrollo necesariamente anterior a su encarnación actual, desarrollo que puede darle ascendiente sobre Espíritus inferiores a él.

La moralización del Espíritu mediante los consejos de una tercera persona influyente y experimentada, si el médium no está en condiciones de hacerlo, suele ser un medio muy eficaz; volveremos a ello más adelante.

(1) Uno de los hechos más extraordinarios de esta naturaleza, por la variedad y la extrañeza de los fenómenos, es sin duda el que tuvo lugar, en 1852, en el Palatinado (Baviera renana), en Bergzabern, cerca de Wissembourg. Es tanto más notable cuanto que reúne casi todos los tipos de manifestaciones espontáneas en un mismo sujeto: estrépito que hace temblar la casa, muebles revueltos, objetos lanzados lejos por una mano invisible, visiones y apariciones, sonambulismo, éxtasis, catalepsia, atracción eléctrica, gritos y sonidos aéreos, instrumentos que suenan sin contacto, comunicaciones inteligentes, etc., y, lo que no es de poca importancia, la constatación de estos hechos, durante cerca de dos años, por innumerables testigos presenciales dignos de fe por sus conocimientos y su posición social. El relato auténtico se publicó, en aquella época, en varios periódicos alemanes y, en particular, en un folleto hoy agotado y muy raro. Se encontrará la traducción completa de este folleto en la Revista Espírita de 1858, con los comentarios y

las explicaciones necesarios. Es, hasta donde sabemos, la única publicación que se ha hecho de él en francés. Además del interés sobrecogedor que despiertan estos fenómenos, son sumamente instructivos desde el punto de vista del estudio práctico del espiritismo.

163 A esta categoría de médiums parecerían pertenecer las personas dotadas de cierta cantidad de electricidad natural, verdaderas rayas eléctricas humanas, que producen por el simple contacto todos los efectos de atracción y repulsión. Sin embargo, sería un error considerarlas médiums, pues la verdadera mediumnidad supone la intervención directa de un Espíritu; ahora bien, en el caso del que hablamos, experimentos concluyentes han demostrado que la electricidad es el único agente de estos fenómenos. Esta extraña facultad, que casi podría llamarse una dolencia, puede a veces unirse a la mediumnidad, como se puede ver en la historia del Espíritu golpeador de Bergzabern; pero a menudo es completamente independiente. Como hemos dicho, la única prueba de la intervención de los Espíritus es el carácter inteligente de las manifestaciones; siempre que este carácter no existe, hay fundamento para atribuirlas a una causa puramente física. La cuestión es saber si las personas eléctricas tendrían mayor aptitud para convertirse en médiums de efectos físicos; así lo creemos, pero tendría que determinarlo la experiencia.

2. Médiums sensitivos o impresionables.

164 Se designa así a las personas capaces de sentir la presencia de los Espíritus mediante una vaga impresión, una especie de roce en todos los miembros, que no pueden explicarse. Esta variedad no tiene un carácter bien definido; todos los médiums son necesariamente impresionables, de modo que la impresionabilidad es más bien una cualidad general que especial: es

la facultad rudimentaria indispensable para el desarrollo de todas las demás; difiere de la impresionabilidad puramente física y nerviosa, con la que no debe confundirse, pues hay personas que no tienen los nervios delicados y que sienten en mayor o menor grado el efecto de la presencia de los Espíritus, así como otras muy irritables no lo sienten en absoluto.

Esta facultad se desarrolla con la práctica y puede adquirir tal sutileza que quien la posee reconoce, por la impresión que siente, no solo la naturaleza buena o mala del Espíritu que está a su lado, sino incluso su individualidad, como el ciego reconoce, por un cierto no sé qué, la cercanía de tal o cual persona; se convierte, con respecto a los Espíritus, en una verdadera sensitiva. Un Espíritu bueno produce siempre una impresión dulce y agradable; la de un Espíritu malo, por el contrario, es penosa, angustiosa y desagradable; hay como un olor de impureza.

3. Médiums auditivos.

165 Oyen la voz de los Espíritus; como hemos dicho al hablar de la pneumatofonía, a veces es una voz íntima que se hace oír en el fuero interno; otras veces es una voz exterior, clara y distinta como la de una persona viva. Los médiums auditivos pueden así conversar con los Espíritus. Cuando tienen la costumbre de comunicarse con ciertos Espíritus, los reconocen inmediatamente por el carácter de la voz. Cuando uno mismo no está dotado de esta facultad, también puede comunicarse con un Espíritu por medio de un médium auditivo que desempeña la función de intérprete.

Esta facultad es muy agradable cuando el médium solo oye a Espíritus buenos, o únicamente a aquellos a quienes llama; pero no ocurre lo mismo cuando un Espíritu malo se ensaña con él y le hace oír a cada minuto las cosas más desagradables y, a veces, las más indecorosas. Entonces hay que pro-

curar librarse de él por los medios que indicaremos en el capítulo de la Obsesión.

4. Médiums parlantes.

166 Los médiums auditivos que solo transmiten lo que oyen no son, propiamente hablando, médiums parlantes; estos últimos, muy a menudo, no oyen nada; en ellos el Espíritu actúa sobre los órganos del habla como actúa sobre la mano de los médiums escribientes. El Espíritu que quiere comunicarse se sirve del órgano que encuentra más flexible en el médium; de uno toma la mano, de otro la palabra, de un tercero el oído. El médium parlante se expresa generalmente sin tener conciencia de lo que dice, y a menudo dice cosas completamente ajenas a sus ideas habituales, a sus conocimientos e incluso al alcance de su inteligencia. Aunque esté perfectamente despierto y en un estado normal, rara vez conserva el recuerdo de lo que ha dicho; en una palabra, el habla es en él un instrumento del que se sirve el Espíritu, y con el cual otra persona puede entrar en comunicación, como puede hacerlo por mediación del médium auditivo.

La pasividad del médium parlante no siempre es tan completa; algunos tienen la intuición de lo que dicen en el momento mismo en que pronuncian las palabras. Volveremos sobre esta variedad cuando tratemos de los médiums intuitivos.

5. Médiums videntes.

167 Los médiums videntes están dotados de la facultad de ver a los Espíritus. Algunos gozan de esta facultad en el estado normal, cuando están perfectamente despiertos, y conservan un recuerdo exacto de ello; otros solo la tienen en un estado sonambúlico o cercano al sonambulismo. Esta facultad rara vez es permanente; casi siempre es el efecto de una crisis momentánea

y pasajera. Se puede incluir en la categoría de los médiums videntes a todas las personas dotadas de la segunda vista. La posibilidad de ver a los Espíritus en sueños resulta, sin duda, de una especie de mediumnidad, pero no constituye, propiamente hablando, a los médiums videntes. Hemos explicado este fenómeno en el capítulo VI, de las Manifestaciones visuales.

El médium vidente cree ver con los ojos, como quienes tienen la doble vista; pero, en realidad, es el alma la que ve, y esa es la razón por la que ven igual de bien con los ojos cerrados que con los ojos abiertos; de ello se deduce que un ciego puede ver a los Espíritus como quien tiene la vista intacta. Sobre este último punto habría un estudio interesante que hacer: saber si esta facultad es más frecuente entre los ciegos. Algunos Espíritus que habían sido ciegos nos dijeron que, en vida, tenían, por medio del alma, la percepción de ciertos objetos, y que no estaban sumidos en una oscuridad absoluta.

168 Hay que distinguir las apariciones accidentales y espontáneas de la facultad propiamente dicha de ver a los Espíritus. Las primeras son frecuentes, sobre todo en el momento de la muerte de personas a quienes se ha amado o conocido, y que vienen a avisar de que ya no son de este mundo.

Hay numerosos ejemplos de hechos de este género, sin hablar de las visiones durante el sueño. Otras veces son también parientes o amigos que, aunque hayan muerto hace más o menos tiempo, aparecen, ya sea para advertir de un peligro, para dar un consejo o para pedir un servicio. El servicio que puede pedir un Espíritu consiste generalmente en realizar algo que no pudo hacer en vida, o en el auxilio de las oraciones. Estas apariciones son hechos aislados que siempre tienen un carácter individual y personal y no constituyen una facultad propiamente dicha. La facultad consiste en la po-

sibilidad, si no permanente, al menos muy frecuente, de ver a cualquier Espíritu que se presente, incluso al que nos sea más ajeno. Es esta facultad la que constituye, propiamente hablando, a los médiums videntes. JS,.
Entre los médiums videntes, algunos solo ven a los Espíritus que se evocan y pueden describirlos con minuciosa exactitud; describen hasta en sus menores detalles sus gestos, la expresión de su fisonomía, los rasgos del rostro, la vestimenta y hasta los sentimientos que parecen animarlos. Hay otros en quienes esta facultad es aún más general; ven a toda la población de Espíritus que los rodea ir y venir, y podría decirse que ocuparse de sus asuntos.

169 Una noche asistimos a la representación de la ópera Oberón con un muy buen médium vidente. Había en la sala un número bastante considerable de asientos vacíos, pero muchos estaban ocupados por Espíritus que parecían disfrutar del espectáculo; algunos se acercaban a ciertos espectadores y parecían escuchar su conversación.

169.2 En el escenario se desarrollaba otra escena; detrás de los actores, varios Espíritus de humor jovial se divertían remedándolos e imitando sus gestos de manera grotesca; otros, más serios, parecían inspirar a los cantantes y esforzarse por darles energía.

169.3 Uno de ellos estaba constantemente junto a una de las principales cantantes; le atribuimos intenciones un tanto frívolas; al llamarlo después de que cayera el telón, vino a nosotros y nos reprochó con cierta severidad nuestro juicio temerario. No soy lo que ustedes creen, dijo, soy su guía y su Espíritu protector; soy yo quien tiene el encargo de dirigirla.

169.4 Después de unos minutos de una conversación muy seria, nos dejó diciendo: Adiós; ella está en su camerino; tengo que ir a velar por ella. Evocamos después al Espíritu de Weber, el autor de la ópera, y le preguntamos

qué pensaba de la ejecución de su obra.

169.5 «No está demasiado mal, dijo, pero le falta brío; los autores cantan, eso es todo; no hay inspiración. Esperen, añadió, voy a intentar darles un poco del fuego sagrado». Entonces se lo vio en el escenario, flotando por encima de los actores; un efluvio parecía emanar de él y extenderse sobre ellos; en ese momento hubo en ellos un aumento visible de energía.

170 He aquí otro hecho que prueba la influencia que los Espíritus ejercen sobre los hombres sin que estos lo sepan. Estábamos, como aquella noche, en una representación teatral con otro médium vidente.

170.2 Al entablar una conversación con un Espíritu espectador, este nos dijo: Ustedes ven a esas dos señoras solas en ese palco de primera; pues bien, me comprometo a hacer que abandonen la sala.

170.3 Dicho esto, se lo vio ir a situarse en el palco en cuestión y hablar a las dos señoras; de pronto estas, que estaban muy atentas al espectáculo, se miran, parecen consultarse, luego se van y no vuelven a aparecer. El Espíritu nos hizo entonces un gesto cómico para mostrar que había cumplido su palabra; pero no volvimos a verlo para pedirle explicaciones más amplias.

170.4 Así hemos podido ser testigos muchas veces del papel que desempeñan los Espíritus entre los vivos; los hemos observado en diversos lugares de reunión, en el baile, en el concierto, en el sermón, en los funerales, en las bodas, etc., y en todas partes hemos encontrado a algunos avivando las malas pasiones, sembrando la discordia, provocando riñas y alegrándose de sus proezas; otros, por el contrario, combatían esta influencia perniciosa, pero rara vez eran escuchados.

171 La facultad de ver a los Espíritus puede sin duda desarrollarse, pero es una de aquellas cuyo desarrollo natural conviene esperar sin provocarlo, si no se quiere uno exponer a ser juguete de su imaginación. Cuando existe el germen de una facultad, esta se manifiesta por sí misma; en principio, hay que conformarse con las que Dios nos ha concedido, sin buscar lo imposible; pues entonces, por querer tener demasiado, se corre el riesgo de perder lo que se tiene.

Cuando hemos dicho que los casos de apariciones espontáneas son frecuentes (n.º 107), no hemos querido decir que sean muy comunes; en cuanto a los médiums videntes propiamente dichos, son todavía más raros, y hay muchos motivos para desconfiar de quienes afirman poseer esta facultad; es prudente no darles crédito sino con pruebas positivas. Ni siquiera hablamos de quienes se hacen la ridícula ilusión de los Espíritus glóbulos, que hemos descrito en el n.º 108, sino de quienes afirman ver a los Espíritus de una manera racional. Algunas personas pueden sin duda engañarse de buena fe, pero otras también pueden simular esta facultad por amor propio o por interés. En este caso, hay que tener especialmente en cuenta el carácter, la moralidad y la sinceridad habitual; pero es sobre todo en las circunstancias de detalle donde se puede encontrar la comprobación más segura, pues hay algunas que no pueden dejar lugar a dudas, como, por ejemplo, la exactitud del retrato de Espíritus a quienes el médium nunca conoció en vida. El siguiente hecho pertenece a esta categoría.

Una señora viuda, cuyo marido se comunica frecuentemente con ella, se encontraba un día con un médium vidente que no la conocía, ni tampoco a su familia; el médium le dijo: —Veo un Espíritu cerca de usted.—

¡Ah! —dijo a su vez la señora—, sin duda es mi marido, que casi nunca me deja. —No —respondió el médium—, es una mujer de cierta edad; lleva un

peinado singular; tiene una banda blanca sobre la frente.

Por esta particularidad y por otros detalles descriptivos, la señora reconoció sin lugar a dudas a su abuela, en quien no pensaba en absoluto en aquel momento. Si el médium hubiera querido simular la facultad, le habría sido fácil seguir la idea de la señora, mientras que, en lugar del marido que ocupaba sus pensamientos, ve a una mujer con una particularidad en el peinado que nada podía haberle sugerido. Este hecho prueba otra cosa: que la visión del médium no era el reflejo de ningún pensamiento ajeno. (Véase n.º 102.)

6. Médiums sonámbulos.

172 El sonambulismo puede considerarse una variedad de la facultad medianímica, o, mejor dicho, son dos clases de fenómenos que muy a menudo se encuentran reunidos.

172.2 El sonámbulo actúa bajo la influencia de su propio Espíritu; es su alma la que, en los momentos de emancipación, ve, oye y percibe más allá del límite de los sentidos; lo que expresa lo toma de sí mismo; sus ideas son en general más acertadas que en el estado normal, sus conocimientos más amplios, porque su alma es libre; en una palabra, vive por anticipado la vida de los Espíritus.

172.3 El médium, por el contrario, es el instrumento de una inteligencia ajena; es pasivo, y lo que dice no proviene de él. En resumen, el sonámbulo expresa su propio pensamiento, y el médium expresa el de otro.

172.4 Pero el Espíritu que se comunica con un médium ordinario puede hacerlo igualmente con un sonámbulo; a menudo incluso el estado de emancipación del alma, durante el sonambulismo, facilita esta comunicación.

172.5 Muchos sonámbulos ven perfectamente a los Espíritus y los describen con tanta precisión como los médiums videntes; pueden conversar con ellos y transmitirnos su pensamiento; lo que dicen fuera del ámbito de sus conocimientos personales les es sugerido a menudo por otros Espíritus.

172.6 He aquí un ejemplo notable en el que la doble acción del Espíritu del sonámbulo y del Espíritu ajeno se revela de la manera menos equívoca:

173 Uno de nuestros amigos tenía como sonámbulo a un muchacho de 14 a 15 años, de inteligencia muy corriente y de instrucción sumamente limitada. Sin embargo, en estado de sonambulismo, dio pruebas de una lucidez extraordinaria y de una gran perspicacia. Sobresalía sobre todo en el tratamiento de las enfermedades, e hizo numerosas curaciones consideradas imposibles. Un día atendía en consulta a un enfermo cuyo mal describió con perfecta exactitud. —Eso no es todo —le dijeron—, ahora se trata de indicar el remedio.—

No puedo —respondió—, mi ángel doctor no está aquí.

—¿Qué entiende usted por su ángel doctor? —El que me dicta los remedios. —¿No es usted, entonces, quien ve los remedios? —¡Pues no! Ya les digo que es mi ángel doctor quien me los dicta.

Así, en este sonámbulo, la acción de ver el mal era obra de su propio Espíritu, que para ello no necesitaba ninguna ayuda; pero la indicación de los remedios se la daba otro; al no estar allí ese otro, no podía decir nada. Solo, no era más que sonámbulo; asistido por lo que llamaba su ángel doctor, era sonámbulo médium.

174 La lucidez sonambúlica es una facultad que depende del organismo y que es completamente independiente de la elevación, del progreso e incluso del estado moral del sujeto. Un sonámbulo puede, por lo tanto, ser

muy lúcido y ser incapaz de resolver ciertas cuestiones si su Espíritu está poco adelantado. Quien habla por sí mismo puede, pues, decir cosas buenas o malas, acertadas o falsas, poner más o menos delicadeza y escrúpulo en sus procedimientos, según el grado de elevación o de inferioridad de su propio Espíritu; es entonces cuando la ayuda de un Espíritu ajeno puede suplir su insuficiencia; pero un sonámbulo puede ser asistido por un Espíritu mentiroso, frívolo o incluso malo, al igual que los médiums; es aquí, sobre todo, donde las cualidades morales tienen una gran influencia para atraer a los buenos Espíritus. (Véase El libro de los Espíritus, Sonambulismo, n.º 425; y, más adelante, el capítulo sobre la influencia moral del médium.)

7. Médiums curadores.

175 Aquí solo mencionaremos de paso esta variedad de médiums, porque este tema exigiría un desarrollo demasiado extenso para los límites de nuestra obra; sabemos, además, que un médico amigo nuestro se propone tratarlo en una obra especial sobre la medicina intuitiva.

175.2 Diremos únicamente que este género de mediumnidad consiste principalmente en el don que ciertas personas poseen de curar con el simple contacto, con la mirada, incluso con un gesto, sin ayuda de ninguna meditación. Se dirá, sin duda, que esto no es otra cosa que magnetismo.

175.3 Es evidente que el fluido magnético desempeña aquí un gran papel; pero cuando se examina este fenómeno con cuidado, se reconoce sin dificultad que hay algo más. La magnetización ordinaria es un verdadero tratamiento continuado, regular y metódico; aquí las cosas suceden de manera muy diferente.

175.4 Todos los magnetizadores son más o menos aptos para curar si saben proceder de manera adecuada, mientras que en los médiums curadores la facultad es espontánea, y algunos incluso la poseen sin haber oído hablar nunca de magnetismo.

175.5 La intervención de una potencia oculta, que constituye la mediumnidad, se hace evidente en ciertas circunstancias; lo es sobre todo cuando se considera que la mayoría de las personas a quienes se puede calificar con razón de médiums curadores recurren a la oración, que es una verdadera evocación. (Véase más arriba, n.º 131.)

176 He aquí las respuestas que se nos dieron a las siguientes preguntas dirigidas a los Espíritus sobre este tema.

1. ¿Puede considerarse que las personas dotadas de la potencia magnética forman una variedad de médiums?

«No podéis dudarlo».

2. Sin embargo, el médium es un intermediario entre los Espíritus y el hombre; ahora bien, el magnetizador, al sacar su fuerza de sí mismo, no parece ser el intermediario de ninguna potencia ajena.

«Es un error; la potencia magnética reside sin duda en el hombre, pero aumenta por la acción de los Espíritus a los que llama en su ayuda. Si magnetizas con el propósito de curar, por ejemplo, e invocas a un buen Espíritu que se interese por ti y por tu enfermo, él aumenta la fuerza y tu voluntad, dirige tu fluido y le da las cualidades necesarias».

3. Sin embargo, ¿hay muy buenos magnetizadores que no creen en los Espíritus? «¿Piensas, entonces, que los Espíritus solo actúan sobre quienes creen en ellos? Quienes magnetizan para hacer el bien son ayudados por buenos Espíritus. Todo hombre que tiene el deseo del bien los llama sin

sospecharlo; del mismo modo que, por el deseo del mal y las malas intenciones, llama a los malos».

4. Quien, teniendo esa potencia, creyera en la intervención de los Espíritus, ¿actuaría con mayor eficacia?

«Haría cosas que consideraríais milagros».

5. ¿Tienen ciertas personas verdaderamente el don de curar con el simple contacto, sin emplear pases magnéticos?

«Ciertamente; ¿no tenéis numerosos ejemplos de ello?»

6. En ese caso, ¿hay acción magnética o solamente influencia de los Espíritus?

«Ambas cosas. Estas personas son verdaderos médiums, puesto que actúan bajo la influencia de los Espíritus; pero eso no quiere decir que sean médiums escribientes, tal como vosotros lo entendéis».

7. ¿Puede transmitirse este poder?

«El poder, no; pero sí el conocimiento de las cosas necesarias para ejercerlo si se posee. Hay quien no sospecharía que tiene este poder si no creyera que le ha sido transmitido».

8. ¿Pueden obtenerse curaciones solo con la oración?

«Sí, algunas veces, si Dios lo permite; pero quizá el bien del enfermo sea sufrir todavía, y entonces creéis que vuestra oración no es escuchada».

9. ¿Hay para ello fórmulas de oración más eficaces que otras?

«Solo la superstición puede atribuir una virtud a ciertas palabras, y solo los Espíritus ignorantes o mentirosos pueden mantener semejantes ideas prescribiendo fórmulas. Sin embargo, puede suceder que, para personas poco instruidas e incapaces de comprender las cosas puramente espirituales, el empleo de una fórmula contribuya a darles confianza; en ese caso, no es la

fórmula la que resulta eficaz, sino la fe, que aumenta por la idea asociada al empleo de la fórmula».

8. Médiums pneumatógrafos.

177 Se da este nombre a los médiums aptos para obtener la escritura directa, lo que no se concede a todos los médiums escribientes. Esta facultad es hasta ahora bastante rara; probablemente se desarrolla con el ejercicio; pero, como hemos dicho, su utilidad práctica se limita a una comprobación patente de la intervención de una potencia oculta en las manifestaciones. Solo la experiencia puede dar a conocer si se posee; se puede, pues, intentar y, además, se le puede preguntar a un Espíritu protector por los otros medios de comunicación. Según la mayor o menor potencia del médium, se obtienen simples trazos, signos, letras, palabras, frases e incluso páginas enteras. Por lo general, basta con colocar una hoja de papel doblada en un lugar cualquiera o designado por el Espíritu, durante diez minutos o un cuarto de hora, a veces más. La oración y el recogimiento son condiciones esenciales; por eso puede considerarse imposible obtener algo en una reunión de personas poco serias, o que no estén animadas por sentimientos de simpatía y benevolencia. (Véase la teoría de la escritura directa, capítulo VIII, Laboratorio del mundo invisible (n.º 127 y siguientes), y capítulo XII, Pneumatografía.)

Trataremos de manera especial de los médiums escribientes en los capítulos siguientes.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XV — MÉDIUMS ESCRIBIENTES O PSICÓGRAFOS

✦

178 Médiums mecánicos; intuitivos; semimecánicos; inspirados o involuntarios; de presentimientos.

De todos los medios de comunicación, la escritura manual es el más sencillo, el más cómodo y, sobre todo, el más completo. Hacia él deben dirigirse todos los esfuerzos, pues permite establecer con los Espíritus relaciones tan continuas y regulares como las que existen entre nosotros. Debemos dedicarnos a él tanto más cuanto que es el medio por el cual los Espíritus revelan mejor su naturaleza y el grado de su perfección o de su inferioridad. Por la facilidad que tienen para expresarse, nos dan a conocer sus pensamientos íntimos y nos permiten así juzgarlos y apreciarlos en su justo valor. La facultad de escribir es, además, para un médium, la más susceptible de desarrollarse con el ejercicio.

179 Médiums mecánicos

Si se examinan ciertos efectos que se producen en los movimientos de la mesa, de la cesta o de la tablilla que escribe, no se puede dudar de una acción ejercida directamente por el Espíritu sobre esos objetos. La cesta se agita a veces con tanta violencia que se escapa de las manos del médium; a veces incluso se dirige hacia ciertas personas del círculo para golpearlas; otras veces sus movimientos manifiestan un sentimiento afectuoso. Lo mismo ocurre cuando el lápiz está colocado en la mano; a menudo es lanzado lejos con fuerza, o bien la mano, como la cesta, se agita convulsivamente y golpea la mesa con ira, aun cuando el médium se encuentra en la

mayor calma y se asombra de no poder dominarse. Digamos, de paso, que estos efectos denotan siempre la presencia de Espíritus imperfectos; los Espíritus realmente superiores son siempre serenos, dignos y benévolos; si no se los escucha debidamente, se retiran y otros ocupan su lugar. El Espíritu puede, pues, expresar directamente su pensamiento, ya sea por el movimiento de un objeto del que la mano del médium no es más que el punto de apoyo, ya sea por su acción sobre la mano misma.

Cuando el Espíritu actúa directamente sobre la mano, le da un impulso completamente independiente de la voluntad. Esta se mueve sin interrupción y a pesar del médium mientras el Espíritu tiene algo que decir, y se detiene cuando ha terminado.

Lo que caracteriza el fenómeno en esta circunstancia es que el médium no tiene la menor conciencia de lo que escribe; la inconsciencia absoluta, en este caso, constituye lo que se llama médiums pasivos o mecánicos. Esta facultad es valiosa porque no puede dejar ninguna duda sobre la independencia del pensamiento respecto de quien escribe.

Médiums intuitivos,

180 La transmisión del pensamiento también tiene lugar por medio del Espíritu del médium, o, mejor dicho, de su alma, puesto que designamos con este nombre al Espíritu encarnado. El Espíritu ajeno, en este caso, no actúa sobre la mano para hacerla escribir; no la sostiene ni la guía; actúa sobre el alma, con la cual se identifica. El alma, bajo este impulso, dirige la mano, y la mano dirige el lápiz. Señalemos aquí algo importante que conviene saber: el Espíritu ajeno no sustituye al alma, pues no podría desplazarla; la domina sin que ella lo sepa, le imprime su voluntad. En esta circunstancia, el papel del alma no es absolutamente pasivo; es ella quien recibe el pensa-

miento del Espíritu ajeno y lo transmite. En esta situación, el médium tiene conciencia de lo que escribe, aunque no sea su propio pensamiento; es lo que se llama médium intuitivo.

Si es así, se dirá, nada prueba que sea un Espíritu ajeno el que escribe y no el del médium. La distinción es, en efecto, a veces bastante difícil de hacer, pero puede ocurrir que eso importe poco. Sin embargo, se puede reconocer el pensamiento sugerido en que nunca es preconcebido; nace a medida que se escribe y a menudo es contrario a la idea previa que uno se había formado; puede incluso estar fuera de los conocimientos y de las capacidades del médium.

El papel del médium mecánico es el de una máquina; el médium intuitivo actúa como lo haría un traductor o intérprete. Este, en efecto, para transmitir el pensamiento, debe comprenderlo, apropiárselo de algún modo para traducirlo fielmente, y, sin embargo, ese pensamiento no es suyo: no hace más que pasar por su cerebro. Tal es exactamente el papel del médium intuitivo.

181 Médiums semimecánicos

En el médium puramente mecánico, el movimiento de la mano es independiente de la voluntad; en el médium intuitivo, el movimiento es voluntario y depende de su decisión. El médium semimecánico participa de los otros dos; siente un impulso dado a su mano a pesar suyo, pero al mismo tiempo tiene conciencia de lo que escribe a medida que se forman las palabras. En el primero, el pensamiento sigue al acto de escribir; en el segundo, lo precede; en el tercero, lo acompaña. Estos últimos médiums son los más numerosos.

182 Médiums inspirados

Toda persona que, ya sea en el estado normal, ya sea en el estado de éxtasis, recibe por el pensamiento comunicaciones ajenas a sus ideas preconcebidas, puede incluirse en la categoría de los médiums inspirados; es, como se ve, una variedad de la mediumnidad intuitiva, con la diferencia de que la intervención de una potencia oculta es en ella aún mucho menos perceptible, pues, en el inspirado, es todavía más difícil distinguir el pensamiento propio del que es sugerido. Lo que caracteriza a este último es, sobre todo, la espontaneidad. La inspiración nos viene de los Espíritus que influyen en nosotros para bien o para mal, pero procede más bien de aquellos que nos desean el bien y cuyos consejos demasiado a menudo cometemos el error de no seguir; se aplica a todas las circunstancias de la vida en las decisiones que debemos tomar; en este sentido se puede decir que todo el mundo es médium, pues no hay nadie que no tenga sus Espíritus protectores y familiares, que hacen todos sus esfuerzos para sugerir a sus protegidos pensamientos saludables. Si estuviéramos bien convencidos de esta verdad, recurriríamos más a menudo a la inspiración de nuestro ángel de la guarda en los momentos en que no sabemos qué decir o qué hacer. Invóquesele, pues, con fervor y confianza en caso de necesidad, y la mayoría de las veces nos sorprenderán las ideas que surgirán como por encanto, ya sea que tengamos que tomar una decisión, ya sea que tengamos algo que componer. Si no viniera ninguna idea, sería porque habría que esperar. La prueba de que la idea que sobreviene es realmente una idea ajena a uno mismo es que, si hubiera estado en uno, siempre se habría dispuesto de ella, y no habría razón para que no se manifestara a voluntad. Quien no es ciego solo tiene que abrir los ojos para ver cuando quiere; del mismo modo, quien tiene ideas propias siempre las tiene a su disposición; si no le vienen cuando lo

desea, es porque se ve obligado a buscarlas fuera de sus propios recursos.
También se puede incluir en esta categoría a las personas que, sin estar dotadas de una inteligencia excepcional y sin salir del estado normal, tienen destellos de una lucidez intelectual que les da momentáneamente una facilidad inusual para concebir y expresarse y, en ciertos casos, el presentimiento de las cosas futuras. En esos momentos que se llaman con razón de inspiración, las ideas abundan, se suceden, se encadenan, por así decirlo, por sí mismas y por un impulso involuntario y casi febril; nos parece que una inteligencia superior viene a ayudarnos y que nuestro espíritu queda libre de una carga.

183 Los hombres de genio de todos los campos, artistas, científicos, literatos, son sin duda Espíritus avanzados, capaces por sí mismos de comprender y concebir grandes cosas; ahora bien, precisamente porque se los considera capaces, los Espíritus que desean la realización de ciertos trabajos les sugieren las ideas necesarias, y así es como la mayoría de las veces son médiums sin saberlo. Sin embargo, tienen una vaga intuición de una ayuda ajena, pues quien apela a la inspiración no hace otra cosa que una evocación; si no esperara ser escuchado, ¿por qué exclamaría tan a menudo: ¡Mi buen genio, ven en mi ayuda!?
Las siguientes respuestas confirman esta afirmación.
— ¿Cuál es la causa primera de la inspiración?
«El Espíritu que se comunica por el pensamiento».
— ¿La inspiración tiene por objeto únicamente la revelación de las grandes cosas?
«No, a menudo se refiere a las circunstancias más corrientes de la vida. Por ejemplo, quieres ir a alguna parte: una voz secreta te dice que no lo hagas

porque hay peligro para ti; o bien te dice que hagas algo en lo que no pensabas: eso es inspiración. Hay muy pocas personas que no hayan sido más o menos inspiradas en ciertos momentos». — Un autor, un pintor, un músico, por ejemplo, en los momentos de inspiración, ¿podrían ser considerados médiums?

«Sí, pues en esos momentos su alma es más libre y está como desligada de la materia; recobra una parte de sus facultades de Espíritu y recibe más fácilmente las comunicaciones de los otros Espíritus que la inspiran». Médiums de presentimientos.

184 El presentimiento es una intuición vaga de las cosas futuras. Algunas personas tienen esta facultad más o menos desarrollada; pueden deberla a una especie de doble vista que les permite entrever las consecuencias de las cosas presentes y el encadenamiento de los acontecimientos; pero a menudo también procede de comunicaciones ocultas, y es sobre todo en este caso cuando se puede dar a quienes están dotados de ella el nombre de médiums de presentimientos, que son una variedad de los médiums inspirados.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XVI — MÉDIUMS ESPECIALES

✦

185 Aptitudes especiales de los médiums. — Cuadro sinóptico de las diferentes variedades de médiums.

Además de las categorías de médiums que acabamos de enumerar, la mediumnidad presenta una variedad infinita de matices que constituyen lo que se llama médiums especiales, y que se deben a aptitudes particulares todavía no definidas, independientemente de las cualidades y de los conocimientos del Espíritu que se manifiesta.

La naturaleza de las comunicaciones siempre guarda relación con la naturaleza del Espíritu, y lleva el sello de su elevación o de su inferioridad, de su saber o de su ignorancia; pero, a igual mérito desde el punto de vista jerárquico, hay indiscutiblemente en él una inclinación a ocuparse de una cosa más que de otra; los Espíritus golpeadores, por ejemplo, apenas salen de las manifestaciones físicas; y entre los que dan manifestaciones inteligentes hay Espíritus poetas, músicos, dibujantes, moralistas, sabios, médicos, etc. Hablamos de los Espíritus de un orden medio, pues, llegado cierto grado, las aptitudes se funden en la unidad de la perfección. Pero, junto a la aptitud del Espíritu, está la del médium, que es para él un instrumento más o menos cómodo, más o menos flexible, y en el que descubre cualidades particulares que nosotros no podemos apreciar.

Tomemos una comparación: un músico muy hábil tiene a mano varios violines que, para la gente común, serán todos buenos instrumentos, pero entre los cuales el artista consumado encuentra grandes diferencias; percibe

en ellos matices de una delicadeza extrema que le harán elegir unos y rechazar otros, matices que comprende por intuición más de lo que puede definirlos. Lo mismo sucede con los médiums: a igualdad de cualidades en la potencia mediúmnica, el Espíritu dará preferencia a uno u otro según el género de comunicación que quiera hacer. Así, por ejemplo, se ha visto a personas escribir, como médiums, poesías admirables, aunque, en condiciones ordinarias, nunca hayan podido o sabido componer dos versos; otras, por el contrario, son poetas y, como médiums, nunca han podido escribir más que prosa, a pesar de su deseo. Lo mismo ocurre con el dibujo, la música, etc. Hay quienes, sin tener por sí mismos conocimientos científicos, poseen una aptitud más particular para recibir comunicaciones científicas; otros la tienen para los estudios históricos; otros sirven con mayor facilidad de intérpretes a los Espíritus moralistas; en una palabra, cualquiera que sea la flexibilidad del médium, las comunicaciones que recibe con mayor facilidad llevan generalmente un sello especial; incluso hay quienes no salen de cierto círculo de ideas, y cuando se apartan de él, solo obtienen comunicaciones incompletas, lacónicas y a menudo falsas. Aparte de las causas relacionadas con la aptitud, los Espíritus se comunican también con mayor o menor agrado por tal o cual intermediario, según sus simpatías; así, en igualdad de las demás condiciones, el mismo Espíritu será mucho más explícito con ciertos médiums, únicamente porque le convienen más.

186 Se estaría, pues, en un error si, por el solo hecho de tener a mano un buen médium, aunque escribiera con la mayor facilidad, se pensara obtener por él buenas comunicaciones de todo género. La primera condición es, sin duda, asegurarse de la fuente de la que emanan, es decir, de las cualidades del Espíritu que las transmite; pero no es menos necesario tener en

cuenta las cualidades del instrumento que se ofrece al Espíritu; hay que estudiar, por tanto, la naturaleza del médium como se estudia la naturaleza del Espíritu, pues estos son los dos elementos esenciales para obtener un resultado satisfactorio. Hay un tercero que desempeña un papel igualmente importante: la intención, el pensamiento íntimo, el sentimiento más o menos loable de quien pregunta; y esto se comprende: para que una comunicación sea buena, es preciso que emane de un Espíritu bueno; para que ese Espíritu bueno pueda transmitirla, necesita un buen instrumento; para que quiera transmitirla, es preciso que el propósito le convenga. El Espíritu, que lee el pensamiento, juzga si la pregunta que se le propone merece una respuesta seria, y si la persona que se la dirige es digna de recibirla; en caso contrario, no pierde el tiempo sembrando buenas semillas sobre piedras, y entonces es cuando los Espíritus frívolos y burlones dan rienda suelta a sus inclinaciones, porque, al preocuparse poco por la verdad, no examinan las cosas tan de cerca y suelen tener pocos escrúpulos en cuanto al fin y a los medios.

Resumimos aquí los principales géneros de mediumnidad para presentar, en cierto modo, su cuadro sinóptico, incluyendo los que ya hemos descrito en los capítulos anteriores e indicando los números donde se tratan con más detalle.

Hemos agrupado las diferentes variedades de médiums por analogía de causas y efectos, sin que esta clasificación tenga nada de absoluto. Algunas se encuentran con frecuencia; otras, por el contrario, son raras e incluso excepcionales, lo cual nos ocupamos de señalar. Estas últimas indicaciones han sido proporcionadas todas por los Espíritus, quienes, por lo demás, han revisado este cuadro con especial cuidado y lo han completado con numerosas observaciones y nuevas categorías, de modo que es, por así decirlo,

enteramente obra suya. Hemos indicado entre comillas sus observaciones textuales cuando hemos creído necesario destacarlas. Son, en su mayoría, de Erasto y de Sócrates.

187 Se puede dividir a los médiums en dos grandes categorías:
Los médiums de efectos físicos; los que tienen el poder de provocar efectos materiales o manifestaciones ostensibles. (N.º 160.)
Los médiums de efectos intelectuales; los que son especialmente aptos para recibir y transmitir las comunicaciones inteligentes. (N.º 65 y siguientes.)
Todas las demás variedades se relacionan más o menos directamente con una u otra de estas dos categorías; algunas pertenecen a ambas. Si se analizan los diferentes fenómenos producidos bajo la influencia mediúmnica, se verá que en todos hay un efecto físico, y que a los efectos físicos se une casi siempre un efecto inteligente. El límite entre ambos es a veces difícil de establecer, pero esto no tiene ninguna consecuencia. Comprendemos bajo la denominación de médiums de efectos intelectuales a los que pueden servir más especialmente de intermediarios para las comunicaciones regulares y continuadas. (N.º 133.)

188 Variedades comunes a todos los géneros de mediumnidad.
Médiums sensitivos; personas susceptibles de sentir la presencia de los Espíritus por una impresión general o local, vaga o material. La mayoría distingue a los Espíritus buenos o malos por la naturaleza de la impresión. (N.º 164.)
«Los médiums delicados y muy sensitivos deben abstenerse de las comunicaciones con los Espíritus violentos o cuya impresión sea penosa, a causa de la fatiga que resulta de ello».

Médiums naturales o inconscientes; los que producen los fenómenos espontáneamente, sin ninguna participación de su voluntad y, casi siempre, sin saberlo. (N.º 161.)

Médiums facultativos o voluntarios; los que tienen el poder de provocar los fenómenos mediante un acto de su voluntad. (N.º 160.)

«Cualquiera que sea esa voluntad, nada pueden si los Espíritus se niegan a ello; lo que prueba la intervención de un poder ajeno».

189 Variedades especiales para los efectos físicos.

Médiums tiptores; aquellos por cuya influencia se producen ruidos y golpes. Variedad muy común, con o sin participación de la voluntad.

Médiums motores; los que producen el movimiento de los cuerpos inertes. Muy comunes. (N.º 61.)

Médiums de traslación y suspensión; los que producen la traslación aérea y la suspensión de cuerpos inertes en el espacio sin punto de apoyo. Los hay que pueden elevarse ellos mismos. Más o menos raros, según el desarrollo del fenómeno; muy raros en el último caso. (N.º 75 y siguientes; n.º 80.)

Médiums de efectos musicales; provocan la ejecución de ciertos instrumentos sin contacto. Muy raros. (N.º 74; pregunta 24.)

Médiums de apariciones; los que pueden provocar apariciones fluídicas o tangibles, visibles para los asistentes. Muy excepcionales. (N.º 100; pregunta 27; n.º 104.)

Médiums de aportes; los que pueden servir de auxiliares a los Espíritus para el aporte de objetos materiales. Variedad de los médiums motores y de traslación. Excepcionales.

Médiums nocturnos; los que solo obtienen ciertos efectos físicos en la oscuridad. Esta es la respuesta de un Espíritu a la pregunta de si se puede

considerar que estos médiums forman una variedad.

«Ciertamente se puede hacer de ellos una especialidad, pero este fenómeno se debe más a las condiciones del ambiente que a la naturaleza del médium o de los Espíritus; debo añadir que algunos escapan a esta influencia del medio, y que la mayoría de los médiums nocturnos podrían llegar, con la práctica, a actuar tan bien a la luz como en la oscuridad. Esta variedad de médiums es poco numerosa; y, hay que decirlo, al amparo de esta condición que deja plena libertad para emplear trucos, ventriloquia y tubos acústicos, los charlatanes han abusado demasiado a menudo de la credulidad, haciéndose pasar por médiums para recoger monedas. Pero ¿qué importa? Los embaucadores de salón, como los de la plaza pública, serán cruelmente desenmascarados, y los Espíritus les demostrarán que no conviene inmiscuirse en sus obras. Sí, lo repito, ciertos charlatanes recibirán golpes en los dedos con suficiente dureza para quitarles las ganas de ejercer el oficio de falsos médiums. Por lo demás, todo esto solo durará un tiempo». (Erasto.)

Médiums pneumatógrafos; los que obtienen la escritura directa. Fenómeno muy raro y, sobre todo, muy fácil de imitar mediante el engaño. (N.º 177.)

Observación. Los Espíritus insistieron, en contra de nuestra opinión, en colocar la escritura directa entre los fenómenos de orden físico, por la razón, dijeron, de que: «Los efectos inteligentes son aquellos para los cuales el Espíritu se sirve de los materiales cerebrales del médium, lo que no sucede en la escritura directa; la acción del médium es aquí enteramente material, mientras que en el médium escribiente, incluso completamente mecánico, el cerebro siempre desempeña un papel activo».

Médiums curadores; los que tienen el poder de curar o aliviar mediante la

imposición de manos o la oración.

«Esta facultad no es esencialmente mediúmnica; pertenece a todos los verdaderos creyentes, sean médiums o no; a menudo no es más que una exaltación de la potencia magnética, fortalecida en caso de necesidad por el concurso de buenos Espíritus». (N.º 175.)

Médiums excitadores; personas que tienen el poder de desarrollar en los demás, mediante su influencia, la facultad de escribir.

«Aquí se trata más bien de un efecto magnético que de un hecho de mediumnidad propiamente dicha, pues nada prueba la intervención de un Espíritu. En cualquier caso, pertenece al orden de los efectos físicos». (Véase el capítulo de la Formación de los médiums.)

190 Médiums especiales para los efectos intelectuales.

Aptitudes diversas.

Médiums auditivos; los que oyen a los Espíritus. Bastante comunes. (N.º 165.)

«Hay muchos que se figuran oír lo que solo está en su imaginación.» Médiums parlantes; los que hablan bajo la influencia de los Espíritus. Bastante comunes. (N° 166.)

Médiums videntes; los que ven a los Espíritus en estado de vigilia. La visión accidental y fortuita de un Espíritu en una circunstancia particular es bastante frecuente; pero la visión habitual o facultativa de los Espíritus sin distinción es excepcional. (N 167.)

«Es una aptitud a la que se opone el estado actual de los órganos; por eso conviene no creer siempre bajo su palabra a quienes dicen ver a los Espíritus.»

Médiums inspirados; aquellos a quienes los Espíritus sugieren pensamien-

tos, la mayoría de las veces sin que lo sepan, ya sea para los actos ordinarios de la vida o para los grandes trabajos de la inteligencia. (N° 182).

Médiums de presentimientos; personas que, en ciertas circunstancias, tienen una vaga intuición de las cosas futuras ordinarias. (N.º 184.)

Médiums proféticos; variedad de los médiums inspirados o de presentimientos; reciben, con el permiso de Dios y con mayor precisión que los médiums de presentimientos, la revelación de las cosas futuras de interés general, y tienen el encargo de darlas a conocer a los hombres para su instrucción.

«Si hay verdaderos profetas, hay todavía más falsos, que toman los sueños de su imaginación por revelaciones, cuando no son impostores que se hacen pasar por tales por ambición.» (Véase en El libro de los Espíritus, n.º 624, los caracteres del verdadero profeta.)

Médiums sonámbulos; los que, en estado de sonambulismo, son asistidos por Espíritus. (N.º 172.)

Médiums extáticos; los que, en estado de éxtasis, reciben revelaciones de los Espíritus.

«Muchos extáticos son el juguete de su propia imaginación y de los Espíritus engañadores que se aprovechan de su exaltación. Los que merecen una confianza plena son muy raros.» Médiums pintores y dibujantes; los que pintan o dibujan bajo la influencia de los Espíritus. Hablamos de quienes obtienen cosas serias, pues no se podría dar ese nombre a ciertos médiums a quienes los Espíritus burlones hacen realizar cosas grotescas que rechazaría el último de los escolares.

Los Espíritus ligeros son imitadores. En la época en que aparecieron los notables dibujos de Júpiter, surgió un gran número de supuestos médiums dibujantes, con quienes los Espíritus burlones se divirtieron haciéndoles

realizar las cosas más ridículas. Uno de ellos, entre otros, queriendo eclipsar los dibujos de Júpiter, al menos por su tamaño, si no por su calidad, hizo dibujar a un médium un monumento que ocupaba un número de hojas suficiente para alcanzar la altura de dos pisos. Muchos otros hicieron realizar supuestos retratos que eran verdaderas caricaturas. (Revista Espírita, agosto de 1858.)

Médiums músicos; los que ejecutan, componen o escriben música bajo la influencia de los Espíritus. Hay médiums músicos mecánicos, semimecánicos, intuitivos e inspirados, como los hay para las comunicaciones literarias. (Véase Médiums de efectos musicales.) 191. 1° Según el modo de ejecución.

Médiums escribientes o psicógrafos; los que tienen la facultad de escribir por sí mismos bajo la influencia de los Espíritus.

Médiums escribientes mecánicos; aquellos cuya mano recibe un impulso involuntario y que no tienen ninguna conciencia de lo que escriben. Muy raros. (N.º 179.) - Médiums semimecánicos; aquellos cuya mano se mueve involuntariamente, pero que tienen conciencia instantánea de las palabras o de las frases a medida que escriben. Los más comunes. (N° 181.)

Médiums intuitivos; aquellos con quienes los Espíritus se comunican por el pensamiento y cuya mano es guiada por la voluntad. Se diferencian de los médiums inspirados en que estos últimos no necesitan escribir, mientras que el médium intuitivo escribe el pensamiento que se le sugiere instantáneamente sobre un tema determinado y suscitado. (N.º 180.)

«Son muy comunes, pero también muy propensos al error, porque a menudo no pueden discernir lo que proviene de los Espíritus de lo que procede de ellos mismos.»

Médiums polígrafos; aquellos cuya escritura cambia con el Espíritu que se

comunica, o que son capaces de reproducir la escritura que el Espíritu tenía en vida. El primer caso es muy habitual; el segundo, el de la identidad de la escritura, es más raro. (N° 219.)

Médiums políglotas; los que tienen la facultad de hablar o escribir en lenguas que les son ajenas. Muy raros.

Médiums iletrados; los que escriben, como médiums, sin saber leer ni escribir en su estado ordinario.

«Más raros que los anteriores; hay una mayor dificultad material que vencer.»

192 2° Según el desarrollo de la facultad.

Médiums novatos; aquellos cuyas facultades aún no están completamente desarrolladas y que carecen de la experiencia necesaria.

Médiums improductivos; los que solo logran obtener cosas insignificantes, monosílabos, trazos o letras sin continuidad. (Véase el capítulo de la Formación de los médiums.)

Médiums hechos o formados; son aquellos cuyas facultades mediúmnicas están completamente desarrolladas, que transmiten las comunicaciones que reciben con facilidad, prontitud y sin vacilación. Se comprende que este resultado solo puede obtenerse mediante la práctica, mientras que, en los médiums novatos, las comunicaciones son lentas y difíciles.

Médiums lacónicos; aquellos cuyas comunicaciones, aunque fáciles, son breves y sin desarrollo.

Médiums explícitos; las comunicaciones que obtienen tienen toda la amplitud y toda la extensión que cabe esperar de un escritor consumado.

Médiums experimentados. La facilidad de ejecución es cuestión de práctica, que a menudo se adquiere en poco tiempo, mientras que la experien-

cia es el resultado de un estudio serio de todas las dificultades que se presentan en la práctica del espiritismo. La experiencia da al médium el tacto necesario para apreciar la naturaleza de los Espíritus que se manifiestan, juzgar sus cualidades buenas o malas por los indicios más minuciosos y discernir la falsedad de los Espíritus engañadores que se ocultan bajo las apariencias de la verdad. Se comprende fácilmente la importancia de esta cualidad, sin la cual todas las demás carecen de utilidad real; el mal está en que muchos médiums confunden la experiencia, fruto del estudio, con la aptitud, producto de la constitución orgánica; se creen maestros porque escriben con facilidad; rechazan todo consejo y se convierten en presa de los Espíritus mentirosos e hipócritas que los cautivan halagando su orgullo. (Véase, más adelante, el capítulo de la Obsesión.)

Médiums flexibles; aquellos cuya facultad se presta más fácilmente a los diversos géneros de comunicaciones, y por cuyo medio todos los Espíritus, o casi todos, pueden manifestarse, espontáneamente o por evocación.

«Esta variedad de médiums se aproxima mucho a los médiums sensitivos.»

Médiums exclusivos; aquellos por cuyo medio un Espíritu se manifiesta de preferencia, e incluso con exclusión de todos los demás, y responde por aquellos a quienes se llama por mediación del médium.

«Esto se debe siempre a una falta de flexibilidad; cuando el Espíritu es bueno, puede vincularse al médium por simpatía y con un fin loable; cuando es malo, siempre es con la intención de poner al médium bajo su dependencia. Es más un defecto que una cualidad, y está muy cerca de la obsesión.» (Véase el capítulo de la Obsesión.)

Médiums de evocaciones; los médiums flexibles son, naturalmente, los más aptos para este género de comunicación y para las preguntas de detalle que

pueden dirigirse a los Espíritus. Hay, en este aspecto, médiums enteramente especiales.

«Sus respuestas se mantienen casi siempre dentro de un marco limitado, incompatible con el desarrollo de temas generales.»

Médiums de dictados espontáneos; reciben de preferencia comunicaciones espontáneas de Espíritus que se presentan sin ser llamados. Cuando esta facultad es especial en un médium, es difícil, a veces incluso imposible, hacer una evocación por su medio.

«Sin embargo, están mejor equipados que los de la variedad anterior. Comprended que aquí se entiende por equipo los materiales cerebrales, pues a menudo se necesita, diré incluso siempre, una mayor suma de inteligencia para los dictados espontáneos que para las evocaciones. Entended aquí por dictados espontáneos los que merecen verdaderamente ese nombre, y no unas cuantas frases incompletas o algunos pensamientos triviales que se encuentran en todos los casilleros humanos.

193 3° Según el género y la especialidad de las comunicaciones.

Médiums versificadores; obtienen con mayor facilidad que otros comunicaciones en verso. Bastante comunes para los versos malos; muy raros para los buenos.

Médiums poéticos; sin obtener versos, las comunicaciones que reciben tienen algo vaporoso, sentimental; nada en ellas denota rudeza; son, más que otros, aptos para expresar sentimientos tiernos y afectuosos. Todo en ellas es vago, y sería inútil pedirles algo preciso. Muy comunes.

Médiums positivos; sus comunicaciones tienen, en general, un carácter de claridad y precisión que se presta fácilmente a los detalles minuciosos y a la información exacta. Bastante raros.

Médiums literarios; no tienen ni la vaguedad de los médiums poéticos ni el carácter prosaico de los médiums positivos; pero disertan con sagacidad; su estilo es correcto, elegante y, a menudo, de una elocuencia notable.

Médiums incorrectos; pueden obtener cosas muy buenas, pensamientos de una moralidad irreprochable, pero su estilo es difuso, incorrecto, sobrecargado de repeticiones y de términos impropios.

«La incorrección material del estilo se debe generalmente a la falta de cultura intelectual del médium, que no es, para el Espíritu, un buen instrumento en este aspecto; el Espíritu le concede poca importancia; para él, el pensamiento es lo esencial, y os deja libertad para darle la forma conveniente. No ocurre lo mismo con las ideas falsas e ilógicas que puede contener una comunicación; siempre son un indicio de la inferioridad del Espíritu que se manifiesta».

Médiums historiadores; los que tienen una aptitud especial para los desarrollos históricos. Esta facultad, como todas las demás, es independiente de los conocimientos del médium, pues se ve a personas sin instrucción, e incluso a niños, tratar asuntos muy por encima de su capacidad. Variedad rara de los médiums positivos.

Médiums científicos; no decimos sabios, pues pueden ser muy ignorantes; y, a pesar de ello, son especialmente aptos para las comunicaciones relativas a las ciencias.

Médiums médicos; su especialidad consiste en servir con mayor facilidad de intérpretes a los Espíritus para las prescripciones médicas. No hay que confundirlos con los médiums curadores, pues no hacen absolutamente nada más que transmitir el pensamiento del Espíritu, y por sí mismos no ejercen ninguna influencia. Bastante comunes.

Médiums religiosos; reciben más especialmente comunicaciones de carác-

ter religioso, o que tratan cuestiones de religión, con independencia de sus creencias o de sus hábitos.

Médiums filósofos y moralistas; sus comunicaciones tienen generalmente por objeto las cuestiones de moral y de alta filosofía. Muy comunes para la moral.

«Todos estos matices son variedades de aptitudes de buenos médiums. En cuanto a los que tienen una aptitud especial para ciertas comunicaciones científicas, históricas, médicas o de otra clase, por encima de su capacidad actual, tened la certeza de que poseyeron esos conocimientos en otra existencia y de que estos han permanecido en ellos en estado latente; forman parte de los materiales cerebrales necesarios para el Espíritu que se manifiesta; son los elementos que le facilitan el camino para comunicar sus propias ideas, pues estos médiums son para él instrumentos más inteligentes y flexibles de lo que sería un ser embrutecido». (Erasto.)

Médiums de comunicaciones triviales y obscenas; estas palabras indican el género de comunicaciones que ciertos médiums reciben habitualmente y la naturaleza de los Espíritus que las producen. Quien haya estudiado el mundo espírita en todos los grados de la escala sabe que los hay cuya perversidad iguala a la de los hombres más depravados y que se complacen en expresar sus pensamientos con los términos más groseros. Otros, menos abyectos, se conforman con expresiones triviales. Se comprende que estos médiums deben desear verse libres de la preferencia que esos Espíritus les conceden y que deben envidiar a quienes, en las comunicaciones que reciben, nunca han tenido una palabra indecorosa. Haría falta una extraña aberración de las ideas y haber roto con el sentido común para creer que semejante lenguaje pueda proceder de buenos Espíritus.

194 4° Según las cualidades físicas del médium.

Médiums tranquilos; escriben siempre con cierta lentitud y sin experimentar la menor agitación.

Médiums veloces; escriben con una rapidez mayor de la que podrían alcanzar voluntariamente en el estado ordinario. Los Espíritus se comunican con ellos con la prontitud del relámpago; se diría que hay en ellos una sobreabundancia de fluido que les permite identificarse instantáneamente con el Espíritu. Esta cualidad tiene a veces un inconveniente: la rapidez de la escritura hace que resulte muy difícil de leer para cualquier persona que no sea el médium.

«Es incluso muy fatigosa, porque consume demasiado fluido inútilmente».

Médiums convulsivos; se encuentran en un estado de sobreexcitación casi febril; su mano, y a veces toda su persona, está agitada por un temblor que no pueden dominar. Su causa primera está sin duda en la constitución física, pero también depende mucho de la naturaleza de los Espíritus que se comunican con ellos; los Espíritus buenos y benévolos producen siempre una impresión suave y agradable; los malos, por el contrario, producen una penosa.

«Es necesario que estos médiums se sirvan solo raramente de su facultad medianímica, cuyo uso demasiado frecuente podría afectar al sistema nervioso». (Capítulo de la Identidad, distinción de los buenos y de los malos Espíritus.)

195. 5° Según las cualidades morales del médium.

Las mencionamos de manera sucinta como recordatorio y para completar el cuadro, puesto que se desarrollarán más adelante en los capítulos especiales: De la influencia moral de los médiums, De la obsesión, De la identi-

dad de los Espíritus y otros, sobre los que llamamos especialmente la atención; en ellos se verá la influencia que las cualidades y los defectos de los médiums pueden ejercer sobre la fiabilidad de las comunicaciones, y a quiénes se puede considerar con razón médiums imperfectos o buenos médiums.

196 Médiums imperfectos.

Médiums obsesados; los que no pueden librarse de Espíritus importunos y engañadores, pero no se engañan a sí mismos.

Médiums fascinados; los que son engañados por Espíritus embusteros y se hacen ilusiones sobre la naturaleza de las comunicaciones que reciben.

Médiums subyugados; los que sufren un dominio moral y, a menudo, material por parte de malos Espíritus.

Médiums frívolos; los que no se toman en serio su facultad y solo se sirven de ella como diversión o para cosas fútiles.

Médiums indiferentes; los que no sacan ningún provecho moral de las instrucciones que reciben y no modifican en nada su conducta ni sus hábitos.

Médiums presuntuosos; los que pretenden ser los únicos que están en relación con Espíritus superiores. Creen en su infalibilidad y consideran inferior y erróneo todo lo que no procede de ellos.

Médiums orgullosos; los que se envanecen de las comunicaciones que reciben; creen que ya no tienen nada que aprender en espiritismo y no se aplican las lecciones que reciben a menudo de los Espíritus. No se conforman con las facultades que poseen: quieren tenerlas todas.

Médiums susceptibles; variedad de los médiums orgullosos; se sienten heridos por las críticas de las que pueden ser objeto sus comunicaciones; se enfadan ante la menor contradicción, y si muestran lo que obtienen, es

para que sea admirado y no para pedir opiniones. Generalmente toman aversión a las personas que no lo aplauden sin reservas y abandonan las reuniones en las que no pueden imponerse y dominar.

«Dejadlos ir a pavonearse a otra parte y buscar oídos más complacientes, o retirarse al aislamiento; las reuniones que privan de su presencia no sufren una gran pérdida». (Erasto.)

Médiums mercenarios; los que explotan su facultad.

Médiums ambiciosos; los que, sin poner precio a su facultad, esperan obtener de ella alguna ventaja.

Médiums de mala fe; los que, teniendo facultades reales, simulan las que no tienen para darse importancia. No se puede dar el título de médium a las personas que, sin tener ninguna facultad medianímica, solo producen efectos mediante trucos.

Médiums egoístas; los que solo se sirven de su facultad para su uso personal y guardan para sí las comunicaciones que reciben.

Médiums celosos; los que ven con despecho a otros médiums más apreciados y superiores a ellos.

197 Todas estas malas cualidades tienen necesariamente su contrapartida en el bien

Buenos médiums.

Médiums serios; los que solo se sirven de su facultad para el bien y para cosas verdaderamente útiles; creerían profanarla si la emplearan para satisfacer a los curiosos y a los indiferentes, o para frivolidades.

Médiums modestos; los que no se atribuyen ningún mérito por las comunicaciones que reciben, por bellas que sean; se consideran ajenos a ellas y no se creen a salvo de los engaños. Lejos de rehuir los consejos desinteresa-

dos, los solicitan.

Médiums abnegados; los que comprenden que el verdadero médium tiene una misión que cumplir y debe, cuando sea necesario, sacrificar sus gustos, sus hábitos, sus placeres, su tiempo e incluso sus intereses materiales al bien de los demás.

Médiums seguros; los que, además de la facilidad de ejecución, merecen mayor confianza por su propio carácter y por la naturaleza elevada de los Espíritus que los asisten, y están menos expuestos a ser engañados. Veremos más adelante que esta seguridad no depende en absoluto de los nombres más o menos respetables que adoptan los Espíritus. «Es indiscutible, bien lo comprendéis, que al examinar así las cualidades y los defectos de los médiums, esto suscitará contrariedades e incluso animosidad en algunos; pero ¿qué importa? La mediumnidad se extiende cada día más, y el médium que se tomara a mal estas reflexiones demostraría una cosa: que no es un buen médium, es decir, que está asistido por malos Espíritus. Por lo demás, como he dicho, todo esto durará solo un tiempo, y los malos médiums, los que abusan de sus facultades o las emplean mal, sufrirán tristes consecuencias, como ya les ha ocurrido a algunos; aprenderán a su costa lo que cuesta poner al servicio de sus pasiones terrenales un don que Dios solo les había concedido para su progreso moral. Si no podéis devolverlos al buen camino, compadeceos de ellos, pues, puedo decirlo, están reprobados por Dios». (Erasto.)

«Este cuadro es de gran importancia, no solo para los médiums sinceros que, al leerlo, procurarán de buena fe preservarse de los escollos a los que están expuestos, sino también para todos los que se sirven de médiums, porque les dará la medida de lo que pueden esperar razonablemente de ellos.

Debería estar constantemente ante los ojos de quien se ocupa de manifestaciones, al igual que la escala espírita, de la que es el complemento; estos dos cuadros resumen todos los principios de la doctrina y contribuirán, más de lo que creéis, a devolver el espiritismo a su verdadero camino». (Sócrates.)

198 Todas estas variedades de médiums presentan grados infinitos en su intensidad; hay varias que, propiamente hablando, solo constituyen matices, pero que no por ello dejan de ser resultado de aptitudes especiales.

198.2 Se comprende que debe ser bastante raro que la facultad de un médium esté rigurosamente circunscrita a un solo género; un mismo médium puede sin duda tener varias aptitudes, pero siempre hay una que predomina, y es esa la que debe procurar cultivar si es útil.

198.3 Es un grave error querer impulsar a toda costa el desarrollo de una facultad que no se posee; hay que cultivar todas aquellas cuyo germen se reconoce en uno mismo; pero perseguir las demás es, en primer lugar, perder el tiempo y, en segundo lugar, perder quizá, y debilitar con certeza, aquellas de las que se está dotado.

198.4 «Cuando existe el principio, el germen de una facultad, esta se manifiesta siempre mediante señales inequívocas. Al ceñirse a su especialidad, el médium puede sobresalir y obtener cosas grandes y bellas; al ocuparse de todo, no obtendrá nada bueno. Observad de paso que el deseo de ampliar indefinidamente el círculo de sus facultades es una pretensión orgullosa que los Espíritus nunca dejan impune; los buenos abandonan siempre al presuntuoso, que se convierte así en juguete de los Espíritus mentirosos.

198.5 Por desgracia, no es raro ver a médiums que no se contentan con los dones que han recibido y aspiran, por amor propio o ambición, a poseer facultades excepcionales que los hagan destacar; esta pretensión les quita la

cualidad más valiosa: la de médiums seguros». (Sócrates.)

199 El estudio de la especialidad de los médiums es necesario, no solo para ellos, sino también para el evocador. Según la naturaleza del Espíritu al que se desea llamar y las preguntas que se le quieren dirigir, conviene elegir al médium más apto para ello; dirigirse al primero que se presente es exponerse a respuestas incompletas o erróneas. Tomemos una comparación de los hechos cotidianos. No se confiará una redacción, ni siquiera una simple copia, al primero que se presente porque sepa escribir. Un músico quiere hacer interpretar una pieza de canto de su composición; tiene a su disposición varios cantantes, todos hábiles; sin embargo, no los escogerá al azar; elegirá como intérprete a aquel cuya voz, cuya expresión, en una palabra, cuyas cualidades respondan mejor a la naturaleza de la pieza. Los Espíritus hacen lo mismo respecto de los médiums, y nosotros debemos hacer como los Espíritus.

Cabe señalar, además, que los matices que presenta la mediumnidad, y a los que aún podrían añadirse otros, no siempre guardan relación con el carácter del médium; así, por ejemplo, un médium naturalmente alegre y jovial puede recibir habitualmente comunicaciones graves, incluso severas, y viceversa: esta es otra prueba evidente de que actúa bajo el impulso de una influencia ajena. Volveremos sobre este tema en el capítulo que trata de la Influencia moral del médium.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XVII — FORMACIÓN DE LOS MÉDIUMS

✦

200 Desarrollo de la mediumnidad.

Nos ocuparemos aquí especialmente de los médiums escribientes, porque es el género de mediumnidad más extendido y, además, porque es a la vez el más sencillo, el más cómodo, el que da los resultados más satisfactorios y completos; es también el que todos desean. Por desgracia, hasta ahora no hay ningún diagnóstico que pueda indicar, ni siquiera aproximadamente, que se posee esta facultad; los signos físicos en los que algunas personas han creído ver indicios no tienen nada de seguro. Se encuentra en los niños y en los ancianos, en los hombres y en las mujeres, cualesquiera que sean el temperamento, el estado de salud y el grado de desarrollo intelectual y moral. Solo hay un medio de comprobar su existencia: intentarlo.

Se puede obtener la escritura, como hemos visto, mediante cestitas y tablillas, o directamente con la mano; como este último modo es el más fácil y, puede decirse, el único empleado hoy, es el que aconsejamos practicar de preferencia. El procedimiento es de lo más sencillo; consiste simplemente en tomar un lápiz y papel y ponerse en la posición de una persona que escribe, sin ninguna otra preparación; pero, para lograrlo, son indispensables varias recomendaciones. ’

201 En cuanto a la disposición material, recomendamos evitar todo lo que pueda entorpecer el libre movimiento de la mano; incluso es preferible que esta no se apoye en absoluto sobre el papel. La punta del lápiz debe presionar lo suficiente para trazar, pero no tanto como para encontrar resis-

tencia. Todas estas precauciones se vuelven inútiles una vez que se ha conseguido escribir con soltura, pues entonces ningún obstáculo puede detenerlo: no son más que los primeros pasos del escolar.

202 Es indiferente servirse de la pluma o del lápiz; algunos médiums prefieren la pluma, pero esta solo puede convenir a quienes ya están formados y escriben pausadamente; los hay que escriben con tal velocidad que el uso de la pluma sería casi imposible o, al menos, muy incómodo; lo mismo ocurre cuando la escritura es entrecortada e irregular, o cuando se trata con Espíritus violentos que golpean con la punta y la rompen, desgarrando el papel.

203 El deseo de todo aspirante a médium es, naturalmente, poder conversar con el Espíritu de las personas que le son queridas, pero debe moderar su impaciencia, pues la comunicación con un Espíritu determinado presenta con frecuencia dificultades materiales que la hacen imposible para el principiante. Para que un Espíritu pueda comunicarse, es preciso que entre él y el médium haya relaciones fluídicas que no siempre se establecen instantáneamente; solo a medida que se desarrolla la facultad, el médium adquiere poco a poco la aptitud necesaria para entrar en relación con cualquier Espíritu que se presente. Puede ocurrir, por tanto, que aquel con quien se desea comunicar no esté en condiciones propicias para hacerlo, a pesar de su presencia, como también puede suceder que no tenga ni la posibilidad ni el permiso de acudir al llamamiento que se le hace. Por eso conviene, al principio, no obstinarse en pedir un Espíritu determinado con exclusión de cualquier otro, pues sucede a menudo que no es con él con quien las relaciones fluídicas se establecen con mayor facilidad, por mucha simpatía que se le tenga. Antes, pues, de pensar en obtener comunicaciones de tal o cual

Espíritu, hay que procurar el desarrollo de la facultad, y para ello es preciso hacer un llamamiento general y dirigirse sobre todo al ángel de la guarda.

No hay aquí ninguna fórmula sacramental; a cualquiera que pretendiera dar una se le puede acusar sin reparos de charlatanería, pues para los Espíritus la forma no es nada. Sin embargo, la evocación debe hacerse siempre en nombre de Dios; puede hacerse en los términos siguientes o en otros equivalentes: Ruego a Dios todopoderoso que permita a un buen Espíritu comunicarse conmigo y hacerme escribir; ruego también a mi ángel de la guarda que tenga a bien asistirme y apartar a los malos Espíritus. Se espera entonces que un Espíritu se manifieste haciendo escribir algo. Puede ser el que se desea, como también puede ser un Espíritu desconocido o el ángel de la guarda; en todos los casos, generalmente se da a conocer escribiendo su nombre; pero entonces se presenta la cuestión de la identidad, una de las que requieren más experiencia, pues son pocos los principiantes que no están expuestos a ser engañados. La tratamos más adelante en un capítulo especial.

Cuando se quiere llamar a Espíritus determinados, es esencial, al comenzar, dirigirse solo a aquellos que se sabe que son buenos y afines, y que pueden tener un motivo para venir, como parientes o amigos. En este caso, la evocación puede formularse así: En nombre de Dios todopoderoso, ruego al Espíritu de tal persona que se comunique conmigo; o bien: Ruego a Dios todopoderoso que permita al Espíritu de tal persona comunicarse conmigo; o cualquier otra fórmula que responda al mismo pensamiento.

No es menos necesario que las primeras preguntas se formulen de tal manera que la respuesta sea simplemente sí o no, como por ejemplo: ¿Estás ahí? — ¿Quieres responderme? — ¿Puedes hacerme escribir?, etc. Más adelante, esta precaución se vuelve inútil; al principio solo se trata de esta-

blecer una relación; lo esencial es que la pregunta no sea fútil, que no se refiera a asuntos de interés privado y, sobre todo, que sea la expresión de un sentimiento benévolo y de simpatía hacia el Espíritu al que uno se dirige. (Véase más adelante el capítulo especial sobre las Evocaciones.)

204 Algo aún más importante que observar que el modo de hacer el llamamiento es la calma y el recogimiento unidos a un deseo ardiente y a una firme voluntad de lograrlo; y por voluntad no entendemos aquí una voluntad efímera que actúa a sacudidas y que a cada minuto se ve interrumpida por otras preocupaciones, sino una voluntad seria, perseverante, sostenida, sin impaciencia ni deseo febril.

204.2 El recogimiento se ve favorecido por la soledad, el silencio y el alejamiento de todo lo que pueda causar distracciones. Entonces solo queda una cosa por hacer: renovar todos los días los intentos durante diez minutos o un cuarto de hora como máximo cada vez, y hacerlo durante quince días, un mes, dos meses o más, si es preciso; conocemos médiums que solo se han formado después de seis meses de ejercicio, mientras que otros escriben con soltura desde la primera vez.

205 Para evitar intentos inútiles, se puede interrogar, por medio de otro médium, a un Espíritu serio y avanzado; pero hay que señalar que, cuando se pregunta a los Espíritus si uno es o no médium, responden casi siempre afirmativamente, lo que no impide que los intentos sean a menudo infructuosos. Esto se explica de manera natural.

205.2 Se hace al Espíritu una pregunta general y él responde de manera general; ahora bien, como se sabe, nada es más variable que la facultad mediúmnica, puesto que puede presentarse bajo las formas más variadas y en

grados muy diferentes. Por tanto, se puede ser médium sin advertirlo y en un sentido distinto del que se tiene en mente.

205.3 A esta pregunta vaga: ¿Soy médium?, el Espíritu puede responder sí; a esta otra más precisa: ¿Soy médium escribiente?, puede responder no. Hay que tener en cuenta también la naturaleza del Espíritu al que se interroga; los hay tan frívolos y tan ignorantes que responden sin ton ni son, como verdaderos atolondrados; por eso decimos que se acuda a Espíritus esclarecidos, que en general responden de buen grado a estas preguntas e indican el mejor camino que seguir si hay posibilidad de lograrlo.

206 Un medio que da resultado con bastante frecuencia consiste en emplear como auxiliar momentáneo a un buen médium escribiente flexible, ya formado. Si pone su mano o sus dedos sobre la mano que debe escribir, es raro que esta no lo haga inmediatamente; se comprende lo que sucede en esta circunstancia: la mano que sostiene el lápiz se convierte en cierto modo en un apéndice de la mano del médium, como lo sería una cestita o una tablilla; pero esto no impide que este ejercicio sea muy útil cuando se puede emplear, ya que, repetido con frecuencia y regularidad, ayuda a superar el obstáculo material y provoca el desarrollo de la facultad. A veces basta también con magnetizar intensamente, con esta intención, el brazo y la mano de quien quiere escribir; a menudo incluso el magnetizador se limita a poner su mano sobre el hombro, y hemos visto a personas escribir pronto bajo esta influencia. El mismo efecto puede producirse igualmente sin ningún contacto y por el solo hecho de la voluntad. Se comprende sin dificultad que la confianza del magnetizador en su propio poder para producir este resultado debe desempeñar aquí un gran papel, y que un magnetizador incrédulo tendría poca acción, si es que tuviera alguna.

La ayuda de un guía experimentado es además, a veces, muy útil para hacer que el principiante observe una multitud de pequeñas precauciones que a menudo descuida en perjuicio de la rapidez de sus progresos; lo es sobre todo para orientarlo sobre la naturaleza de las primeras preguntas y la manera de formularlas. Su papel es el de un profesor del que se prescinde cuando se tiene suficiente habilidad.

207 Otro medio que también puede contribuir poderosamente al desarrollo de la facultad consiste en reunir a cierto número de personas, todas animadas por el mismo deseo y por una intención común; allí, que todas intenten escribir simultáneamente, en un silencio absoluto y con un recogimiento religioso, llamando cada una a su ángel de la guarda o a cualquier Espíritu afín. Una de ellas puede también hacer, sin designación especial y para todos los miembros de la reunión, un llamamiento general a buenos Espíritus, diciendo, por ejemplo: En nombre de Dios todopoderoso, rogamos a los buenos Espíritus que tengan a bien comunicarse por medio de las personas aquí presentes. Es raro que entre ellas no haya algunas que den pronto señales de mediumnidad o incluso escriban con soltura en poco tiempo.

Se comprende fácilmente lo que sucede en esta circunstancia. Las personas unidas por una intención común forman un todo colectivo, cuya fuerza y sensibilidad aumentan por una especie de influencia magnética que ayuda al desarrollo de la facultad. Entre los Espíritus atraídos por esta unión de voluntades, hay algunos que encuentran entre los asistentes el instrumento que les conviene; si no es uno, será otro, y lo aprovechan.

Este medio debe emplearse sobre todo en los grupos espíritas que carecen de médiums o que no los tienen en número suficiente.

208 Se han buscado procedimientos para la formación de los médiums, como se han buscado diagnósticos; pero hasta ahora no conocemos otros más eficaces que los que hemos indicado.

208.2 Convencidas de que el obstáculo para el desarrollo de la facultad es una resistencia enteramente material, algunas personas pretenden vencerla mediante una especie de gimnasia de los brazos y de la cabeza que casi llega a dislocarlos.

208.3 No describiremos este procedimiento, que nos viene del otro lado del Atlántico, no solo porque no tenemos ninguna prueba de su eficacia, sino por nuestra convicción de que puede resultar peligroso para las constituciones delicadas debido a la alteración del sistema nervioso.

208.4 Si no existen los rudimentos de la facultad, nada puede proporcionarlos, ni siquiera la electrización, que se ha empleado sin éxito con el mismo fin.

209 La fe en el aprendiz de médium no es una condición estrictamente necesaria; ayuda a los esfuerzos, sin duda, pero no es indispensable: bastan la pureza de intención, el deseo y la buena voluntad. Se ha visto a personas completamente incrédulas sorprenderse al escribir a pesar de sí mismas, mientras que creyentes sinceros no pueden conseguirlo; lo que prueba que esta facultad depende de una predisposición orgánica.

210 El primer indicio de una disposición para escribir es una especie de temblor en el brazo y en la mano; poco a poco, la mano es arrastrada por un impulso que no puede dominar. A menudo, al principio solo traza rasgos insignificantes; luego los caracteres se dibujan cada vez con mayor claridad, y la escritura acaba por adquirir la rapidez de la escritura corriente. En todos los casos hay que abandonar la mano a su movimiento natural, sin

ofrecer resistencia ni darle impulso.

Algunos médiums escriben con soltura y facilidad desde el principio, a veces incluso desde la primera sesión, lo que es bastante raro; otros hacen durante bastante tiempo trazos y verdaderos ejercicios caligráficos; los Espíritus dicen que es para soltarles la mano. Si estos ejercicios se prolongaran demasiado o degeneraran en signos ridículos, no cabría duda de que se trata de un Espíritu que se divierte, pues los buenos Espíritus nunca hacen realizar nada inútil; en este caso habría que redoblar el fervor para pedir la ayuda de estos últimos. Si, a pesar de ello, no hay ningún cambio, hay que detenerse en cuanto se advierta que no se obtiene nada serio. Puede repetirse el intento cada día, pero conviene cesar ante los primeros signos equívocos para no dar esa satisfacción a los Espíritus burlones.

A estas observaciones un Espíritu añade: «Hay médiums cuya facultad no puede ir más allá de estos signos; cuando, al cabo de unos meses, solo obtienen cosas insignificantes, síes o noes, o letras sin continuidad, es inútil persistir en llenar papel en vano; son médiums, pero médiums improductivos. Por lo demás, las primeras comunicaciones obtenidas solo deben considerarse ejercicios que se confían a Espíritus secundarios; por eso hay que concederles poca importancia, en razón de los Espíritus que, por así decirlo, se emplean como maestros de escritura para dar una primera formación al médium principiante; pues no creáis que sean nunca Espíritus elevados quienes hagan realizar al médium estos ejercicios preparatorios; solo que sucede que, si el médium no tiene un propósito serio, estos Espíritus se quedan y se apegan a él. Casi todos los médiums han pasado por este crisol para desarrollarse; a ellos les corresponde hacer lo necesario para ganarse la simpatía de los Espíritus verdaderamente superiores».

211 El escollo de la mayoría de los médiums principiantes es tener que tratar con Espíritus inferiores, y deben considerarse afortunados cuando solo son Espíritus frívolos. Toda su atención debe dirigirse a no dejar que se afiancen, pues, una vez arraigados, no siempre es fácil librarse de ellos. Es un punto tan fundamental, sobre todo al principio, que sin las precauciones necesarias puede perderse el fruto de las más hermosas facultades.

El primer punto consiste en ponerse con fe sincera bajo la protección de Dios y pedir la ayuda del ángel de la guarda; este es siempre bueno, mientras que los Espíritus familiares, que simpatizan con las buenas o malas cualidades del médium, pueden ser frívolos o incluso malos.

El segundo punto consiste en procurar con escrupuloso cuidado reconocer, por todos los indicios que proporciona la experiencia, la naturaleza de los primeros Espíritus que se comunican, de los cuales siempre es prudente desconfiar. Si esos indicios son sospechosos, hay que invocar con fervor al ángel de la guarda y rechazar con todas las fuerzas al mal Espíritu, demostrándole que uno no se deja engañar, para desanimarlo. Por eso el estudio previo de la teoría es indispensable si se quieren evitar los inconvenientes inseparables de la inexperiencia; sobre este asunto se encontrarán instrucciones muy extensas en los capítulos de la Obsesión y de la Identidad de los Espíritus. Nos limitaremos a decir aquí que, además del lenguaje, pueden considerarse pruebas infalibles de la inferioridad de los Espíritus: todos los signos, figuras y emblemas inútiles o pueriles; toda escritura extraña, entrecortada, deliberadamente retorcida, de tamaño exagerado o que adopte formas ridículas e inusuales; la escritura puede ser muy mala, incluso poco legible, lo que depende más del médium que del Espíritu, sin tener nada de insólito. Hemos visto médiums tan engañados que medían

la superioridad de los Espíritus por el tamaño de los caracteres y concedían gran importancia a letras dibujadas como caracteres de imprenta, puerilidad evidentemente incompatible con una superioridad real.

212 Si es importante no caer involuntariamente bajo la dependencia de los malos Espíritus, lo es aún más no ponerse voluntariamente en ella, y no hay que permitir que un deseo desmedido de escribir haga creer que da igual dirigirse al primero que se presente, a reserva de librarse de él más tarde si no conviene, pues no se pide impunemente ayuda, para lo que sea, a un mal Espíritu que puede cobrar muy caros sus servicios.
Algunas personas, impacientes por ver desarrollarse en ellas la facultad mediúmnica, demasiado lenta para su gusto, han tenido la idea de llamar en su ayuda a un Espíritu cualquiera, aunque fuera malo, contando con despedirlo después. Varias han sido complacidas a su gusto y han escrito inmediatamente; pero el Espíritu, molesto por haber sido tomado como último recurso, se mostró menos dócil para marcharse que para venir. Conocemos a algunas que fueron castigadas por su presunción de creerse lo bastante fuertes para alejarlos a su antojo, con años de obsesiones de toda clase, con los engaños más ridículos, con una fascinación tenaz e incluso con desgracias materiales y las más crueles decepciones. El Espíritu se mostró primero abiertamente malvado y luego hipócrita, para hacer creer en su conversión o en el supuesto poder de su subyugado para expulsarlo a voluntad.

213 La escritura es a veces muy legible, con las palabras y las letras perfectamente separadas; pero con ciertos médiums resulta difícil de descifrar para cualquiera que no sea quien escribe: hay que acostumbrarse a ella. Con bastante frecuencia está formada por grandes trazos; los Espíritus ahorran poco papel. Cuando una palabra o una frase es demasiado poco legible, se

ruega al Espíritu que tenga a bien repetirla, lo que generalmente hace de buena gana. Cuando la escritura es habitualmente ilegible, incluso para el médium, este casi siempre consigue obtener una más clara mediante ejercicios frecuentes y constantes, poniendo en ello una firme voluntad y rogando con fervor al Espíritu que escriba con mayor corrección. Algunos Espíritus adoptan a menudo signos convencionales que pasan a usarse en las reuniones habituales. Para indicar que una pregunta les desagrada y que no quieren responderla, harán, por ejemplo, una larga raya o algo equivalente.

Cuando el Espíritu ha terminado lo que tenía que decir, o ya no quiere responder, la mano permanece inmóvil y el médium, por grandes que sean su poder y su voluntad, no puede obtener una palabra más. Por el contrario, mientras el Espíritu no ha terminado, el lápiz se mueve sin que la mano pueda detenerse. Si quiere decir algo espontáneamente, la mano toma convulsivamente el lápiz y se pone a escribir sin poder oponerse a ello. El médium, por otra parte, siente casi siempre en su interior algo que le indica si solo hay una suspensión o si el Espíritu ha terminado. Es raro que no sienta cuándo se ha marchado.

Estas son las explicaciones más esenciales que tenemos que dar acerca del desarrollo de la psicografía; la experiencia dará a conocer, en la práctica, ciertos detalles que sería inútil exponer aquí y para los cuales se tomarán como guía los principios generales. Que muchos lo intenten, y se encontrarán más médiums de los que se piensa.

214 Todo lo que acabamos de decir se aplica a la escritura mecánica; es la que todos los médiums procuran obtener con razón; pero el mecanismo puro es muy raro y con mucha frecuencia se mezcla con él más o menos in-

tuición. El médium que tiene conciencia de lo que escribe se inclina naturalmente a dudar de su facultad; no sabe si eso procede de él o de un Espíritu ajeno.

214.2 No tiene por qué inquietarse por ello y debe continuar de todos modos; que se observe con cuidado y reconocerá fácilmente en lo que escribe una multitud de cosas que no estaban en su pensamiento, que incluso le son contrarias; prueba evidente de que no proceden de él. Que continúe, pues, y la duda se disipará con la experiencia.

215 Si al médium no le es dado ser exclusivamente mecánico, todos los intentos por obtener ese resultado serán infructuosos, y sin embargo se equivocaría si por ello se creyera desheredado; si solo está dotado de mediumnidad intuitiva, tendrá que contentarse con ella, y esta no dejará de prestarle grandes servicios si sabe aprovecharla y no la rechaza.

Si después de intentos inútiles mantenidos durante algún tiempo no se produce ningún indicio de movimiento involuntario, o si esos movimientos son demasiado débiles para dar resultados, no debe vacilar en escribir el primer pensamiento que se le sugiera, sin preocuparse por si procede de él o de una fuente ajena: la experiencia le enseñará a distinguirlo. Por otra parte, sucede con mucha frecuencia que el movimiento mecánico se desarrolla posteriormente.

Hemos dicho más arriba que hay casos en que es indiferente saber si el pensamiento procede del médium o de un Espíritu ajeno; es sobre todo cuando un médium puramente intuitivo o inspirado hace un trabajo de imaginación para sí mismo; poco importa que se atribuya un pensamiento

que le haya sido sugerido; si se le ocurren buenas ideas, que dé gracias por ellas a su buen genio, y se le sugerirán otras. Tal es la inspiración de los poetas, los filósofos y los sabios.

216 Supongamos ahora que la facultad mediúmnica está completamente desarrollada; que el médium escribe con facilidad; que es, en una palabra, lo que se llama un médium formado: sería un gran error por su parte creerse dispensado de toda otra instrucción; solo ha vencido una resistencia material, pero es entonces cuando comienzan para él las verdaderas dificultades y cuando necesita más que nunca los consejos de la prudencia y de la experiencia, si no quiere caer en las mil trampas que van a tenderle. Si quiere volar demasiado pronto con sus propias alas, no tardará en ser víctima de los Espíritus mentirosos que intentarán explotar su presunción.

217 Una vez desarrollada la facultad en el médium, es esencial que no abuse de ella. La satisfacción que proporciona a algunos principiantes despierta en ellos un entusiasmo que es importante moderar; deben pensar que les ha sido dada para el bien y no para satisfacer una vana curiosidad; por eso es útil servirse de ella solo en los momentos oportunos y no a cada instante; como los Espíritus no están constantemente a sus órdenes, corren el riesgo de ser víctimas de los embaucadores.

217.2 Conviene adoptar para ello días y horas determinados, porque así se acude con una disposición de mayor recogimiento y los Espíritus que quieren venir están avisados y se preparan en consecuencia.

218 Si, a pesar de todos los intentos, la mediumnidad no se manifestara de ninguna manera, habría que renunciar a ella, como se renuncia a cantar cuando no se tiene voz. Quien no sabe una lengua se sirve de un traductor;

hay que hacer lo mismo, es decir, recurrir a otro médium. A falta de médium, no hay que creerse privado de la asistencia de los Espíritus.

218.2 La mediumnidad es para ellos un medio de expresarse, pero no un medio exclusivo de atracción; los que nos quieren están junto a nosotros, seamos o no médiums; un padre no abandona a su hijo porque este sea sordo y ciego y no pueda verlo ni oírlo; lo rodea de sus cuidados, como hacen los buenos Espíritus con nosotros; si no pueden transmitirnos materialmente su pensamiento, nos ayudan mediante la inspiración.

219 Cambio de escritura

Un fenómeno muy común entre los médiums escribientes es el cambio de escritura según los Espíritus que se comunican, y lo más notable es que la misma escritura se reproduce constantemente con el mismo Espíritu, y a veces es idéntica a la que tenía en vida; más adelante veremos las consecuencias que pueden extraerse de ello en cuanto a la identidad. El cambio de escritura solo se produce en los médiums mecánicos o semimecánicos, porque en ellos el movimiento de la mano es involuntario y está dirigido por el Espíritu; no ocurre lo mismo en los médiums puramente intuitivos, ya que, en este caso, el Espíritu actúa únicamente sobre el pensamiento, y la mano está dirigida por la voluntad, como en las circunstancias ordinarias; pero la uniformidad de la escritura, incluso en un médium mecánico, no prueba absolutamente nada en contra de su facultad, pues el cambio no es una condición indispensable en la manifestación de los Espíritus; depende de una aptitud especial que no siempre poseen los médiums más mecánicos. Designamos a quienes tienen esta aptitud con el nombre de médiums polígrafos.

220 Pérdida y suspensión de la mediumnidad

La facultad mediúmnica está sujeta a intermitencias y suspensiones momentáneas, tanto en las manifestaciones físicas como en la escritura. Estas son las respuestas de los Espíritus a algunas preguntas formuladas al respecto.

1. ¿Pueden los médiums perder su facultad?

«Eso sucede a menudo, cualquiera que sea el género de esa facultad; pero también muchas veces es solo una interrupción momentánea que cesa con la causa que la ha producido».

2. ¿La causa de la pérdida de la mediumnidad está en el agotamiento del fluido?

«Sea cual sea la facultad de la que esté dotado el médium, nada puede hacer sin la colaboración simpática de los Espíritus; cuando ya no obtiene nada, no siempre es la facultad lo que le falta; a menudo son los Espíritus quienes ya no quieren o ya no pueden servirse de él».

3. ¿Qué causa puede provocar que los Espíritus abandonen a un médium?

«El uso que hace de su facultad es la que más influye en los buenos Espíritus. Podemos abandonarlo cuando la emplea para cosas frívolas o con fines ambiciosos; cuando se niega a compartir nuestra palabra o nuestros actos con los encarnados que lo llaman o que necesitan ver para convencerse. Este don de Dios no se concede al médium para su propio placer, y menos aún para servir a su ambición, sino con miras a su propio mejoramiento y para dar a conocer la verdad a los hombres. Si el Espíritu ve que el médium ya no responde a sus propósitos y no aprovecha las instrucciones y advertencias que le da, se retira para buscar un protegido más digno».

4. ¿No puede ser reemplazado el Espíritu que se retira? En ese caso, ¿cómo se explicaría la suspensión de la facultad?

«No faltan Espíritus que no desean otra cosa que comunicarse y están completamente dispuestos a reemplazar a los que se retiran; pero cuando es un buen Espíritu quien abandona al médium, bien puede dejarlo solo momentáneamente y privarlo durante cierto tiempo de toda comunicación, para darle una lección y demostrarle que su facultad no depende de él y que no debe envanecerse de ella. Esta impotencia momentánea sirve también para dar al médium la prueba de que escribe bajo una influencia ajena; de otro modo, no habría intermitencia.

«Por lo demás, la interrupción de la facultad no siempre es un castigo; a veces demuestra el cuidado del Espíritu por el médium al que quiere; desea proporcionarle un descanso material que considera necesario, y en ese caso no permite que otros Espíritus lo reemplacen».

5. Sin embargo, se ven médiums muy meritorios, moralmente hablando, que no sienten ninguna necesidad de descanso y se disgustan mucho por unas interrupciones cuyo propósito no comprenden.

«Es para poner a prueba su paciencia y juzgar su perseverancia; por eso los Espíritus no suelen fijar ningún plazo a esa suspensión; quieren ver si el médium se desanima. A menudo es también para dejarles tiempo de meditar las instrucciones que les han dado, y es por esa meditación de nuestras enseñanzas como reconocemos a los espiritistas verdaderamente serios; no podemos dar ese nombre a quienes en realidad solo son aficionados a las comunicaciones».

6. ¿Es necesario, en ese caso, que el médium siga intentando escribir?

«Si el Espíritu se lo aconseja, sí; si le dice que se abstenga, debe hacerlo».

7. ¿Habría algún medio de abreviar esta prueba?

«La resignación y la oración. Por lo demás, basta con hacer cada día un intento de unos minutos, pues sería inútil perder el tiempo en ensayos in-

fructuosos; el intento no tiene otro propósito que comprobar si se ha recuperado la facultad».

8. ¿La suspensión implica el alejamiento de los Espíritus que se comunican habitualmente?

«De ningún modo; el médium se encuentra entonces en la situación de una persona que perdiera momentáneamente la vista y no por ello dejara de estar rodeada de sus amigos, aunque no pudiera verlos. Por tanto, el médium puede, e incluso debe, seguir conversando con sus Espíritus familiares mediante el pensamiento, y tener la certeza de que lo oyen. Si la falta de mediumnidad puede privarlo de las comunicaciones materiales con ciertos Espíritus, no puede privarlo de las comunicaciones morales».

9. ¿Así pues, la interrupción de la facultad mediúmnica no implica siempre una censura por parte de los Espíritus?

«Desde luego que no, ya que puede ser una prueba de benevolencia».

10. ¿Por qué señal puede reconocerse una censura en esta interrupción?

«Que el médium interrogue a su conciencia y se pregunte qué uso ha hecho de su facultad, qué bien ha resultado de ella para los demás, qué provecho ha sacado de los consejos que se le han dado, y tendrá la respuesta».

11. ¿El médium que ya no puede escribir no puede recurrir a otro médium?

«Eso depende de la causa de la interrupción; esta tiene a menudo por motivo dejaros algún tiempo sin comunicaciones después de haberos dado consejos, para que no os acostumbréis a no hacer nada sino por nosotros; en ese caso, tampoco quedará más satisfecho sirviéndose de otro médium; y esto tiene además otro propósito: demostraros que los Espíritus son libres y que no depende de vosotros hacerlos actuar a vuestro antojo. También por esta razón quienes no son médiums no siempre tienen todas las comu-

nicaciones que desean».

Observación. En efecto, hay que observar que quien recurre a un tercero para las comunicaciones, pese a la calidad del médium, a menudo no obtiene nada satisfactorio, mientras que en otras ocasiones las respuestas son muy explícitas. Esto depende tanto de la voluntad del Espíritu que no se adelanta nada cambiando de médium; los propios Espíritus parecen ponerse de acuerdo al respecto, pues lo que no se obtiene de uno tampoco se obtendrá de otro. Hay que cuidarse entonces de insistir y de impacientarse, si no se quiere ser víctima de los Espíritus engañadores, que responderán si se desea a toda costa, y los buenos los dejarán actuar para castigarnos por nuestra insistencia.

12. ¿Con qué propósito ha dotado la Providencia a ciertos individuos de la mediumnidad de una manera especial?

«Es una misión que se les ha encomendado y de la que se sienten felices; son los intérpretes entre los Espíritus y los hombres».

13. Sin embargo, ¿hay médiums que solo emplean su facultad con repugnancia?

«Son médiums imperfectos; no conocen el valor del favor que se les concede».

14. Si es una misión, ¿cómo es que no es privilegio de los hombres de bien, y que esta facultad se da a personas que no merecen ninguna estima y que pueden abusar de ella?

«Se les da porque la necesitan para su propio mejoramiento y para que estén en condiciones de recibir buenas orientaciones; si no las aprovechan, sufrirán las consecuencias. ¿No dirigía Jesús su palabra preferentemente a los pecadores, diciendo que hay que dar al que no tiene?».

15. Las personas que tienen un gran deseo de escribir como médiums y no

lo consiguen, ¿pueden sacar de ello alguna conclusión en contra de sí mismas respecto a la benevolencia de los Espíritus hacia ellas?

«No, pues Dios puede haberles negado esta facultad, como puede haberles negado el don de la poesía o de la música; pero si no gozan de este favor, pueden tener otros».

16. ¿Cómo puede un hombre perfeccionarse mediante la enseñanza de los Espíritus cuando no tiene, ni por sí mismo ni por otros médiums, los medios de recibir esa enseñanza directa?

«¿No tiene los libros, como el cristiano tiene el Evangelio? Para practicar la moral de Jesús, el cristiano no necesita haber oído sus palabras salir de su boca».

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XVIII — INCONVENIENTES Y PELIGROS DE LA MEDIUMNIDAD

✦

221 1. ¿La facultad mediúmnica es indicio de algún estado patológico o simplemente anómalo?

«Anómalo algunas veces, pero no patológico; hay médiums de salud robusta; los que están enfermos lo están por otras causas».

2. ¿El ejercicio de la facultad mediúmnica puede ocasionar fatiga?

«El ejercicio demasiado prolongado de cualquier facultad produce fatiga; lo mismo ocurre con la mediumnidad, principalmente con la que se aplica a los efectos físicos; ocasiona necesariamente un gasto de fluido que produce fatiga y se repone con el descanso».

3. ¿El ejercicio de la mediumnidad puede tener inconvenientes por sí mismo desde el punto de vista de la salud, dejando de lado el abuso?

«Hay casos en que es prudente, e incluso necesario, abstenerse de él, o al menos moderar su uso; esto depende del estado físico y moral del médium. Por lo demás, el médium suele sentirlo, y cuando experimenta fatiga debe abstenerse».

4. ¿Hay personas para quienes este ejercicio tenga más inconvenientes que para otras?

«He dicho que esto depende del estado físico y moral del médium. Hay personas en quienes es necesario evitar toda causa de sobreexcitación, y esta es una de ellas». (N.º 188 y 194).

5. ¿La mediumnidad podría producir locura?

«No más que cualquier otra cosa cuando no hay predisposición por la debilidad del cerebro. La mediumnidad no producirá locura cuando no exista su germen; pero si este existe, lo cual es fácil de reconocer por el estado moral, el sentido común indica que hay que proceder con cuidado en todos los aspectos, pues toda causa de perturbación puede ser perjudicial».

6. ¿Hay algún inconveniente en desarrollar la mediumnidad en los niños?

«Ciertamente, y sostengo que es muy peligroso; pues esos organismos frágiles y delicados sufrirían una conmoción demasiado fuerte y su joven imaginación se sobreexcitaría demasiado; por eso los padres sensatos los alejarán de estas ideas, o al menos solo les hablarán de ellas desde el punto de vista de sus consecuencias morales».

7. Sin embargo, hay niños que son médiums por naturaleza, tanto para los efectos físicos como para la escritura y las visiones; ¿esto tiene el mismo inconveniente?

«No; cuando la facultad es espontánea en un niño, es porque forma parte de su naturaleza y su constitución se presta a ello; no ocurre lo mismo cuando es provocada y sobreexcitada. Observad que el niño que tiene visiones suele impresionarse poco con ellas; le parecen algo completamente natural a lo que presta bastante poca atención y que a menudo olvida; más tarde el hecho vuelve a su memoria, y se lo explica fácilmente si conoce el espiritismo».

8. ¿A qué edad se puede, sin inconvenientes, ocuparse de la mediumnidad?

«No hay una edad precisa, esto depende completamente del desarrollo físico y aún más del desarrollo moral; hay niños de doce años que se verán menos afectados que ciertas personas adultas. Hablo de la mediumnidad en general, pero la que se aplica a los efectos físicos es más fatigosa para el

cuerpo; la escritura tiene otro inconveniente que se debe a la inexperiencia del niño, en el caso de que quisiera ocuparse de ella a solas y convertirla en un juego».

222 La práctica del espiritismo, como veremos más adelante, exige mucho tacto para frustrar las astucias de los Espíritus engañadores; si los adultos son víctimas de sus engaños, la infancia y la juventud están aún más expuestas a ellos por su inexperiencia. Se sabe, además, que el recogimiento es una condición sin la cual no se puede tratar con Espíritus serios; las evocaciones hechas con ligereza y en broma son una verdadera profanación que facilita el acceso a los Espíritus burlones o malintencionados; como no se puede esperar de un niño la seriedad necesaria para semejante acto, sería de temer que lo convirtiera en un juego si se lo dejara solo. Incluso en las condiciones más favorables, es deseable que un niño dotado de la facultad mediúmnica solo la ejerza bajo la mirada de personas experimentadas que le enseñen, con su ejemplo, el respeto que se debe a las almas de quienes han vivido. Se ve, por consiguiente, que la cuestión de la edad está subordinada a las circunstancias tanto del temperamento como del carácter. Sin embargo, lo que se desprende claramente de las respuestas anteriores es que no se debe impulsar el desarrollo de esta facultad en los niños cuando no es espontánea, y que, en todos los casos, hay que usarla con gran circunspección; que tampoco se debe estimularla ni fomentarla en las personas débiles; hay que apartar de ella, por todos los medios posibles, a quienes hayan mostrado los menores síntomas de excentricidad en las ideas o de debilitamiento de las facultades mentales, pues existe en ellas una predisposición evidente a la locura que cualquier causa de sobreexcitación puede desarrollar. Las ideas espíritas no tienen, en este aspecto, una influencia mayor,

pero, si llegara a manifestarse la locura, tomaría el carácter de la preocupación dominante, como tomaría un carácter religioso si la persona se entregara en exceso a las prácticas de devoción, y se responsabilizaría de ello al espiritismo. Lo mejor que se puede hacer con cualquier individuo que muestre una tendencia a la idea fija es dirigir sus preocupaciones hacia otro lado, a fin de proporcionar descanso a los órganos debilitados.

Llamamos, a este respecto, la atención de nuestros lectores sobre el párrafo XII de la introducción de El libro de los Espíritus.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XIX — PAPEL DEL MÉDIUM EN LAS COMUNICACIONES ESPÍRITAS

✦

223 1. El médium, en el momento en que ejerce su facultad, ¿se encuentra en un estado perfectamente normal?

«A veces se encuentra en un estado de crisis más o menos pronunciado; eso es lo que lo fatiga y por lo que necesita descanso; pero, la mayoría de las veces, su estado no difiere sensiblemente del estado normal, sobre todo en los médiums escribientes».

2. ¿Las comunicaciones escritas o verbales también pueden proceder del propio Espíritu encarnado en el médium?

«El alma del médium puede comunicarse como la de cualquier otro; si goza de cierto grado de libertad, recobra sus cualidades de Espíritu. Tenéis la prueba en el alma de las personas vivas que vienen a visitaros y se comunican con vosotros mediante la escritura, a menudo sin que las llaméis. Pues sabed bien que, entre los Espíritus que evocáis, hay algunos que están encarnados en la Tierra; entonces os hablan como Espíritus y no como hombres. ¿Por qué querríais que no sucediera lo mismo con el médium?»

— ¿No parece confirmar esta explicación la opinión de quienes creen que todas las comunicaciones emanan del Espíritu del médium, y no de Espíritus ajenos?

«Solo se equivocan porque son categóricos; pues es cierto que el Espíritu del médium puede actuar por sí mismo; pero esa no es razón para que otros no actúen también por su mediación».

3. ¿Cómo distinguir si el Espíritu que responde es el del médium o un Espíritu ajeno?

«Por la naturaleza de las comunicaciones. Estudiad las circunstancias y el lenguaje, y lo distinguiréis. Es sobre todo en el estado de sonambulismo o de éxtasis cuando se manifiesta el Espíritu del médium, porque entonces es más libre; pero en el estado normal es más difícil. Además, hay respuestas que es imposible atribuirle; por eso os digo que estudiéis y observéis».

Observación. Cuando una persona nos habla, distinguimos fácilmente lo que procede de ella de aquello de lo que solo es el eco; lo mismo sucede con los médiums.

4. Puesto que el Espíritu del médium ha podido adquirir, en existencias anteriores, conocimientos que ha olvidado bajo su envoltura corporal, pero que recuerda como Espíritu, ¿no puede extraer de su propio fondo las ideas que parecen superar el alcance de su instrucción?

«Eso sucede a menudo en el estado de crisis sonambúlica o extática; pero, una vez más, hay circunstancias que no permiten la duda: estudiad durante mucho tiempo y meditad».

5. ¿Las comunicaciones procedentes del Espíritu del médium son siempre inferiores a las que podrían dar Espíritus ajenos?

«Siempre, no; pues el Espíritu ajeno puede ser él mismo de un orden inferior al del médium y, por tanto, hablar con menos sensatez. Se ve en el sonambulismo; pues en él es, la mayoría de las veces, el Espíritu del sonámbulo quien se manifiesta y quien, sin embargo, dice a veces cosas muy buenas».

6. ¿El Espíritu que se comunica por medio de un médium transmite directamente su pensamiento, o ese pensamiento tiene como intermediario al Espíritu encarnado en el médium?

«El Espíritu del médium es el intérprete, porque está unido al cuerpo que sirve para hablar, y hace falta una cadena entre vosotros y los Espíritus ajenos que se comunican, como hace falta un hilo eléctrico para transmitir una noticia a lo lejos y, al extremo del hilo, una persona inteligente que la reciba y la transmita».

7. ¿El Espíritu encarnado en el médium ejerce alguna influencia sobre las comunicaciones que debe transmitir y que proceden de Espíritus ajenos?

«Sí, pues, si no siente afinidad con ellos, puede alterar sus respuestas y asimilarlas a sus propias ideas y a sus inclinaciones; pero no influye en los Espíritus mismos: solo es un mal intérprete».

8. ¿Es esa la causa de la preferencia de los Espíritus por ciertos médiums?

«No hay otra; buscan al intérprete que tenga mayor afinidad con ellos y que exprese con mayor exactitud su pensamiento. Si no hay afinidad entre ellos, el Espíritu del médium es un antagonista que opone cierta resistencia y se convierte en un intérprete de mala voluntad y a menudo infiel. Lo mismo sucede entre vosotros cuando el parecer de un sabio se transmite por la voz de un atolondrado o de un hombre de mala fe».

9. Se comprende que sea así en el caso de los médiums intuitivos, pero no en el de los mecánicos.

«No comprendéis bien el papel que desempeña el médium; hay en ello una ley que todavía no habéis entendido. Recordad que, para producir el movimiento de un cuerpo inerte, el Espíritu necesita una porción de fluido animalizado que toma del médium para animar momentáneamente la mesa, a fin de que esta obedezca a su voluntad; pues bien, comprended también que, para una comunicación inteligente, necesita un intermediario inteligente, y que ese intermediario es el Espíritu del médium».

— Esto no parece aplicable a lo que se llama mesas parlantes; pues, cuando

objetos inertes, como mesas, tablillas y cestas, dan respuestas inteligentes, ¿no parece que el Espíritu del médium no interviene en absoluto?

«Es un error; el Espíritu puede dar al cuerpo inerte una vida artificial momentánea, pero no la inteligencia; jamás un cuerpo inerte ha sido inteligente. Es, por tanto, el Espíritu del médium quien recibe el pensamiento sin saberlo y lo transmite sucesivamente con ayuda de diversos intermediarios».

10. ¿Parece desprenderse de estas explicaciones que el Espíritu del médium nunca es completamente pasivo?

«Es pasivo cuando no mezcla sus propias ideas con las del Espíritu ajeno, pero su participación nunca es absolutamente nula; su concurso siempre es necesario como intermediario, incluso en lo que llamáis médiums mecánicos».

11. ¿No hay mayor garantía de independencia en el médium mecánico que en el médium intuitivo?

«Sin duda alguna, y para ciertas comunicaciones es preferible un médium mecánico; pero, cuando se conocen las facultades de un médium intuitivo, eso resulta indiferente, según las circunstancias; quiero decir que hay comunicaciones que requieren menos precisión».

12. Entre los diferentes sistemas que se han propuesto para explicar los fenómenos espíritas, hay uno que consiste en creer que la verdadera mediumnidad está en un cuerpo completamente inerte, en la cesta o en el cartón, por ejemplo, que sirve de instrumento; que el Espíritu ajeno se identifica con ese objeto y lo vuelve no solo vivo, sino inteligente; de ahí el nombre de médiums inertes dado a esos objetos; ¿qué pensáis de ello?

«Solo hay una cosa que decir al respecto: si el Espíritu hubiera transmitido la inteligencia al cartón al mismo tiempo que la vida, el cartón escribiría

por sí solo, sin el concurso del médium; sería singular que el hombre inteligente se convirtiera en máquina y que un objeto inerte se volviera inteligente. Es uno de los numerosos sistemas nacidos de una idea preconcebida y que, como tantos otros, caen ante la experiencia y la observación».

13. ¿Un fenómeno bien conocido podría dar crédito a la opinión de que en los cuerpos inertes animados hay algo más que vida, y también inteligencia: el de las mesas, cestas, etc., que expresan con sus movimientos la ira o el afecto?

«Cuando un hombre agita un bastón con ira, no es el bastón el que está encolerizado, ni siquiera la mano que sostiene el bastón, sino el pensamiento que dirige la mano; las mesas y las cestas no son más inteligentes que el bastón; no tienen ningún sentimiento inteligente, sino que obedecen a una inteligencia; en una palabra, no es el Espíritu el que se transforma en cesta, ni siquiera el que fija en ella su morada».

14. Si no es racional atribuir inteligencia a esos objetos, ¿se los puede considerar una variedad de médiums, designándolos con el nombre de médiums inertes? «Es una cuestión de palabras que nos importa poco, con tal de que os entendáis. Sois libres de llamar hombre a una marioneta».

15. Los Espíritus solo tienen el lenguaje del pensamiento; no tienen lenguaje articulado; por eso, para ellos solo hay una lengua; según esto, ¿podría un Espíritu expresarse por vía mediúmnica en una lengua que nunca habló en vida? Y, en ese caso, ¿de dónde toma las palabras de las que se sirve?

«Vosotros mismos acabáis de responder a vuestra pregunta al decir que los Espíritus tienen una sola lengua, que es la del pensamiento; todos comprenden esa lengua, tanto los hombres como los Espíritus. El Espíritu errante, al dirigirse al Espíritu encarnado del médium, no le habla ni fran-

cés ni inglés, sino la lengua universal, que es la del pensamiento; para traducir sus ideas a un lenguaje articulado, transmisible, toma sus palabras del vocabulario del médium».

16. Si es así, el Espíritu solo debería poder expresarse en la lengua del médium, mientras que se los ve escribir en lenguas desconocidas para este último; ¿no hay en ello una contradicción?

«Observad primero que no todos los médiums son igualmente aptos para este género de ejercicio, y después que los Espíritus solo se prestan a ello ocasionalmente, cuando juzgan que puede ser útil; pero, para las comunicaciones habituales y de cierta extensión, prefieren servirse de una lengua familiar al médium, porque les presenta menos dificultades materiales que vencer».

17. ¿La aptitud de ciertos médiums para escribir en una lengua que les es extraña no vendría de que esa lengua les hubiera sido familiar en otra existencia y hubieran conservado la intuición de ella? «Eso puede suceder sin duda, pero no es una regla; el Espíritu puede, con algunos esfuerzos, superar momentáneamente la resistencia material que encuentra; eso es lo que sucede cuando el médium escribe, en su propia lengua, palabras que no conoce».

18. ¿Una persona que no supiera escribir podría escribir como médium?

«Sí; pero se comprende que también hay en ello una gran dificultad mecánica que vencer, pues la mano no tiene la costumbre del movimiento necesario para formar las letras. Lo mismo sucede con los médiums dibujantes que no saben dibujar».

19. ¿Un médium muy poco inteligente podría transmitir comunicaciones de un orden elevado?

«Sí, por la misma razón por la que un médium puede escribir en una len-

gua que no conoce. La mediumnidad propiamente dicha es independiente de la inteligencia, así como de las cualidades morales, y, a falta de un instrumento mejor, el Espíritu puede servirse del que tiene a mano; pero es natural que, para las comunicaciones de cierto orden, prefiera al médium que le ofrece menos obstáculos materiales. Y además, otra consideración: el idiota a menudo solo lo es por la imperfección de sus órganos, pero su Espíritu puede estar más avanzado de lo que creéis; tenéis la prueba en ciertas evocaciones de idiotas muertos o vivos».

Observación. Este es un hecho comprobado por la experiencia; hemos evocado varias veces a idiotas vivos que han dado pruebas patentes de su identidad y respondían de una manera muy sensata e incluso superior. Este estado es un castigo para el Espíritu, que sufre por la limitación en que se encuentra. Por tanto, un médium idiota puede ofrecer a veces al Espíritu que quiere manifestarse más recursos de lo que se cree. (Véase Revista Espírita, julio de 1860, artículo sobre la Frenología y la Fisiognomía).

20. ¿De dónde viene la aptitud de ciertos médiums para escribir en verso, a pesar de su ignorancia en materia de poesía?

«La poesía es un lenguaje; pueden escribir en verso como pueden escribir en una lengua que no conocen; y además, pueden haber sido poetas en otra existencia y, como se os ha dicho, los conocimientos adquiridos nunca se pierden para el Espíritu, que debe alcanzar la perfección en todas las cosas. Entonces, lo que han sabido les da, sin que lo sospechen, una facilidad que no tienen en el estado ordinario».

21. ¿Sucede lo mismo con quienes tienen una aptitud especial para el dibujo y la música?

«Sí; el dibujo y la música también son maneras de expresar el pensamiento; los Espíritus se sirven de los instrumentos que les ofrecen mayor facili-

dad».

22. ¿La expresión del pensamiento mediante la poesía, el dibujo o la música depende únicamente de la aptitud especial del médium o de la del Espíritu que se comunica?

«Unas veces de la del médium, otras de la del Espíritu. Los Espíritus superiores tienen todas las aptitudes; los Espíritus inferiores tienen conocimientos limitados».

23. ¿Por qué el hombre que tiene un talento extraordinario en una existencia deja de tenerlo en una existencia siguiente?

«No siempre sucede así, pues a menudo perfecciona en una existencia lo que comenzó en una anterior; pero puede suceder que una facultad extraordinaria permanezca dormida durante cierto tiempo para dejar a otra mayor libertad de desarrollarse; es un germen latente que volverá a aparecer más tarde y del que siempre quedan algunas huellas, o al menos una vaga intuición».

224 El Espíritu extranjero comprende sin duda todas las lenguas, ya que las lenguas son la expresión del pensamiento y el Espíritu comprende por el pensamiento; pero para expresar ese pensamiento necesita un instrumento: ese instrumento es el médium. El alma del médium que recibe la comunicación extranjera solo puede transmitirla por los órganos de su cuerpo; ahora bien, esos órganos no pueden tener para una lengua desconocida la flexibilidad que tienen para la que les es familiar. Un médium que solo sabe francés podrá, de manera ocasional, dar una respuesta en inglés, por ejemplo, si al Espíritu le place hacerlo; pero los Espíritus, que ya encuentran el lenguaje humano demasiado lento en relación con la rapidez del pensamiento, puesto que lo abrevian cuanto pueden, se impacientan ante

la resistencia mecánica que experimentan; por eso no lo hacen siempre. Esta es también la razón por la que un médium principiante, que escribe con dificultad y lentitud, incluso en su propia lengua, solo obtiene en general respuestas breves y sin desarrollo; por eso los Espíritus recomiendan que por su mediación solo se hagan preguntas sencillas. Para las de gran alcance, hace falta un médium formado que no ofrezca ninguna dificultad mecánica al Espíritu. No elegiríamos como lector a un escolar que deletrea. A un buen obrero no le gusta servirse de malas herramientas. Añadamos otra consideración de gran importancia en lo que respecta a las lenguas extranjeras. Los ensayos de este género se hacen siempre con un propósito de curiosidad y experimentación; ahora bien, nada resulta más desagradable a los Espíritus que las pruebas a las que se intenta someterlos. Los Espíritus superiores nunca se prestan a ellas y se retiran en cuanto se quiere entrar por ese camino. Tanto como se complacen en las cosas útiles y serias, les repugna ocuparse de cosas fútiles y sin propósito. Es, dirán los incrédulos, para convencernos, y ese propósito es útil, puesto que puede ganar adeptos para la causa de los Espíritus. A esto los Espíritus responden: «Nuestra causa no necesita a quienes tienen suficiente orgullo para creerse indispensables; llamamos a nosotros a quienes queremos, y a menudo son los más pequeños y los más humildes. ¿Hizo Jesús los milagros que le pedían los escribas, y de qué hombres se sirvió para revolucionar el mundo? Si quieren convencerse, tienen otros medios que las proezas; comiencen primero por someterse: no corresponde que el escolar imponga su voluntad a su maestro».

De ello resulta que, salvo algunas excepciones, el médium expresa el pensamiento de los Espíritus por los medios mecánicos que tiene a su disposición, y que la expresión de ese pensamiento puede, e incluso debe la mayo-

ría de las veces, reflejar la imperfección de esos medios; así, el hombre inculto, el campesino, podrá decir las cosas más bellas, expresar los pensamientos más elevados, más filosóficos, hablando como un campesino; pues, como se sabe, para los Espíritus el pensamiento domina todo. Esto responde a la objeción de ciertos críticos sobre las incorrecciones de estilo y ortografía que se pueden reprochar a los Espíritus, y que pueden proceder tanto del médium como del Espíritu. Es una frivolidad fijarse en semejantes cosas. No es menos pueril empeñarse en reproducir esas incorrecciones con una minuciosa exactitud, como hemos visto hacer algunas veces. Se pueden, pues, corregir sin ningún escrúpulo, a menos que sean un rasgo característico del Espíritu que se comunica, en cuyo caso es útil conservarlas como prueba de identidad. Así, por ejemplo, hemos visto a un Espíritu escribir constantemente Jule (sin s) al hablar con su nieto, porque en vida lo escribía de esa manera, y aunque el nieto, que servía de médium, sabía perfectamente escribir su nombre.

225 La siguiente disertación, dada espontáneamente por un Espíritu superior que se ha revelado mediante comunicaciones del orden más elevado, resume de la manera más clara y completa la cuestión del papel de los médiums:

«Sea cual sea la naturaleza de los médiums escribientes, ya sean mecánicos, semimecánicos o simplemente intuitivos, nuestros procedimientos de comunicación con ellos no varían esencialmente. En efecto, nos comunicamos con los propios Espíritus encarnados, como con los Espíritus propiamente dichos, por la sola irradiación de nuestro pensamiento.

«Nuestros pensamientos no necesitan revestirse de palabras para ser comprendidos por los Espíritus, y todos los Espíritus perciben el pensamiento

que deseamos comunicarles por el solo hecho de que dirigimos ese pensamiento hacia ellos, y esto en proporción a sus facultades intelectuales; es decir, que un pensamiento puede ser comprendido por unos u otros, según su grado de adelanto, mientras que, en otros, ese pensamiento, al no despertar ningún recuerdo ni conocimiento en el fondo de su corazón o de su cerebro, no les resulta perceptible. En este caso, el Espíritu encarnado que nos sirve de médium es más apto para transmitir nuestro pensamiento a los demás encarnados, aunque no lo comprenda, de lo que podría serlo un Espíritu desencarnado y poco adelantado, si nos viéramos obligados a recurrir a su intermediación; pues el ser terrestre pone su cuerpo, como instrumento, a nuestra disposición, cosa que el Espíritu errante no puede hacer.

«Así, cuando encontramos en un médium un cerebro provisto de conocimientos adquiridos en su vida actual, y un Espíritu rico en conocimientos anteriores latentes capaces de facilitar nuestras comunicaciones, nos servimos de él preferentemente, porque con él el fenómeno de la comunicación nos resulta mucho más fácil que con un médium cuya inteligencia fuera limitada y cuyos conocimientos anteriores hubieran seguido siendo insuficientes. Vamos a hacernos entender mediante algunas explicaciones claras y precisas.

«Con un médium cuya inteligencia actual o anterior está desarrollada, nuestro pensamiento se comunica instantáneamente de Espíritu a Espíritu, por una facultad propia de la esencia del Espíritu mismo. En este caso, encontramos en el cerebro del médium los elementos adecuados para revestir nuestro pensamiento de las palabras que le corresponden, y esto tanto si el médium es intuitivo como si es semimecánico o puramente mecánico. Por eso, sea cual sea la diversidad de los Espíritus que se comunican con un médium, los dictados obtenidos por él, aun procediendo de Espíri-

tus diversos, llevan un sello de forma y de color propio de ese médium. Sí, aunque el pensamiento le sea por completo ajeno, aunque el tema salga del ámbito en que él mismo se mueve habitualmente, aunque lo que queremos decir no proceda de él en modo alguno, no deja por ello de influir en la forma, por las cualidades y propiedades que corresponden a su individualidad. Sucede exactamente como cuando contempláis distintas vistas con lentes de diversos colores, verdes, blancas o azules; aunque las vistas u objetos contemplados sean del todo opuestos y completamente independientes unos de otros, no dejan por ello de presentar siempre un tinte que procede del color de las lentes. »O mejor, comparemos a los médiums con esos frascos llenos de líquidos coloreados y transparentes que se ven en los escaparates de las farmacias; pues bien, nosotros somos como luces que iluminamos ciertos aspectos morales, filosóficos e internos a través de médiums azules, verdes o rojos, de tal manera que nuestros rayos luminosos, obligados a pasar a través de cristales mejor o peor tallados, más o menos transparentes, es decir, por médiums más o menos inteligentes, solo llegan a los objetos que queremos iluminar tomando el tinte, o mejor, la forma propia y particular de esos médiums. En fin, para terminar con una última comparación, nosotros, los Espíritus, somos como compositores de música que hemos compuesto o queremos improvisar una melodía, y solo tenemos a mano un piano, un violín, una flauta, un fagot o un silbato de dos céntimos. Es indiscutible que con el piano, la flauta o el violín ejecutaremos nuestra pieza de una manera muy comprensible para nuestros oyentes; aunque los sonidos que proceden del piano, del fagot o del clarinete sean esencialmente diferentes unos de otros, nuestra composición seguirá siendo exactamente la misma, salvo los matices del sonido. Pero si solo tenemos a nuestra disposición un silbato de dos céntimos o un embudo de

fontanero, ahí radica para nosotros la dificultad.

«En efecto, cuando nos vemos obligados a servirnos de médiums poco adelantados, nuestro trabajo se vuelve mucho más largo y penoso, porque estamos obligados a recurrir a formas incompletas, lo que supone una complicación para nosotros; pues entonces nos vemos forzados a descomponer nuestros pensamientos y a proceder palabra por palabra, letra por letra, lo que nos resulta molesto y fatigoso, y constituye un verdadero obstáculo para la prontitud y el desarrollo de nuestras manifestaciones.

«Por eso nos alegra encontrar médiums bien adaptados, bien equipados, provistos de materiales listos para funcionar, buenos instrumentos, en una palabra, porque entonces nuestro periespíritu, al actuar sobre el periespíritu de aquel a quien hacemos servir de médium, solo tiene que dar el impulso a la mano que nos sirve de portaplumas o de portalápices; mientras que, con los médiums insuficientes, nos vemos obligados a realizar un trabajo semejante al que hacemos cuando nos comunicamos mediante golpes, es decir, indicando letra por letra, palabra por palabra, cada una de las frases que forman la traducción de los pensamientos que queremos comunicar.

«Por estas razones nos hemos dirigido preferentemente a las clases ilustradas e instruidas para la divulgación del Espiritismo y el desarrollo de las facultades mediúmnicas de escritura, aunque sea entre estas clases donde se encuentran los individuos más incrédulos, más rebeldes y más inmorales. Es que, del mismo modo que hoy dejamos a los Espíritus embaucadores y poco adelantados el ejercicio de las comunicaciones tangibles de golpes y aportes, también los hombres poco serios de entre vosotros prefieren contemplar los fenómenos que impresionan sus ojos o sus oídos a los fenómenos puramente espirituales, puramente psicológicos. «Cuando queremos

proceder mediante dictados espontáneos, actuamos sobre el cerebro, sobre los compartimentos del médium, y reunimos nuestros materiales con los elementos que él nos proporciona, y todo ello sin que lo sepa; es como si tomáramos de su bolsa las cantidades que pudiera haber en ella y ordenáramos las distintas monedas del modo que nos pareciera más útil.

«Pero cuando el médium quiere interrogarnos por sí mismo de una u otra manera, conviene que reflexione seriamente sobre ello para hacernos preguntas de una manera metódica, facilitándonos así el trabajo de responder. Pues, como se os ha dicho en una instrucción anterior, vuestro cerebro se encuentra a menudo en un desorden inextricable, y nos resulta tan penoso como difícil movernos en el laberinto de vuestros pensamientos. Cuando las preguntas han de ser formuladas por terceros, es bueno y útil que la serie de preguntas se comunique de antemano al médium, para que este se identifique con el Espíritu del evocador y se impregne de él, por así decirlo; porque entonces nosotros mismos tenemos mucha más facilidad para responder, gracias a la afinidad que existe entre nuestro periespíritu y el del médium que nos sirve de intérprete.

«Ciertamente, podemos hablar de matemáticas por medio de un médium que parezca completamente ajeno a ellas; pero a menudo el Espíritu de ese médium posee ese conocimiento en estado latente, es decir, como algo propio del ser fluídico y no del ser encarnado, porque su cuerpo actual es un instrumento rebelde o contrario a ese conocimiento. Lo mismo ocurre con la astronomía, la poesía, la medicina y las diversas lenguas, así como con todos los demás conocimientos propios de la especie humana. Por último, aún disponemos del recurso de la elaboración penosa que se emplea con los médiums completamente ajenos al tema tratado, reuniendo las letras y las palabras como en la tipografía.

«Como hemos dicho, los Espíritus no necesitan revestir su pensamiento; perciben y comunican el pensamiento por el solo hecho de que existe en ellos. Los seres corporales, por el contrario, solo pueden percibir el pensamiento revestido. Mientras que la letra, la palabra, el sustantivo, el verbo, la frase, en una palabra, os son necesarios para percibir incluso mentalmente, para nosotros no es necesaria ninguna forma visible o tangible.

«Erasto y Timoteo».

Observación. Este análisis del papel de los médiums y de los procedimientos mediante los cuales los Espíritus se comunican es tan claro como lógico. De él se desprende este principio: el Espíritu toma del cerebro del médium, no sus ideas, sino los materiales necesarios para expresarlas, y cuanto más rico en materiales sea ese cerebro, más fácil será la comunicación. Cuando el Espíritu se expresa en la lengua familiar al médium, encuentra en él las palabras ya formadas para revestir la idea; si lo hace en una lengua que le es ajena, no encuentra las palabras, sino simplemente las letras; por eso el Espíritu está obligado a dictar, por así decirlo, letra por letra, exactamente como si quisiéramos hacer escribir en alemán a alguien que no sabe ni una palabra de esa lengua. Si el médium no sabe leer ni escribir, ni siquiera posee las letras; hay que conducirle la mano como a un escolar, y ahí hay una dificultad material aún mayor que vencer. Estos fenómenos son, por tanto, posibles, y existen numerosos ejemplos de ellos; pero se comprende que esta manera de proceder se aviene poco con la extensión y la rapidez de las comunicaciones, y que los Espíritus deben preferir los instrumentos más fáciles o, como ellos dicen, los médiums bien equipados desde su punto de vista.

Si quienes piden estos fenómenos como medio de convicción hubieran estudiado previamente la teoría, sabrían en qué condiciones excepcionales se producen.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XX — INFLUENCIA MORAL DEL MÉDIUM

✦

226 Cuestiones diversas. — Disertaciones de un Espíritu sobre la influencia moral.

1. ¿El desarrollo de la mediumnidad está en proporción con el desarrollo moral del médium?

«No; la facultad propiamente dicha depende del organismo; es independiente de lo moral; no ocurre lo mismo con su uso, que puede ser más o menos bueno, según las cualidades del médium».

2. Siempre se ha dicho que la mediumnidad es un don de Dios, una gracia, un favor; ¿por qué, entonces, no es privilegio de los hombres de bien, y por qué se ve a personas indignas que la poseen en el más alto grado y hacen mal uso de ella?

«Todas las facultades son favores por los que se debe dar gracias a Dios, puesto que hay hombres que carecen de ellas. También podríais preguntar por qué Dios concede buena vista a los malhechores, destreza a los estafadores y elocuencia a quienes se sirven de ella para decir cosas malas. Lo mismo ocurre con la mediumnidad: hay personas indignas que la poseen porque la necesitan más que las otras para mejorar; ¿pensáis que Dios niega a los culpables los medios de salvación? Los multiplica a su paso; se los pone en las manos, y a ellos les corresponde aprovecharlos. ¿Acaso Judas el traidor no hizo milagros y curó enfermos como apóstol? Dios permitió que tuviera ese don para hacer más odiosa su traición».

3. Los médiums que hacen mal uso de su facultad, que no la emplean con

miras al bien o que no la aprovechan para su instrucción, ¿sufrirán las consecuencias?

«Si la usan mal, serán doblemente castigados, porque tienen un medio más para instruirse y no lo aprovechan. Quien ve con claridad y tropieza es más censurable que el ciego que cae en la zanja».

4. Hay médiums que reciben espontáneamente, y casi de manera constante, comunicaciones sobre un mismo asunto, sobre ciertas cuestiones morales, por ejemplo, o sobre determinados defectos; ¿tiene esto alguna finalidad?

«Sí, y esa finalidad es ilustrarlos sobre un asunto repetido a menudo o corregirlos de ciertos defectos; por eso, a uno le hablarán sin cesar del orgullo y a otro de la caridad; solo la saciedad puede acabar por abrirles los ojos. No hay médium que haga mal uso de su facultad, por ambición o por interés, o que la comprometa por un defecto capital, como el orgullo, el egoísmo, la ligereza, etc., que no reciba de vez en cuando algunas advertencias de los Espíritus; lo malo es que la mayoría de las veces no las toman como dirigidas a ellos».

Observación. Los Espíritus suelen proceder con tacto en sus lecciones; las dan de manera indirecta para dejar más mérito a quien sabe aplicárselas y aprovecharlas; pero la ceguera y el orgullo son tales en ciertas personas que no se reconocen en el cuadro que se les pone ante los ojos; más aún, si el Espíritu les da a entender que se trata de ellas, se enfadan y lo tachan de mentiroso o de bromista de mal gusto. Esto por sí solo demuestra que el Espíritu tiene razón.

5. En las lecciones que se dictan al médium de manera general y sin aplicación personal, ¿no actúa este como instrumento pasivo para servir a la instrucción de otros?

«A menudo estos avisos y consejos no se dictan para él personalmente, sino para los demás, a quienes solo podemos dirigirnos por mediación de ese médium, pero este debe tomar la parte que le corresponde, si no está cegado por el amor propio».

«No creáis que la facultad mediúmnica se ha dado para corregir solamente a una o dos personas; no; la finalidad es más amplia; se trata de la humanidad. Un médium es un instrumento de muy poca importancia como individuo; por eso, cuando damos instrucciones que deben beneficiar a todos, nos servimos de quienes poseen las facilidades necesarias; pero tened por seguro que llegará un tiempo en que los buenos médiums serán lo bastante comunes para que los buenos Espíritus no necesiten servirse de malos instrumentos».

6. Puesto que las cualidades morales del médium alejan a los Espíritus imperfectos, ¿cómo es que un médium dotado de buenas cualidades transmite respuestas falsas o groseras?

«¿Conoces todos los recovecos de su alma? Además, sin ser vicioso, puede ser ligero y frívolo; y también, a veces, necesita una lección para mantenerse en guardia».

7. ¿Por qué los Espíritus superiores permiten que personas dotadas de un gran poder como médiums, y que podrían hacer mucho bien, sean instrumentos del error?

«Intentan influir en ellas; pero cuando se dejan arrastrar por un mal camino, las dejan seguir. Por eso se sirven de ellas con repugnancia, pues la verdad no puede ser interpretada por la mentira».

8. ¿Es absolutamente imposible obtener buenas comunicaciones a través de un médium imperfecto?

«Un médium imperfecto puede obtener a veces cosas buenas, porque, si

posee una hermosa facultad, los buenos Espíritus pueden servirse de él a falta de otro en una circunstancia particular; pero siempre es algo momentáneo, pues en cuanto encuentran a uno que les conviene más, le dan la preferencia».

Observación. Hay que observar que, cuando los buenos Espíritus juzgan que un médium deja de estar bien asistido y se convierte, por sus imperfecciones, en presa de los Espíritus engañadores, casi siempre provocan circunstancias que revelan sus defectos y lo alejan de las personas serias y bien intencionadas de cuya buena fe se podría abusar. En este caso, cualesquiera que sean sus facultades, no hay que lamentar su pérdida.

9. ¿Cuál sería el médium al que se podría llamar perfecto?

«¡Perfecto, ay! Bien sabéis que la perfección no está en la tierra; de lo contrario, vosotros no estaríais en ella; decid, pues, buen médium, y ya es mucho, porque son escasos. El médium perfecto sería aquel a quien los malos Espíritus nunca hubieran osado intentar engañar; el mejor es aquel que, al simpatizar únicamente con buenos Espíritus, ha sido engañado menos veces».

10. Si solo simpatiza con buenos Espíritus, ¿cómo pueden permitir que sea engañado?

«Los buenos Espíritus lo permiten a veces con los mejores médiums para ejercitar su juicio y enseñarles a discernir lo verdadero de lo falso; y además, por bueno que sea un médium, nunca es tan perfecto que no pueda dar pie a que se aprovechen de algún punto débil suyo; eso debe servirle de lección. Las comunicaciones falsas que recibe de vez en cuando son advertencias para que no se crea infalible ni se enorgullezca; pues el médium que obtiene las cosas más notables no tiene más motivos para vanagloriarse de ello que el organillero que produce bellas melodías al girar la manivela de

su instrumento».

12. ¿Cuáles son las condiciones necesarias para que la palabra de los Espíritus superiores nos llegue libre de toda alteración?

«Querer el bien; desterrar el egoísmo y el orgullo: ambas cosas son necesarias».

12. Si la palabra de los Espíritus superiores solo nos llega pura en condiciones difíciles de encontrar, ¿no es esto un obstáculo para la propagación de la verdad?

«No, porque la luz siempre llega a quien quiere recibirla. Quien quiera instruirse debe huir de las tinieblas, y las tinieblas están en la impureza del corazón.

«Los Espíritus que consideráis la personificación del bien no acuden de buena gana al llamado de quienes tienen el corazón manchado por el orgullo, la codicia y la falta de caridad. Que quienes quieran instruirse se despojen, pues, de toda vanidad humana y humillen su razón ante el poder infinito del Creador; esa será la mejor prueba de su sinceridad, y esta condición puede cumplirla cualquiera».

227 Si el médium, desde el punto de vista de la ejecución, es solo un instrumento, en el aspecto moral ejerce una influencia muy grande. Puesto que, para comunicarse, el Espíritu ajeno se identifica con el Espíritu del médium, esta identificación solo puede tener lugar en la medida en que haya entre ellos simpatía y, si puede decirse así, afinidad.

227.2 El alma ejerce sobre el Espíritu ajeno una especie de atracción o de repulsión, según el grado de semejanza o de diferencia entre ambos; ahora bien, los buenos tienen afinidad con los buenos, y los malos con los malos;

de ahí se sigue que las cualidades morales del médium tienen una influencia capital en la naturaleza de los Espíritus que se comunican por su mediación.

227.3 Si es vicioso, los Espíritus inferiores vienen a agruparse a su alrededor y están siempre dispuestos a ocupar el lugar de los buenos Espíritus a los que se ha llamado.

227.4 Las cualidades que atraen de preferencia a los buenos Espíritus son: la bondad, la benevolencia, la sencillez de corazón, el amor al prójimo y el desapego de las cosas materiales; los defectos que los alejan son: el orgullo, el egoísmo, la envidia, los celos, el odio, la codicia, la sensualidad y todas las pasiones por las que el hombre se apega a la materia.

228 Todas las imperfecciones morales son otras tantas puertas abiertas que dan acceso a los malos Espíritus; pero la que explotan con mayor habilidad es el orgullo, porque es la que menos se reconoce uno a sí mismo; el orgullo ha perdido a numerosos médiums dotados de las más hermosas facultades y que, sin él, habrían podido llegar a ser personas notables y muy útiles; en cambio, al convertirse en presa de Espíritus mentirosos, sus facultades se pervirtieron primero y luego quedaron anuladas, y más de uno se vio humillado por las más amargas decepciones.

El orgullo se manifiesta en los médiums por señales inequívocas sobre las que es tanto más necesario llamar la atención cuanto que es uno de los defectos que más deben inspirar desconfianza sobre la veracidad de sus comunicaciones. En primer lugar, una confianza ciega en la superioridad de esas mismas comunicaciones y en la infalibilidad del Espíritu que se las da; de ahí cierto desdén por todo lo que no procede de ellos, pues se creen poseedores del privilegio de la verdad. El prestigio de los grandes nombres

con que se adornan los Espíritus que supuestamente los protegen los deslumbra, y como su amor propio sufriría al reconocer que son engañados, rechazan toda clase de consejos; incluso los evitan alejándose de sus amigos y de cualquiera que pudiera abrirles los ojos; si condescienden a escucharlos, no tienen en cuenta sus advertencias, pues dudar de la superioridad de su Espíritu es casi una profanación. Se ofenden ante la menor contradicción, ante una simple observación crítica, y a veces llegan a odiar a las mismas personas que les han prestado un servicio. Gracias a este aislamiento, provocado por los Espíritus que no quieren tener contradictores, estos tienen el camino libre para mantenerlos en sus ilusiones, de modo que les hacen tomar fácilmente los mayores absurdos por cosas sublimes. Así, confianza absoluta en la superioridad de lo que obtienen, desprecio por lo que no procede de ellos, importancia irreflexiva atribuida a los grandes nombres, rechazo de los consejos, tomar a mal toda crítica, alejamiento de quienes pueden dar consejos desinteresados y confianza en su habilidad pese a su falta de experiencia: tales son los rasgos de los médiums orgullosos.

También hay que reconocer que el entorno del médium suele estimular su orgullo. Si posee facultades algo extraordinarias, lo buscan y lo ensalzan; se cree indispensable y pronto adopta aires de suficiencia y desdén cuando presta su colaboración. Más de una vez hemos tenido motivos para lamentar los elogios que habíamos dirigido a ciertos médiums con el propósito de animarlos.

229 Junto a esto, pongamos en contraste el retrato del médium verdaderamente bueno, aquel en quien se puede confiar. Suponemos, ante todo, una facilidad de ejecución bastante grande para permitir a los Espíritus comu-

nicarse libremente y sin verse obstaculizados por ninguna dificultad material.

229.2 Dado esto, lo que más importa considerar es la naturaleza de los Espíritus que lo asisten habitualmente, y para ello no hay que atenerse al nombre, sino al lenguaje. Nunca debe perder de vista que las simpatías que se gane entre los buenos Espíritus serán proporcionales a lo que haga para alejar a los malos.

229.3 Convencido de que su facultad es un don que se le concede para el bien, no busca en absoluto aprovecharse de ella ni se atribuye ningún mérito por poseerla. Acepta las buenas comunicaciones que recibe como una gracia de la que debe esforzarse por hacerse digno mediante su bondad, su benevolencia y su modestia.

229.4 El primero se enorgullece de sus relaciones con los Espíritus superiores; este se siente humilde ante ellas, porque siempre se cree por debajo de ese favor.

230 La siguiente instrucción nos fue dada sobre este asunto por un Espíritu del que ya hemos reproducido varias comunicaciones:

«Ya lo hemos dicho: los médiums, en cuanto médiums, solo tienen una influencia secundaria en las comunicaciones de los Espíritus; su tarea es la de una máquina eléctrica que transmite los despachos telegráficos de un punto lejano a otro punto lejano de la Tierra. Así, cuando queremos dictar una comunicación, actuamos sobre el médium como el empleado del telégrafo sobre su aparato; es decir, del mismo modo que el tac-tac del telégrafo traza a miles de leguas, sobre una tira de papel, los signos que reproducen el despacho, nosotros comunicamos, a través de las distancias inconmensurables que separan el mundo visible del mundo invisible, el mundo

inmaterial del mundo encarnado, lo que queremos enseñaros por medio del aparato medianímico. Pero también, del mismo modo que las influencias atmosféricas actúan y perturban a menudo las transmisiones del telégrafo eléctrico, la influencia moral del médium actúa y perturba a veces la transmisión de nuestros despachos de ultratumba, porque nos vemos obligados a hacerlos pasar por un medio que les es contrario. Sin embargo, la mayoría de las veces esta influencia queda anulada por nuestra energía y nuestra voluntad, y no se manifiesta ninguna acción perturbadora. En efecto, dictados de gran alcance filosófico, comunicaciones de una moralidad perfecta, se transmiten a veces por médiums poco aptos para estas enseñanzas superiores; mientras que, por otro lado, comunicaciones poco edificantes llegan también a veces por médiums que se avergüenzan de haberles servido de conductores.

«En términos generales, puede afirmarse que los Espíritus semejantes llaman a Espíritus semejantes, y que rara vez los Espíritus de las pléyades elevadas se comunican por aparatos que son malos conductores cuando tienen a mano buenos aparatos medianímicos, buenos médiums, en una palabra.

«Los médiums ligeros y poco serios llaman, pues, a Espíritus de la misma naturaleza; por eso sus comunicaciones están impregnadas de banalidades, de frivolidades, de ideas inconexas y a menudo muy heterodoxas, espiritualmente ha-

blando. Ciertamente, pueden decir y dicen a veces cosas buenas; pero es sobre todo en ese caso cuando hay que someterlas a un examen riguroso y escrupuloso; pues, en medio de esas cosas buenas, ciertos Espíritus hipócritas insinúan con habilidad y con una perfidia calculada hechos inventados, afirmaciones mentirosas, para engañar la buena fe de sus oyentes. Hay que

eliminar entonces sin piedad toda palabra, toda frase equívocas, y conservar del dictado únicamente lo que la lógica acepta o lo que la doctrina ya ha enseñado. Las comunicaciones de esta naturaleza solo son de temer para los espiritistas aislados, los grupos recientes o poco instruidos; pues, en las reuniones donde los adeptos están más adelantados y han adquirido experiencia, por mucho que el arrendajo se adorne con las plumas del pavo real, siempre es rechazado sin contemplaciones.

«No hablaré de los médiums que se complacen en solicitar y escuchar comunicaciones obscenas; dejémoslos complacerse en la compañía de los Espíritus cínicos. Por lo demás, las comunicaciones de este orden buscan por sí mismas la soledad y el aislamiento; en cualquier caso, solo podrían despertar el desdén y el asco entre los miembros de los grupos filosóficos y serios. Pero donde la influencia moral del médium se hace sentir realmente es cuando este sustituye por sus ideas personales aquellas que los Espíritus se esfuerzan por sugerirle; también ocurre cuando extrae de su imaginación teorías fantásticas que él mismo cree, de buena fe, que proceden de una comunicación intuitiva. A menudo hay entonces mil contra uno a que esto no es más que el reflejo del Espíritu personal del médium; e incluso sucede este hecho curioso: la mano del médium se mueve a veces casi mecánicamente, impulsada por un Espíritu secundario y burlón. Es contra esta piedra de toque contra la que vienen a estrellarse las imaginaciones ardientes; pues, arrastrados por el ímpetu de sus propias ideas, por el brillo aparente de sus conocimientos literarios, los médiums no reconocen el modesto dictado de un Espíritu sabio y, abandonando la presa por la sombra, lo sustituyen por una paráfrasis ampulosa. Contra este temible escollo vienen también a naufragar las personalidades ambiciosas que, a falta de las comunicaciones que los buenos Espíritus les niegan, presentan sus propias obras

como obra de esos mismos Espíritus. Por eso es necesario que los dirigentes de los grupos espiritistas estén dotados de un tacto exquisito y de una sagacidad poco común, para distinguir las comunicaciones auténticas de las que no lo son y para no herir a quienes se engañan a sí mismos.

«En la duda, abstente, dice uno de vuestros antiguos proverbios; no admitáis, pues, más que lo que sea para vosotros de una evidencia cierta. En cuanto surja una opinión nueva, por poco dudosa que os parezca, pasadla por el laminador de la razón y de la lógica; lo que la razón y el buen sentido reprueben, rechazadlo sin temor; más vale rechazar diez verdades que admitir una sola mentira, una sola teoría falsa. En efecto, sobre esa teoría podríais edificar todo un sistema que se derrumbaría al primer soplo de la verdad como un monumento construido sobre arena movediza, mientras que, si hoy rechazáis ciertas verdades porque no os han sido demostradas de manera lógica y clara, pronto un hecho contundente o una demostración irrefutable vendrá a confirmaros su autenticidad.

«Recordad, sin embargo, ¡oh, espiritistas!, que para Dios y para los buenos Espíritus solo son imposibles la injusticia y la iniquidad.

«El espiritismo está ahora bastante extendido entre los hombres y ha mejorado lo suficiente la moral de los adeptos sinceros de su santa doctrina como para que los Espíritus ya no se vean obligados a emplear malas herramientas, médiums imperfectos. Por tanto, si ahora un médium, sea quien sea, da, por su conducta o sus costumbres, por su orgullo, por su falta de amor y de caridad, un motivo legítimo de sospecha, rechazad, rechazad sus comunicaciones, pues hay una serpiente escondida en la hierba. Esta es mi conclusión sobre la influencia moral de los médiums.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XXI — INFLUENCIA DEL ENTORNO

✦

231 23 i.

¿El entorno en el que se encuentra el médium ejerce alguna influencia sobre las manifestaciones?

«Todos los Espíritus que rodean al médium lo ayudan tanto en el bien como en el mal».

2. ¿Los Espíritus superiores no pueden vencer la mala voluntad del Espíritu encarnado que les sirve de intérprete y de los que lo rodean?

«Sí, cuando lo consideran útil, y según la intención de la persona que se dirige a ellos. Ya lo hemos dicho: los Espíritus más elevados pueden comunicarse algunas veces por un favor especial, a pesar de la imperfección del médium y del entorno, pero entonces estos permanecen completamente ajenos a ello».

3. ¿Los Espíritus superiores procuran conducir las reuniones frívolas hacia ideas más serias?

«Los Espíritus superiores no van a las reuniones donde saben que su presencia es inútil. En los entornos poco instruidos, pero donde hay sinceridad, vamos de buena gana, aunque solo encontremos instrumentos mediocres; pero a los entornos instruidos donde domina la ironía, no vamos. Allí hay que hablar a los ojos y a los oídos: ese es el papel de los Espíritus golpeadores y burlones. Es bueno que las personas que presumen de su saber sean humilladas por los Espíritus menos sabios y menos adelantados».

4. ¿Está prohibido a los Espíritus inferiores el acceso a las reuniones serias?

«No, algunas veces permanecen allí para aprovechar las enseñanzas que se les dan a ustedes; pero guardan silencio como unos atolondrados en la asamblea de los sabios».

232 Sería un error creer que hay que ser médium para atraer hacia sí a los seres del mundo invisible. El espacio está poblado de ellos; los tenemos sin cesar a nuestro alrededor, a nuestro lado, y nos ven, nos observan, se mezclan en nuestras reuniones, nos siguen o nos rehúyen según los atraigamos o los rechacemos. La facultad mediúmnica no interviene en ello: solo es un medio de comunicación. Según lo que hemos visto sobre las causas de simpatía o antipatía de los Espíritus, se comprenderá fácilmente que debemos estar rodeados de aquellos que tienen afinidad con nuestro propio Espíritu, según sea elevado o degradado. Consideremos ahora el estado moral de nuestro globo, y se comprenderá qué clase de Espíritus debe predominar entre los Espíritus errantes. Si tomamos a cada pueblo en particular, podremos juzgar, por el carácter dominante de sus habitantes, por sus preocupaciones y sus sentimientos más o menos morales y humanitarios, qué órdenes de Espíritus se reúnen allí de preferencia.

Partiendo de este principio, supongamos una reunión de hombres frívolos, irreflexivos, ocupados en sus placeres; ¿qué Espíritus se encontrarán allí de preferencia? Sin duda no serán Espíritus superiores, del mismo modo que nuestros sabios y filósofos no irían a pasar allí su tiempo. Así, cada vez que los hombres se reúnen, tienen con ellos una asamblea oculta que simpatiza con sus cualidades o sus defectos, y esto al margen de cualquier pensamiento de evocación. Admitamos ahora que tengan la posibilidad de conversar con los seres del mundo invisible por medio de un intérprete, es decir, de un médium; ¿quiénes responderán a su llamado? Evidentemente,

los que están allí, dispuestos, y que solo buscan una ocasión para comunicarse. Si en una asamblea frívola se llama a un Espíritu superior, podrá venir e incluso pronunciar algunas palabras razonables, como un buen pastor que acude en medio de sus ovejas descarriadas; pero en cuanto ve que no lo comprenden ni lo escuchan, se marcha, como lo harían ustedes mismos en su lugar, y los demás tienen plena libertad de acción.

253. No siempre basta con que una asamblea sea seria para recibir comunicaciones de un orden elevado; hay personas que nunca se ríen y cuyo corazón no es por ello más puro; ahora bien, es sobre todo el corazón lo que atrae a los buenos Espíritus. Ninguna condición moral excluye las comunicaciones espíritas; pero si uno se encuentra en malas condiciones, conversa con sus semejantes, que no dejan de engañarnos y con frecuencia halagan nuestros prejuicios.

Se ve así la enorme influencia del entorno sobre la naturaleza de las manifestaciones inteligentes; pero esta influencia no se ejerce como pretendían algunas personas cuando aún no se conocía el mundo de los Espíritus como se lo conoce hoy, y antes de que experiencias más concluyentes vinieran a aclarar las dudas. Cuando las comunicaciones concuerdan con la opinión de los asistentes, no es porque esa opinión se refleje en el Espíritu del médium como en un espejo, sino porque tienen con ustedes a Espíritus que les son afines tanto en el bien como en el mal y que comparten su parecer; y lo que lo prueba es que, si tienen la fuerza de atraer hacia ustedes a otros Espíritus distintos de los que los rodean, ese mismo médium les hablará de una manera completamente diferente y les dirá las cosas más alejadas de su pensamiento y de sus convicciones. En resumen, las condiciones

del entorno serán tanto mejores cuanto mayor sea la homogeneidad en el bien, cuantos más sentimientos puros y elevados haya y cuanto mayor sea el deseo sincero de instruirse sin segundas intenciones.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XXII — DE LA MEDIUMNIDAD EN LOS ANIMALES

✦

233 234. ¿Pueden los animales ser médiums? A menudo se ha planteado esta pregunta, y ciertos hechos parecerían responder afirmativamente. Lo que más ha podido dar crédito a esta opinión son las notables muestras de inteligencia de algunas aves adiestradas que parecen adivinar el pensamiento y sacan de un mazo de cartas aquellas que pueden dar la respuesta exacta a una pregunta propuesta. Hemos observado estos experimentos con especial cuidado, y lo que más hemos admirado es el arte que ha sido necesario desplegar para instruir a estas aves. Sin duda, no se les puede negar cierta dosis de inteligencia relativa, pero habría que admitir que, en esta circunstancia, su perspicacia superaría con mucho la del hombre, pues nadie puede presumir de hacer lo que ellas hacen; para ciertos experimentos, habría incluso que atribuirles un don de segunda vista superior al de los sonámbulos más clarividentes. En efecto, se sabe que la lucidez es esencialmente variable y está sujeta a frecuentes intermitencias, mientras que en estas aves sería permanente y funcionaría en el momento preciso con una regularidad y una precisión que no se ven en ningún sonámbulo; en una palabra, nunca les fallaría. La mayoría de los experimentos que hemos visto son de la misma naturaleza que los realizados por los prestidigitadores, y no podían dejarnos dudas sobre el empleo de algunos de sus recursos, en particular el de las cartas forzadas. El arte de la prestidigitación consiste en disimular estos recursos, sin lo cual el efecto perdería su encanto. El fenómeno, aun reducido a esta proporción, no deja de ser muy interesante, y

siempre queda por admirar tanto el talento del instructor como la inteligencia del alumno, pues la dificultad que hay que vencer es mucho mayor que si el ave actuara solo en virtud de sus propias facultades; ahora bien, hacer que esta realice cosas que superan los límites de lo posible para la inteligencia humana es probar, por ese solo hecho, el empleo de un procedimiento secreto. Por lo demás, es un hecho constante que estas aves solo alcanzan tal grado de habilidad al cabo de cierto tiempo y con cuidados especiales y perseverantes, lo cual no sería necesario si su inteligencia bastara por sí sola. No es más extraordinario adiestrarlas para sacar cartas que acostumbrarlas a repetir melodías o palabras.

Lo mismo ocurrió cuando la prestidigitación quiso imitar la segunda vista; se hacía realizar al sujeto demasiado para que la ilusión durara mucho tiempo. Desde la primera vez que asistimos a una sesión de este género, solo vimos en ella una imitación muy imperfecta del sonambulismo, que revelaba el desconocimiento de las condiciones más esenciales de esta facultad.

Sea lo que fuere de los experimentos anteriores, la cuestión principal sigue intacta desde otro punto de vista; pues, así como la imitación del sonambulismo no impide que exista esa facultad, la imitación de la mediumnidad por medio de las aves no probaría nada contra la posibilidad de una facultad análoga en ellas o en otros animales. Se trata, pues, de saber si los animales son aptos, como los hombres, para servir de intermediarios a los Espíritus en sus comunicaciones inteligentes. Parece incluso bastante lógico suponer que un ser vivo, dotado de cierta dosis de inteligencia, sea más apropiado para este fin que un cuerpo inerte, sin vitalidad, como una mesa, por ejemplo; sin embargo, no es así.

236 La cuestión de la medianimidad de los animales queda completamente resuelta en la siguiente disertación, dada por un Espíritu cuya profundidad y sagacidad han podido apreciarse en las citas que ya hemos tenido ocasión de hacer. Para comprender bien el valor de su demostración, es esencial remitirse a la explicación que dio sobre el papel del médium en las comunicaciones y que hemos reproducido más arriba.

Esta comunicación se dio a raíz de una discusión que había tenido lugar sobre este asunto en la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas.

«Hoy abordo la cuestión de la medianimidad de los animales, planteada y defendida por uno de sus más fervientes adeptos. Él sostiene, en virtud de este axioma: Quien puede lo más puede lo menos, que podemos medianimizar a las aves y a los demás animales, y servirnos de ellos en nuestras comunicaciones con la especie humana. Esto es lo que ustedes llaman en filosofía, o más bien en lógica, pura y simplemente un sofisma. "Ustedes animan —dice él— la materia inerte, es decir, una mesa, una silla, un piano; con mayor razón deben animar la materia ya animada, y en particular las aves". Pues bien, en el estado normal del espiritismo, esto no ocurre, esto no puede ser.

«Ante todo, pongámonos de acuerdo sobre los hechos. ¿Qué es un médium? Es el ser, es el individuo que sirve de enlace a los Espíritus para que estos puedan comunicarse con facilidad con los hombres: Espíritus encarnados. Por consiguiente, sin médium no hay comunicaciones tangibles, mentales, escritas, físicas ni de ninguna otra clase.

«Hay un principio que, estoy seguro, todos los espíritas admiten: que los semejantes actúan con sus semejantes y como sus semejantes. Ahora bien, ¿quiénes son los semejantes de los Espíritus, sino los Espíritus encarnados o no encarnados? ¿Hay que repetírselo sin cesar? Pues bien, se lo repetiré

una vez más: el periespíritu de ustedes y el nuestro se extraen del mismo medio, son de naturaleza idéntica, son semejantes, en una palabra; poseen una propiedad de asimilación más o menos desarrollada, de imantación más o menos vigorosa, que nos permite, a Espíritus y encarnados, ponernos en relación con mucha rapidez y facilidad. Por último, lo que pertenece de manera propia a los médiums, lo que forma parte de la esencia misma de su individualidad, es una afinidad especial y, al mismo tiempo, una fuerza de expansión particular que anulan en ellos toda refractariedad y establecen entre ellos y nosotros una especie de corriente, una especie de fusión que facilita nuestras comunicaciones. Por lo demás, es esta refractariedad de la materia la que se opone al desarrollo de la medianimidad en la mayoría de quienes no son médiums.

«Los hombres siempre tienden a exagerarlo todo; unos, y no hablo aquí de los materialistas, niegan un alma a los animales, y otros quieren darles una, por así decirlo, semejante a la nuestra. ¿Por qué querer confundir así lo perfectible con lo que no lo es? No, no, estén convencidos de ello: el fuego que anima a los animales, el soplo que los hace actuar, moverse y hablar en su lenguaje, no tiene, por ahora, ninguna aptitud para mezclarse, unirse o fundirse con el soplo divino, el alma etérea, el Espíritu, en una palabra, que anima al ser esencialmente perfectible: el hombre, ese rey de la creación. Ahora bien, ¿no es esta condición esencial de perfectibilidad lo que da a la especie humana su superioridad sobre las demás especies terrestres? Pues bien, reconozcan entonces que no se puede equiparar al hombre, el único perfectible en sí mismo y en sus obras, con ningún individuo de las demás razas que viven sobre la tierra.

«El perro, cuya inteligencia superior entre los animales lo ha convertido en amigo y comensal del hombre, ¿es perfectible por sí mismo y por su propia

iniciativa? Nadie se atrevería a sostenerlo; pues el perro no hace progresar al perro, y el mejor adiestrado de todos siempre lo ha sido por su amo. Desde que el mundo es mundo, la nutria construye siempre su cabaña sobre las aguas con las mismas proporciones y siguiendo una regla invariable; los ruiseñores y las golondrinas nunca han construido sus nidos de otra manera que como lo hicieron sus padres. Un nido de gorriones anterior al diluvio, al igual que un nido de gorriones de la época moderna, es siempre un nido de gorriones, construido en las mismas condiciones y con el mismo sistema de entrelazamiento de briznas de hierba y restos recogidos en primavera, en la época del apareamiento. Las abejas y las hormigas, esas pequeñas repúblicas hacendosas, nunca han variado sus hábitos de aprovisionamiento, sus maneras de actuar, sus costumbres ni sus producciones. Por último, la araña siempre teje su tela de la misma manera. Por otra parte, si buscan las cabañas de follaje y las tiendas de las primeras edades de la tierra, encontrarán en su lugar los palacios y los castillos de la civilización moderna; a las vestiduras de pieles sin curtir les han sucedido los tejidos de oro y seda; en fin, a cada paso encuentran la prueba de esta marcha incesante de la humanidad hacia el progreso.

«De este progreso constante, invencible e irrefutable de la especie humana, y de este estancamiento indefinido de las demás especies animadas, concluyan conmigo que, si bien existen principios comunes a todo lo que vive y se mueve sobre la tierra: el soplo y la materia, no es menos cierto que solo ustedes, Espíritus encarnados, están sujetos a esta inevitable ley del progreso que los impulsa forzosamente hacia delante, y siempre hacia delante. Dios ha puesto a los animales junto a ustedes como auxiliares para alimentarlos, vestirlos y ayudarlos. Les ha dado cierta dosis de inteligencia porque, para ayudarlos, necesitaban comprender, y ha proporcionado su

inteligencia a los servicios que están llamados a prestar; pero, en su sabiduría, no ha querido que estuvieran sujetos a la misma ley del progreso; tal como fueron creados, así han permanecido y permanecerán hasta la extinción de sus razas.

«Se ha dicho: Los Espíritus medianimizan y hacen que se mueva la materia inerte, las sillas, las mesas, los pianos; hacer que se muevan, sí, ¡pero medianimizarlos, no! Pues, una vez más, sin médium no puede producirse ninguno de estos fenómenos. ¿Qué tiene de extraordinario que, con ayuda de uno o varios médiums, hagamos que se mueva la materia inerte, pasiva, que precisamente por su pasividad y su inercia es apta para recibir los movimientos y los impulsos que deseamos imprimirle? Para ello necesitamos médiums, eso es indudable; pero no es necesario que el médium esté presente o sea consciente, pues podemos actuar con los elementos que nos proporciona, sin que lo sepa y fuera de su presencia, sobre todo en los hechos de tangibilidad y de aportes. Nuestra envoltura fluídica, más imponderable y más sutil que el más sutil y el más imponderable de sus gases, al unirse, enlazarse y combinarse con la envoltura fluídica, pero animalizada, del médium, cuya propiedad de expansión y de penetrabilidad es imperceptible para sus sentidos groseros y casi inexplicable para ustedes, nos permite mover muebles e incluso romperlos en habitaciones deshabitadas.

«Ciertamente, los Espíritus pueden hacerse visibles y tangibles para los animales, y a menudo esos sustos repentinos que estos experimentan y que a ustedes les parecen inmotivados se deben a la visión de uno o varios de esos Espíritus malintencionados hacia los individuos presentes o hacia los dueños de esos animales. Muy con frecuencia ven caballos que no quieren avanzar ni retroceder, o que se encabritan ante un obstáculo imaginario; pues bien, tengan por cierto que ese obstáculo imaginario es a menudo un

Espíritu o un grupo de Espíritus que se complace en impedirles avanzar. Recuerden a la burra de Balaam, que, al ver un ángel delante de ella y temer su espada flamígera, se obstinaba en no moverse; es que, antes de manifestarse visiblemente a Balaam, el ángel había querido hacerse visible solo para el animal; pero, lo repito, no medianimizamos directamente ni a los animales ni a la materia inerte; siempre necesitamos la colaboración consciente o inconsciente de un médium humano, porque necesitamos la unión de fluidos similares, que no encontramos ni en los animales ni en la materia bruta.

consecuencia de su magnetización. En efecto, al inundarlo de un fluido extraído de una esencia superior a la esencia propia de su naturaleza, lo aplastó y actuó sobre él, aunque más lentamente, a la manera del rayo. Por tanto, como no hay ninguna asimilación posible entre nuestro periespíritu y la envoltura fluídica de los animales propiamente dichos, los aplastaríamos instantáneamente al medianimizarlos.

«Establecido esto, reconozco perfectamente que en los animales existen diversas aptitudes; que se desarrollan en ellos ciertos sentimientos y ciertas pasiones idénticos a las pasiones y a los sentimientos humanos; que son sensibles y agradecidos, vengativos y rencorosos, según se los trate bien o mal. Es que Dios, que no hace nada incompleto, ha dado a los animales, compañeros o servidores del hombre, cualidades de sociabilidad que faltan por completo en los animales salvajes que habitan los lugares solitarios. Pero de ahí a poder servir de intermediarios para la transmisión del pensamiento de los Espíritus hay un abismo: la diferencia de naturalezas.

«Ustedes saben que extraemos del cerebro del médium los elementos necesarios para dar a nuestro pensamiento una forma sensible y comprensible para ustedes; con ayuda de los materiales que posee, el médium traduce

nuestro pensamiento al lenguaje corriente; pues bien, ¿qué elementos encontraríamos en el cerebro de un animal?

¿Hay palabras, números, letras o signos de cualquier clase semejantes a los que existen en el hombre, incluso en el menos inteligente? Sin embargo, dirán ustedes, los animales comprenden el pensamiento del hombre; incluso lo adivinan; sí, los animales adiestrados comprenden ciertos pensamientos, pero ¿los han visto alguna vez reproducirlos? No; concluyan, pues, que los animales no pueden servirnos de intérpretes.

Nota. En la Revista Espírita de septiembre de 1 861 se encontrará el detalle de un procedimiento empleado por los adiestradores de aves sabias para hacerles sacar de un mazo las cartas deseadas.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XXIII — DE LA OBSESIÓN

✦

237 Entre los escollos que presenta la práctica del espiritismo, hay que poner en primer lugar la obsesión, es decir, el dominio que algunos Espíritus saben ejercer sobre ciertas personas. Solo la producen los Espíritus inferiores que buscan dominar; los buenos Espíritus no ejercen ninguna coacción; aconsejan, combaten la influencia de los malos y, si no se los escucha, se retiran. Los malos, por el contrario, se aferran a aquellos sobre quienes encuentran un punto de apoyo; si logran dominar a alguien, se identifican con su propio Espíritu y lo conducen como a un verdadero niño.

La obsesión presenta características diversas que es muy necesario distinguir y que resultan del grado de coacción y de la naturaleza de los efectos que produce. La palabra obsesión es, en cierto modo, un término genérico con el que se designa este género de fenómenos, cuyas principales variedades son: la obsesión simple, la fascinación y la subyugación.

238 La obsesión simple tiene lugar cuando un Espíritu malintencionado se impone a un médium, se entromete contra su voluntad en las comunicaciones que recibe, le impide comunicarse con otros Espíritus y sustituye a los que se evocan.

No se está obsesado por el solo hecho de ser engañado por un Espíritu mentiroso; el mejor médium está expuesto a ello, sobre todo al principio, cuando todavía le falta la experiencia necesaria, del mismo modo que, entre nosotros, las personas más honradas pueden ser víctimas de los estafadores. Se puede, por tanto, ser engañado sin estar obsesado; la obsesión re-

side en la tenacidad del Espíritu, del que no se puede uno librar.

En la obsesión simple, el médium sabe muy bien que trata con un Espíritu engañoso, y este no lo oculta; no disimula en absoluto sus malas intenciones ni su deseo de contrariar. El médium reconoce sin dificultad el engaño y, como se mantiene en guardia, rara vez es engañado. Este género de obsesión es, pues, simplemente desagradable y no tiene otro inconveniente que el de poner un obstáculo a las comunicaciones que se quisieran tener con Espíritus serios o con aquellos a quienes se tiene afecto.

Se pueden incluir en esta categoría los casos de obsesión física, es decir, la que consiste en las manifestaciones ruidosas y persistentes de ciertos Espíritus que hacen oír espontáneamente golpes u otros ruidos. Para este fenómeno remitimos al capítulo de las Manifestaciones físicas espontáneas. (N.º 82.)

239 La fascinación tiene consecuencias mucho más graves. Es una ilusión producida por la acción directa del Espíritu sobre el pensamiento del médium y que paraliza, en cierto modo, su juicio respecto de las comunicaciones. El médium fascinado no cree ser engañado; el Espíritu —DE LA OBSESIÓN. 309— tiene el arte de inspirarle una confianza ciega que le impide ver la superchería y comprender lo absurdo de lo que escribe, aun cuando salte a la vista de todo el mundo; la ilusión puede llegar incluso a hacerle ver algo sublime en el lenguaje más ridículo. Se estaría en un error si se creyera que este género de obsesión solo puede alcanzar a las personas sencillas, ignorantes y carentes de juicio; los hombres más ingeniosos, más instruidos y más inteligentes en otros aspectos no están exentos de ella, lo que prueba que esta aberración es efecto de una causa ajena cuya influencia padecen.

Hemos dicho que las consecuencias de la fascinación son mucho más graves; en efecto, gracias a esta ilusión que resulta de ella, el Espíritu conduce a aquel a quien ha logrado dominar como lo haría con un ciego, y puede hacerle aceptar las doctrinas más extrañas y las teorías más falsas como si fueran la única expresión de la verdad; más aún, puede incitarlo a realizar actos ridículos, comprometedores e incluso peligrosos.

Se comprende fácilmente toda la diferencia que existe entre la obsesión simple y la fascinación; también se comprende que los Espíritus que producen estos dos efectos deben diferir en su carácter. En la primera, el Espíritu que se aferra a vosotros no es más que un ser importuno por su tenacidad y del que uno está impaciente por librarse. En la segunda, la situación es muy distinta; para alcanzar tales fines se necesita un Espíritu hábil, astuto y profundamente hipócrita, pues solo puede engañar y hacerse aceptar mediante la máscara que sabe adoptar y una falsa apariencia de virtud; las grandes palabras de caridad, humildad y amor a Dios son para él como cartas credenciales; pero a través de todo ello deja traslucir señales de inferioridad que es preciso estar fascinado para no percibir; por eso teme, por encima de todo, a las personas que ven con demasiada claridad; de ahí que su táctica sea casi siempre inspirar a su intérprete rechazo hacia cualquiera que pudiera abrirle los ojos; por este medio, al evitar toda contradicción, está seguro de tener siempre razón.

240 La subyugación es una opresión que paraliza la voluntad de quien la sufre y lo hace actuar contra su voluntad. En una palabra, está bajo un verdadero yugo.

La subyugación puede ser moral o corporal. En el primer caso, el subyugado se ve incitado a tomar decisiones a menudo absurdas y comprometer-

doras que, por una especie de ilusión, cree sensatas: es una especie de fascinación. En el segundo caso, el Espíritu actúa sobre los órganos materiales y provoca movimientos involuntarios. En el médium escribiente se manifiesta como una necesidad incesante de escribir, incluso en los momentos más inoportunos. Hemos visto a algunos que, a falta de pluma o de lápiz, simulaban escribir con el dedo, dondequiera que se encontraran, incluso en las calles, sobre las puertas y las paredes.

La subyugación corporal llega a veces más lejos; puede impulsar a los actos más ridículos. Hemos conocido a un hombre que no era ni joven ni hermoso y que, bajo el dominio de una obsesión de esta naturaleza, se veía obligado, por una fuerza irresistible, a ponerse de rodillas ante una joven con la que no tenía ninguna intención de casarse y a pedirle matrimonio. Otras veces sentía sobre la espalda y las corvas una presión enérgica que lo obligaba, a pesar de la voluntad que oponía a ello, a ponerse de rodillas y a besar la tierra en lugares públicos y en presencia de la multitud. Este hombre pasaba por loco entre sus conocidos; pero nos convencimos de que no lo estaba en absoluto, pues tenía plena conciencia de lo ridículo de lo que hacía contra su voluntad y sufría horriblemente por ello.

241 Antiguamente se daba el nombre de posesión al dominio ejercido por los malos Espíritus cuando su influencia llegaba hasta la alteración de las facultades. La posesión sería, para nosotros, sinónimo de subyugación.

241.2 Si no adoptamos este término, es por dos motivos: el primero, que implica la creencia en seres creados para el mal y perpetuamente entregados al mal, mientras que solo hay seres más o menos imperfectos, que todos pueden mejorar.

241.3 El segundo, que implica también la idea de que un Espíritu ajeno toma posesión del cuerpo, de una especie de cohabitación, mientras que solo hay coacción. La palabra subyugación expresa perfectamente la idea. Así pues, para nosotros no hay poseídos, en el sentido común de la palabra; solo hay obsesados, subyugados y fascinados.

242 La obsesión, como hemos dicho, es uno de los mayores escollos de la mediumnidad; también es uno de los más frecuentes; por eso nunca se pondrá demasiado cuidado en combatirla, pues, además de los inconvenientes personales que pueden resultar de ella, es un obstáculo absoluto para la bondad y la veracidad de las comunicaciones.

242.2 Como la obsesión, cualquiera que sea su grado, es siempre efecto de una coacción, y esta coacción nunca puede ser ejercida por un buen Espíritu, resulta de ello que toda comunicación dada por un médium obsesado es de origen sospechoso y no merece ninguna confianza. Si a veces se encuentra algo bueno en ella, hay que tomarlo y rechazar todo lo que sea simplemente dudoso.

243 Se reconoce la obsesión por las siguientes características:

1.º Persistencia de un Espíritu en comunicarse, se quiera o no, por la escritura, la audición, la tiptología, etc., oponiéndose a que otros Espíritus puedan hacerlo.

2.º Ilusión que, pese a la inteligencia del médium, le impide reconocer la falsedad y el carácter ridículo de las comunicaciones que recibe.

3.º Creencia en la infalibilidad y en la identidad absoluta de los Espíritus que se comunican y que, bajo nombres respetables y venerados, dicen cosas falsas o absurdas.

4.º Confianza del médium en los elogios que le hacen los Espíritus que se

comunican con él.

5.º Disposición a alejarse de las personas que pueden dar consejos útiles. 6.º Tomar a mal las críticas acerca de las comunicaciones que se reciben.

7.º Necesidad incesante e inoportuna de escribir.

8.º Cualquier coacción física que domine la voluntad y obligue a actuar o a hablar contra la propia voluntad.

9.º Ruidos y desórdenes persistentes alrededor de uno, de los que uno es la causa o el objeto.

244 Ante el peligro de la obsesión, cabe preguntarse si no es algo lamentable ser médium; si no es esta facultad la que la provoca; en una palabra, si no es esta una prueba de los inconvenientes de las comunicaciones espíritas. Nuestra respuesta es sencilla, y rogamos que se medite con cuidado.

No son los médiums ni los espíritas quienes han creado a los Espíritus, sino los Espíritus quienes han hecho que haya espíritas y médiums; como los Espíritus no son más que las almas de los hombres, hay Espíritus desde que hay hombres y, por consiguiente, han ejercido en todo tiempo su influencia saludable o perniciosa sobre la humanidad. La facultad medianímica no es para ellos más que un medio de manifestarse; a falta de esta facultad, lo hacen de otras mil maneras más o menos ocultas. Sería, pues, un error creer que los Espíritus solo ejercen su influencia mediante comunicaciones escritas o verbales; esta influencia se da en todo momento, y quienes no se ocupan de los Espíritus, o ni siquiera creen en ellos, están expuestos a ella como los demás, e incluso más que los demás, porque no tienen contrapeso. La mediumnidad es para el Espíritu un medio de darse a conocer; si es malo, siempre se delata, por hipócrita que sea; puede decirse, pues, que la mediumnidad permite ver al enemigo cara a cara, si cabe expresarse así, y

combatirlo con sus propias armas; sin esta facultad, actúa en la sombra y, al amparo de su invisibilidad, puede hacer y hace en realidad mucho mal. ¡A cuántos actos se ve uno impulsado para su desgracia, que habría evitado si hubiera tenido un medio de esclarecerse! Los incrédulos no creen decir una verdad tan grande cuando dicen de un hombre que se obstina en el error: «Es su genio malo el que lo empuja a su perdición». Así, el conocimiento del espiritismo, lejos de dar poder a los malos Espíritus, debe tener como resultado, en un futuro más o menos próximo y cuando se haya difundido, destruir ese poder al dar a cada cual los medios de ponerse en guardia contra sus sugestiones, y quien sucumba solo podrá culparse a sí mismo.

Regla general: todo aquel que tiene malas comunicaciones espíritas, escritas o verbales, está bajo una mala influencia; esta influencia se ejerce sobre él tanto si escribe como si no escribe, es decir, sea o no médium, crea o no crea. La escritura proporciona un medio de cerciorarse de la naturaleza de los Espíritus que actúan sobre él y de combatirlos si son malos, lo que se hace con mayor éxito aún cuando se consigue conocer el motivo que los mueve a actuar. Si está demasiado cegado para comprenderlo, otros pueden abrirle los ojos.

En resumen, el peligro no está en el espiritismo en sí mismo, puesto que, por el contrario, puede servir de control y preservar del peligro que corremos sin cesar sin saberlo; está en la orgullosa propensión de ciertos médiums a creerse con demasiada ligereza los instrumentos exclusivos de Espíritus superiores, y en esa especie de fascinación que no les permite comprender las necedades de las que son intérpretes. Incluso quienes no son médiums pueden dejarse atrapar por ella. Hagamos una comparación. Un hombre tiene un enemigo secreto al que no conoce y que difunde contra

él, a escondidas, la calumnia y todo cuanto la más negra maldad puede inventar; ve que pierde su fortuna, que sus amigos se alejan, que su felicidad doméstica se ve perturbada; al no poder descubrir la mano que lo golpea, no puede defenderse y sucumbe; pero un día ese enemigo secreto le escribe y, pese a su astucia, se delata. Su enemigo queda, pues, al descubierto; puede desenmascararlo y recuperarse. Tal es el papel de los malos Espíritus que el espiritismo nos da la posibilidad de conocer y cuyas maniobras nos permite frustrar.

245 Los motivos de la obsesión varían según el carácter del Espíritu; a veces es una venganza que ejerce sobre un individuo del que tuvo motivos para quejarse durante su vida o en otra existencia; a menudo, también, no tiene otra razón que el deseo de hacer el mal; como sufre, quiere hacer sufrir a los demás; encuentra una especie de placer en atormentarlos, en molestarlos; por eso, la impaciencia que se manifiesta lo estimula, porque ese es su propósito, mientras que la paciencia lo cansa; al irritarse, al mostrar enfado, uno hace precisamente lo que él quiere.

245.2 Estos Espíritus actúan a veces por odio y por envidia del bien; por eso DE LA OBSESIÓN. 315 dirigen sus miras maléficas hacia las personas más honradas. Uno de ellos se ha pegado como una polilla a una familia honorable que conocemos, a la que, por lo demás, no tiene la satisfacción de engañar; interrogado sobre el motivo por el que había atacado a buenas personas en vez de a hombres malos como él, respondió: Estos no me dan envidia.

245.3 Otros se guían por un sentimiento de cobardía que los lleva a aprovecharse de la debilidad moral de ciertos individuos a los que saben incapaces de resistirles.

245.4 Uno de estos últimos, que subyugaba a un joven de inteligencia muy limitada, interrogado sobre los motivos de esa elección, nos respondió: Tengo una necesidad muy grande de atormentar a alguien; una persona razonable me rechazaría, me apego a un idiota que no me opone ninguna virtud.

246 Hay Espíritus obsesores sin maldad, que incluso tienen algo de bueno, pero que poseen el orgullo del falso saber; tienen sus ideas, sus sistemas sobre las ciencias, la economía social, la moral, la religión, la filosofía; quieren hacer prevalecer su opinión y buscan para ello médiums lo bastante crédulos para aceptarlos con los ojos cerrados, y a los que fascinan para impedirles distinguir lo verdadero de lo falso.

246.2 Son los más peligrosos, porque no les cuesta nada recurrir a sofismas y pueden dar crédito a las utopías más ridículas; como conocen el prestigio de los grandes nombres, no tienen escrúpulo alguno en adornarse con los de aquellos ante quienes todos se inclinan, y ni siquiera retroceden ante el sacrilegio de decir que son Jesús, la Virgen María o un santo venerado.

246.3 Procuran deslumbrar con un lenguaje pomposo, más pretencioso que profundo, plagado de términos técnicos y adornado con las grandes palabras de caridad y moral; se cuidarán de dar un mal consejo, porque saben bien que serían rechazados; por eso, aquellos a quienes engañan los defienden a toda costa diciendo: Ya veis que no dicen nada malo.

246.4 Pero la moral no es para ellos más que un pasaporte, es la menor de sus preocupaciones; lo que quieren ante todo es dominar e imponer sus ideas, por poco razonables que sean.

247 Los Espíritus que tienen sistemas suelen ser bastante dados a escribir en exceso; por eso buscan médiums que escriban con facilidad y de los que intentan hacer instrumentos dóciles y, sobre todo, entusiastas, fascinándolos. Casi siempre son verbosos, muy prolijos, y buscan compensar la calidad con la cantidad. Se complacen en dictar a sus intérpretes voluminosos escritos indigestos y a menudo poco inteligibles, que tienen, por fortuna, como antídoto la imposibilidad material de que las masas los lean. Los Espíritus verdaderamente superiores son parcos en palabras; dicen muchas cosas en pocas palabras; por eso, esta fecundidad prodigiosa siempre debe despertar sospechas.

Nunca se es demasiado prudente cuando se trata de publicar escritos semejantes; las utopías y las excentricidades que a menudo abundan en ellos y que chocan con el sentido común producen una impresión muy desfavorable en las personas que se inician, al darles una idea falsa del espiritismo, sin contar con que son armas de las que se sirven sus enemigos para ridiculizarlo. Entre estas publicaciones, hay algunas que, sin ser malas y sin proceder de una obsesión, pueden considerarse imprudentes, inoportunas o poco acertadas.

248 Sucede con bastante frecuencia que un médium solo puede comunicarse con un único espíritu, que se apega a él y responde por aquellos a quienes se llama por su mediación. No siempre es una obsesión, pues esto puede deberse a una falta de flexibilidad del médium y a una afinidad especial por su parte con tal o cual Espíritu.

248.2 Solo hay obsesión propiamente dicha cuando el Espíritu se impone y aleja a los demás por su voluntad, algo que nunca hace un buen Espíritu. Generalmente, el Espíritu que se apodera del médium con el propósito de

dominarlo no tolera el examen crítico de sus comunicaciones; cuando ve que no se aceptan y que se discuten, no se retira, sino que inspira al médium la idea de aislarse, y a menudo incluso se lo ordena.

248.3 Todo médium que se ofende por la crítica de las comunicaciones que obtiene es el eco del Espíritu que lo domina, y ese Espíritu no puede ser bueno desde el momento en que le inspira una idea ilógica: la de negarse al examen. El aislamiento del médium siempre es algo perjudicial para él, porque no cuenta con ningún control de sus comunicaciones.

248.4 No solo debe esclarecerse con la opinión de terceros, sino que necesita estudiar todos los géneros de comunicaciones para compararlas; al limitarse a las que obtiene, por buenas que le parezcan, se expone a engañarse sobre su valor, sin contar con que no puede conocerlo todo y que estas giran casi siempre dentro del mismo círculo. (N.º 192; Médiums exclusivos.)

249 Los medios de combatir la obsesión varían según el carácter que esta adopte. El peligro no existe realmente para ningún médium que esté bien convencido de tratar con un Espíritu mentiroso, como ocurre en la obsesión simple; para él no es más que algo desagradable. Pero precisamente porque le resulta desagradable, es una razón más para que el Espíritu se ensañe con él para molestarlo. Hay dos cosas esenciales que hacer en este caso: demostrar al Espíritu que no somos sus víctimas y que le es imposible engañarnos; en segundo lugar, agotar su paciencia mostrándonos más pacientes que él; si está bien convencido de que pierde el tiempo, acabará por retirarse, como hacen los inoportunos a quienes no se escucha.

Pero esto no siempre basta, y puede llevar mucho tiempo, pues los hay tenaces, y para ellos los meses y los años son poca cosa. El médium debe, ade-

más, invocar fervientemente a su ángel bueno, así como a los buenos Espíritus que sienten simpatía por él, y rogarles que lo asistan. En cuanto al Espíritu obsesor, por malo que sea, hay que tratarlo con severidad, pero con benevolencia, y vencerlo mediante el buen trato, orando por él. Si es realmente perverso, al principio se burlará; pero, dándole enseñanzas morales con perseverancia, acabará por enmendarse; es una conversión que hay que emprender, tarea a menudo penosa, ingrata, incluso desalentadora, pero cuyo mérito reside en la dificultad y que, si se cumple bien, siempre da la satisfacción de haber cumplido un deber de caridad, y a menudo la de haber devuelto al buen camino a un alma perdida. Conviene igualmente interrumpir toda comunicación escrita en cuanto se reconoce que procede de un mal Espíritu que no quiere atender a razones, para no darle el placer de ser escuchado. En ciertos casos, incluso puede ser útil dejar de escribir durante un tiempo; hay que guiarse por las circunstancias. Pero si el médium escribiente puede evitar estas conversaciones absteniéndose de escribir, no ocurre lo mismo con el médium auditivo, a quien el Espíritu obsesor persigue a veces a cada instante con sus palabras groseras y obscenas, y que ni siquiera tiene el recurso de taparse los oídos. Por lo demás, hay que reconocer que algunas personas se divierten con el lenguaje vulgar de esta clase de Espíritus, a quienes alientan y provocan riéndose de sus necedades, en vez de imponerles silencio y darles enseñanzas morales. Nuestros consejos no pueden aplicarse a quienes quieren ahogarse.

250 SiiO. No

hay, pues, más que molestia y ningún peligro para todo médium que no se deja engañar, porque no puede ser embaucado; muy distinto es el caso de la fascinación, pues entonces el dominio que ejerce el Espíritu sobre aquel

de quien se apodera no tiene límites. Lo único que se puede hacer con él es tratar de convencerlo de que está siendo engañado y reducir su obsesión al caso de la obsesión simple; pero esto no siempre es fácil, e incluso a veces es imposible. El ascendiente del Espíritu puede ser tal que vuelva al fascinado sordo a toda clase de razonamiento, y puede llegar hasta hacerle dudar, cuando el Espíritu comete alguna gran herejía científica, de si la ciencia no estará equivocada. Como hemos dicho, generalmente recibe muy mal los consejos; la crítica lo ofende, lo irrita y le hace tomar aversión a quienes no comparten su admiración. Sospechar de su Espíritu es casi una profanación a sus ojos, y eso es todo lo que pide el Espíritu; pues lo que quiere es que se arrodillen ante su palabra. Uno de ellos ejercía sobre una persona conocida nuestra una fascinación extraordinaria; lo evocamos y, tras algunas fanfarronadas, viendo que no podía engañarnos sobre su identidad, acabó por confesar que no era aquel cuyo nombre usurpaba. Al preguntarle por qué engañaba así a esa persona, respondió con estas palabras, que describen claramente el carácter de esta clase de Espíritus: Buscaba a un hombre al que pudiera manejar; lo he encontrado y aquí me quedo. —Pero si se le hace ver con claridad, os echará. —¡Eso ya lo veremos! Como no hay peor ciego que el que no quiere ver, cuando se reconoce la inutilidad de toda tentativa de abrir los ojos al fascinado, lo mejor que se puede hacer es dejarlo con sus ilusiones. No se puede curar a un enfermo que se obstina en conservar su mal y se complace en él.

251 La subyugación corporal priva a menudo al obseso de la energía necesaria para dominar al mal Espíritu; por eso hace falta la intervención de una tercera persona, que actúe ya sea mediante el magnetismo, ya sea mediante el poder de su voluntad. A falta de la cooperación del obseso, esta persona

debe adquirir ascendiente sobre el Espíritu; pero como ese ascendiente solo puede ser moral, únicamente un ser moralmente superior al Espíritu puede ejercerlo, y su poder será tanto mayor cuanto mayor sea su superioridad moral, porque se impone al Espíritu, que se ve obligado a inclinarse ante él; por eso Jesús tenía tanto poder para expulsar a los que entonces se llamaban demonios, es decir, los malos Espíritus obsesores.

Aquí solo podemos dar consejos generales, pues no hay ningún procedimiento material, ninguna fórmula sobre todo, ni ninguna palabra sacramental que tenga el poder de expulsar a los Espíritus obsesores. Lo que a veces le falta al obseso es una fuerza fluídica suficiente; en ese caso, la acción magnética de un buen magnetizador puede prestarle una ayuda útil. Por lo demás, siempre es bueno pedir, por medio de un médium seguro, los consejos de un Espíritu superior o de su ángel de la guarda.

252 Las imperfecciones morales del obseso son a menudo un obstáculo para su liberación. He aquí un ejemplo notable que puede servir de enseñanza a todos:

Varias hermanas eran, desde hacía cierto número de años, víctimas de destrozos muy desagradables. Sus prendas de vestir estaban constantemente esparcidas por todos los rincones de la casa, e incluso sobre los tejados, cortadas, desgarradas y DE LA OBSESIÓN. 32 1 llenas de agujeros, por mucho cuidado que pusieran en guardarlas bajo llave. Estas señoras, relegadas a una pequeña localidad de provincia, nunca habían oído hablar del espiritismo. Su primera idea fue, naturalmente, creer que eran víctimas de bromistas malintencionados, pero aquella persistencia y las precauciones que tomaban les hicieron desechar esa idea. Solo mucho tiempo después, a raíz de algunas indicaciones, creyeron que debían dirigirse a nosotros para co-

nocer la causa de aquellos daños y los medios de remediarlos, si era posible. La causa no ofrecía dudas; el remedio era más difícil. El Espíritu que se manifestaba mediante tales actos era evidentemente malévolo. En la evocación se mostró de una gran perversidad e inaccesible a todo buen sentimiento. La oración pareció, sin embargo, ejercer una influencia saludable; pero, tras algún tiempo de tregua, los destrozos volvieron a comenzar. He aquí el consejo que dio al respecto un Espíritu superior.

«Lo mejor que pueden hacer estas señoras es rogar a sus Espíritus protectores que no las abandonen; y no tengo mejor consejo que darles que el de adentrarse en su conciencia para confesarse consigo mismas y examinar si siempre han practicado el amor al prójimo y la caridad; no digo la caridad que da y distribuye, sino la caridad de la lengua; pues, por desgracia, no saben refrenar la suya, y sus actos piadosos no justifican el deseo que tienen de verse libres del que las atormenta. Les gusta demasiado hablar mal de su prójimo, y el Espíritu que las obsesa se venga, pues en vida fue el blanco de sus maltratos. No tienen más que buscar en su memoria y pronto verán con quién están tratando.

»Sin embargo, si llegan a mejorar, sus ángeles de la guarda se acercarán a ellas, y su sola presencia bastará para expulsar al mal Espíritu, que se ha ensañado sobre todo con una de ellas únicamente porque su ángel de la guarda ha tenido que alejarse ante actos reprensibles o malos pensamientos. Lo que necesitan son oraciones fervientes por los que sufren y, sobre todo, la práctica de las virtudes que Dios impone a cada uno según su condición».

Ante la observación de que aquellas palabras nos parecían un poco severas y de que tal vez habría que suavizarlas para transmitirlas, el Espíritu añadió:

«Debo decir lo que digo y como lo digo, porque las personas en cuestión tienen la costumbre de creer que no hacen daño con la lengua, cuando en realidad hacen mucho. Por eso hay que impresionar su ánimo de manera que sea para ellas una advertencia seria». De ahí se desprende una enseñanza de gran alcance: las imperfecciones morales dan entrada a los Espíritus obsesores, y el medio más seguro de librarse de ellos es atraer a los buenos mediante la práctica del bien. Los buenos Espíritus tienen, sin duda, más poder que los malos, y su voluntad basta para alejar a estos últimos; pero solo asisten a quienes los secundan con sus esfuerzos por mejorar; de lo contrario, se alejan y dejan el campo libre a los malos Espíritus, que se convierten así, en ciertos casos, en instrumentos de castigo, pues los buenos los dejan actuar con ese fin.

253 Por lo demás, hay que guardarse de atribuir a la acción directa de los Espíritus todas las contrariedades que puedan sobrevenir; estas contrariedades son a menudo consecuencia de la negligencia o de la falta de previsión. Un agricultor nos hizo escribir un día que desde hacía doce años le ocurría toda clase de desgracias con su ganado; unas veces eran DE LA OBSESIÓN. 323 sus vacas las que morían o dejaban de dar leche; otras eran sus caballos, sus ovejas o sus cerdos. Hizo muchas novenas que no remediaron el mal, como tampoco las misas que mandó decir ni los exorcismos que mandó practicar. Entonces, según el prejuicio de la gente del campo, se convenció de que habían echado un maleficio a sus animales. Creyéndonos sin duda dotados de un poder para conjurar mayor que el del párroco de su aldea, nos hizo pedir nuestra opinión. He aquí la respuesta que obtuvimos:

«La mortalidad o las enfermedades del ganado de este hombre se deben a que sus establos están infectados y no los hace reparar porque cuesta dinero».

254 Terminaremos este capítulo con las respuestas dadas por los Espíritus a algunas preguntas, que vienen a apoyar lo que hemos dicho.

1. ¿Por qué algunos médiums no pueden librarse de los Espíritus malos que se apegan a ellos, y cómo es que los buenos Espíritus a los que llaman no tienen suficiente poder para alejar a los otros y comunicarse directamente?

«No es el poder lo que le falta al buen Espíritu; a menudo es el médium quien no tiene suficiente fuerza para ayudarlo; su naturaleza se presta mejor a ciertas relaciones; su fluido se identifica más con un Espíritu que con otro; esto es lo que da tanto dominio a quienes quieren abusar de él».

2. Sin embargo, nos parece que hay personas muy meritorias, de una moralidad irreprochable, a quienes, pese a ello, se les impide comunicarse con los buenos Espíritus. «Esto es una prueba; y, además, ¿quién les dice que el corazón no está manchado por un poco de mal? ¿Que el orgullo no domina un poco la apariencia de bondad? Estas pruebas, al mostrar al obsesado su debilidad, deben llevarlo hacia la humildad.

«¿Hay alguien en la tierra que pueda decirse perfecto? Y quien tiene todas las apariencias de la virtud puede tener todavía muchos defectos ocultos, un viejo fermento de imperfección. Así, por ejemplo, ustedes dicen de quien no hace ningún mal y es leal en sus relaciones sociales: Es un hombre bueno y digno; pero ¿saben si sus buenas cualidades no están empañadas por el orgullo; si no hay en él un fondo de egoísmo; si no es avaro, celoso, rencoroso, maldiciente y otras cien cosas que ustedes no perciben, porque

sus relaciones con él no les han dado ocasión de hacerlo? El medio más poderoso de combatir la influencia de los malos Espíritus es acercarse lo más posible a la naturaleza de los buenos».

3. La obsesión que impide a un médium obtener las comunicaciones que desea, ¿es siempre una señal de indignidad por su parte?

«No he dicho que fuera una señal de indignidad, sino que un obstáculo puede oponerse a ciertas comunicaciones; debe dedicarse a eliminar el obstáculo que está en él; sin eso, sus oraciones y sus súplicas no servirán de nada. No basta con que un enfermo diga a su médico: Devuélvame la salud, quiero estar bien; el médico no puede hacer nada si el enfermo no hace lo necesario».

4. ¿La privación de comunicarse con ciertos Espíritus sería entonces una especie de castigo?

«En ciertos casos puede ser un verdadero castigo, así como la posibilidad de comunicarse con ellos es una recompensa que deben esforzarse por merecer». (Véase Pérdida y suspensión de la mediumnidad, n.º 220.)

DE LA OBSESIÓN. 325

5. ¿No se puede también combatir la influencia de los malos Espíritus instruyéndolos moralmente?

«Sí, eso es lo que no se hace y lo que no se debe dejar de hacer; porque a menudo es una tarea que se les encomienda y que deben cumplir con caridad y religiosidad. Mediante consejos sabios se puede incitarlos al arrepentimiento y acelerar su progreso».

— ¿Cómo puede un hombre tener, en este aspecto, más influencia que los propios Espíritus?

«Los Espíritus perversos se acercan más a los hombres a quienes buscan atormentar que a los Espíritus de quienes se alejan todo lo posible. En este

acercamiento a los humanos, cuando encuentran a quienes los instruyen moralmente, al principio no los escuchan, se ríen de ellos; luego, si se sabe cómo tratarlos, acaban por dejarse conmover. Los Espíritus elevados solo pueden hablarles en nombre de Dios, y eso los asusta. El hombre no tiene, ciertamente, más poder que los Espíritus superiores, pero su lenguaje se identifica mejor con la naturaleza de ellos y, al ver el ascendiente que puede ejercer sobre los Espíritus inferiores, comprende mejor la solidaridad que existe entre el cielo y la tierra.

«Por lo demás, el ascendiente que el hombre puede ejercer sobre los Espíritus es proporcional a su superioridad moral. No domina a los Espíritus superiores, ni siquiera a aquellos que, sin ser superiores, son buenos y benévolos, pero puede dominar a los Espíritus que le son inferiores en moralidad». (Véase n.º 279.)

6. La subyugación corporal, llevada hasta cierto grado, ¿podría tener como consecuencia la locura?

«Sí, una especie de locura cuya causa es desconocida para el mundo, pero que no tiene relación con la locura común. Entre aquellos a quienes se trata de locos hay muchos que solo están subyugados; necesitarían un tratamiento moral, mientras que con los tratamientos corporales se los convierte en verdaderos locos. Cuando los médicos conozcan bien el espiritismo, sabrán hacer esta distinción y curarán a más enfermos que con las duchas». (221.)

7. ¿Qué se debe pensar de quienes, al ver algún peligro en el espiritismo, creen que el medio de prevenirlo sería prohibir las comunicaciones espíritas? «Si pueden prohibir a ciertas personas comunicarse con los Espíritus, no pueden impedir las manifestaciones espontáneas que se producen ante esas mismas personas, porque no pueden suprimir a los Espíritus ni impe-

dir su influencia oculta. Esto se parece a esos niños que se tapan los ojos y creen que no los ven. Sería una locura querer suprimir algo que ofrece grandes ventajas porque algunos imprudentes pueden abusar de ello; el medio de prevenir esos inconvenientes es, por el contrario, dar a conocer a fondo ese asunto».

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XXIV — IDENTIDAD DE LOS ESPÍRITUS

✦

255 Pruebas posibles de identidad.

La cuestión de la identidad de los Espíritus es una de las más controvertidas, incluso entre los adeptos del espiritismo; en efecto, los Espíritus no nos presentan un acta de notoriedad, y se sabe con qué facilidad algunos de ellos adoptan nombres supuestos; por eso, después de la obsesión, es una de las mayores dificultades del espiritismo práctico; por lo demás, en muchos casos, la identidad absoluta es una cuestión secundaria y sin importancia real.

La identidad del Espíritu de los personajes antiguos es la más difícil de comprobar, a menudo incluso resulta imposible, y hay que limitarse a una apreciación puramente moral. Se juzga a los Espíritus, como a los hombres, por su lenguaje; si un Espíritu se presenta con el nombre de Fénelon, por ejemplo, y dice trivialidades o puerilidades, es muy cierto que no puede ser él; pero si solo dice cosas dignas del carácter de Fénelon y que este no desaprobaría, hay, si no una prueba material, al menos toda la probabilidad moral de que deba ser él. Sobre todo en este caso, la identidad real es una cuestión accesoria; desde el momento en que el Espíritu solo dice cosas buenas, poco importa el nombre con que se dan.

Se objetará sin duda que el Espíritu que adoptara un nombre supuesto, aun para decir únicamente cosas buenas, no dejaría de cometer un fraude y, por tanto, no puede ser un buen Espíritu. Aquí hay matices delicados bastante difíciles de captar, que vamos a tratar de desarrollar.

256 A medida que los Espíritus se purifican y se elevan en la jerarquía, los rasgos distintivos de su personalidad se borran en cierto modo en la uniformidad de la perfección y, sin embargo, conservan su individualidad; esto es lo que sucede con los Espíritus superiores y los Espíritus puros. En esa situación, el nombre que tenían en la tierra, en una de las mil existencias corporales efímeras por las que han pasado, es algo completamente insignificante. Observemos también que los Espíritus se atraen unos a otros por la semejanza de sus cualidades, y que así forman grupos o familias afines. Por otra parte, si se considera el inmenso número de Espíritus que, desde el origen de los tiempos, deben haber llegado a los primeros rangos, y si se compara con el número tan reducido de hombres que han dejado un gran nombre en la tierra, se comprenderá que, entre los Espíritus superiores que pueden comunicarse, la mayoría no debe tener nombres conocidos para nosotros; pero como necesitamos nombres para fijar nuestras ideas, pueden adoptar el del personaje conocido cuya naturaleza se identifique mejor con la suya; así es como nuestros ángeles guardianes se dan a conocer con mayor frecuencia con el nombre de uno de los santos que veneramos, y generalmente con el de aquel por quien sentimos mayor simpatía. De ello se deduce que, si el ángel guardián de una persona se presenta como san Pedro, por ejemplo, no hay ninguna prueba material de que sea precisamente el apóstol de ese nombre; puede ser él, como también puede ser un Espíritu completamente desconocido, perteneciente a la familia de Espíritus de la que forma parte san Pedro; se deduce además que, sea cual sea el nombre con que se invoque al ángel guardián, acudirá al llamado que se le haga, porque lo atrae el pensamiento y el nombre le es indiferente.

Lo mismo sucede siempre que un Espíritu superior se comunica espontáneamente con el nombre de un personaje conocido; nada prueba que sea

precisamente el Espíritu de ese personaje; pero si no dice nada que desmienta la elevación del carácter de este último, cabe presumir que es él, y en todos los casos se puede pensar que, si no es él, debe ser un Espíritu del mismo grado, o quizá incluso enviado por él. En resumen, la cuestión del nombre es secundaria, pues el nombre puede considerarse un simple indicio del rango que ocupa el Espíritu en la escala espírita.

La situación es muy distinta cuando un Espíritu de orden inferior se adorna con un nombre respetable para dar crédito a sus palabras, y este caso es tan frecuente que nunca se estará lo bastante prevenido contra esta clase de sustituciones; pues al amparo de esos nombres supuestos, y sobre todo con ayuda de la fascinación, ciertos Espíritus aferrados a sus sistemas, más orgullosos que sabios, tratan de dar crédito a las ideas más ridículas.

La cuestión de la identidad es, por tanto, como hemos dicho, casi indiferente cuando se trata de instrucciones generales, puesto que los mejores Espíritus pueden sustituirse unos a otros sin que eso tenga consecuencias. Los Espíritus superiores forman, por así decirlo, un todo colectivo, cuyas individualidades nos son, salvo pocas excepciones, completamente desconocidas. Lo que nos interesa no es su persona, sino su enseñanza; ahora bien, desde el momento en que esa enseñanza es buena, poco importa que quien la dé se llame Pedro o Pablo; se la juzga por su calidad y no por su rótulo. Si un vino es malo, la etiqueta no lo hará mejor. Es distinto en las comunicaciones íntimas, porque lo que nos interesa es el individuo, su persona misma, y con razón, en esa circunstancia, se procura comprobar si el Espíritu que acude a nuestro llamado es realmente aquel que deseamos.

257 La identidad es mucho más fácil de comprobar cuando se trata de Espíritus contemporáneos cuyo carácter y costumbres se conocen, pues son precisamente esas costumbres, de las que aún no han tenido tiempo de desprenderse, las que permiten reconocerlos, y digamos de inmediato que ese es incluso uno de los signos más seguros de identidad.

257.2 El Espíritu puede sin duda dar pruebas de ella cuando se le piden, pero siempre lo hace solo si le parece conveniente, y por lo general esa petición lo hiere; por eso debe evitarse. Al dejar su cuerpo, el Espíritu no se ha desprendido de su susceptibilidad; se ofende ante cualquier pregunta que tenga por objeto ponerlo a prueba.

257.3 Hay preguntas que no nos atreveríamos a hacerle si se presentara vivo, por temor a faltar a las buenas formas; ¿por qué, entonces, habríamos de tener menos consideración con él después de su muerte?

257.4 Si un hombre se presenta en un salón diciendo su nombre, ¿se le pedirá a quemarropa que pruebe que es quien dice ser mostrando sus documentos, con el pretexto de que hay impostores? Ese hombre tendría sin duda derecho a recordar al interrogador las reglas de la buena educación. Eso es lo que hacen los Espíritus al no responder o al retirarse.

257.5 Tomemos un ejemplo como comparación. Supongamos que el astrónomo Arago, en vida, se hubiera presentado en una casa donde no lo conocieran personalmente, y que se le hubiera interpelado así: Usted dice que es Arago, pero como no lo conocemos, tenga la bondad de probárnoslo respondiendo a nuestras preguntas; resuelva tal problema de astronomía; díganos sus apellidos, sus nombres, los de sus hijos, lo que hacía tal día, a tal hora, etc.; ¿qué habría respondido?

257.6 Pues bien, como Espíritu, hará lo que habría hecho en vida, y los demás Espíritus hacen lo mismo.

258 Mientras los Espíritus se niegan a responder a las preguntas pueriles y disparatadas que habríamos tenido reparos en dirigirles cuando estaban vivos, a menudo dan por sí mismos y espontáneamente pruebas irrefutables de su identidad, por su carácter, que se revela en su lenguaje, por el empleo de palabras que les eran familiares, por la mención de ciertos hechos, de particularidades de su vida a veces desconocidas por los presentes, y cuya exactitud ha podido verificarse.

258.2 Las pruebas de identidad surgen además de una multitud de circunstancias imprevistas que no siempre se presentan desde el primer momento, sino en el transcurso de las conversaciones. Conviene, por tanto, esperarlas sin provocarlas, observando con cuidado todas las que puedan derivarse de la naturaleza de las comunicaciones. (Véase el hecho relatado en el n.º 70.)

259 Un medio que a veces se emplea con éxito para comprobar la identidad, cuando el Espíritu que se comunica resulta sospechoso, consiste en hacerle afirmar, en nombre de Dios todopoderoso, que es quien dice ser. A menudo sucede que quien adopta un nombre usurpado retrocede ante un sacrilegio y que, después de haber empezado a escribir: Afirmo, en nombre de..., se detiene y traza con ira rayas sin sentido, o rompe el lápiz; si es más hipócrita, elude la cuestión mediante una reserva mental, escribiendo, por ejemplo: Les certifico que digo la verdad; o también: Atestiguo, en nombre de Dios, que soy yo quien les habla, etc. Pero los hay que no son tan escrupulosos y que juran todo lo que se quiera. Uno de ellos se había comunicado con un médium diciendo que era Dios, y el médium, muy honrado por tan alto favor, no había dudado en creerle. Evocado por nosotros, no se atrevió a sostener su impostura y dijo: No soy Dios, pero soy su hijo. —¿Es

usted entonces Jesús? Eso no es probable, pues Jesús está demasiado alto para emplear un subterfugio. ¿Se atreve, entonces, a afirmar, en nombre de Dios, que es el Cristo? —No digo que sea Jesús; digo que soy el hijo de Dios, porque soy una de sus criaturas.

De ello debe concluirse que la negativa de un Espíritu a afirmar su identidad en nombre de Dios es siempre una prueba manifiesta de que el nombre que ha adoptado es una impostura, pero que la afirmación es solo una presunción y no una prueba segura.

260 También puede contarse entre las pruebas de identidad la semejanza de la escritura y de la firma, pero, además de que no todos los médiums pueden obtener ese resultado, no siempre es una garantía suficiente; hay falsificadores en el mundo de los Espíritus como en este; por tanto, no es más que una presunción de identidad que solo adquiere valor por las circunstancias que la acompañan.

260.2 Lo mismo sucede con todos los signos materiales que algunos presentan como talismanes imposibles de imitar por los Espíritus mentirosos. Para quienes se atreven a jurar en falso en nombre de Dios, o a falsificar una firma, cualquier signo material no puede representar un obstáculo mayor.

260.3 La mejor de todas las pruebas de identidad se encuentra en el lenguaje y en las circunstancias fortuitas.

261 Se dirá sin duda que, si un Espíritu puede imitar una firma, también puede imitar el lenguaje. Es cierto; hemos visto a algunos que adoptaban descaradamente el nombre de Cristo y, para engañar, simulaban el estilo evangélico y prodigaban sin ton ni son estas palabras bien conocidas: En verdad, en verdad les digo; pero cuando se estudiaba el conjunto sin prejuicios; cuando se examinaban a fondo los pensamientos y el alcance de las ex-

presiones; cuando junto a bellas máximas de caridad se veían recomendaciones pueriles y ridículas, habría sido necesario estar fascinado para dejarse engañar.

261.2 Sí, ciertas partes de la forma material del lenguaje pueden imitarse, pero no el pensamiento; la ignorancia nunca imitará el verdadero saber, y el vicio nunca imitará la verdadera virtud; siempre asomará por alguna parte la punta de la oreja; es entonces cuando el médium y el evocador necesitan toda su perspicacia y todo su juicio para distinguir la verdad de la mentira.

261.3 Deben convencerse de que los Espíritus perversos son capaces de todas las artimañas, y de que cuanto más elevado sea el nombre con que se anuncia un Espíritu, más desconfianza debe inspirar. ¡Cuántos médiums han recibido comunicaciones apócrifas firmadas por Jesús, María o algún santo venerado!

262 Distinción entre los buenos y los malos Espíritus

Si la identidad absoluta de los Espíritus es, en muchos casos, una cuestión accesoria y sin importancia, no ocurre lo mismo con la distinción entre los buenos y los malos Espíritus; su individualidad puede sernos indiferente, pero su calidad nunca lo es. En todas las comunicaciones instructivas, es, pues, en este punto donde debe concentrarse toda la atención, porque solo él puede darnos la medida de la confianza que podemos conceder al Espíritu que se manifiesta, sea cual sea el nombre con que lo haga. ¿El Espíritu que se manifiesta es bueno o malo? ¿A qué grado de la escala espírita pertenece? Esa es la cuestión capital. (Véase Escala espírita, El libro de los Espíritus, n.º 100.)

263 A los Espíritus, hemos dicho, se los juzga como se juzga a los hombres: por su lenguaje. Supongamos que un hombre recibe veinte cartas de personas que le son desconocidas; por el estilo, por los pensamientos y, en fin, por una multitud de indicios, juzgará cuáles son instruidas o ignorantes, educadas o maleducadas, superficiales, profundas, frívolas, orgullosas, serias, ligeras, sentimentales, etc.

263.2 Lo mismo ocurre con los Espíritus; hay que considerarlos como corresponsales a quienes nunca hemos visto, y preguntarse qué pensaríamos del saber y del carácter de un hombre que dijera o escribiera semejantes cosas. Se puede establecer como regla invariable y sin excepción que el lenguaje de los Espíritus siempre está en proporción con su grado de elevación.

263.3 Los Espíritus realmente superiores no solo dicen cosas buenas, sino que las dicen en términos que excluyen de la manera más absoluta toda vulgaridad; por buenas que sean esas cosas, si las empaña una sola expresión que denote bajeza, es una señal indudable de inferioridad, con mayor razón si el conjunto de la comunicación ofende el decoro por su grosería.

263.4 El lenguaje siempre revela su origen, ya sea por el pensamiento que expresa o por su forma, y aun cuando un Espíritu quisiera engañarnos acerca de su pretendida superioridad, basta conversar algún tiempo con él para valorarlo.

264 La bondad y la benevolencia son también atributos esenciales de los Espíritus purificados; no sienten odio ni hacia los hombres ni hacia los demás Espíritus; se compadecen de las debilidades, critican los errores, pero siempre con moderación, sin amargura y sin animosidad. Si se admite que los Espíritus verdaderamente buenos solo pueden querer el bien y decir cosas

buenas, se concluirá que todo lo que, en el lenguaje de los Espíritus, revele una falta de bondad y de benevolencia no puede emanar de un buen Espíritu.

265 La inteligencia está lejos de ser una señal segura de superioridad, pues la inteligencia y la moral no siempre van a la par. Un Espíritu puede ser bueno, benevolente y tener conocimientos limitados, mientras que un Espíritu inteligente e instruido puede ser muy inferior en moralidad.

Se cree de manera bastante general que, al interrogar al Espíritu de un hombre que fue sabio en una especialidad en la tierra, se obtendrá con mayor seguridad la verdad; esto es lógico y, sin embargo, no siempre es cierto. La experiencia demuestra que los sabios, al igual que los demás hombres, sobre todo los que han dejado la tierra hace poco, todavía están bajo el dominio de los prejuicios de la vida corporal; no se desprenden inmediatamente del apego a sus sistemas.

Puede ocurrir, pues, que, bajo la influencia de las ideas que acariciaron en vida y de las que hicieron un motivo de gloria, vean con menos claridad de lo que pensamos. No presentamos este principio como una regla, ni mucho menos; solo decimos que esto se observa y que, por consiguiente, su ciencia humana no siempre es una prueba de su infalibilidad como Espíritus.

266 Al someter todas las comunicaciones a un examen escrupuloso, al examinar y analizar el pensamiento y las expresiones como se hace cuando se trata de juzgar una obra literaria, al rechazar sin vacilar todo lo que atente contra la lógica y el sentido común, todo lo que contradiga el carácter del Espíritu que supuestamente se manifiesta, se desalienta a los Espíritus engañadores, que acaban por retirarse una vez plenamente convencidos de

que no pueden engañarnos. Lo repetimos: este medio es el único, pero es infalible, porque no hay mala comunicación que pueda resistir una crítica rigurosa. Los buenos Espíritus nunca se ofenden por ello, ya que ellos mismos lo aconsejan y porque no tienen nada que temer del examen; solo los malos se molestan y lo desaconsejan, porque tienen todo que perder, y con ello mismo demuestran lo que son.

He aquí, al respecto, el consejo dado por san Luis:

«Por legítima que sea la confianza que os inspiren los Espíritus que presiden vuestros trabajos, hay una recomendación que nunca repetiremos lo suficiente y que deberíais tener siempre presente cuando os dediquéis a vuestros estudios: sopesar y meditar, someter al control de la razón más severa todas las comunicaciones que recibáis; no dejar de pedir, en cuanto un punto os parezca sospechoso, dudoso u oscuro, las explicaciones necesarias para llegar a una conclusión firme».

267 Se pueden resumir los medios para reconocer la calidad de los Espíritus en los siguientes principios:

1° No hay otro criterio para discernir el valor de los Espíritus que el sentido común. Toda fórmula dada con este fin por los propios Espíritus es absurda y no puede proceder de Espíritus superiores.

2° Se juzga a los Espíritus por su lenguaje y por sus acciones. Las acciones de los Espíritus son los sentimientos que inspiran y los consejos que dan.

3° Admitido que los buenos Espíritus solo pueden decir y hacer el bien, todo lo que es malo no puede venir de un buen Espíritu.

4° Los Espíritus superiores tienen un lenguaje siempre digno, noble, elevado, sin mezcla de trivialidad alguna; lo dicen todo con sencillez y modestia, nunca se vanaglorian, nunca hacen alarde de su saber ni de su posición

entre los demás. El de los Espíritus inferiores o vulgares tiene siempre algún reflejo de las pasiones humanas; toda expresión que revele bajeza, presunción, arrogancia, fanfarronería o acritud es un indicio característico de inferioridad, o de engaño si el Espíritu se presenta bajo un nombre respetable y venerado.

5° No se debe juzgar a los Espíritus por la forma material y la corrección de su estilo, sino indagar su sentido íntimo, examinar sus palabras, sopesarlas con frialdad, detenimiento y sin prejuicios. Toda desviación de la lógica, de la razón y de la sabiduría no puede dejar dudas sobre su origen, sea cual sea el nombre con que se disfrace el Espíritu. (224.)

6° El lenguaje de los Espíritus elevados es siempre idéntico, si no en la forma, al menos en el fondo. Los pensamientos son los mismos, cualesquiera que sean el tiempo y el lugar; pueden estar más o menos desarrollados, según las circunstancias, las necesidades y las facilidades para comunicarse, pero no serán contradictorios. Si dos comunicaciones que llevan el mismo nombre se oponen entre sí, una de las dos es evidentemente apócrifa, y la verdadera será aquella en la que nada desmienta el carácter conocido del personaje. Entre dos comunicaciones firmadas, por ejemplo, por san Vicente de Paúl, una de las cuales predicara la unión y la caridad, y la otra tendiera a sembrar la discordia, no hay persona sensata que pudiera equivocarse.

7° Los buenos Espíritus solo dicen lo que saben; callan o confiesan su ignorancia sobre lo que no saben. Los malos hablan de todo con seguridad, sin preocuparse por la verdad. Toda herejía científica notoria, todo principio que choque con el sentido común, revela el fraude si el Espíritu se hace pasar por un Espíritu ilustrado.

8 Se reconoce también a los Espíritus ligeros por la facilidad con que predi-

cen el porvenir y precisan hechos materiales que no nos es dado conocer. Los buenos Espíritus pueden hacer presentir las cosas futuras cuando ese conocimiento puede ser útil, pero nunca precisan fechas; todo anuncio de un acontecimiento para una época fija es indicio de una mistificación.

9° Los Espíritus superiores se expresan con sencillez, sin prolijidad; su estilo es conciso, sin excluir la poesía de las ideas y de las expresiones, claro, inteligible para todos, y no exige esfuerzos para ser comprendido; tienen el arte de decir muchas cosas en pocas palabras, porque cada palabra tiene su alcance. Los Espíritus inferiores, o falsos sabios, ocultan bajo la grandilocuencia y el énfasis el vacío de sus pensamientos. Su lenguaje es a menudo pretencioso, ridículo u oscuro de tanto querer parecer profundo.

10° Los buenos Espíritus nunca mandan: no se imponen, aconsejan y, si no se los escucha, se retiran. Los malos son imperiosos; dan órdenes, quieren ser obedecidos y permanecen de todos modos. Todo Espíritu que se impone delata su origen. Son excluyentes y absolutos en sus opiniones, y pretenden tener ellos solos el privilegio de la verdad. Exigen una creencia ciega y no apelan a la razón, porque saben que la razón los desenmascararía.

11° Los buenos Espíritus no adulan; aprueban cuando se obra bien, pero siempre con reserva; los malos prodigan elogios exagerados, estimulan el orgullo y la vanidad mientras predican la humildad, y procuran exaltar la importancia personal de aquellos cuya voluntad quieren ganarse.

12° Los Espíritus superiores están por encima de las puerilidades de la forma en todas las cosas. Solo los Espíritus vulgares pueden dar importancia a detalles mezquinos, incompatibles con ideas verdaderamente elevadas. Toda prescripción meticulosa es una señal cierta de inferioridad y de engaño por parte de un Espíritu que adopta un nombre imponente.

13° Hay que desconfiar de los nombres extraños y ridículos que adoptan

ciertos Espíritus que quieren impresionar a los crédulos; sería sumamente absurdo tomar esos nombres en serio.

14 Hay que desconfiar igualmente de los Espíritus que se presentan con demasiada facilidad bajo nombres sumamente venerados, y aceptar sus palabras solo con la mayor reserva; es sobre todo en este caso donde una comprobación rigurosa resulta indispensable, pues a menudo se ponen esa máscara para hacer creer en supuestas relaciones íntimas con Espíritus excepcionales. Por este medio, halagan la vanidad del médium y aprovechan para inducirlo a menudo a actuaciones lamentables o ridículas.

15° Los buenos Espíritus son muy escrupulosos respecto de las actuaciones que pueden aconsejar; estas tienen siempre, en todos los casos, un fin serio y eminentemente útil. Se deben, pues, considerar sospechosas todas aquellas que no tengan ese carácter o que sean condenadas por la razón, y reflexionar detenidamente antes de emprenderlas, pues uno se expondría a mistificaciones desagradables.

16° Se reconoce también a los buenos Espíritus por su prudente reserva sobre todas las cosas que pueden comprometer a alguien; les repugna revelar el mal; los Espíritus ligeros o malévolos se complacen en ponerlo de relieve. Mientras los buenos procuran atenuar las faltas y predican la indulgencia, los malos las exageran y siembran la cizaña mediante insinuaciones pérfidas.

17° Los buenos Espíritus solo prescriben el bien. Toda máxima, todo consejo que no sea estrictamente conforme con la pura caridad evangélica no puede ser obra de buenos Espíritus.

18° Los buenos Espíritus solo aconsejan cosas perfectamente racionales; toda recomendación que se aparte de la línea recta del sentido común o de las leyes inmutables de la naturaleza revela un Espíritu limitado y, por con-

siguiente, poco digno de confianza.

19° Los Espíritus malos o simplemente imperfectos se delatan también por señales materiales que no dejan lugar a equivocación. Su acción sobre el médium es a veces violenta y provoca en él movimientos bruscos y entrecortados, una agitación febril y convulsiva que contrasta con la calma y la dulzura de los buenos Espíritus.

20° Los Espíritus imperfectos aprovechan a menudo los medios de comunicación de que disponen para dar consejos pérfidos; suscitan la desconfianza y la animosidad contra quienes les resultan antipáticos; quienes pueden desenmascarar sus imposturas son, sobre todo, objeto de su animadversión.

Los hombres débiles son su blanco para inducirlos al mal. Empleando sucesivamente los sofismas, los sarcasmos, las injurias y hasta las señales materiales de su poder oculto para convencerlos mejor, tratan de apartarlos del sendero de la verdad.

21° Los Espíritus de los hombres que tuvieron en la tierra una preocupación única, material o moral, si no se han liberado de la influencia de la materia, siguen bajo el dominio de las ideas terrenales y llevan consigo una parte de los prejuicios, las predilecciones e incluso las manías que tenían en este mundo. Esto es fácil de reconocer por su lenguaje.

22° Los conocimientos de los que ciertos Espíritus se adornan con frecuencia con una especie de ostentación no son una señal de su superioridad. La pureza inalterable de los sentimientos morales es, a este respecto, la verdadera piedra de toque.

23° No basta con interrogar a un Espíritu para conocer la verdad. Ante todo, hay que saber a quién se dirige uno; pues los Espíritus inferiores, ignorantes ellos mismos, tratan con frivolidad las cuestiones más serias.

Tampoco basta con que un Espíritu haya sido un gran hombre en la tierra para poseer en el mundo de los espíritus la ciencia suprema. Solo la virtud puede, al purificarlo, acercarlo a Dios y ampliar sus conocimientos.

24° Por parte de los Espíritus superiores, la broma es a menudo fina y aguda, pero nunca trivial. Entre los Espíritus burlones que no son groseros, la sátira mordaz es a menudo muy oportuna.

25° Al estudiar con cuidado el carácter de los Espíritus que se presentan, sobre todo desde el punto de vista moral, se reconocerá su naturaleza y el grado de confianza que se les puede conceder. El sentido común no puede engañar.

26° Para juzgar a los Espíritus, como para juzgar a los hombres, primero hay que saber juzgarse a uno mismo. Hay, por desgracia, muchas personas que toman su opinión personal como medida exclusiva de lo bueno y de lo malo, de lo verdadero y de lo falso; todo lo que contradice su manera de ver, sus ideas, el sistema que han concebido o adoptado, es malo a sus ojos. Tales personas carecen evidentemente de la primera cualidad necesaria para una apreciación sana: la rectitud del juicio; pero no lo sospechan; es el defecto sobre el que más se engaña uno a sí mismo.

Todas estas instrucciones se desprenden de la experiencia y de la enseñanza dada por los Espíritus; las completamos con las propias respuestas que dieron sobre los puntos más importantes.

268 Preguntas sobre la naturaleza y la identidad de los Espíritus.

1° ¿Por qué señales se puede reconocer la superioridad o la inferioridad de los Espíritus?

«Por su lenguaje, como distinguís a un atolondrado de un hombre sensato. Ya lo hemos dicho: los Espíritus superiores nunca se contradicen y solo di-

cen cosas buenas; solo quieren el bien; esa es su preocupación.

»Los Espíritus inferiores todavía están bajo el dominio de las ideas materiales; sus discursos reflejan su ignorancia y su imperfección. Solo a los Espíritus superiores les es dado conocer todas las cosas y juzgarlas sin pasión».

2° ¿El saber de un Espíritu es siempre una señal segura de su elevación?

«Los Espíritus semiimperfectos son más temibles que los malos Espíritus, porque la mayoría une la astucia y el orgullo a la inteligencia. Con su supuesto saber, se imponen a las personas sencillas y a los ignorantes, que aceptan sin examen sus teorías absurdas y mentirosas; aunque esas teorías no puedan prevalecer contra la verdad, no por ello dejan de causar un mal pasajero, pues entorpecen la marcha del espiritismo, y los médiums se ciegan de buena gana sobre el mérito de lo que se les comunica. Esto exige un estudio muy profundo por parte de los espiritistas esclarecidos y de los médiums; hay que poner toda la atención en distinguir lo verdadero de lo falso».

3° Muchos Espíritus protectores se presentan con nombres de santos o de personajes conocidos; ¿qué se debe creer al respecto? «Todos los nombres de los santos y de los personajes conocidos no bastarían para dar un protector a cada hombre; entre los Espíritus, pocos tienen un nombre conocido en la tierra: por eso muchas veces no se dan ninguno; pero la mayoría de las veces queréis un nombre; entonces, para satisfaceros, toman el de un hombre que conocéis y respetáis».

4° ¿No puede considerarse un fraude ese nombre prestado?

«Sería un fraude por parte de un mal Espíritu que quisiera engañar; pero cuando es para el bien, Dios permite que sea así entre Espíritus del mismo orden, porque entre ellos hay solidaridad y semejanza de pensamientos».

5° Así pues, cuando un Espíritu protector dice ser san Pablo, por ejemplo, ¿no es seguro que sea el Espíritu mismo o el alma del apóstol de ese nombre?

«De ningún modo, pues encontráis a miles de personas a quienes se les ha dicho que su ángel de la guarda es san Pablo o cualquier otro; pero ¿qué os importa, si el Espíritu que os protege es tan elevado como san Pablo? Ya os lo he dicho: necesitáis un nombre, y ellos toman uno para que los llaméis y reconozcáis, como vosotros tomáis nombres de bautismo para distinguiros de los demás miembros de vuestra familia. Lo mismo pueden tomar los de los arcángeles Rafael, san Miguel, etc., sin que eso tenga consecuencias.

»Además, cuanto más elevado es un Espíritu, más se multiplica su irradiación; creed, pues, que un Espíritu protector de un orden superior puede tener bajo su tutela a cientos de encarnados. Entre vosotros, en la tierra, tenéis notarios que se encargan de los asuntos de cien y doscientas familias; ¿por qué querríais que nosotros fuéramos, hablando espiritualmente, menos aptos para la dirección moral de los hombres que ellos para la dirección material de sus intereses?»

6° ¿Por qué los Espíritus que se comunican toman tan a menudo el nombre de los santos?

«Se identifican con las costumbres de aquellos a quienes hablan y toman los nombres más adecuados para causar la mayor impresión en el hombre, de acuerdo con sus creencias».

7° Ciertos Espíritus superiores a los que se evoca, ¿vienen siempre en persona o, como creen algunos, solo vienen por medio de representantes encargados de transmitir su pensamiento?

«¿Por qué no vendrían en persona, si pueden hacerlo? Pero si el Espíritu no puede venir, será forzosamente un representante».

8° ¿Está siempre el representante lo bastante esclarecido para responder como lo haría el Espíritu que lo envía?

«Los Espíritus superiores saben a quién confían la tarea de sustituirlos. Además, cuanto más elevados son los Espíritus, más se unen en un pensamiento común, de tal manera que, para ellos, la personalidad es algo indiferente, y lo mismo debería suceder con vosotros. ¿Creéis, pues, que en el mundo de los Espíritus superiores solo son capaces de instruiros aquellos que habéis conocido en la tierra? Estáis tan inclinados a tomaros por modelos del universo que siempre creéis que fuera de vuestro mundo ya no hay nada. Os parecéis verdaderamente a esos salvajes que no han salido de su isla y creen que el mundo no va más allá».

9° Comprendemos que sea así cuando se trata de una enseñanza seria; pero ¿cómo permiten los Espíritus elevados que Espíritus de baja condición se adornen con nombres respetables para inducir a error mediante máximas a menudo perversas?

«No lo hacen con su permiso; ¿acaso no sucede también entre vosotros? Los que engañan de ese modo serán castigados por ello, podéis creerlo, y su castigo será proporcional a la gravedad de la impostura. Además, si no fuerais imperfectos, solo tendríais a vuestro alrededor buenos Espíritus, y si os engañan, solo debéis culparos a vosotros mismos. Dios permite que sea así para poner a prueba vuestra perseverancia y vuestro juicio, y enseñaros a distinguir la verdad del error; si no lo hacéis, es porque no estáis lo bastante elevados y todavía necesitáis las lecciones de la experiencia».

10° ¿No se delega a veces en Espíritus poco adelantados, pero animados de buenas intenciones y del deseo de progresar, para sustituir a un Espíritu superior, a fin de darles la oportunidad de ejercitarse en la enseñanza?

«Nunca en los grandes centros; quiero decir, en los centros serios y para

una enseñanza general; los que se presentan allí lo hacen siempre por iniciativa propia y, como decís, para ejercitarse; por eso sus comunicaciones, aunque buenas, llevan siempre huellas de su inferioridad. Cuando se delega en ellos, es solo para comunicaciones poco importantes y para las que pueden llamarse personales.

11° Las comunicaciones espiritistas ridículas están a veces entremezcladas con máximas muy buenas; ¿cómo conciliar esta anomalía, que parecería indicar la presencia simultánea de buenos y malos Espíritus?

«Los Espíritus malos o frívolos también se dedican a formular sentencias sin comprender demasiado su alcance o su significado. ¿Acaso todos los que las formulan entre vosotros son hombres superiores? No; los buenos y los malos Espíritus no se juntan; reconoceréis la presencia de los buenos Espíritus por la uniformidad constante de las buenas comunicaciones». 12 ¿Los Espíritus que inducen a error lo hacen siempre a sabiendas?

«No; hay Espíritus buenos, pero ignorantes, que pueden equivocarse de buena fe; cuando son conscientes de su insuficiencia, lo reconocen y solo dicen lo que saben.

13° Cuando un Espíritu hace una comunicación falsa, ¿lo hace siempre con una intención malintencionada?

«No; si es un Espíritu frívolo, se divierte engañando y no tiene otro propósito».

14 Puesto que ciertos Espíritus pueden engañar con su lenguaje, ¿pueden también adoptar una apariencia falsa a los ojos de un médium vidente?

«Eso sucede, pero con más dificultad. En todos los casos, solo ocurre con un propósito que los propios malos Espíritus desconocen. Sirven de instrumento para dar una lección. El médium vidente puede ver a Espíritus frívolos y mentirosos, como otros los oyen o escriben bajo su influencia. Los

Espíritus frívolos pueden aprovechar esa disposición para engañarlo con apariencias engañosas; eso depende de las cualidades de su Espíritu».

15° Para no ser engañado, ¿basta con estar animado de buenas intenciones? ¿También están expuestos a ser engañados los hombres perfectamente serios que no mezclan en sus estudios ningún sentimiento de vana curiosidad?

«Menos que otros, evidentemente; pero el hombre siempre tiene algunos defectos que atraen a los Espíritus burlones; se cree fuerte y con frecuencia no lo es; debe, pues, desconfiar de la debilidad que nace del orgullo y de los prejuicios. No se tienen bastante en cuenta esas dos causas de las que se aprovechan los Espíritus; al halagar las manías, están seguros de lograr su propósito».

16° ¿Por qué permite Dios que los malos Espíritus se comuniquen y digan cosas malas?

«Incluso en lo peor hay una enseñanza; os corresponde saber extraerla. Es necesario que haya comunicaciones de todas clases para enseñaros a distinguir a los buenos Espíritus de los malos y para que os sirvan de espejo de vosotros mismos».

17° ¿Pueden los Espíritus, mediante comunicaciones escritas, inspirar desconfianzas injustas contra ciertas personas y enemistar a los amigos?

«Los Espíritus perversos y celosos pueden hacer, para el mal, todo lo que hacen los hombres; por eso hay que estar atentos. Los Espíritus superiores son siempre prudentes y reservados cuando tienen que censurar; no hablan mal; advierten con delicadeza. Si quieren que, por su propio interés, dos personas dejen de verse, harán que surjan incidentes que las separen de forma natural. Un lenguaje capaz de sembrar la discordia y la desconfianza procede siempre de un mal Espíritu, sea cual sea el nombre con que se

adorne. Así pues, acoged con cautela el mal que un Espíritu pueda decir de uno de vosotros, sobre todo cuando un buen Espíritu os haya hablado bien de él, y desconfiad también de vosotros mismos y de vuestros propios prejuicios. De las comunicaciones de los Espíritus, tomad solo lo que haya de bueno, de grande, de racional y lo que vuestra conciencia apruebe».

18° Por la facilidad con que los malos Espíritus se mezclan en las comunicaciones, parece que nunca se tiene la certeza de poseer la verdad.

«Sí, puesto que tenéis juicio para valorarlas. Al leer una carta, sabéis reconocer si quien os escribe es un grosero o un hombre bien educado, un necio o un sabio; ¿por qué no podríais hacerlo cuando son Espíritus quienes os escriben? Si recibís una carta de un amigo lejano, ¿qué os demuestra que es realmente suya? Su letra, diréis; pero ¿acaso no hay falsificadores que imitan todas las letras, bribones que pueden conocer vuestros asuntos? Sin embargo, hay señales con las que no os equivocaréis; lo mismo sucede con los Espíritus. Imaginad, pues, que es un amigo quien os escribe o que leéis la obra de un escritor, y juzgad por los mismos medios».

19° ¿Podrían los Espíritus superiores impedir que los malos Espíritus tomaran nombres falsos?

«Ciertamente pueden hacerlo; pero cuanto más malos son los Espíritus, más obstinados son, y a menudo se resisten a las órdenes. También debéis saber que hay personas por las que los Espíritus superiores se interesan más que por otras, y cuando lo juzgan necesario, saben protegerlas del daño de la mentira; contra esas personas, los Espíritus engañadores son impotentes».

20° ¿Cuál es el motivo de esa parcialidad?

«No es parcialidad, es justicia; los buenos Espíritus se interesan por quienes aprovechan sus consejos y trabajan seriamente en su propia mejora; esos

son sus preferidos y los ayudan; pero se preocupan poco de aquellos con quienes pierden el tiempo en bellas palabras».

21° ¿Por qué permite Dios que los Espíritus cometan el sacrilegio de tomar falsamente nombres venerados?

«También podríais preguntar por qué permite Dios que los hombres mientan y blasfemen. Los Espíritus, al igual que los hombres, tienen libre albedrío tanto para el bien como para el mal; pero ni a unos ni a otros les faltará la justicia de Dios».

22° ¿Hay fórmulas eficaces para ahuyentar a los Espíritus engañadores?

«La fórmula es materia; un buen pensamiento dirigido a Dios vale más».

23° Ciertos Espíritus han dicho que tienen signos gráficos inimitables, una especie de emblemas que permiten reconocerlos y comprobar su identidad; ¿es verdad? «Los Espíritus superiores no tienen otras señales para hacerse reconocer que la superioridad de sus ideas y de su lenguaje. Todos los Espíritus pueden imitar un signo material. En cuanto a los Espíritus inferiores, se delatan de tantas maneras que hay que estar ciego para dejarse engañar».

24° ¿No pueden los Espíritus engañadores imitar también el pensamiento?

«Imitan el pensamiento como los decorados de teatro imitan la naturaleza».

25° Parece, pues, que siempre es fácil descubrir el fraude mediante un estudio atento.

«No lo dudéis; los Espíritus solo engañan a quienes se dejan engañar. Pero hay que tener ojos de comerciante de diamantes para distinguir la piedra verdadera de la falsa; ahora bien, quien no sabe distinguir la piedra preciosa de la falsa acude al lapidario».

26° Hay personas que se dejan seducir por un lenguaje enfático, que se con-

tentan con palabras más que con ideas, que incluso toman ideas falsas y vulgares por ideas sublimes; ¿cómo pueden esas personas, que ni siquiera son capaces de juzgar las obras de los hombres, juzgar las de los Espíritus?

«Cuando esas personas tienen suficiente modestia para reconocer su insuficiencia, no se fían de sí mismas; cuando por orgullo se creen más capaces de lo que son, sufren las consecuencias de su necia vanidad. Los Espíritus engañadores saben bien a quién se dirigen; hay personas sencillas y poco instruidas más difíciles de engañar que otras que tienen inteligencia y saber. Al halagar las pasiones, hacen del hombre todo lo que quieren».

27° En la escritura, ¿se delatan a veces los malos Espíritus por señales materiales involuntarias?

«Los hábiles no lo hacen; los torpes se equivocan. Toda señal inútil y pueril es un indicio seguro de inferioridad; los Espíritus elevados no hacen nada inútil».

28° Muchos médiums reconocen a los buenos y a los malos Espíritus por la impresión agradable o penosa que sienten cuando se acercan. Preguntamos si la impresión desagradable, la agitación convulsiva, el malestar, en una palabra, son siempre indicios de la mala naturaleza de los Espíritus que se manifiestan.

«El médium experimenta las sensaciones del estado en que se encuentra el Espíritu que viene a él. Cuando el Espíritu es feliz, está tranquilo, ligero, sosegado; cuando es desdichado, está agitado, febril, y esa agitación pasa naturalmente al sistema nervioso del médium. Además, así es el hombre en la tierra: el que es bueno está en calma y tranquilo; el que es malo está continuamente agitado».

Observación. Hay médiums con una sensibilidad nerviosa más o menos grande; por eso la agitación no puede considerarse una regla absoluta; aquí,

como en todas las cosas, hay que tener en cuenta las circunstancias. El carácter penoso y desagradable de la impresión es un efecto de contraste, pues si el Espíritu del médium simpatiza con el mal Espíritu que se manifiesta, se verá poco o nada afectado. Además, no hay que confundir la rapidez de la escritura, que se debe a la extrema flexibilidad de ciertos médiums, con la agitación convulsiva que los médiums más lentos pueden experimentar al entrar en contacto con Espíritus imperfectos.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XXV — DE LAS EVOCACIONES

✦

269 Consideraciones generales.

Los Espíritus pueden comunicarse espontáneamente o acudir a nuestro llamado, es decir, por evocación. Algunas personas piensan que debemos abstenernos de evocar a tal o cual Espíritu, y que es preferible esperar al que tenga a bien comunicarse. Se basan en la opinión de que, al llamar a un Espíritu determinado, no tenemos la certeza de que sea él quien se presente, mientras que el que viene espontáneamente y por propia iniciativa demuestra mejor su identidad, pues anuncia así su deseo de conversar con nosotros. A nuestro juicio, esto es un error: primero, porque siempre hay a nuestro alrededor Espíritus, la mayoría de las veces de baja condición, que no desean otra cosa que comunicarse; segundo, y por esta misma razón, no llamar a ninguno en particular es abrir la puerta a todos los que quieran entrar. En una asamblea, no dar la palabra a nadie es dejársela a todo el mundo, y ya se sabe lo que resulta de ello. El llamado directo a un Espíritu determinado establece un vínculo entre él y nosotros: lo llamamos con nuestro deseo y oponemos así una especie de barrera a los intrusos. Sin un llamado directo, un Espíritu a menudo no tendría ningún motivo para venir a nosotros, a menos que fuera nuestro Espíritu familiar.

Estas dos maneras de proceder tienen sus ventajas, y el inconveniente estaría únicamente en excluir por completo una de las dos. Las comunicaciones espontáneas no presentan ningún inconveniente cuando se tiene dominio sobre los Espíritus y la certeza de no dejar que los malos adquieran

ningún poder; entonces suele ser útil esperar la buena disposición de quienes tengan a bien manifestarse, porque su pensamiento no sufre ninguna coacción, y de esta manera pueden obtenerse cosas admirables; en cambio, no está asegurado que el Espíritu al que llamáis esté dispuesto a hablar o sea capaz de hacerlo en el sentido que se desea. El examen escrupuloso que hemos aconsejado es, además, una garantía contra las malas comunicaciones. En las reuniones regulares, sobre todo en aquellas en las que se realiza un trabajo continuado, siempre hay Espíritus habituales que acuden a la cita sin que se los llame, precisamente porque la regularidad de las sesiones los mantiene avisados: a menudo toman espontáneamente la palabra para tratar cualquier tema, desarrollar una proposición o indicar lo que debe hacerse, y entonces se los reconoce fácilmente, ya sea por la forma de su lenguaje, que siempre es idéntica, por su escritura o por ciertas costumbres que les son propias.

270 Cuando se desea comunicar con un Espíritu determinado, es absolutamente necesario evocarlo. (N 203.) Si puede venir, generalmente se obtiene por respuesta: Sí; o: Estoy aquí; o también: ¿Qué queréis de mí? A veces entra directamente en materia respondiendo por anticipado a las preguntas que se tiene intención de hacerle.

Cuando se evoca a un Espíritu por primera vez, conviene designarlo con cierta precisión. En las preguntas que se le dirigen hay que evitar las formas secas e imperativas, que serían para él un motivo para alejarse. Estas formas deben ser afectuosas o respetuosas según el Espíritu y, en todos los casos, dar testimonio de la benevolencia de quien lo evoca;

271 Con frecuencia sorprende la prontitud con que se presenta un Espíritu evocado, incluso por primera vez: se diría que ha sido avisado; esto es, en efecto, lo que ocurre cuando se piensa de antemano en su evocación. Este pensamiento es una especie de evocación anticipada y, como siempre tenemos a nuestros Espíritus familiares, que se identifican con nuestro pensamiento, ellos preparan el camino, de modo que, si nada se opone, el Espíritu al que se quiere llamar ya está presente. En caso contrario, es el Espíritu familiar del médium, el del interrogador o uno de los habituales quien va a buscarlo, y para ello no necesita mucho tiempo. Si el Espíritu evocado no puede venir al instante, el mensajero (los paganos habrían dicho Mercurio) fija un plazo, a veces de cinco minutos, un cuarto de hora, una hora e incluso varios días; cuando ha llegado, dice: Está aquí; y entonces pueden comenzar las preguntas que se le quieren dirigir.

El mensajero no siempre es un intermediario necesario, pues el llamado de quien evoca puede ser oído directamente por el Espíritu, como se dice más adelante, n.º 282, pregunta 5, sobre el modo de transmisión del pensamiento.

Cuando decimos que se haga la evocación en nombre de Dios, entendemos que nuestra recomendación debe tomarse en serio y no a la ligera; quienes solo vieran en ella una fórmula sin consecuencias harían mejor en abstenerse.

272 Las evocaciones suelen ofrecer más dificultades a los médiums que los dictados espontáneos, sobre todo cuando se trata de obtener respuestas precisas a preguntas detalladas.

272.2 Para ello se necesitan médiums especiales, a la vez flexibles y positivos, y hemos visto (n.º 193) que estos últimos son bastante raros, pues, como hemos dicho, las relaciones fluídicas no siempre se establecen instantáneamente con el primer Espíritu que se presenta.

272.3 Por eso es útil que los médiums solo se dediquen a las evocaciones detalladas después de haberse asegurado del desarrollo de su facultad y de la naturaleza de los Espíritus que los asisten, pues en quienes están mal rodeados las evocaciones no pueden tener ningún carácter de autenticidad.

273 Por lo general, se busca mucho más a los médiums para las evocaciones de interés privado que para las comunicaciones de interés general; esto se explica por el deseo muy natural que tenemos de conversar con los seres que nos son queridos. Creemos que debemos hacer a los médiums varias recomendaciones importantes sobre este asunto. La primera es que accedan a este deseo con reserva cuando se trate de personas de cuya sinceridad no estén completamente seguros, y que se pongan en guardia contra las trampas que pudieran tenderles personas malintencionadas. La segunda es que no se presten a ello bajo ningún pretexto si perciben un propósito de curiosidad o de interés, y no una intención seria por parte de quien evoca; que se nieguen a toda pregunta ociosa o que salga del ámbito de las que pueden dirigirse razonablemente a los Espíritus. Las preguntas deben plantearse con claridad, precisión y sin segundas intenciones si se quieren respuestas categóricas. Por lo tanto, hay que rechazar todas las que tengan un carácter insidioso, pues sabemos que a los Espíritus no les gustan las que tienen por objeto ponerlos a prueba; insistir en preguntas de esta naturaleza es querer ser engañado. Quien evoca debe ir franca y abiertamente al objetivo, sin subterfugios ni medios indirectos; si teme explicarse, haría

mejor en abstenerse.

También conviene proceder con mucha prudencia al hacer evocaciones en ausencia de las personas que las solicitan, y a menudo incluso es preferible abstenerse por completo, pues solo esas personas están en condiciones de comprobar las respuestas, juzgar la identidad, pedir aclaraciones si corresponde y hacer las preguntas adicionales que surjan de las circunstancias. Además, su presencia es un vínculo que atrae al Espíritu, a menudo poco dispuesto a comunicarse con extraños por quienes no siente ninguna simpatía. En una palabra, el médium debe evitar todo lo que pudiera transformarlo en un agente de consultas, lo que, a los ojos de muchas personas, es sinónimo de adivino.

274 Espíritus que se pueden evocar

Se puede evocar a todos los Espíritus, sea cual sea el grado de la escala al que pertenezcan: a los buenos como a los malos, a los que han dejado la vida hace poco como a los que vivieron en los tiempos más remotos, a los hombres ilustres como a los más desconocidos, a nuestros parientes y amigos como a quienes nos son indiferentes; pero no está asegurado que siempre quieran o puedan acudir a nuestro llamado; independientemente de su propia voluntad o del permiso que pueda negarles un poder superior, pueden impedírselo motivos que no siempre nos es dado conocer. Queremos decir que no hay ningún impedimento absoluto que se oponga a las comunicaciones, salvo lo que se dirá más adelante; los obstáculos que pueden impedir que un Espíritu se manifieste son casi siempre individuales y a menudo dependen de las circunstancias.

275 Entre las causas que pueden oponerse a la manifestación de un Espíritu, unas le son personales y otras le son ajenas. Entre las primeras hay que incluir sus ocupaciones o las misiones que cumple, de las que no puede apartarse para ceder a nuestros deseos; en este caso, su visita solo queda aplazada.

También está su propia situación. Aunque el estado de encarnación no sea un obstáculo absoluto, puede constituir un impedimento en determinados momentos, sobre todo cuando tiene lugar en los mundos inferiores y cuando el propio Espíritu está poco desmaterializado. En los mundos superiores, en aquellos donde los vínculos entre el Espíritu y la materia son muy débiles, la manifestación es casi tan fácil como en el estado errante y, en todos los casos, más fácil que en aquellos donde la materia corporal es más compacta.

Las causas ajenas dependen principalmente de la naturaleza del médium, de la persona que evoca, del ambiente en el que se hace la evocación y, por último, del objetivo que se persigue. Algunos médiums reciben más particularmente comunicaciones de sus Espíritus familiares, que pueden ser más o menos elevados; otros son aptos para servir de intermediarios a todos los Espíritus; esto depende de la simpatía o la antipatía, de la atracción o la repulsión que el Espíritu del propio médium ejerce sobre el Espíritu ajeno, que puede aceptarlo como intérprete con agrado o con repugnancia. También depende, dejando a un lado las cualidades íntimas del médium, del desarrollo de la facultad medianímica. Los Espíritus vienen con mayor disposición y, sobre todo, son más explícitos con un médium que no les ofrece ningún obstáculo material. En igualdad de condiciones morales, cuanta más facilidad tenga un médium para escribir o expresarse, más se generalizan sus relaciones con el mundo espírita.

276 También hay que tener en cuenta la facilidad que debe proporcionar el hábito de comunicarse con tal o cual Espíritu; con el tiempo, el Espíritu ajeno se identifica con el del médium y también con el de quien lo llama.

276.2 Dejando a un lado la cuestión de la simpatía, se establecen entre ellos relaciones fluídicas que hacen más rápidas las comunicaciones; por eso una primera conversación no siempre es tan satisfactoria como podría desearse, y por eso también los propios Espíritus suelen pedir que se los vuelva a llamar.

276.3 El Espíritu que viene habitualmente está como en su casa: está familiarizado con sus oyentes y sus intérpretes; habla y actúa con mayor libertad.

277 En resumen, de lo que acabamos de decir resulta que la facultad de evocar a cualquier Espíritu no implica para él la obligación de estar a nuestras órdenes; que puede venir en un momento y no en otro, con tal médium o tal evocador que le agrade y no con otro; decir lo que quiera sin que se lo pueda obligar a decir lo que no quiere; marcharse cuando le convenga; por último, que, por causas que dependan o no de su voluntad, después de haberse mostrado asiduo durante algún tiempo, puede dejar de venir de repente.

Por todos estos motivos, cuando se desea llamar a un Espíritu nuevo, es necesario preguntar al propio guía protector si la evocación es posible; en caso de que no lo sea, este suele dar los motivos, y entonces es inútil insistir.

278 Aquí se presenta una cuestión importante: saber si hay o no algún inconveniente en evocar a los Espíritus malos. Esto depende del propósito que se tenga y del ascendiente que se pueda ejercer sobre ellos.

278.2 El inconveniente es nulo cuando se los llama con un fin serio, instructivo y con la intención de mejorarlos; es muy grande, por el contrario, si se hace por pura curiosidad o por broma, o si uno se pone bajo su dependencia al pedirles algún servicio.

278.3 Los Espíritus buenos, en ese caso, pueden muy bien darles el poder de hacer lo que se les pide, sin dejar de castigar severamente más tarde al temerario que se haya atrevido a invocar su ayuda y a creerlos más poderosos que Dios.

278.4 En vano se prometería uno hacer buen uso de ello después y despedir al servidor una vez prestado el servicio; ese mismo servicio que se ha solicitado, por mínimo que sea, es un verdadero pacto celebrado con el Espíritu malo, y este no suelta fácilmente su presa. (Véase el n.º 212.)

279 El ascendiente sobre los Espíritus inferiores solo se ejerce mediante la superioridad moral. Los Espíritus perversos reconocen a sus amos en los hombres de bien; ante quien solo les opone la energía de la voluntad, una especie de fuerza bruta, luchan y con frecuencia resultan más fuertes. Alguien intentaba dominar de ese modo, mediante su voluntad, a un Espíritu rebelde, y el Espíritu le respondió: Déjame tranquilo con tus aires de valentón, tú que no eres mejor que yo; ¿no pareces un ladrón que da lecciones de moral a otro ladrón?

Sorprende que el nombre de Dios, que se invoca contra ellos, sea a menudo impotente; san Luis dio la razón de ello en la siguiente respuesta:

«El nombre de Dios solo influye en los Espíritus imperfectos cuando sale de la boca de quien puede emplearlo con autoridad por sus virtudes; en boca del hombre que no tiene ninguna superioridad moral sobre el Espí-

ritu, es una palabra como cualquier otra. Lo mismo sucede con las cosas santas que se les oponen. El arma más terrible es inofensiva en manos que no saben usarla o que son incapaces de llevarla».

280 Lenguaje que debe emplearse con los Espíritus

El grado de superioridad o inferioridad de los Espíritus indica naturalmente el tono que conviene adoptar con ellos. Es evidente que cuanto más elevados son, más derecho tienen a nuestro respeto, a nuestras atenciones y a nuestra sumisión. No debemos mostrarles menos deferencia de la que les habríamos mostrado en vida, aunque por otros motivos; en la tierra habríamos considerado su rango y su posición social; en el mundo de los Espíritus, nuestro respeto se dirige únicamente a la superioridad moral. Su propia elevación los sitúa por encima de las puerilidades de nuestras fórmulas aduladoras. No es con palabras como se puede ganar su benevolencia, sino con la sinceridad de los sentimientos. Sería, pues, ridículo darles los títulos que nuestras costumbres consagran para distinguir los rangos y que, en vida, habrían podido halagar su vanidad; si son realmente superiores, no solo no les dan importancia, sino que les desagradan. Un buen pensamiento les resulta más agradable que los calificativos más elogiosos; si fuera de otro modo, no estarían por encima de la humanidad. El Espíritu de un venerable eclesiástico que en la tierra fue un príncipe de la Iglesia, hombre de bien que practicaba la ley de Jesús, respondió un día a alguien que lo evocaba dándole el título de Monseñor:

«Deberías decir al menos exmonseñor, pues aquí no hay más Señor que Dios; ten presente que veo a algunos que en la tierra se arrodillaban ante mí y ante quienes yo mismo me inclino».

En cuanto a los Espíritus inferiores, su carácter nos indica el lenguaje que

conviene emplear con ellos. Entre ellos hay algunos que, aunque inofensivos e incluso benévolos, son frívolos, ignorantes y atolondrados; tratarlos como a los Espíritus serios, tal como hacen algunas personas, equivaldría a inclinarse ante un escolar o ante un asno ataviado con un birrete de doctor. El tono de familiaridad no resulta fuera de lugar con ellos y no se ofenden por eso; ¡al contrario, se prestan a él de buena gana!

Entre los Espíritus inferiores hay algunos que son desdichados. Cualesquiera que sean las faltas que expían, sus sufrimientos les dan un derecho tanto mayor a nuestra compasión cuanto que nadie puede presumir de quedar al margen de estas palabras de Cristo: «Que quien esté libre de pecado le arroje la primera piedra». La benevolencia que les mostramos es un alivio para ellos; a falta de simpatía, deben encontrar la indulgencia que quisiéramos que se tuviera con nosotros.

Los Espíritus que revelan su inferioridad por el cinismo de su lenguaje, sus mentiras, la bajeza de sus sentimientos y la perfidia de sus consejos son sin duda menos dignos de nuestro interés que aquellos cuyas palabras muestran arrepentimiento; les debemos al menos la piedad que concedemos a los mayores criminales, y el medio de reducirlos al silencio es mostrarse superior a ellos. Solo se expresan sin reservas con las personas de quienes creen no tener nada que temer; pues los Espíritus perversos reconocen a sus amos en los hombres de bien, como en los Espíritus superiores.

En resumen, tan irreverente sería tratar de igual a igual a los Espíritus superiores como ridículo sería mostrar la misma deferencia hacia todos sin excepción. Tengamos veneración por quienes la merecen, gratitud hacia quienes nos protegen y nos asisten, y hacia todos los demás una benevolencia de la que quizá algún día nosotros mismos necesitemos. Al entrar en el mundo incorpóreo, aprendemos a conocerlo, y ese conocimiento debe

orientar nuestras relaciones con quienes lo habitan. Los antiguos, en su ignorancia, les levantaron altares; para nosotros, solo son criaturas más o menos perfectas, y únicamente levantamos altares a Dios.

281 Utilidad de las evocaciones particulares

Las comunicaciones que se obtienen de los Espíritus muy superiores, o de aquellos que animaron a los grandes personajes de la Antigüedad, son valiosas por las elevadas enseñanzas que contienen. Estos Espíritus han adquirido un grado de perfección que les permite abarcar un ámbito de ideas más amplio, penetrar misterios que superan el alcance común de la humanidad y, por consiguiente, iniciarnos mejor que otros en ciertas cosas. De ello no se deduce que las comunicaciones de los Espíritus de un orden menos elevado carezcan de utilidad: el observador obtiene de ellas más de una enseñanza. Para conocer las costumbres de un pueblo, hay que estudiarlo en todos los grados de la escala. Quien solo lo hubiera visto desde un aspecto lo conocería mal. La historia de un pueblo no es la de sus reyes y sus figuras sociales más destacadas; para juzgarlo, hay que verlo en su vida íntima, en sus hábitos privados. Ahora bien, los Espíritus superiores son las figuras más destacadas del mundo espírita; su propia elevación los sitúa tan por encima de nosotros que nos asusta la distancia que nos separa de ellos. Los Espíritus más burgueses (permítasenos esta expresión) nos hacen más palpables las circunstancias de su nueva existencia. En ellos, el vínculo entre la vida corporal y la vida espírita es más íntimo; lo comprendemos mejor porque nos toca más de cerca. Al saber por ellos mismos qué ha sido de los hombres de todas las condiciones y de todos los caracteres, qué piensan y qué sienten, tanto los hombres de bien como los viciosos, los grandes y los pequeños, los felices y los desdichados de este mundo, en una palabra,

los hombres que han vivido entre nosotros, a quienes hemos visto y conocido, cuya vida real, virtudes y defectos conocemos, comprendemos sus alegrías y sus sufrimientos, los compartimos y extraemos de ellos una enseñanza moral tanto más provechosa cuanto más íntimas son las relaciones entre ellos y nosotros. Nos ponemos más fácilmente en el lugar de quien ha sido nuestro igual que en el de quien solo vemos a través del espejismo de una gloria celestial. Los Espíritus comunes nos muestran la aplicación práctica de las grandes y sublimes verdades cuya teoría nos enseñan los Espíritus superiores. Por otra parte, en el estudio de una ciencia nada es inútil: Newton encontró la ley de las fuerzas del universo en el fenómeno más sencillo.

La evocación de los Espíritus comunes tiene además la ventaja de ponernos en relación con Espíritus que sufren, a quienes podemos aliviar y cuyo progreso podemos facilitar mediante consejos útiles. Por lo tanto, se puede ser útil al mismo tiempo que uno se instruye 5 hay egoísmo en buscar únicamente la propia satisfacción al conversar con los Espíritus, y quien desdeña tender una mano de ayuda a los desdichados demuestra al mismo tiempo orgullo. ¿De qué le sirve obtener hermosas recomendaciones de los Espíritus selectos si eso no lo hace mejor en sí mismo, más caritativo y más benévolo con sus hermanos de este mundo y del otro? ¿Qué sería de los pobres enfermos si los médicos se negaran a tocar sus llagas?

282 Preguntas sobre las evocaciones.

1. ¿Se puede evocar a los Espíritus sin ser médium?

«Todo el mundo puede evocar a los Espíritus, y si aquellos a quienes llamáis no pueden manifestarse materialmente, no por ello dejan de estar junto a vosotros y de escucharos».

2. ¿El Espíritu evocado acude siempre al llamamiento que se le hace?
«Eso depende de las condiciones en que se encuentre, pues hay circunstancias en las que no puede hacerlo».
3. ¿Cuáles son las causas que pueden impedir que un Espíritu acuda a nuestro llamamiento? «Su voluntad, en primer lugar; después, su estado corporal si está reencarnado, las misiones que pueda tener encomendadas, o también el permiso que se le puede negar.
«Hay Espíritus que nunca pueden comunicarse; son aquellos que, por su naturaleza, pertenecen todavía a mundos inferiores a la Tierra. Los que están en las esferas de castigo tampoco pueden hacerlo, salvo con un permiso superior que solo se concede con un fin de utilidad general. Para que un Espíritu pueda comunicarse, es necesario que haya alcanzado el grado de adelanto del mundo al que se le llama; de lo contrario, es ajeno a las ideas de ese mundo y no tiene ningún punto de comparación. No sucede lo mismo con los que son enviados en misión o en expiación a los mundos inferiores: tienen las ideas necesarias para responder».
4. ¿Por qué motivos puede negarse a un Espíritu el permiso para comunicarse?
«Puede ser una prueba o un castigo para él o para quien lo llama».
5. ¿Cómo pueden los Espíritus dispersos por el espacio o por los distintos mundos oír desde todos los puntos del universo las evocaciones que se hacen?
«A menudo son avisados por los Espíritus familiares que os rodean y que van a buscarlos; pero aquí se produce un fenómeno que es difícil explicaros, porque todavía no podéis comprender cómo se transmite el pensamiento entre los Espíritus. Lo que puedo deciros es que el Espíritu al que evocáis, por lejos que esté, recibe, por así decirlo, la repercusión del pensa-

miento como una especie de conmoción eléctrica que atrae su atención hacia el lado de donde viene el pensamiento que se dirige a él. Puede decirse que oye el pensamiento, como en la Tierra vosotros oís la voz».

— ¿Es el fluido universal el vehículo del pensamiento, como el aire lo es del sonido?

«Sí, con esta diferencia: el sonido solo puede hacerse oír dentro de un radio muy limitado, mientras que el pensamiento alcanza el infinito. El Espíritu, en el espacio, es como el viajero que se encuentra en medio de una vasta llanura y que, al oír de pronto pronunciar su nombre, se dirige hacia el lado de donde lo llaman».

6. Sabemos que las distancias son poca cosa para los Espíritus; no obstante, sorprende verlos responder a veces con tanta prontitud al llamamiento, como si hubieran estado preparados.

«Es que, en efecto, algunas veces lo están. Si la evocación se ha previsto, el Espíritu es avisado de antemano y a menudo se encuentra allí antes del momento en que se le llama».

7. ¿El pensamiento del evocador se oye con mayor o menor facilidad según ciertas circunstancias?

«Sin ninguna duda; el Espíritu llamado con un sentimiento de simpatía y benevolencia se siente más vivamente conmovido: es como una voz amiga que reconoce; sin eso, sucede a menudo que la evocación no llega a su destino. El pensamiento que brota de la evocación alcanza al Espíritu; si está mal dirigido, se pierde en el vacío. Con los Espíritus sucede como con los hombres; si quien los llama les es indiferente o antipático, pueden oírlo, pero a menudo no lo escuchan.

8. ¿El Espíritu evocado viene voluntariamente o se ve obligado a hacerlo?

«Obedece a la voluntad de Dios, es decir, a la ley general que rige el uni-

verso; y, sin embargo, obligado no es la palabra, pues él juzga si es útil venir: y ahí también ejerce su libre albedrío. El Espíritu superior viene siempre cuando se le llama con un fin útil; solo se niega a responder en los ambientes de personas poco serias que tratan el asunto en broma».

9. ¿El Espíritu evocado puede negarse a acudir al llamamiento que se le hace?

«Perfectamente; ¿dónde estaría su libre albedrío sin eso? ¿Creéis que todos los seres del universo están a vuestras órdenes? Y vosotros mismos, ¿os creéis obligados a responder a todos los que pronuncian vuestro nombre? Cuando digo que puede negarse, me refiero a la petición del evocador, pues un Espíritu inferior puede verse obligado a venir por un Espíritu superior».

10. ¿Tiene el evocador algún medio de obligar a un Espíritu a venir contra su voluntad?

«Ninguno, si ese Espíritu es vuestro igual o vuestro superior en moralidad —digo en moralidad, y no en inteligencia—, porque no tenéis ninguna autoridad sobre él; si es vuestro inferior, podéis hacerlo si es por su bien, pues entonces otros Espíritus os ayudarán». (N.º 279.)

11. ¿Hay algún inconveniente en evocar a Espíritus inferiores, y cabe temer que, al llamarlos, uno quede bajo su dominio? «Solo dominan a quienes se dejan dominar. Quien cuenta con la asistencia de buenos Espíritus no tiene nada que temer; se impone a los Espíritus inferiores, y estos no se imponen a él. Cuando están solos, los médiums, sobre todo los que empiezan, deben abstenerse de este tipo de evocaciones».

12. ¿Es necesario tener alguna disposición particular en las evocaciones?

«La más esencial de todas las disposiciones es el recogimiento cuando se quiere tratar con Espíritus serios. Con la fe y el deseo del bien se tiene más

poder para evocar a los Espíritus superiores. Al elevar el alma mediante unos instantes de recogimiento en el momento de la evocación, uno se identifica con los buenos Espíritus y los dispone a venir».

13. ¿Es necesaria la fe para las evocaciones?

«La fe en Dios, sí; la fe vendrá para lo demás si queréis el bien y tenéis el deseo de instruiros».

14. ¿Los hombres unidos por una comunidad de pensamientos e intenciones tienen más poder para evocar a los Espíritus?

«Cuando todos están unidos por la caridad y para el bien, obtienen grandes cosas. Nada perjudica más el resultado de las evocaciones que la divergencia de pensamientos».

15. ¿Es útil la precaución de formar una cadena dándose la mano durante unos minutos al comienzo de las reuniones?

«La cadena es un medio material que no establece la unión entre vosotros si esta no existe en el pensamiento; lo más útil es unirse en un pensamiento común, llamando cada uno por su parte a los buenos Espíritus. No sabéis todo lo que podría obtener una reunión seria de la que se hubiera desterrado todo sentimiento de orgullo y de personalismo, y en la que reinara un perfecto sentimiento de cordialidad mutua».

16. ¿Son preferibles las evocaciones en días y horas fijos?

«Sí, y, si es posible, en el mismo lugar: los Espíritus acuden allí de mejor grado; vuestro deseo constante ayuda a los Espíritus a venir a comunicarse con vosotros. Los Espíritus tienen sus ocupaciones, que no pueden abandonar de improviso para vuestra satisfacción personal. Digo en el mismo lugar, pero no creáis que sea una obligación absoluta, pues los Espíritus vienen a todas partes; quiero decir que es preferible un lugar dedicado a ello, porque allí el recogimiento es más perfecto».

17. ¿Tienen ciertos objetos, como medallas y talismanes, la propiedad de atraer o de rechazar a los Espíritus, como algunos afirman?

«Esta pregunta es inútil, pues bien sabéis que la materia no ejerce ninguna acción sobre los Espíritus. Tened la certeza de que un buen Espíritu nunca aconseja semejantes absurdos; la virtud de los talismanes, sean de la naturaleza que sean, nunca ha existido más que en la imaginación de las personas crédulas».

18. ¿Qué pensar de los Espíritus que fijan citas en lugares lúgubres y a horas intempestivas?

«Esos Espíritus se divierten a costa de quienes los escuchan. Siempre es inútil y a menudo peligroso ceder a tales sugerencias: inútil, porque no se consigue absolutamente nada salvo ser engañado; peligroso, no por el mal que puedan hacer los Espíritus, sino por la influencia que eso puede ejercer sobre las mentes débiles».

19. ¿Hay días y horas más propicios para las evocaciones?

«Para los Espíritus eso es completamente indiferente, como todo lo material, y sería una superstición creer en la influencia de los días y las horas. Los momentos más propicios son aquellos en que el evocador puede distraerse menos con sus ocupaciones habituales; en que su cuerpo y su espíritu están más tranquilos».

20. ¿La evocación es para los Espíritus algo agradable o penoso? ¿Vienen de buena gana cuando se los llama?

«Eso depende de su carácter y del motivo por el que se los llama. Cuando el fin es loable y el ambiente les resulta simpático, es para ellos algo agradable e incluso atractivo; los Espíritus siempre se sienten felices por el afecto que se les demuestra. Para algunos es una gran felicidad comunicarse con los hombres, y sufren por el abandono en que se los deja. Pero, como he di-

cho, eso depende también de su carácter; entre los Espíritus hay asimismo misántropos a quienes no les gusta que los molesten, y cuyas respuestas reflejan su mal humor, sobre todo cuando los llaman personas indiferentes por las que no sienten interés. Un Espíritu a menudo no tiene ningún motivo para acudir al llamamiento de un desconocido que le es indiferente y que casi siempre está movido por la curiosidad; si viene, por lo general solo hace apariciones breves, a menos que haya un fin serio e instructivo en la evocación».

Observación. Se ve a personas que solo evocan a sus familiares para preguntarles las cosas más vulgares de la vida material; por ejemplo, una para saber si alquilará o venderá su casa, otra para conocer el beneficio que obtendrá de su mercancía, el lugar donde se ha depositado dinero, si tal negocio será o no ventajoso. Nuestros familiares de ultratumba solo se interesan por nosotros en razón del afecto que les tenemos. Si todo nuestro pensamiento se limita a creerlos hechiceros, si solo pensamos en ellos para pedirles información, no pueden sentir gran simpatía por nosotros, y no debemos sorprendernos de la poca benevolencia que nos muestran.

21. ¿Hay alguna diferencia entre los buenos y los malos Espíritus en cuanto a su disposición para acudir a nuestro llamamiento?

«Hay una diferencia muy grande; los malos Espíritus solo vienen de buena gana cuando esperan dominar y engañar; pero sienten una viva contrariedad cuando se ven obligados a venir para confesar sus faltas, y solo piden marcharse, como un escolar al que se llama para corregirlo. Los Espíritus superiores pueden obligarlos a hacerlo, como castigo y para instrucción de los encarnados. La evocación es penosa para los buenos Espíritus cuando se los llama inútilmente por futilidades; entonces no vienen, o bien se retiran.

«Podéis decir que, en principio, a los Espíritus, sean quienes sean, les gusta

tan poco como a vosotros servir de distracción a los curiosos. A menudo, al evocar a un Espíritu, no tenéis otro fin que ver qué os dirá, o interrogarlo sobre particularidades de su vida que no desea daros a conocer, porque no tiene ningún motivo para haceros sus confidencias, ¿y creéis que va a sentarse en el banquillo para complaceros? Desengañaos; lo que no habría hecho en vida, tampoco lo hará como Espíritu».

Observación. La experiencia demuestra, en efecto, que la evocación siempre es agradable para los Espíritus cuando se hace con un fin serio y útil; los buenos vienen con gusto a instruirnos; los que sufren encuentran alivio en la simpatía que se les demuestra; los que hemos conocido están satisfechos de que los recordemos. A los Espíritus ligeros les gusta que los evoquen las personas frívolas, porque eso les brinda una ocasión de divertirse a su costa; se sienten incómodos con las personas serias.

22. ¿Los Espíritus necesitan siempre ser evocados para manifestarse?

«No, se presentan muy a menudo sin ser llamados, y eso demuestra que vienen de buena gana».

23. Cuando un Espíritu se presenta por sí mismo, ¿se tiene mayor certeza de su identidad?

«De ningún modo, pues los Espíritus engañadores emplean a menudo ese medio para confundir mejor».

24. Cuando se invoca con el pensamiento al Espíritu de una persona, ¿ese Espíritu viene a nosotros, aunque no haya manifestación por la escritura o de otro modo?

«La escritura es un medio material por el que el Espíritu atestigua su presencia, pero es el pensamiento lo que lo atrae, y no el hecho de escribir».

25. Cuando un Espíritu inferior se manifiesta, ¿se lo puede obligar a retirarse?

Sí, no escuchándolo. Pero ¿cómo queréis que se retire cuando os divertís con sus vilezas? Los Espíritus inferiores se apegan a quienes los escuchan con complacencia, como los necios entre vosotros,

26. ¿La evocación hecha en nombre de Dios es una garantía contra la intromisión de los malos Espíritus?

«El nombre de Dios no es un freno para todos los Espíritus perversos, pero contiene a muchos; por ese medio siempre alejáis a algunos, y alejaríais a muchos más si se hiciera desde el fondo del corazón y no como una fórmula trivial».

27. ¿Se podría evocar por su nombre a varios Espíritus a la vez?

«No hay ninguna dificultad en ello, y si tuvierais tres o cuatro manos para escribir, tres o cuatro Espíritus os responderían al mismo tiempo; es lo que sucede cuando se cuenta con varios médiums».

28. Cuando se evoca a varios Espíritus simultáneamente y solo hay un médium, ¿cuál de ellos responde? «Uno de ellos responde por todos y expresa el pensamiento colectivo».

29. ¿Podría el mismo Espíritu comunicarse a la vez, durante una misma sesión, por medio de dos médiums diferentes?

«Con tanta facilidad como hay entre vosotros hombres que dictan varias cartas a la vez».

Observación. Hemos visto a un Espíritu responder al mismo tiempo por medio de dos médiums a las preguntas que se le dirigían, a uno en inglés y al otro en francés, y las respuestas eran idénticas en cuanto al sentido; algunas incluso eran traducciones literales una de otra.

Dos Espíritus evocados simultáneamente por dos médiums pueden entablar una conversación entre ellos; como este modo de comunicación no les es necesario, puesto que leen recíprocamente sus pensamientos, algunas ve-

ces se prestan a ello para nuestra instrucción. Si son Espíritus inferiores, como todavía están imbuidos de las pasiones terrenales y de las ideas corporales, puede sucederles que discutan y se insulten con palabras groseras, que se reprochen mutuamente sus faltas e incluso que se arrojen unos a otros los lápices, las cestillas, las tablillas, etc.

30. ¿El Espíritu evocado al mismo tiempo en varios lugares puede responder simultáneamente a las preguntas que se le dirigen?

«Sí, si es un Espíritu elevado».

— En ese caso, ¿el Espíritu se divide o tiene el don de la ubicuidad?

«El sol es uno y, sin embargo, irradia a su alrededor llevando lejos sus rayos sin subdividirse; lo mismo sucede con los Espíritus. El pensamiento del Espíritu es como una chispa que proyecta a lo lejos su claridad y puede ser percibida desde todos los puntos del horizonte. Cuanto más puro es el Espíritu, más irradia su pensamiento y se extiende como la luz. Los Espíritus inferiores son demasiado materiales; solo pueden responder a una persona a la vez y no pueden venir si se los llama en otra parte.

«Un Espíritu superior llamado al mismo tiempo en dos lugares diferentes responderá a las dos evocaciones si ambas son igualmente serias y fervientes; en caso contrario, dará preferencia a la más seria».

Observación. Lo mismo sucede con un hombre que, sin cambiar de lugar, puede transmitir su pensamiento mediante señales vistas desde distintos lados.

En una sesión de la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas en la que se había discutido la cuestión de la ubicuidad, un Espíritu dictó espontáneamente la siguiente comunicación:

Esta noche preguntabais cuál era la jerarquía de los Espíritus en cuanto a la ubicuidad. Comparadnos con un aeróstato que se eleva poco a poco por los

aires. Cuando roza la tierra, puede verlo un círculo muy pequeño; a medida que se eleva, el círculo se ensancha para él, y cuando ha llegado a cierta altura, aparece ante un número infinito de personas. Así sucede con nosotros; un mal Espíritu que todavía está apegado a la Tierra permanece en un círculo reducido, en medio de las personas que lo ven. Si crece en gracia, si mejora, puede conversar con varias personas; y cuando se ha convertido en un Espíritu superior, puede irradiar como la luz del sol, mostrarse a varias personas y en varios lugares a la vez». Channing, 31. ¿Se puede evocar a los Espíritus puros, a los que han terminado la serie de sus encarnaciones?

«Sí, pero muy raramente; solo se comunican con los corazones puros y sinceros, y no con los orgullosos y los egoístas; por eso hay que desconfiar de los Espíritus inferiores que se atribuyen esa condición para darse más importancia a vuestros ojos».

32. ¿Cómo es que el Espíritu de los hombres más ilustres acude con tanta facilidad y familiaridad al llamamiento de los hombres más desconocidos?

«Los hombres juzgan a los Espíritus según lo que ellos mismos son, y eso es un error; después de la muerte del cuerpo, los rangos terrenales ya no existen; no hay entre ellos otra distinción que la bondad, y los que son buenos van a todas partes donde hay un bien que hacer».

33. ¿Cuánto tiempo después de la muerte se puede evocar a un Espíritu?

«Puede hacerse en el instante mismo de la muerte; pero, como en ese momento el Espíritu todavía se encuentra en la turbación, solo responde de manera imperfecta».

Observación. Como la duración de la turbación es muy variable, no puede haber un plazo fijo para hacer la evocación; sin embargo, es raro que al cabo de ocho días el Espíritu no tenga suficiente conciencia de sí mismo para

poder responder; algunas veces puede hacerlo muy bien dos o tres días después de la muerte; en todos los casos se puede intentar con delicadeza.

34. ¿La evocación en el instante de la muerte es más penosa para el Espíritu que más adelante?

«Algunas veces; es como si os arrancaran del sueño antes de que estuvierais completamente despiertos. Sin embargo, hay algunos a quienes eso no contraría en absoluto, e incluso los ayuda a salir de la turbación.

35. ¿Cómo puede el Espíritu de un niño que murió a una edad temprana responder con conocimiento de causa, cuando en vida todavía no tenía conciencia de sí mismo?

Observación. La influencia corporal que se hace sentir durante más o menos tiempo sobre el Espíritu del niño se observa también algunas veces en el Espíritu de quienes murieron en estado de locura. El Espíritu, por sí mismo, no está loco, pero se sabe que ciertos Espíritus creen durante algún tiempo que todavía pertenecen a este mundo; no es, pues, sorprendente que, en el caso del loco, el Espíritu siga sintiendo las trabas que durante la vida se oponían a su libre manifestación, hasta que se haya desprendido por completo. Este efecto varía según las causas de la locura, pues hay locos que recobran toda la lucidez de sus ideas inmediatamente después de su muerte.

283 Evocación de los animales.

36. ¿Se puede evocar al Espíritu de un animal?

«Después de la muerte del animal, el principio inteligente que había en él se encuentra en estado latente; enseguida lo utilizan ciertos Espíritus encargados de esta tarea para animar a nuevos seres en los que continúa la obra de su elaboración. Así pues, en el mundo de los Espíritus no hay Espí-

ritus de animales errantes, sino únicamente Espíritus humanos. Esto responde a vuestra pregunta».

— ¿Cómo es entonces que algunas personas que han evocado a animales han obtenido respuestas de ellos?

«Evocad una roca y os responderá. Siempre hay una multitud de Espíritus dispuestos a tomar la palabra por cualquier cosa».

Observación. Por la misma razón, si se evoca a un mito o a un personaje alegórico, responderá; es decir, responderán por él, y el Espíritu que se presente adoptará su carácter y sus maneras. A alguien se le ocurrió un día evocar a Tartufo, y Tartufo acudió enseguida; más aún, habló de Orgón, de Elmira, de Damis y de Valerio, de quienes dio noticias; en cuanto a él, representó al hipócrita con tanto arte como si Tartufo hubiera sido un personaje real. Más tarde dijo ser el Espíritu de un actor que había interpretado ese papel. Los Espíritus frívolos siempre se aprovechan de la inexperiencia de quienes los interrogan; pero se cuidan de dirigirse a aquellos que saben lo bastante instruidos para descubrir sus imposturas y que no darían crédito a sus cuentos. Lo mismo sucede entre los hombres.

Un señor tenía en su jardín un nido de jilgueros por los que se interesaba mucho; un día el nido desapareció; después de asegurarse de que nadie de su casa era culpable del delito, como él mismo era médium, se le ocurrió evocar a la madre de los polluelos; ella acudió y le dijo en muy buen francés: «No acuses a nadie y no temas por la suerte de mis pequeños; ha sido el gato el que, al saltar, ha derribado el nido; lo encontrarás bajo la hierba, junto con los pequeños que no han sido devorados». Tras comprobarlo, se vio que era cierto. ¿Hay que concluir de ello que fue el pájaro quien respondió? No, desde luego; sino simplemente que un Espíritu conocía la his-

toria. Esto demuestra cuánto hay que desconfiar de las apariencias y cuán acertada es la respuesta anterior: Evocad una roca y os responderá. (Véase más arriba el capítulo sobre la Mediumnidad en los animales; n.º 234.)

284 Evocación de personas vivas.

37. ¿La encarnación del Espíritu es un obstáculo absoluto para su evocación?

«No, pero es necesario que el estado del cuerpo permita al Espíritu desprenderse en ese momento. El Espíritu encarnado acude tanto más fácilmente cuanto más elevado es el orden del mundo en que se encuentra, porque los cuerpos son allí menos materiales».

38. ¿Se puede evocar al Espíritu de una persona viva?

«Sí, puesto que se puede evocar a un Espíritu encarnado. El Espíritu de una persona viva también puede, en sus momentos de libertad, presentarse sin ser evocado; eso depende de su simpatía por las personas con las que se comunica». (Véase el n.º 116, la Historia del hombre de la tabaquera).

39. ¿En qué estado se encuentra el cuerpo de la persona cuyo Espíritu es evocado?

«Duerme o dormita; es entonces cuando el Espíritu está libre».

— ¿Podría despertarse el cuerpo mientras el Espíritu está ausente?

«No; el Espíritu se ve obligado a regresar a su morada; si en ese momento está conversando con vosotros, os deja, y a menudo os dice el motivo».

40. ¿Cómo se advierte al Espíritu ausente del cuerpo de la necesidad de su presencia?

«El Espíritu de un cuerpo vivo nunca está completamente separado de él; a cualquier distancia que se traslade, permanece unido a él por un lazo fluídico que sirve para llamarlo de vuelta cuando es necesario; ese lazo solo se

rompe con la muerte».

Observación. Este lazo fluídico ha sido visto a menudo por médiums videntes. Es una especie de estela fosforescente que se pierde en el espacio en dirección al cuerpo. Algunos Espíritus han dicho que por ella reconocen a quienes siguen unidos al mundo corporal.

41. ¿Qué sucedería si, durante el sueño y en ausencia del Espíritu, el cuerpo recibiera un golpe mortal?

«El Espíritu sería advertido y regresaría antes de que se consumara la muerte».

— ¿Así pues, no podría suceder que el cuerpo muriera en ausencia del Espíritu y que este, a su regreso, no pudiera volver a entrar?

«No; sería contrario a la ley que rige la unión del alma y del cuerpo». — ¿Pero si el golpe se diera de pronto y de improviso?

«El Espíritu sería advertido antes de que se diera el golpe mortal».

Observación. El Espíritu de una persona viva, interrogado sobre este hecho, respondió: «Si el cuerpo pudiera morir en ausencia del Espíritu, sería un medio demasiado cómodo de cometer suicidios hipócritas».

42. ¿El Espíritu de una persona evocada durante el sueño tiene tanta libertad para comunicarse como el de una persona muerta?

«No; la materia siempre influye en él más o menos». Observación. Una persona en ese estado, a quien se dirigió esta pregunta, respondió: «Sigo encadenada a la bola que arrastro tras de mí». — En ese estado, ¿podría el Espíritu verse impedido de acudir por encontrarse en otra parte?

«Sí, puede suceder que el Espíritu esté en un lugar donde le agrade quedarse, y entonces no acude a la evocación, sobre todo cuando la hace alguien que no le interesa».

43. ¿Es absolutamente imposible evocar al Espíritu de una persona des-

pierta?

«Aunque difícil, no es absolutamente imposible, pues, si la evocación surte efecto, puede que la persona se duerma; pero el Espíritu solo puede comunicarse, como Espíritu, en los momentos en que su presencia no es necesaria para la actividad inteligente del cuerpo».

Observación. La experiencia demuestra que la evocación hecha durante el estado de vigilia puede provocar el sueño, o al menos un ensimismamiento cercano al sueño, pero este efecto solo puede producirse mediante una voluntad muy enérgica y si existen lazos de simpatía entre las dos personas; de lo contrario, la evocación no surte efecto. Incluso en el caso de que la evocación pudiera provocar el sueño, si el momento es inoportuno, la persona, al no querer dormir, opondrá resistencia y, si sucumbe, su Espíritu se perturbará y responderá con dificultad. De ello resulta que el momento más favorable para evocar a una persona viva es el de su sueño natural, porque su Espíritu, al estar libre, puede acudir a quien lo llama, del mismo modo que podría ir a otra parte.

Cuando la evocación se hace con el consentimiento de la persona y esta intenta dormirse con ese fin, puede suceder que esa preocupación retrase el sueño y perturbe al Espíritu; por eso sigue siendo preferible el sueño no forzado.

44. ¿Una persona viva evocada tiene conciencia de ello al despertar?

«No; vosotros mismos sois evocados más a menudo de lo que pensáis. Solo su Espíritu lo sabe y a veces puede dejarle una vaga impresión de ello, como de un sueño».

— ¿Quién puede evocarnos si somos seres desconocidos?

«En otras existencias podéis haber sido personas conocidas en este mundo o en otros; y además están vuestros parientes y amigos, también en este

mundo o en otros. Supongamos que tu Espíritu haya animado el cuerpo del padre de otra persona; pues bien, cuando esa persona evoque a su padre, será tu Espíritu el evocado y el que responderá».

45. ¿El Espíritu evocado de una persona viva responde como Espíritu o con las ideas del estado de vigilia?

«Eso depende de su elevación, pero juzga con mayor sensatez y tiene menos prejuicios, exactamente como los sonámbulos; es un estado más o menos semejante».

46. Si se evocara al Espíritu de un sonámbulo en estado de sueño magnético, ¿sería más lúcido que el de cualquier otra persona?

«Sin duda respondería más fácilmente, porque está más desprendido; todo depende del grado de independencia del Espíritu y del cuerpo».

— ¿Podría el Espíritu de un sonámbulo responder a una persona que lo evocara a distancia al mismo tiempo que respondiera verbalmente a otra persona?

«La facultad de comunicarse simultáneamente en dos puntos distintos solo pertenece a los Espíritus completamente desprendidos de la materia».

47. ¿Se podrían modificar las ideas de una persona en estado de vigilia actuando sobre su Espíritu durante el sueño?

«Sí, a veces; el Espíritu ya no está unido a la materia por lazos tan íntimos, y por eso es más accesible a las impresiones morales; esas impresiones pueden influir en su manera de ver en el estado ordinario. Por desgracia, sucede a menudo que, al despertar, la naturaleza corporal se impone y le hace olvidar las buenas resoluciones que haya podido tomar».

48. ¿El Espíritu de una persona viva es libre de decir o de no decir lo que quiere?

«Tiene sus facultades de Espíritu y, por consiguiente, su libre albedrío, y

como tiene mayor perspicacia, es incluso más circunspecto que en el estado de vigilia».

49. ¿Se podría obligar a una persona, evocándola, a decir lo que quisiera callar?

«He dicho que el Espíritu tiene su libre albedrío; pero puede que, como Espíritu, conceda menos importancia a ciertas cosas que en el estado ordinario; su conciencia puede hablar más libremente. Además, si no quiere hablar, siempre puede escapar de las importunidades marchándose, pues no se puede retener a su Espíritu como se retendría a su cuerpo».

50. ¿No podría otro Espíritu obligar al Espíritu de una persona viva a acudir y hablar, como ocurre con los Espíritus errantes?

«Entre los Espíritus, estén muertos o vivos, no hay más supremacía que la de la superioridad moral, y debéis estar seguros de que un Espíritu superior jamás prestaría su apoyo a una indiscreción cobarde».

Observación. Ese abuso de confianza sería, en efecto, una mala acción, pero no podría dar resultado, puesto que no se puede arrancar un secreto que el Espíritu quisiera callar, a menos que, movido por un sentimiento de justicia, confesara lo que callaría en otras circunstancias.

Una persona quiso saber, por este medio, si el testamento de uno de sus parientes estaba a su favor. El Espíritu respondió: «Sí, querida sobrina, y pronto tendrás la prueba». Así era, en efecto; pero pocos días después el pariente destruyó su testamento y tuvo la malicia de hacérselo saber a aquella persona, sin saber, no obstante, que había sido evocado. Un sentimiento instintivo lo llevó sin duda a ejecutar la resolución que su Espíritu había tomado a raíz de la pregunta que se le había hecho. Hay cobardía en preguntar al Espíritu de un muerto o de una persona viva lo que no se osaría preguntarle a la persona misma, y esa cobardía ni siquiera tiene como

compensación el resultado que se espera de ella.

61. ¿Se puede evocar a un Espíritu cuyo cuerpo aún está en el seno de la madre?

«No; bien sabéis que en ese momento el Espíritu se encuentra en una turbación completa».

Observación. La encarnación solo tiene lugar de manera definitiva en el momento en que el niño respira; pero, desde la concepción, el Espíritu designado para animarlo es presa de una turbación que aumenta al acercarse el nacimiento y le quita la conciencia de sí mismo y, por consiguiente, la facultad de responder. (Véase El libro de los Espíritus: Regreso a la vida corporal; Unión del alma y del cuerpo, n.º 344).

52. ¿Podría un Espíritu engañador ocupar el lugar del de una persona viva a la que se evocara?

«No cabe duda, y sucede muy a menudo, sobre todo cuando la intención del evocador no es pura. Por lo demás, la evocación de personas vivas solo tiene interés como estudio psicológico; conviene abstenerse de ella siempre que no pueda dar un resultado instructivo».

Observación. Si la evocación de los Espíritus errantes no siempre surte efecto, por emplear su expresión, esto es mucho más frecuente en el caso de los encarnados; es sobre todo entonces cuando los Espíritus engañadores ocupan su lugar.

53. ¿La evocación de una persona viva tiene inconvenientes?

«No siempre está exenta de peligro; eso depende de la situación de la persona, pues, si está enferma, se pueden aumentar sus sufrimientos».

54. ¿En qué caso puede tener más inconvenientes la evocación de una persona viva?

«Hay que abstenerse de evocar a niños de muy corta edad, a personas gra-

vemente enfermas y a ancianos débiles; en una palabra, puede tener inconvenientes siempre que el cuerpo esté muy debilitado».

Observación. La suspensión brusca de las facultades intelectuales durante el estado de vigilia también podría entrañar peligro si la persona necesitara en ese momento toda su presencia de ánimo.

55. Durante la evocación de una persona viva, ¿su cuerpo experimenta fatiga a causa del trabajo al que se entrega el Espíritu, aunque esté ausente?

Una persona en ese estado, que afirmaba que su cuerpo se fatigaba, respondió a esta pregunta:

«Mi Espíritu es como un globo cautivo atado a un poste; mi cuerpo es el poste sacudido por los tirones del globo».

56. Puesto que la evocación de personas vivas puede tener inconvenientes cuando se hace sin precaución, ¿no existe peligro cuando se evoca a un Espíritu que no se sabe que está encarnado y que podría no encontrarse en condiciones favorables? «No, las circunstancias no son las mismas; solo acudirá si está en condiciones de hacerlo; además, ¿no os he dicho que preguntéis, antes de hacer una evocación, si es posible?».

57. Cuando sentimos, en los momentos más inoportunos, unas ganas irresistibles de dormir, ¿podría deberse a que estamos siendo evocados en alguna parte?

«Sin duda puede suceder, pero la mayoría de las veces es un efecto puramente físico, ya sea que el cuerpo necesite reposo o que el Espíritu necesite su libertad».

Observación. Una señora conocida nuestra, médium, tuvo un día la idea de evocar al Espíritu de su nieto, que dormía en la misma habitación. La identidad se comprobó por el lenguaje, las expresiones habituales del niño y el relato muy exacto de varias cosas que le habían sucedido en el internado;

pero una circunstancia vino a confirmarla. De pronto, la mano de la médium se detuvo en mitad de una frase, sin que fuera posible obtener nada más; en ese momento, el niño, medio despierto, hizo varios movimientos en su cama; unos instantes después, cuando volvió a dormirse, la mano se movió de nuevo, continuando la conversación interrumpida. La evocación de personas vivas, realizada en buenas condiciones, demuestra de la manera menos discutible la acción distinta del Espíritu y del cuerpo y, por consiguiente, la existencia de un principio inteligente independiente de la materia. (Véanse en la Revista Espírita de 1860, páginas 11 y 81, varios ejemplos notables de evocación de personas vivas).

285 Telegrafía humana.

58. Dos personas, al evocarse recíprocamente, ¿podrían transmitirse sus pensamientos y comunicarse?

«Sí, y esta telegrafía humana será un día un medio universal de comunicación».

— ¿Por qué no se practica desde ahora?

«Algunas personas la practican, pero no todo el mundo; es necesario que los hombres se purifiquen para que su Espíritu se libere de la materia, y esta es otra razón para hacer la evocación en nombre de Dios. Hasta entonces queda circunscrita a las almas de élite y desmaterializadas, lo que rara vez se encuentra en el estado actual de los habitantes de la tierra».

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XXVI — PREGUNTAS QUE SE PUEDEN DIRIGIR A LOS ESPÍRITUS

✦

287 2HG. Nunca se dará demasiada importancia a la manera de formular las preguntas, y más aún a su naturaleza. Hay dos cosas que considerar en las que se dirigen a los Espíritus: la forma y el fondo. En cuanto a la forma, deben redactarse con claridad y precisión, evitando las preguntas complejas. Pero hay otro punto no menos importante: el orden que debe regir su disposición. Cuando un tema requiere una serie de preguntas, es esencial que se encadenen con método, de modo que se deriven naturalmente unas de otras; los Espíritus las responden con mucha más facilidad y claridad que cuando se plantean al azar, pasando sin transición de un asunto a otro. Por esta razón, siempre es muy útil prepararlas de antemano, sin perjuicio de intercalar, durante la sesión, las que surjan de las circunstancias. Además de que la redacción será mejor al hacerse con la mente reposada, este trabajo preparatorio es, como ya hemos dicho, una especie de evocación anticipada a la que el Espíritu puede haber asistido y haberse dispuesto a responder. Se observará que muy a menudo el Espíritu responde por anticipado a ciertas preguntas, lo que demuestra que las conocía de antemano.

El fondo de la pregunta requiere una atención aún más seria, pues a menudo es la naturaleza de la pregunta lo que provoca una respuesta acertada o falsa; hay algunas a las que los Espíritus no pueden o no deben responder por motivos que desconocemos: por consiguiente, es inútil insistir; pero lo que se debe evitar por encima de todo son las preguntas hechas con el pro-

pósito de poner a prueba su perspicacia. Cuando una cosa existe, se dice, deben saberla; ahora bien, precisamente porque ustedes la conocen, o tienen los medios para comprobarla por sí mismos, ellos no se toman la molestia de responder; esa desconfianza los ofende y no se obtiene nada satisfactorio. ¿No tenemos ejemplos de ello todos los días entre nosotros? ¿Acaso unos hombres superiores, conscientes de su valor, se entretendrían respondiendo a todas las preguntas necias que pretendieran someterlos a un examen como a escolares? El deseo de convertir en adepta a tal o cual persona no es para los Espíritus un motivo para satisfacer una vana curiosidad; saben que la convicción llegará tarde o temprano, y los medios que emplean para producirla no siempre son los que pensamos.

Imaginen a un hombre serio, ocupado en cosas útiles y graves, acosado sin cesar por las preguntas pueriles de un niño, y tendrán una idea de lo que deben pensar los Espíritus superiores de todas las necedades que se les dicen. De ello no se deduce que no se puedan obtener de los Espíritus informaciones útiles y, sobre todo, muy buenos consejos; pero responden más o menos bien según los conocimientos que ellos mismos poseen, el interés que merecemos de su parte y el afecto que nos tienen, y, por último, según el propósito que se persigue y la utilidad que ven en el asunto; pero si todo nuestro pensamiento se limita a creerlos más capaces que otros de informarnos de manera útil sobre las cosas de este mundo, no pueden sentir por nosotros una profunda simpatía; desde entonces solo hacen apariciones muy breves y, a menudo, según el grado de su imperfección, manifiestan su mal humor por haber sido molestados inútilmente.

Algunas personas piensan que es preferible abstenerse de hacer preguntas y que conviene esperar la enseñanza de los Espíritus sin provocarla; esto es un error. Los Espíritus dan, sin duda, instrucciones espontáneas de gran al-

cance, y sería un error descuidarlas; pero hay explicaciones que a menudo se esperarían durante mucho tiempo si no se solicitaran. Sin las preguntas que hemos propuesto, El libro de los Espíritus y El libro de los médiums estarían todavía por hacer, o al menos serían mucho menos completos, y una multitud de problemas de gran importancia estarían aún por resolver. Las preguntas, lejos de presentar el menor inconveniente, son de gran utilidad para la instrucción cuando se sabe mantenerlas dentro de los límites adecuados. Tienen otra ventaja: ayudar a desenmascarar a los Espíritus engañadores, que, siendo más vanidosos que sabios, rara vez salen airosos de la prueba de preguntas de lógica rigurosa con las que se los acorrala hasta sus últimos refugios. Como los Espíritus verdaderamente superiores no tienen nada que temer de semejante comprobación, son los primeros en propiciar explicaciones sobre los puntos oscuros; los otros, por el contrario, temiendo enfrentarse a alguien más fuerte, tienen mucho cuidado de evitarlas; por eso, en general, recomiendan a los médiums que quieren dominar, y a quienes quieren hacer aceptar sus utopías, que se abstengan de toda controversia acerca de sus enseñanzas.

Si se ha comprendido bien lo que hemos dicho hasta ahora en esta obra, ya se puede tener una idea del ámbito dentro del cual conviene mantener las preguntas que se pueden dirigir a los Espíritus; sin embargo, para mayor certeza, damos a continuación las respuestas que se han dado sobre los principales asuntos acerca de los cuales las personas poco experimentadas suelen estar dispuestas a interrogarlos.

288 Preguntas simpáticas o antipáticas para los Espíritus.

1. ¿Responden los Espíritus de buena gana a las preguntas que se les dirigen?

«Depende de las preguntas. Los Espíritus serios siempre responden con gusto a las que tienen por objeto el bien y los medios de hacerlos avanzar. No escuchan las preguntas fútiles».

2. ¿Basta con que una pregunta sea seria para obtener una respuesta seria?

«No, eso depende del Espíritu que responde».

— Pero ¿una pregunta seria no aleja a los Espíritus ligeros?

«Lo que aleja a los Espíritus ligeros no es la pregunta, sino el carácter de quien la hace».

3. ¿Cuáles son las preguntas particularmente antipáticas para los buenos Espíritus?

«Todas las que son inútiles o se hacen por curiosidad y para ponerlos a prueba; entonces no las responden y se alejan».

— ¿Hay preguntas que sean antipáticas para los Espíritus imperfectos?

«Solo las que pueden poner al descubierto su ignorancia o su superchería cuando intentan engañar; por lo demás, responden a todo sin preocuparse por la verdad».

4. ¿Qué pensar de las personas que solo ven en las comunicaciones espíritas una distracción y un pasatiempo, o un medio de obtener revelaciones sobre lo que les interesa?

«Esas personas agradan mucho a los Espíritus inferiores, que, como ellas, quieren divertirse y se alegran cuando las han engañado».

5. Cuando los Espíritus no responden a ciertas preguntas, ¿es por efecto de su voluntad o porque un poder superior se opone a ciertas revelaciones?

«Por ambas cosas; hay cosas que no pueden revelarse y otras que el propio Espíritu desconoce».

— Si se insistiera mucho, ¿acabaría el Espíritu por responder?

«No; el Espíritu que no quiere responder siempre tiene la posibilidad de

marcharse. Por eso es necesario esperar cuando se les dice que lo hagan y, sobre todo, no obstinarse en querer hacernos responder. Insistir en obtener una respuesta que no se les quiere dar es un medio seguro de ser engañados».

6. ¿Son todos los Espíritus capaces de comprender las preguntas que se les hacen? «Muy lejos de ello; los Espíritus inferiores son incapaces de comprender ciertas preguntas, lo que no les impide responder bien o mal, como sucede entre ustedes».

Observación. En ciertos casos, y cuando la cosa es útil, sucede con frecuencia que un Espíritu más instruido acude en ayuda del Espíritu ignorante y le sugiere lo que debe decir. Se lo reconoce fácilmente por el contraste entre ciertas respuestas y, además, porque el propio Espíritu lo admite a menudo. Esto solo sucede con los Espíritus ignorantes de buena fe, pero nunca con los que hacen alarde de un falso saber.

289 Preguntas sobre el porvenir.

7. ¿Pueden los Espíritus darnos a conocer el porvenir?

«Si el hombre conociera el porvenir, descuidaría el presente.

«Y este es otro punto sobre el que siempre insistís para obtener una respuesta precisa; es un gran error, pues la manifestación de los Espíritus no es un medio de adivinación. Si queréis una respuesta a toda costa, os la dará un Espíritu travieso: os lo decimos a cada momento». (Véase El libro de los Espíritus, conocimiento del porvenir, n.º 868.)

8. Sin embargo, ¿no hay a veces acontecimientos futuros que los Espíritus anuncian espontáneamente y con veracidad?...

«Puede suceder que el Espíritu prevea cosas que juzga útil dar a conocer, o que tenga la misión de daros a conocer; pero hay que desconfiar aún más

de los Espíritus engañadores que se divierten haciendo predicciones. Solo el conjunto de las circunstancias permite apreciar el grado de confianza que merecen».

9. ¿De qué clase de predicciones se debe desconfiar más?

«De todas aquellas que no tienen un fin de utilidad general. Las predicciones personales pueden considerarse casi siempre apócrifas».

10. ¿Qué fin persiguen los Espíritus que anuncian espontáneamente acontecimientos que no llegan a ocurrir?

«La mayoría de las veces lo hacen para divertirse con la credulidad, el miedo o la alegría que causan, y luego se ríen de la decepción. Sin embargo, estas predicciones mentirosas tienen a veces un fin más serio: poner a prueba a aquel a quien se hacen, para ver cómo se toma la cosa y qué sentimientos buenos o malos despierta en él».

Observación. Tal sería, por ejemplo, el anuncio de algo que pueda halagar la codicia o la ambición, como la muerte de una persona, la perspectiva de una herencia, etc.

11. ¿Por qué los Espíritus serios, cuando hacen presentir un acontecimiento, no suelen fijar su fecha? ¿Se debe a incapacidad o a su voluntad?

«A ambas cosas; en ciertos casos pueden hacer presentir un acontecimiento: es entonces una advertencia que os dan. En cuanto a precisar la época, muchas veces no deben hacerlo; muchas veces tampoco pueden, porque ni ellos mismos la conocen. El Espíritu puede prever que una cosa sucederá, pero el momento preciso puede depender de acontecimientos que aún no se han producido y que solo Dios conoce. Los Espíritus ligeros, que no tienen ningún escrúpulo en engañaros, os indican los días y las horas sin preocuparse de si se cumplirá. Por eso toda predicción detallada debe resultaros sospechosa.

«Una vez más, nuestra misión es haceros progresar; os ayudamos cuanto podemos. Quien pide sabiduría a los Espíritus superiores nunca será engañado; pero no creáis que perdemos el tiempo escuchando todas vuestras necedades y diciéndoos la buenaventura; dejamos eso a los Espíritus ligeros que se divierten con ello, como niños traviesos.

«La Providencia ha puesto límites a las revelaciones que pueden hacerse al hombre. Los Espíritus serios guardan silencio sobre todo lo que les está prohibido dar a conocer. Al insistir en obtener una respuesta, uno se expone a los engaños de los Espíritus inferiores, siempre dispuestos a aprovechar las ocasiones de tender trampas a vuestra credulidad».

Observación. Los Espíritus ven o presienten por inducción los acontecimientos futuros; los ven cumplirse en un tiempo que no miden como nosotros; para precisar la época, tendrían que identificarse con nuestra manera de calcular la duración, lo cual no siempre juzgan necesario; de ahí surge a menudo una causa de errores aparentes.

12. ¿No hay hombres dotados de una facultad especial que les permite entrever el porvenir?

«Sí, aquellos cuya alma se desprende de la materia; entonces es el Espíritu el que ve; y cuando esto es útil, Dios les permite revelar ciertas cosas para el bien; pero hay aún más impostores y charlatanes. Esta facultad será más común en el porvenir».

13. ¿Qué pensar de los Espíritus que se complacen en predecir a alguien su muerte en un día o a una hora determinados?

«Son Espíritus bromistas, y de muy mal gusto, cuyo único fin es disfrutar del miedo que causan. Nunca hay que preocuparse por ello».

14. ¿Cómo se explica que ciertas personas sean advertidas por un presentimiento de la época de su muerte?

«La mayoría de las veces es su propio Espíritu el que lo sabe en sus momentos de libertad y conserva una intuición de ello al despertar. Por eso estas personas, al estar preparadas, no se asustan ni se alteran. Solo ven en esta separación del cuerpo y del alma un cambio de situación o, si lo preferís, y por decirlo de una manera más sencilla, el abandono de un traje de paño burdo por un traje de seda. El temor a la muerte disminuirá a medida que se extiendan las creencias espíritas».

290 Preguntas sobre las existencias pasadas y futuras.

15. ¿Pueden los Espíritus darnos a conocer nuestras existencias pasadas?

«Dios permite a veces que sean reveladas según el fin que se persiga; si es para vuestra edificación e instrucción, serán verdaderas y, en ese caso, la revelación se hace casi siempre espontáneamente y de una manera completamente imprevista; pero nunca lo permite para satisfacer una vana curiosidad».

— ¿Por qué ciertos Espíritus nunca se niegan a hacer esta clase de revelaciones?

«Son Espíritus burlones que se divierten a vuestra costa. En general, debéis considerar falsas, o al menos sospechosas, todas las revelaciones de esta naturaleza que no tengan un fin sumamente serio y útil. Los Espíritus burlones se complacen en halagar el amor propio con supuestos orígenes. Hay médiums y creyentes que aceptan como moneda corriente lo que se les dice sobre este punto, y que no ven que el estado actual de su Espíritu no justifica en nada el rango que pretenden haber ocupado; pequeña vanidad con la que se divierten tanto los Espíritus burlones como los hombres. Sería más lógico y más conforme con la marcha progresiva de los seres que hubieran ascendido en vez de haber descendido, lo cual sería más honroso

para ellos. Para que se pudiera dar fe a esta clase de revelaciones, sería necesario que fueran hechas espontáneamente por diversos médiums que no se conocieran entre sí ni conocieran lo que se hubiera revelado anteriormente; entonces sí habría una razón evidente para creer».

— Si uno no puede conocer su individualidad anterior, ¿ocurre lo mismo con el género de existencia que ha tenido, la posición social que ha ocupado, las cualidades y los defectos que han predominado en nosotros?

«No, eso puede revelarse, porque podéis aprovecharlo para mejorar; pero, por lo demás, al estudiar vuestro presente, podéis deducir vosotros mismos vuestro pasado». (Véase El libro de los Espíritus: Olvido del pasado,

16. ¿Puede revelársenos algo sobre nuestras existencias futuras? «No; todo lo que os digan ciertos Espíritus al respecto no es más que una broma; y esto se comprende: vuestra existencia futura no puede quedar fijada de antemano, puesto que será lo que vosotros mismos hayáis hecho de ella con vuestra conducta en la tierra y con las resoluciones que hayáis tomado cuando seáis Espíritus. Cuanto menos tengáis que expiar, más feliz será; pero saber dónde y cómo será esa existencia, una vez más, es imposible, salvo el caso especial y raro de los Espíritus que solo están en la tierra para cumplir una misión importante, porque entonces su camino está en cierto modo trazado de antemano».

291 Preguntas sobre los intereses morales y materiales

17. ¿Se puede pedir consejo a los Espíritus?

«Sí, ciertamente; los buenos Espíritus nunca se niegan a ayudar a quienes los invocan con confianza, principalmente en lo que atañe al alma; pero rechazan a los hipócritas, a quienes aparentan pedir la luz y se complacen en las tinieblas».

18. ¿Pueden los Espíritus dar consejos sobre asuntos de interés privado?
«Algunas veces, según el motivo. Eso depende también de a quién se dirija uno. Los consejos relativos a la vida privada los dan con mayor exactitud los Espíritus familiares, porque se vinculan a una persona y se interesan por lo que le concierne: son el amigo, el confidente de vuestros pensamientos más secretos; pero a menudo los cansáis con preguntas tan disparatadas que os dejan plantados. Sería tan absurdo preguntar cosas íntimas a Espíritus que os son extraños como dirigirse para ello al primer individuo que encontrarais en vuestro camino. Nunca deberíais olvidar que la puerilidad de las preguntas es incompatible con la superioridad de los Espíritus. También hay que tener en cuenta las cualidades del Espíritu familiar, que puede ser bueno o malo, según sus simpatías por la persona a la que se vincula. El Espíritu familiar de un hombre malo es un Espíritu malo, cuyos consejos pueden ser perniciosos, pero que se aleja y cede el lugar a un espíritu mejor si el hombre mismo mejora. Los semejantes atraen a los semejantes».
19. ¿Pueden los Espíritus familiares favorecer los intereses materiales mediante revelaciones?
«Pueden hacerlo, y lo hacen algunas veces según las circunstancias, pero tened por seguro que los buenos Espíritus nunca se prestan a servir a la codicia. Los malos hacen brillar ante vuestros ojos mil atractivos para avivarla y luego burlarse de vosotros mediante el desengaño. Sabed también que, si vuestra prueba consiste en sufrir tal o cual vicisitud, vuestros Espíritus protectores pueden ayudaros a soportarla con más resignación, suavizarla algunas veces; pero, por el propio interés de vuestro porvenir, no les está permitido libraros de ella. Así es como un buen padre no concede a su hijo todo lo que desea».

Observación. Nuestros Espíritus protectores pueden, en muchas circunstancias, indicarnos el mejor camino, sin llevarnos, sin embargo, de la mano; de otro modo perderíamos toda iniciativa y no nos atreveríamos a dar un paso sin recurrir a ellos, en perjuicio de nuestro perfeccionamiento. Para progresar, el hombre necesita a menudo adquirir experiencia a su costa; por eso los Espíritus sabios, aun aconsejándonos, nos dejan con frecuencia a nuestras propias fuerzas, como hace un maestro hábil con sus alumnos. En las circunstancias ordinarias de la vida, nos aconsejan mediante la inspiración y nos dejan así todo el mérito del bien, como nos dejan toda la responsabilidad de la mala elección.

Sería abusar de la condescendencia de los Espíritus familiares y equivocarse sobre su misión interrogarlos a cada instante acerca de las cosas más comunes, como hacen ciertos médiums. Los hay que, por cualquier cosa, toman el lápiz y piden consejo para la acción más sencilla. Esta manía denota estrechez de ideas; al mismo tiempo, hay presunción en creer que siempre se tiene un Espíritu servidor a las propias órdenes, sin otra cosa que hacer que ocuparse de nosotros y de nuestros pequeños intereses. Es, además, anular el propio juicio y reducirse a un papel pasivo sin provecho para la vida presente y, con toda seguridad, perjudicial para el progreso futuro. Si hay puerilidad en interrogar a los Espíritus sobre cosas fútiles, no la hay menos por parte de los Espíritus que se ocupan espontáneamente de lo que se puede llamar los detalles domésticos; pueden ser buenos, pero sin duda son todavía muy terrenales.

20. Si una persona deja al morir asuntos enredados, ¿se puede pedir a su Espíritu que ayude a aclararlos, y se le puede preguntar también por los bienes que realmente ha dejado, en caso de que se desconozcan, si es en interés de la justicia?

«Olvidáis que la muerte es una liberación de las preocupaciones de la tierra; ¿creéis, pues, que el Espíritu que se siente feliz con su libertad vuelve de buena gana a tomar su cadena y a ocuparse de cosas que ya no le conciernen, para satisfacer la codicia de sus herederos, que quizá se han alegrado de su muerte con la esperanza de que les resultara provechosa? Habláis de justicia; pero la justicia está en la frustración de su codicia; es el comienzo de los castigos que Dios reserva a su avidez por los bienes de la tierra. Por otra parte, las dificultades que deja a veces la muerte de una persona forman parte de las pruebas de la vida, y ningún Espíritu tiene el poder de libraros de ellas, porque están en los decretos de Dios».

Observación. La respuesta anterior decepcionará sin duda a quienes se figuran que los Espíritus no tienen nada mejor que hacer que servirnos de auxiliares clarividentes para guiarnos, no hacia el cielo, sino por la tierra. Otra consideración viene a apoyar esta respuesta. Si un hombre ha dejado durante su vida sus asuntos en desorden por descuido, no es verosímil que después de su muerte se preocupe más por ellos, pues debe sentirse feliz de verse libre de los quebraderos de cabeza que le causaban y, por poco elevado que sea, les dará aún menos importancia como Espíritu que como hombre. En cuanto a los bienes desconocidos que haya podido dejar, no tiene razón alguna para interesarse por herederos ávidos que probablemente ya no pensarían en él si no esperaran sacar algo, y, si todavía está imbuido de las pasiones humanas, puede complacerse maliciosamente en su decepción.

Si, en interés de la justicia y de las personas a quienes quiere, un Espíritu juzga útil hacer revelaciones de este género, las hace espontáneamente, y para ello no se necesita ser médium ni recurrir a uno; hace que las cosas se conozcan mediante circunstancias fortuitas, pero nunca a petición de quie-

nes se lo solicitan, puesto que esa petición no puede cambiar la naturaleza de las pruebas que se deben sufrir; más bien podría agravarlas, porque casi siempre es un indicio de codicia y demuestra al Espíritu que se ocupan de él por interés. (Véase el n.º 295).

292 Preguntas sobre la suerte de los Espíritus.

21. ¿Se puede pedir a los Espíritus información sobre su situación en el mundo de los Espíritus?

«Sí, y la dan de buena gana cuando la petición está dictada por la simpatía o el deseo de ser útil, y no por la curiosidad».

22. ¿Pueden los Espíritus describir la naturaleza de sus sufrimientos o de su felicidad?

«Perfectamente, y esta clase de revelaciones constituye una gran enseñanza para vosotros, pues os inicia en la verdadera naturaleza de las penas y las recompensas futuras; al destruir las ideas falsas que os formáis al respecto, tiende a reavivar la fe y vuestra confianza en la bondad de Dios. Los buenos Espíritus se sienten felices de describiros la dicha de los elegidos; los malos pueden verse obligados a describir sus sufrimientos para provocar en ellos el arrepentimiento; incluso encuentran a veces una especie de alivio: es el desdichado que expresa su queja con la esperanza de despertar compasión.

«No olvidéis que el fin esencial, exclusivo, del espiritismo es vuestro mejoramiento, y para alcanzarlo se permite a los Espíritus iniciaros en la vida futura, ofreciéndoos ejemplos que podéis aprovechar. Cuanto más os identifiquéis con el mundo que os espera, menos añoraréis aquel en el que estáis ahora. Este es, en definitiva, el fin actual de la revelación».

23. Al evocar a una persona cuya suerte se desconoce, ¿se puede saber por

ella misma si aún vive?

«Sí, si la incertidumbre sobre su muerte no es una necesidad o una prueba para quienes tienen interés en saberlo».

— Si ha muerto, ¿puede dar a conocer las circunstancias de su muerte de manera que se pueda comprobar?

«Si les concede alguna importancia, lo hará; de otro modo, poco le preocupan».

Observación. La experiencia demuestra que, en este caso, al Espíritu no lo mueven en absoluto los motivos de interés que se puedan tener para conocer las circunstancias de su muerte; si desea revelarlas, lo hace por sí mismo, ya sea por vía mediúmnica o mediante visiones o apariciones, y entonces puede dar las indicaciones más precisas; en caso contrario, un Espíritu engañador puede perfectamente inducir a error y divertirse haciendo emprender investigaciones inútiles.

Sucede con frecuencia que la desaparición de una persona cuya muerte no puede comprobarse oficialmente entorpece los asuntos de familia. Solo en casos muy raros y muy excepcionales hemos visto a los Espíritus encaminar hacia la verdad a petición de quienes se lo solicitan; si quisieran hacerlo, sin duda podrían, pero a menudo no les está permitido si esas dificultades son pruebas para quienes tendrían interés en librarse de ellas.

Es, pues, engañarse con una esperanza quimérica intentar recuperar herencias por este medio, cuyo resultado más seguro es el dinero que se gasta con ese fin.

No faltan Espíritus dispuestos a alimentar semejantes esperanzas, y que no tienen ningún escrúpulo en inducir a realizar gestiones de las que a menudo uno se alegra mucho de salir con solo un poco de ridículo.

295. Preguntas sobre la salud.

24. ¿Pueden los Espíritus dar consejos para la salud?

«La salud es una condición necesaria para el trabajo que se debe realizar en la tierra; por eso se ocupan de ella de buena gana; pero, como entre ellos hay ignorantes y sabios, no conviene, para esto ni para ninguna otra cosa, dirigirse al primero que se presente».

25. Al dirigirse al Espíritu de una celebridad médica, ¿se tiene mayor certeza de obtener un buen consejo?

«Las celebridades terrenales no son infalibles y a menudo tienen ideas sistemáticas que no siempre son acertadas y de las que la muerte no las libera de inmediato. La ciencia terrenal es muy poca cosa al lado de la ciencia celestial; solo los Espíritus superiores poseen esta última ciencia; sin tener nombres conocidos por vosotros, pueden saber mucho más que vuestros sabios sobre todas las cosas. La ciencia por sí sola no hace superiores a los Espíritus, y os sorprendería mucho el rango que ciertos sabios ocupan entre nosotros. El Espíritu de un sabio puede, pues, no saber más que cuando estaba en la tierra, si no ha progresado como Espíritu».

26. El sabio, convertido en Espíritu, ¿reconoce sus errores científicos?

«Si ha llegado a un grado lo bastante elevado para haberse librado de su vanidad y comprender que su desarrollo no está completo, los reconoce y los confiesa sin vergüenza; pero, si no está lo bastante desmaterializado, puede conservar algunos de los prejuicios de los que estaba imbuido en la tierra».

27. ¿Podría un médico, al evocar a aquellos de sus enfermos que han muerto, obtener de ellos aclaraciones sobre la causa de su muerte, los errores que pudo haber cometido en el tratamiento y adquirir así más experiencia?

«Puede hacerlo, y le sería muy útil, sobre todo si se hiciera asistir por Espí-

ritus esclarecidos que suplieran la falta de conocimientos de ciertos enfermos. Pero para ello tendría que realizar este estudio de manera seria, asidua, con un fin humanitario, y no como un medio de adquirir sin esfuerzo saber y fortuna».

294 Preguntas sobre las invenciones y los descubrimientos.

28. ¿Pueden los Espíritus guiar en las investigaciones científicas y los descubrimientos? 4

«La ciencia es obra del genio; solo debe adquirirse mediante el trabajo, pues solo por el trabajo avanza el hombre en su camino. ¿Qué mérito tendría si le bastara con interrogar a los Espíritus para saberlo todo? Cualquier imbécil podría hacerse sabio a ese precio. Lo mismo sucede con las invenciones y los descubrimientos de la industria. Además, hay otra consideración: cada cosa debe llegar a su tiempo y cuando las ideas estén maduras para recibirla; si el hombre tuviera ese poder, trastornaría el orden de las cosas haciendo crecer los frutos antes de su temporada.

«Dios dijo al hombre: Sacarás tu alimento de la tierra con el sudor de tu frente; admirable imagen que retrata la condición en que se encuentra en este mundo; debe progresar en todo mediante el esfuerzo del trabajo; si se le dieran las cosas ya hechas, ¿de qué le serviría su inteligencia? Sería como el escolar al que otro le hiciera la tarea».

29. ¿Nunca reciben el sabio y el inventor la ayuda de los Espíritus en sus investigaciones?

«¡Oh! Eso es muy distinto. Cuando ha llegado el momento de un descubrimiento, los Espíritus encargados de dirigir su marcha buscan al hombre capaz de llevarlo a buen término y le inspiran las ideas necesarias, de manera que le dejen todo el mérito, pues esas ideas debe elaborarlas y ponerlas

en práctica. Así sucede con todas las grandes obras de la inteligencia humana. Los Espíritus dejan a cada hombre en su esfera; de quien solo sirve para cavar la tierra no harán el depositario de los secretos de Dios; pero sabrán sacar de la oscuridad al hombre capaz de secundar sus designios. No os dejéis, pues, arrastrar por curiosidad o ambición por un camino que no es el objetivo del espiritismo y que os llevaría a los más ridículos engaños».

Observación. El conocimiento más esclarecido del espiritismo ha calmado la fiebre de los descubrimientos que, al principio, se había esperado hacer por este medio. Se había llegado a pedir a los Espíritus recetas para teñir y hacer crecer el cabello, curar los callos de los pies, etc. Hemos visto a muchas personas que creyeron tener su fortuna hecha y solo obtuvieron procedimientos más o menos ridículos. Lo mismo sucede cuando se quiere, con ayuda de los Espíritus, penetrar en los misterios del origen de las cosas; ciertos Espíritus tienen sobre estas materias su propio sistema, que a menudo no vale más que el de los hombres y que es prudente acoger solo con la mayor reserva.

295 Preguntas sobre los tesoros ocultos.

30. ¿Pueden los Espíritus hacer descubrir los tesoros ocultos?

«Los Espíritus superiores no se ocupan de estas cosas; pero los Espíritus burlones suelen indicar tesoros que no existen, o también pueden hacer ver uno en un lugar cuando está en el opuesto; y esto tiene su utilidad para mostrar que la verdadera fortuna está en el trabajo. Si la Providencia destina riquezas ocultas a alguien, las encontrará de manera natural; de lo contrario, no».

31. ¿Qué pensar de la creencia en los Espíritus guardianes de los tesoros ocultos?

«Los Espíritus que no se han desmaterializado se apegan a las cosas. Los avaros que han escondido sus tesoros pueden seguir vigilándolos y guardándolos después de su muerte, y la turbación que sienten al ver que se los llevan es uno de sus castigos, hasta que comprendan que no les sirven de nada. También están los Espíritus de la tierra encargados de dirigir sus transformaciones interiores, a quienes, por alegoría, se ha convertido en guardianes de las riquezas naturales».

Observación. La cuestión de los tesoros ocultos pertenece a la misma categoría que la de las herencias desconocidas; muy loco sería quien contara con las supuestas revelaciones que pudieran hacerle los bromistas del mundo invisible. Hemos dicho que, cuando los Espíritus quieren o pueden hacer semejantes revelaciones, lo hacen espontáneamente y no necesitan médiums para ello. He aquí un ejemplo:

Una señora acababa de perder a su marido después de treinta años de matrimonio y se encontraba a punto de ser expulsada de su domicilio, sin recurso alguno, por sus hijastros, para quienes había sido una madre. Su desesperación había llegado al colmo cuando una noche se le apareció su marido y le dijo que lo siguiera a su despacho; allí le mostró su escritorio, que aún estaba precintado, y, por un efecto de segunda vista, le hizo ver su interior; le indicó un cajón secreto que ella no conocía y le explicó su mecanismo; añadió: He previsto lo que sucede y he querido asegurar tu porvenir; en este cajón están mis últimas disposiciones; te cedo el disfrute de esta casa y una renta de....; luego desapareció. El día en que se levantaron los precintos, nadie pudo abrir el cajón; entonces la señora contó lo que le había sucedido. Lo abrió siguiendo las indicaciones de su marido y se encontró en él el testamento conforme a lo que se le había anunciado.

296 Preguntas sobre los otros mundos.

32. Qué grado de confianza se puede tener en las descripciones que hacen los Espíritus de los diferentes mundos «Eso depende del grado de adelanto real de los Espíritus que dan esas descripciones; pues comprendéis que los Espíritus vulgares son tan incapaces de informaros al respecto como lo es un ignorante entre vosotros de describir todos los países de la tierra. A menudo les dirigís preguntas científicas sobre esos mundos que esos Espíritus no pueden resolver; si son de buena fe, hablan de ellos según sus ideas personales; si son Espíritus frívolos, se divierten dándoos descripciones extrañas y fantásticas; tanto más cuanto que esos Espíritus, que no carecen de imaginación en la erraticidad más que en la tierra, recurren a esa facultad para relatar muchas cosas que no tienen nada de real. Sin embargo, no creáis que sea absolutamente imposible obtener algunas aclaraciones sobre esos mundos; los buenos Espíritus incluso se complacen en describiros aquellos que habitan, a fin de que os sirvan de enseñanza para mejoraros y animaros a seguir el camino que puede conduciros a ellos; es un medio de fijar vuestras ideas sobre el porvenir y de no dejaros en la vaguedad».

— ¿Cómo se puede comprobar la exactitud de esas descripciones?

«La mejor comprobación es la concordancia que pueda haber entre ellas; pero recordad que tienen por objeto vuestro mejoramiento moral y que, por consiguiente, es sobre el estado moral de sus habitantes sobre lo que podéis estar mejor informados, y no sobre el estado físico o geológico de esos globos. Con vuestros conocimientos actuales, ni siquiera podríais comprenderlo; ese estudio no serviría para vuestro progreso en este mundo y tendréis todas las posibilidades de hacerlo cuando estéis allí».

Observación. Las preguntas sobre la constitución física y los elementos astronómicos de los mundos entran en el ámbito de las investigaciones cien-

tíficas cuyo esfuerzo los Espíritus no deben ahorrarnos; de lo contrario, a un astrónomo le resultaría muy cómodo hacer que ellos realizaran sus cálculos, algo que, sin duda, se guardaría mucho de reconocer. Si los Espíritus pudieran, mediante la revelación, ahorrar el trabajo de un descubrimiento, es probable que lo hicieran en favor del sabio lo bastante modesto como para reconocer abiertamente su fuente, antes que en provecho de los orgullosos que los niegan y a quienes, por el contrario, suelen deparar decepciones en su amor propio.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XXVII — DE LAS CONTRADICCIONES Y LAS MISTIFICACIONES

✦

297 De las contradicciones.

Los adversarios del espiritismo no dejan de objetar que los adeptos no están de acuerdo entre sí; que no todos comparten las mismas creencias; en una palabra, que se contradicen. Si, dicen, los Espíritus les imparten la enseñanza, ¿cómo es que no es idéntica? Solo un estudio serio y profundo de esta ciencia puede reducir este argumento a su justo valor.

Apresurémonos a decir primero que estas contradicciones, de las que algunas personas hacen gran alarde, son en general más aparentes que reales; que a menudo atañen más a la superficie que al fondo de la cuestión y que, por consiguiente, carecen de importancia. Las contradicciones proceden de dos fuentes: los hombres y los Espíritus.

298 Las contradicciones de origen humano se han explicado suficientemente en el capítulo de los sistemas, n.º 36, al que remitimos. Todos comprenderán que al principio, cuando las observaciones aún eran incompletas, surgieran opiniones divergentes sobre las causas y las consecuencias de los fenómenos espíritas, opiniones cuyas tres cuartas partes ya se han desvanecido ante un estudio más serio y profundo.

298.2 Con muy pocas excepciones, y salvo algunas personas que no abandonan fácilmente las ideas que han acariciado o concebido, puede decirse que hoy existe unidad entre la inmensa mayoría de los espíritas, al menos

en cuanto a los principios generales, aunque quizá no en algunos detalles insignificantes.

299 Para comprender la causa y el valor de las contradicciones de origen espírita, es necesario haberse familiarizado con la naturaleza del mundo invisible y haberlo estudiado en todos sus aspectos. A primera vista puede parecer sorprendente que los Espíritus no piensen todos del mismo modo, pero esto no puede sorprender a quien haya comprendido el número infinito de grados que deben recorrer antes de alcanzar lo alto de la escala. Suponerles una misma apreciación de las cosas sería suponer que todos están al mismo nivel; pensar que todos deben ver con acierto sería admitir que todos han llegado a la perfección, lo cual no es así ni puede serlo, si se considera que no son otra cosa que la humanidad despojada de la envoltura corporal. Como los Espíritus de todos los rangos pueden manifestarse, sus comunicaciones llevan el sello de su ignorancia o de su saber, de su inferioridad o de su superioridad moral. Las instrucciones que hemos dado deben conducir a distinguir lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo.

No hay que olvidar que entre los Espíritus hay, como entre los hombres, falsos sabios y personas de saber a medias, orgullosos, presuntuosos y partidarios de sistemas. Como solo a los Espíritus perfectos les es dado conocerlo todo, para los demás hay, como para nosotros, misterios que explican a su manera, según sus ideas, y sobre los cuales pueden formarse opiniones más o menos acertadas, que por amor propio se empeñan en hacer prevalecer y que les gusta reproducir en sus comunicaciones. El error de algunos de sus intérpretes consiste en haber adoptado con demasiada ligereza opiniones contrarias al sentido común y haberse convertido en sus editores responsables. Así pues, las contradicciones de origen espírita no tienen otra

causa que la diversidad de inteligencia„ conocimientos, juicio y moralidad de ciertos Espíritus que aún no son aptos para conocerlo y comprenderlo todo. (Véase Libro de los Espíritus, Introducción, XIII; Conclusión, IX.)

300 ¿De qué sirve la enseñanza de los Espíritus, dirán algunas personas, si no nos ofrece más certeza que la enseñanza humana? La respuesta es fácil. No aceptamos con la misma confianza la enseñanza de todos los hombres, y entre dos doctrinas damos preferencia a aquella cuyo autor nos parece más ilustrado, más capaz, más juicioso y menos susceptible a las pasiones; hay que actuar del mismo modo con los Espíritus.

300.2 Si entre ellos hay algunos que no están por encima de la humanidad, hay muchos que la han superado, y estos pueden darnos instrucciones que buscaríamos en vano entre los hombres más instruidos. Hay que esforzarse en distinguirlos de la multitud de Espíritus inferiores si se quiere adquirir conocimiento, y a esta distinción conduce el conoci- J miento profundo del espiritismo.

300.3 Pero incluso estas instrucciones tienen un límite, y si a los Espíritus no les es dado saberlo todo, con mayor razón debe ocurrir lo mismo con los hombres. Hay, pues, cosas sobre las que se les preguntaría en vano, ya sea porque les está prohibido revelarlas, ya sea porque ellos mismos las ignoran, y sobre las cuales solo pueden darnos su opinión personal; ahora bien, son estas opiniones personales las que los Espíritus orgullosos presentan como verdades absolutas.

300.4 Es sobre todo en lo que debe permanecer oculto, como el porvenir y el principio de las cosas, en lo que más insisten, para aparentar que poseen los secretos de Dios; por eso es en estos puntos donde hay más contradicciones. (Véase el capítulo anterior.)

301 Estas son las respuestas dadas por los Espíritus a las siguientes preguntas relativas a las contradicciones;

1. Un mismo Espíritu que se comunica en dos centros diferentes, ¿puede transmitirles respuestas contradictorias sobre un mismo asunto?

«Si los dos centros difieren en opiniones y pensamientos, la respuesta podrá llegarles desfigurada, porque están bajo la influencia de diferentes grupos de Espíritus: no es la respuesta la que es contradictoria, sino la manera en que se transmite.

2. Se comprende que una respuesta pueda ser alterada; pero cuando las cualidades del médium excluyen toda idea de mala influencia, ¿cómo se explica que Espíritus superiores empleen un lenguaje diferente y contradictorio sobre el mismo asunto con personas perfectamente serias? «Los Espíritus realmente superiores nunca se contradicen, y su lenguaje es siempre el mismo con las mismas personas. Puede ser diferente según las personas y los lugares; pero hay que prestar atención a esto: la contradicción muchas veces es solo aparente; está más en las palabras que en el pensamiento, pues al reflexionar se descubre que la idea fundamental es la misma. Además, un mismo Espíritu puede responder de manera diferente a la misma pregunta, según el grado de perfección de quienes lo evocan, porque no siempre es bueno que todos reciban la misma respuesta, puesto que no están igualmente adelantados. Es exactamente como si un niño y un sabio te hicieran la misma pregunta; sin duda responderías a uno y a otro de manera que te comprendieran y quedaran satisfechos; la respuesta, aunque diferente, tendría en el fondo el mismo contenido».

3. ¿Con qué fin los Espíritus serios parecen dar crédito, ante ciertas personas, a ideas e incluso a prejuicios que combaten ante otras?

«Es preciso que nos hagamos comprender. Si alguien tiene una convicción

muy firme acerca de una doctrina, aunque sea falsa, debemos apartarlo de esa convicción, pero poco a poco; por eso empleamos a menudo sus términos y parecemos compartir sus ideas, para que no se ofenda de pronto y no deje de instruirse junto a nosotros.

«Por lo demás, no es bueno atacar demasiado bruscamente los prejuicios; sería la manera de no ser escuchado. Por eso los Espíritus hablan a menudo de acuerdo con la opinión de quienes los escuchan, para conducirlos poco a poco a la verdad. Adaptan su lenguaje a las personas, como tú mismo lo haces si eres un orador algo hábil; por eso no hablarán a un chino o a un mahometano como hablarán a un francés o a un cristiano, pues estarían seguros de ser rechazados. «No hay que tomar por una contradicción lo que muchas veces es solo una parte de la elaboración de la verdad. Todos los Espíritus tienen su tarea señalada por Dios; la cumplen en las condiciones que juzgan convenientes para el bien de quienes reciben sus comunicaciones».

4. Las contradicciones, incluso aparentes, pueden sembrar dudas en el espíritu de ciertas personas; ¿qué medio de comprobación puede emplearse para conocer la verdad?

«Para distinguir el error de la verdad, hay que profundizar en estas respuestas y meditarlas durante mucho tiempo con seriedad; es todo un estudio que debe hacerse. Para ello se necesita tiempo, como para estudiar cualquier cosa.

«Estudiad, comparad, profundizad; os lo decimos sin cesar: ese es el precio del conocimiento de la verdad. ¿Y cómo queréis llegar a la verdad cuando lo interpretáis todo según vuestras ideas estrechas, que tomáis por grandes ideas? Pero no está lejos el día en que la enseñanza de los Espíritus será uniforme en todas partes, tanto en los detalles como en las cosas principales.

Su misión es destruir el error, pero eso solo puede hacerse de manera gradual».

5. Hay personas que no tienen ni el tiempo ni la aptitud necesarios para un estudio serio y profundo, y que aceptan sin examen lo que se les enseña. ¿No hay para ellas algún inconveniente en dar crédito a errores?

«Que practiquen el bien y no hagan ningún mal, eso es lo esencial; para ello no hay dos doctrinas. El bien siempre es el bien, ya lo hagáis en nombre de Alá o de Jehová, pues hay un solo y mismo Dios para el Universo».

6. ¿Cómo pueden los Espíritus que parecen tener una inteligencia desarrollada sostener ideas evidentemente falsas sobre ciertas cosas?

«Tienen su doctrina. Los que no están suficientemente adelantados y creen estarlo toman sus ideas por la verdad. Es como entre vosotros.

7. ¿Qué pensar de las doctrinas según las cuales un solo Espíritu podría comunicarse, y ese Espíritu sería Dios o Jesús?

«El Espíritu que enseña eso es un Espíritu que quiere dominar; por eso quiere hacer creer que es el único. Pero el desdichado que se atreve a tomar el nombre de Dios expiará muy caro su orgullo. En cuanto a esas doctrinas, se refutan por sí mismas, porque están en contradicción con los hechos más comprobados; no merecen un examen serio, pues no tienen raíces.

«La razón os dice que el bien procede de una fuente buena y el mal de una mala; ¿por qué querríais que un árbol bueno diera frutos malos? ¿Habéis recogido alguna vez uvas de un manzano? La diversidad de las comunicaciones es la prueba más patente de la diversidad de su origen. Por lo demás, los Espíritus que pretenden ser los únicos que se comunican olvidan decir por qué los demás no podrían hacerlo. Su pretensión es la negación de lo más bello y consolador que tiene el espiritismo: las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible, entre los hombres y los seres que les

son queridos y que, de ese modo, estarían perdidos para ellos sin retorno. Son esas relaciones las que identifican al hombre con su porvenir y lo desligan del mundo material; suprimir esas relaciones es volver a sumergirlo en la duda que lo atormenta; es alimentar su egoísmo. Al examinar con cuidado la doctrina de esos Espíritus, se reconocen a cada paso contradicciones injustificables, huellas de su ignorancia sobre las cosas más evidentes y, por consiguiente, señales ciertas de su inferioridad». El Espíritu de verdad.

8. De todas las contradicciones que se observan en las comunicaciones de los Espíritus, una de las más llamativas es la relativa a la reencarnación. Si la reencarnación es una necesidad de la vida espírita, ¿cómo se explica que no todos los Espíritus la enseñen?

«¿No sabéis que hay Espíritus cuyas ideas se limitan al presente, como sucede con muchos hombres de la Tierra? Creen que lo que existe para ellos debe durar siempre; no ven más allá del círculo de sus percepciones y no se preocupan por saber de dónde vienen ni adónde van, y sin embargo deben someterse a la ley de la necesidad. La reencarnación es para ellos una necesidad en la que solo piensan cuando llega; saben que el Espíritu progresa, pero ¿de qué manera? Eso es para ellos un problema. Entonces, si se lo preguntáis, os hablarán de los siete cielos superpuestos como pisos; incluso hay algunos que os hablarán de la esfera del fuego, de la esfera de las estrellas, y después de la ciudad de las flores y de la de los elegidos».

9. Comprendemos que los Espíritus poco adelantados puedan no entender esta cuestión; pero entonces, ¿cómo se explica que Espíritus de una inferioridad moral e intelectual notoria hablen espontáneamente de sus diferentes existencias y de su deseo de reencarnarse para redimir su pasado? «En el mundo de los Espíritus ocurren cosas que os resulta muy difícil comprender. ¿No tenéis entre vosotros personas muy ignorantes en ciertas cosas y

que están instruidas en otras; personas que tienen más juicio que instrucción, y otras que tienen más ingenio que juicio? ¿No sabéis también que ciertos Espíritus se complacen en mantener a los hombres en la ignorancia mientras aparentan instruirlos, y que se aprovechan de la facilidad con que se da fe a sus palabras? Pueden seducir a quienes no van al fondo de las cosas, pero cuando se los acorrala mediante el razonamiento, no sostienen mucho tiempo su papel.

«Además, hay que tener en cuenta la prudencia con que los Espíritus proceden, en general, al divulgar la verdad: una luz demasiado viva y repentina deslumbra y no ilumina. Por eso pueden, en ciertos casos, juzgar útil difundirla solo de manera gradual, según los tiempos, los lugares y las personas. Moisés no enseñó todo lo que enseñó Cristo, y el propio Cristo dijo muchas cosas cuya comprensión estaba reservada a las generaciones futuras. Habláis de la reencarnación y os asombra que este principio no se haya enseñado en ciertas regiones; pero pensad que, en un país donde el prejuicio del color reina como soberano, donde la esclavitud está arraigada en las costumbres, se habría rechazado el espiritismo por el solo hecho de que hubiera proclamado la reencarnación, pues la idea de que quien es amo pueda convertirse en esclavo, y viceversa, habría parecido monstruosa. ¿No era mejor hacer que se aceptara primero el principio general, para sacar más tarde sus consecuencias? ¡Oh, hombres! ¡Qué corta es vuestra vista para juzgar los designios de Dios! Sabed, pues, que nada se hace sin su permiso y sin un fin que muchas veces no podéis comprender. Os he dicho que se alcanzaría la unidad en la creencia espírita; tened por seguro que se alcanzará y que las disensiones, ya menos profundas, se irán borrando poco a poco a medida que los hombres se instruyan, y que desaparecerán por completo, pues tal es la voluntad de Dios, contra la cual el error no puede prevale-

cer». El Espíritu de verdad.

10. Las doctrinas erróneas que pueden enseñar ciertos Espíritus, ¿no tienen por efecto retrasar el progreso de la verdadera ciencia?

«Querríais tenerlo todo sin esfuerzo; sabed, pues, que no hay campo en el que no crezca mala hierba que el labrador deba arrancar. Esas doctrinas erróneas son una consecuencia de la inferioridad de vuestro mundo; si los hombres fueran perfectos, solo aceptarían la verdad. Los errores son como las piedras falsas, que solo un ojo ejercitado puede distinguir; necesitáis, por tanto, un aprendizaje para distinguir lo verdadero de lo falso. Pues bien, las doctrinas falsas tienen la utilidad de ejercitaros en distinguir la verdad del error».

— Quienes adoptan el error, ¿no se retrasan en su adelanto?

«Si adoptan el error, es porque no están suficientemente adelantados para comprender la verdad.

502. Mientras se alcanza la unidad, cada uno cree tener la verdad de su parte y sostiene que solo él está en lo cierto; ilusión que los Espíritus engañadores no dejan de alimentar. ¿En qué puede basarse el hombre imparcial y desinteresado para emitir un juicio?

«La luz más pura no está oscurecida por ninguna nube; el diamante sin mancha es el que tiene más valor; juzgad, pues, a los Espíritus por la pureza de su enseñanza. La unidad se alcanzará del lado en que el bien nunca se haya mezclado con el mal; hacia ese lado se reunirán los hombres por la fuerza de las cosas, pues juzgarán que allí está la verdad. Observad, además, que los principios fundamentales son los mismos en todas partes y deben uniros en un pensamiento común: el amor a Dios y la práctica del bien. Sea cual sea, pues, la forma de progresión que se suponga para las almas, el fin último es el mismo, y el medio de alcanzarlo también es el mismo: hacer el

bien; ahora bien, no hay dos maneras de hacerlo. Si surgen disensiones fundamentales en cuanto al principio mismo de la doctrina, tenéis una regla segura para valorarlas; esa regla es esta: la mejor doctrina es la que mejor satisface al corazón y a la razón, y la que tiene más elementos para conducir a los hombres al bien; os aseguro que esa será la que prevalezca».

El Espíritu de verdad.

Observación. Las contradicciones que se presentan en las comunicaciones espíritas pueden deberse a las siguientes causas: a la ignorancia de ciertos Espíritus; al engaño de los Espíritus inferiores que, por malicia o maldad, dicen lo contrario de lo que ha dicho en otra parte el Espíritu cuyo nombre usurpan; a la voluntad del propio Espíritu que habla según los tiempos, los lugares y las personas, y puede juzgar útil no decirlo todo a todo el mundo; a la insuficiencia del lenguaje humano para expresar las cosas del mundo incorpóreo; a la insuficiencia de los medios de comunicación, que no siempre permiten al Espíritu expresar todo su pensamiento; y, por último, a la interpretación que cada uno puede dar a una palabra o a una explicación, según sus ideas, sus prejuicios o el punto de vista desde el cual considera la cuestión. Solo el estudio, la observación, la experiencia y la renuncia a todo sentimiento de amor propio pueden enseñar a distinguir esos diversos matices.

303 De las mistificaciones

Si es desagradable ser engañado, lo es aún más ser víctima de una mistificación; por lo demás, este es uno de los inconvenientes de los que resulta más fácil precaverse. Los medios para frustrar las artimañas de los Espíritus embusteros se desprenden de todas las instrucciones anteriores; por eso diremos poco al respecto. Estas son las respuestas de los Espíritus sobre este

asunto:

1. Las mistificaciones son uno de los escollos más desagradables del espiritismo práctico; ¿hay algún medio de precaverse de ellas?

«Me parece que podéis encontrar la respuesta en todo lo que se os ha enseñado. Sí, ciertamente, hay un medio sencillo para ello: no pedir al espiritismo más que lo que puede y debe daros; su fin es el mejoramiento moral de la humanidad; mientras no os apartéis de él, nunca seréis engañados, porque no hay dos maneras de comprender la verdadera moral, la que puede admitir cualquier hombre de buen juicio.

«Los Espíritus vienen a instruiros y a guiaros por el camino del bien, y no por el de los honores y la fortuna, ni para servir a vuestras mezquinas pasiones. Si nunca se les pidiera nada fútil o que estuviera fuera de sus atribuciones, no se daría ninguna oportunidad a los Espíritus embusteros; de donde debéis concluir que quien es víctima de una mistificación solo recibe lo que merece.

«El papel de los Espíritus no es informaros sobre las cosas de este mundo, sino guiaros con seguridad en lo que pueda seros útil para el otro. Cuando os hablan de las cosas de aquí abajo, es porque lo juzgan necesario, pero no porque vosotros lo pidáis. Si veis en los Espíritus a los sustitutos de los adivinos y los hechiceros, entonces seréis engañados.

«Si a los hombres les bastara con dirigirse a los Espíritus para saberlo todo, ya no tendrían libre albedrío y se saldrían del camino trazado por Dios para la humanidad. El hombre debe actuar por sí mismo; Dios no envía a los Espíritus para allanarles el camino material de la vida, sino para preparar el del porvenir».

—Pero ¿no hay personas que no piden nada y que son indignamente engañadas por Espíritus que vienen espontáneamente, sin que se los llame?

«Si no piden nada, dejan que les hablen, lo que viene a ser lo mismo. Si acogieran con reserva y desconfianza todo lo que se aparta del objeto esencial del espiritismo, los Espíritus ligeros no las tomarían tan fácilmente por incautas».

2. ¿Por qué permite Dios que personas sinceras, que aceptan el espiritismo de buena fe, sean víctimas de mistificaciones? ¿No podría esto tener el inconveniente de debilitar su creencia?

«Si esto debilitara su creencia, sería porque su fe no es muy sólida; quienes renunciaran al espiritismo por una simple decepción demostrarían que no lo comprenden y que no se interesan por su parte seria. Dios permite las mistificaciones para poner a prueba la perseverancia de los verdaderos adeptos y castigar a quienes hacen de él un objeto de diversión». El Espíritu de verdad.

Observación. La astucia de los Espíritus mistificadores supera a veces todo lo imaginable; el arte con que preparan sus maniobras y combinan los medios de persuasión sería algo curioso si siempre se tratara tan solo de bromas inocentes, pero estas mistificaciones pueden tener consecuencias desagradables para quienes no se mantienen en guardia; hemos tenido la fortuna de poder abrir a tiempo los ojos a varias personas que tuvieron a bien pedirnos nuestra opinión, y de haberles evitado acciones ridículas y comprometedoras. Entre los medios que emplean estos Espíritus, hay que situar en primer lugar, por ser los más frecuentes, los que tienen por objeto tentar la codicia, como la revelación de supuestos tesoros ocultos, el anuncio de herencias u otras fuentes de fortuna. Además, se deben considerar sumamente sospechosas las predicciones para fechas fijas, así como todas las indicaciones precisas relativas a los intereses materiales; abstenerse de toda acción prescrita o aconsejada por los Espíritus cuando su fin no sea

eminentemente racional; no dejarse deslumbrar nunca por los nombres que toman los Espíritus para dar una apariencia de verdad a sus palabras; desconfiar de las teorías y los sistemas científicos aventurados; en fin, de todo lo que se aparta del fin moral de las manifestaciones. Llenaríamos un volumen de lo más curioso con la historia de todas las mistificaciones que han llegado a nuestro conocimiento.....

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XXVIII — CHARLATANISMO Y SUPERCHERÍA

✦

304 Médiums interesados. — Fraudes espíritas.

Médiums interesados.

Como todo puede convertirse en objeto de explotación, no tendría nada de extraño que también se quisiera explotar a los Espíritus; queda por saber cómo se lo tomarían, si alguna vez semejante especulación intentara introducirse. Diremos primero que nada se prestaría más al charlatanismo y a la superchería que semejante oficio. Si se ven falsos sonámbulos, se verían muchos más falsos médiums, y esta sola razón sería un motivo fundado de desconfianza. El desinterés, por el contrario, es la respuesta más concluyente que se puede oponer a quienes solo ven en los hechos una hábil maniobra. No hay charlatanismo desinteresado; ¿cuál sería, pues, el propósito de quienes recurrieran al engaño sin obtener provecho, con mayor razón cuando su notoria honorabilidad los pone por encima de toda sospecha? retribuir; veamos si, en este caso, se puede esperar razonablemente un resultado satisfactorio.

305 Si se ha comprendido bien lo que hemos dicho de las condiciones necesarias para servir de intérprete a los buenos Espíritus, de las numerosas causas que pueden alejarlos, de las circunstancias ajenas a su voluntad que suelen ser un obstáculo para su venida y, por último, de todas las condiciones morales que pueden influir en la naturaleza de las comunicaciones, ¿cómo

podría suponerse que un Espíritu mínimamente elevado estuviera, a cualquier hora del día, a las órdenes de un empresario de sesiones y sometido a sus exigencias para satisfacer la curiosidad del primero que llegara?

305.2 Se conoce la aversión de los Espíritus por todo lo que huele a codicia y egoísmo, el poco caso que hacen de las cosas materiales, ¡y se querría que ayudaran a comerciar con su presencia! La idea resulta repugnante, y habría que conocer muy poco la naturaleza del mundo espírita para creer que pudiera ser así.

305.3 Pero como los Espíritus ligeros son menos escrupulosos y solo buscan ocasiones de divertirse a nuestra costa, resulta que, si uno no es engañado por un falso médium, tiene todas las probabilidades de serlo por algunos de ellos. Estas reflexiones bastan para dar la medida del grado de confianza que debería concederse a comunicaciones de este género.

305.4 Por lo demás, ¿para qué servirían hoy los médiums pagados, puesto que, si uno mismo no posee esta facultad, puede encontrarla en su familia, entre sus amigos o sus conocidos?

306 Los médiums interesados no son únicamente los que podrían exigir una retribución fija; el interés no siempre se manifiesta en la esperanza de una ganancia material, sino también en aspiraciones ambiciosas de toda clase en las que se pueden fundar esperanzas personales; este es también un defecto que los Espíritus burlones saben captar muy bien y del que se aprovechan con una habilidad y una astucia verdaderamente notables, meciendo en ilusiones engañosas a quienes se ponen así bajo su dependencia.

306.2 En resumen, la mediumnidad es una facultad concedida para el bien, y los buenos Espíritus se alejan de cualquiera que pretendiera convertirla en un peldaño para alcanzar algo que no respondiera a los designios de

la Providencia. El egoísmo es la llaga de la sociedad; los buenos Espíritus lo combaten, y no se puede suponer que vengan a servirlo. Esto es tan racional que sería inútil insistir más en este punto.

307 Los médiums de efectos físicos no están en la misma categoría; estos efectos son producidos generalmente por Espíritus inferiores menos escrupulosos. No decimos que estos Espíritus sean necesariamente malos por ello: se puede ser mozo de carga y un hombre muy honrado; un médium de esta categoría que quisiera explotar su facultad podría, pues, encontrar algunos que lo asistieran sin demasiada repugnancia; pero también aquí se presenta otro inconveniente. El médium de efectos físicos, al igual que el de comunicaciones inteligentes, no ha recibido su facultad para su placer; le ha sido concedida con la condición de hacer buen uso de ella, y, si abusa, puede serle retirada o volverse en su perjuicio, porque, en definitiva, los Espíritus inferiores están a las órdenes de los Espíritus superiores.

A los Espíritus inferiores les gusta engañar, pero no les gusta ser engañados; si se prestan de buena gana a las bromas y a las cosas que despiertan curiosidad, porque les gusta divertirse, no les gusta más que a los demás ser explotados ni servir de comparsas para aumentar la recaudación, y demuestran a cada momento que tienen voluntad propia, que actúan cuando y como les parece, lo cual hace que el médium de efectos físicos esté aún menos seguro de la regularidad de las manifestaciones que el médium escribiente. Pretender producirlas en días y horas fijos sería dar prueba de la más profunda ignorancia. ¿Qué hacer entonces para ganar dinero? Simular los fenómenos; esto es lo que puede ocurrir no solo a quienes hicieran de ello un oficio declarado, sino incluso a personas sencillas en apariencia que encuentran este medio más fácil y más cómodo que trabajar. Si el Espíritu

no da nada, se suple su falta; ¡la imaginación es tan fecunda cuando se trata de ganar dinero! Como el interés es un motivo legítimo de sospecha, da derecho a un examen riguroso por el que nadie podría ofenderse sin justificar las sospechas. Pero tan legítima como es la sospecha en este caso, resulta ofensiva cuando se dirige a personas honorables y desinteresadas.

308 La facultad mediúmnica, aun restringida a los límites de las manifestaciones físicas, no ha sido concedida para exhibirla en los escenarios, y de cualquiera que pretendiera tener Espíritus a sus órdenes para exhibirlos en público se puede sospechar con razón que practica el charlatanismo o una prestidigitación más o menos hábil. Téngase esto presente cada vez que se vean anuncios de supuestas sesiones de espiritismo o espiritualismo a tanto la entrada, y recuérdese el derecho que se compra al entrar.

De todo lo anterior concluimos que el desinterés más absoluto es la mejor garantía contra el charlatanismo; si no asegura siempre la bondad de las comunicaciones inteligentes, priva a los malos Espíritus de un poderoso medio de acción y cierra la boca a ciertos detractores.

309 Quedaría lo que podría llamarse la superchería de aficionados, es decir, los fraudes inocentes de algunos bromistas de mal gusto. Sin duda podría practicarse como pasatiempo en reuniones ligeras y frívolas, pero no en asambleas serias donde solo se admite a personas serias.

309.2 Por lo demás, uno puede darse el gusto de un engaño momentáneo; pero habría que estar dotado de una paciencia singular para desempeñar ese papel durante meses y años, y cada vez durante varias horas seguidas. Solo algún interés puede dar esa perseverancia, y el interés, lo repetimos, puede hacerlo todo sospechoso.

310 Se dirá tal vez que un médium que dedica su tiempo al público en beneficio de la causa no puede darlo gratuitamente, porque hay que vivir. Pero ¿lo da en beneficio de la causa o en el suyo propio, y no será más bien porque vislumbra en ello un oficio lucrativo? Siempre se encontrarán personas entregadas a ese precio. ¿Acaso solo tiene ese oficio a su disposición? No olvidemos que los Espíritus, cualquiera que sea su superioridad o inferioridad, son las almas de los muertos, y cuando la moral y la religión imponen el deber de respetar sus restos, la obligación de respetar su Espíritu es aún mayor.

¿Qué se diría de quien sacara un cuerpo de la tumba y lo exhibiera por dinero porque ese cuerpo pudiera despertar la curiosidad? ¿Es menos irrespetuoso exhibir el Espíritu que el cuerpo, con el pretexto de que resulta curioso ver actuar a un Espíritu? Y obsérvese bien que el precio de las entradas estará en proporción con los trucos que pueda hacer y el atractivo del espectáculo. Ciertamente, aunque en vida hubiera sido actor, poco se imaginaba que después de su muerte encontraría un director que lo haría actuar gratis en su propio beneficio.

No hay que olvidar que las manifestaciones físicas, al igual que las manifestaciones inteligentes, solo son permitidas por Dios para nuestra instrucción.

311 Dejando aparte estas consideraciones morales, no negamos en absoluto que pueda haber médiums interesados honorables y concienzudos, porque hay personas honradas en todos los oficios; solo hablamos del abuso; pero se convendrá, por los motivos que hemos expuesto, en que el abuso tiene más razones para existir entre los médiums retribuidos que entre quienes, considerando su facultad como un favor, solo la emplean para prestar un

servicio.

El grado de confianza o de desconfianza que se puede conceder a un médium retribuido depende, ante todo, de la estima que merezcan su carácter y su moralidad, y también de las circunstancias. El médium que, con un propósito sumamente serio y provechoso, se viera impedido de emplear su tiempo de otra manera y por esa razón fuera exonerado, no puede confundirse con el médium especulador, aquel que, de manera premeditada, hiciera de la mediumnidad un negocio. Según el motivo y el propósito, los Espíritus pueden, pues, condenar, absolver o incluso favorecer; juzgan la intención más que el hecho material.

312 Los sonámbulos que utilizan su facultad de manera lucrativa no se encuentran en el mismo caso. Aunque esta explotación esté sujeta a abusos y el desinterés sea una mayor garantía de sinceridad, la situación es diferente, puesto que es su propio Espíritu el que actúa; por consiguiente, está siempre a su disposición y, en realidad, solo se explotan a sí mismos, porque son libres de disponer de su persona como les parezca, mientras que los médiums especuladores explotan las almas de los difuntos. (Véase n.º 172, Médiums sonámbulos.)

313 No ignoramos que nuestra severidad con los médiums interesados levanta contra nosotros a todos los que explotan o se sentirían tentados de explotar esta nueva industria, y los convierte en enemigos encarnizados nuestros, al igual que a sus amigos, que naturalmente toman partido por ellos; nos consolamos pensando que los mercaderes expulsados del templo por Jesús tampoco debían de verlo con buenos ojos.

313.2 También tenemos en contra a quienes no consideran el asunto con la misma seriedad; sin embargo, creemos tener derecho a sostener una opinión y a expresarla; no obligamos a nadie a adoptarla.

313.3 Si una inmensa mayoría se ha adherido a ella, es porque, al parecer, la encuentra justa; pues no vemos, en efecto, cómo podría probarse que no hay más probabilidades de encontrar fraude y abusos en la especulación que en el desinterés.

313.4 En cuanto a nosotros, si nuestros escritos han contribuido a desacreditar la mediumnidad interesada en Francia y en otras regiones, creemos que ese no será uno de los menores servicios que habrán prestado al espiritismo serio.

314 Fraudes espíritas

Quienes no admiten la realidad de las manifestaciones físicas atribuyen generalmente al fraude los efectos producidos. Se basan en que los prestidigitadores hábiles hacen cosas que parecen prodigios cuando no se conocen sus secretos; de ahí concluyen que los médiums no son más que ilusionistas. Ya hemos refutado este argumento, o más bien esta opinión, especialmente en nuestros artículos sobre el señor Home y en los números de la Revista de enero y febrero de 1858; por tanto, solo diremos unas palabras antes de hablar de algo más serio.

Hay, por lo demás, una consideración que no escapará a quien reflexione un poco. Sin duda hay prestidigitadores de una habilidad prodigiosa, pero son escasos. Si todos los médiums practicaran el ilusionismo, habría que admitir que este arte habría hecho en poco tiempo progresos inauditos y se habría vuelto de pronto muy común, puesto que se encontraría de forma innata en personas que apenas lo sospechaban, incluso en niños.

Del hecho de que haya charlatanes que venden remedios en las plazas públicas, de que haya incluso médicos que, sin acudir a la plaza pública, defraudan la confianza, ¿se deduce que todos los médicos son charlatanes y que el prestigio del cuerpo médico queda afectado? Del hecho de que haya personas que venden pintura por vino, ¿se deduce que todos los comerciantes de vino son adulteradores y que no hay vino puro? Se abusa de todo, incluso de las cosas más respetables, y puede decirse que el fraude también tiene su genio. Pero el fraude siempre tiene un fin, algún interés material; donde no hay nada que ganar, no hay ningún interés en engañar. Por eso hemos dicho, a propósito de los médiums mercenarios, que la mejor de todas las garantías es un desinterés absoluto.

315 De todos los fenómenos espíritas, los que más se prestan al fraude son los fenómenos físicos, por motivos que conviene tener en cuenta. Primero, porque al dirigirse a los ojos más que a la inteligencia, son los que la prestidigitación puede imitar con mayor facilidad. Segundo, porque, al despertar más que los otros la curiosidad, son más adecuados para atraer a la multitud y, por consiguiente, más lucrativos. Desde este doble punto de vista, los charlatanes tienen, pues, todo el interés en simular esta clase de manifestaciones; los espectadores, en su mayoría ajenos a esta ciencia, suelen ir a buscar una distracción mucho más que una enseñanza seria, y se sabe que siempre se paga mejor lo que divierte que lo que instruye. Pero, aparte de eso, hay otro motivo no menos concluyente. Si la prestidigitación puede imitar efectos materiales, para los cuales solo necesita destreza, no le conocemos hasta ahora el don de improvisación que requiere una dosis de inteligencia poco común, ni el de producir esos bellos y sublimes dictados, a menudo tan oportunos, que dan los Espíritus en sus comunicaciones. Esto

nos recuerda el siguiente hecho.

Un literato bastante conocido vino un día a vernos y nos dijo que era muy buen médium escribiente intuitivo y que se ponía a disposición de la sociedad espírita. Como tenemos por costumbre admitir en la sociedad únicamente a médiums cuyas facultades conocemos, le rogamos que tuviera a bien venir antes a demostrar sus aptitudes en una reunión privada. En efecto, acudió a ella; varios médiums experimentados dieron disertaciones o respuestas de notable precisión sobre cuestiones propuestas y temas desconocidos para ellos. Cuando llegó el turno de este señor, escribió unas palabras insignificantes, dijo que aquel día no se encontraba bien dispuesto y desde entonces no lo hemos vuelto a ver; sin duda encontró que el papel de médium de efectos inteligentes era más difícil de representar de lo que había creído.

316 En todas las cosas, las personas más fáciles de engañar son las que no conocen el oficio; lo mismo ocurre con el espiritismo; quienes no lo conocen se dejan engañar fácilmente por las apariencias, mientras que un estudio previo y atento los inicia no solo en la causa de los fenómenos, sino también en las condiciones normales en que pueden producirse, y les proporciona así los medios para reconocer el fraude, si existe.

317 Los médiums embusteros son censurados, como merecen, en la siguiente carta que reprodujimos en la Revista del mes de agosto de 1861.

«Señor: París, 21 de julio de 1861. Se puede estar en desacuerdo sobre ciertos puntos y en perfecto acuerdo sobre otros. Acabo de leer, en la página 213 del último número de su periódico, unas reflexiones sobre el fraude en materia de experiencias espiritualistas (o espíritas) a las que me complace adherirme con todas mis fuerzas. En esto, toda discrepancia en materia de

teorías y doctrinas desaparece como por encanto.

»Quizá no sea yo tan severo como usted con los médiums que, de una forma digna y decorosa, aceptan una remuneración como compensación por el tiempo que dedican a experiencias a menudo largas y fatigosas; pero lo soy tanto como usted —y nunca se será demasiado severo— con quienes, en semejantes casos, suplen a veces mediante el engaño y el fraude la ausencia o la insuficiencia de los resultados prometidos y esperados. (Véase n.º 311.)

»Mezclar lo falso con lo verdadero, cuando se trata de fenómenos obtenidos por la intervención de los Espíritus, es sencillamente una infamia, y habría una pérdida del sentido moral en el médium que creyera poder hacerlo sin escrúpulos. Como usted observa perfectamente, es desacreditar el asunto ante los indecisos en cuanto se descubre el fraude. Añadiré que es comprometer de la manera más deplorable a los hombres honorables que prestan a los médiums el apoyo desinteresado de sus conocimientos y de su saber, que responden de su buena fe y los patrocinan en cierto modo; es cometer contra ellos una verdadera deslealtad.

»Todo médium del que se demostrara que recurre a maniobras fraudulentas, al que se sorprendiera, por emplear una expresión un poco trivial, con las manos en la masa, merecería ser excluido por todos los espiritualistas o espíritas del mundo, para quienes sería un deber riguroso desenmascararlo o censurarlo. Si le parece oportuno, señor, insertar estas líneas en su periódico, están a su disposición.

»Reciba, etc. Mathieu».

318 No todos los fenómenos espíritas son igualmente fáciles de imitar, y hay algunos que desafían evidentemente toda la habilidad de la prestidigitación; tales son, en particular, el movimiento de objetos sin contacto, la suspensión de cuerpos pesados en el espacio, los golpes dados en distintos lugares, las apariciones, etc., salvo que se empleen trucos y cómplices; por eso decimos que lo que hay que hacer en semejantes casos es observar atentamente las circunstancias y, sobre todo, tener en cuenta el carácter y la posición de las personas, el fin y el interés que podrían tener en engañar: esta es la mejor de todas las comprobaciones, pues hay circunstancias que eliminan todo motivo de sospecha.

318.2 Pensamos, pues, en principio, que hay que desconfiar de quien haga de estos fenómenos un espectáculo o un objeto de curiosidad o diversión, y pretenda producirlos a voluntad y en un momento determinado, como ya hemos explicado.

318.3 Nunca lo repetiremos bastante: las inteligencias ocultas que se nos manifiestan tienen sus susceptibilidades y quieren demostrarnos que también tienen su libre albedrío y que no se someten a nuestros caprichos. (N.º 38.)

318.4 Nos bastará con señalar algunos subterfugios empleados, o que es posible emplear en ciertos casos, para prevenir contra el fraude a los observadores de buena fe. En cuanto a las personas que se obstinan en juzgar sin profundizar, sería un esfuerzo inútil tratar de sacarlas de su error.

319 Uno de los fenómenos más habituales es el de los golpes internos dados en la sustancia misma de la madera, con o sin movimiento de la mesa u otro objeto del que se haga uso. Este efecto es uno de los más fáciles de imitar, ya sea mediante el contacto de los pies o provocando pequeños crujidos

en el mueble; pero hay un pequeño ardid especial que conviene revelar. Basta con poner ambas manos extendidas sobre la mesa y lo bastante juntas para que las uñas de los pulgares presionen con fuerza una contra otra; entonces, mediante un movimiento muscular completamente imperceptible, se las hace rozar, lo que produce un pequeño ruido seco muy semejante a los de la tiptología interna. Este ruido se transmite por la madera y produce una ilusión completa. Nada es más fácil que hacer oír tantos golpes como se pidan, un redoble de tambor, etc., responder a ciertas preguntas con un sí o un no, con números o incluso indicando las letras del alfabeto. Una vez advertido, el medio para reconocer el fraude es muy sencillo. No es posible si las manos están separadas y si se tiene la seguridad de que ningún otro contacto puede producir el ruido. Los golpes reales presentan, además, la característica de cambiar de lugar y de timbre a voluntad, lo que no puede ocurrir cuando el ruido se debe a la causa que señalamos o a cualquier otra semejante; de salir de la mesa para pasar a cualquier mueble que nadie toque, a las paredes, al techo, etc.; y, por último, de responder a preguntas imprevistas. (Véase n.º 41.)

320 La escritura directa es aún más fácil de imitar; sin hablar de los agentes químicos bien conocidos que hacen aparecer escritura al cabo de un tiempo determinado en un papel en blanco, lo que puede evitarse con las precauciones más comunes, podría ocurrir que, mediante un hábil juego de manos, se sustituyera un papel por otro.

320.2 También podría suceder que quien quisiera cometer el fraude tuviera el arte de desviar la atención mientras escribiera hábilmente unas palabras. También nos han dicho haber visto escribir así con un trozo de mina de lápiz oculto bajo la uña.

321 El fenómeno de los aportes no se presta menos a la superchería, y es fácil dejarse engañar por un ilusionista más o menos hábil, sin que sea necesario tratar con un prestidigitador de profesión. En el artículo especial que hemos publicado más arriba (n.º 96), los propios Espíritus han determinado las condiciones excepcionales en que puede producirse, de lo que cabe concluir que su obtención fácil y a voluntad puede, al menos, considerarse sospechosa. La escritura directa se encuentra en el mismo caso.

322 En el capítulo de los Médiums especiales hemos mencionado, según los Espíritus, las aptitudes mediúmnicas comunes y las que son raras. Conviene, pues, desconfiar de los médiums que pretenden poseer estas últimas con demasiada facilidad, o que ambicionan la multiplicidad de facultades, pretensión que solo muy rara vez está justificada.

323 Las manifestaciones inteligentes son, según las circunstancias, las que ofrecen más garantías y, no obstante, no están a salvo de la imitación, al menos en lo que respecta a las comunicaciones banales y vulgares. Se cree tener más seguridad con los médiums mecánicos, no solo por la independencia de las ideas, sino también contra los engaños; por esta razón algunas personas prefieren los intermediarios materiales. ¡Pues bien! Es un error. El fraude se introduce en todas partes, y sabemos que con habilidad se puede dirigir a voluntad incluso una cestita o una tablilla que escribe, y darle toda la apariencia de movimientos espontáneos. Lo que disipa todas las dudas son los pensamientos expresados, ya provengan de un médium mecánico, intuitivo, auditivo, hablante o vidente. Hay comunicaciones que están tan alejadas de las ideas, de los conocimientos e incluso del alcance intelectual del médium, que habría que engañarse de una manera extraordinaria para atribuirle su mérito. Reconocemos en el charlatanismo una

gran habilidad y abundantes recursos, pero aún no le conocemos el don de dar saber a un ignorante o ingenio a quien no lo tiene.

En resumen, lo repetimos, la mejor garantía está en la moralidad notoria de los médiums y en la ausencia de cualquier motivo de interés material o de amor propio que pudiera estimular en el médium el ejercicio de las facultades mediúmnicas que posee; pues esos mismos motivos pueden inducirlo a simular las que no tiene.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XXIX — REUNIONES Y SOCIEDADES ESPÍRITAS

✦

325 De las reuniones en general.

324. Las reuniones espíritas pueden tener grandes ventajas, pues permiten instruirse mediante el intercambio recíproco de pensamientos, las preguntas y las observaciones que cada uno puede hacer y de las que todos se benefician; pero, para obtener de ellas todos los frutos deseables, requieren condiciones especiales que vamos a examinar, pues sería un error equipararlas a las sociedades ordinarias. Por lo demás, como las reuniones son conjuntos colectivos, lo que les concierne es la consecuencia natural de las instrucciones anteriores; deben tomar las mismas precauciones y protegerse de los mismos escollos que los individuos; por eso hemos colocado este capítulo al final.

Las reuniones espíritas tienen características muy diferentes según el objetivo que se propongan, y sus condiciones de existencia deben, por ello mismo, ser también diferentes. Según su naturaleza, pueden ser frívolas, experimentales o instructivas.

Las reuniones frívolas se componen de personas que solo ven el lado divertido de las manifestaciones, que se entretienen con las ocurrencias de los Espíritus ligeros, muy aficionados a esta clase de asambleas, donde tienen plena libertad para manifestarse, y no dejan de hacerlo. Allí se preguntan toda clase de banalidades, se pide a los Espíritus que adivinen el porvenir, se pone a prueba su perspicacia para adivinar la edad, lo que uno lleva en el bolsillo, revelar pequeños secretos y otras mil cosas de esta importancia.

Estas reuniones carecen de trascendencia; pero, como los Espíritus ligeros son a veces muy inteligentes y, en general, de humor afable y jovial, a menudo ocurren en ellas cosas muy curiosas que el observador puede aprovechar; quien solo hubiera visto eso y juzgara el mundo de los Espíritus según esa muestra se formaría una idea tan falsa como quien juzgara toda la sociedad de una gran ciudad por la de ciertos barrios. El simple sentido común dice que los Espíritus elevados no pueden acudir a tales reuniones, donde los espectadores no son más serios que los actores. Si se quiere tratar de cosas fútiles, hay que llamar abiertamente a Espíritus ligeros, como se llamaría a unos comediantes para divertir a una sociedad, pero sería una profanación invocar allí nombres venerados, mezclar lo sagrado y lo profano.

326 Las reuniones experimentales tienen por objeto, más especialmente, la producción de manifestaciones físicas. Para muchas personas son un espectáculo más curioso que instructivo; los incrédulos salen de ellas más asombrados que convencidos cuando no han visto otra cosa, y todo su pensamiento se concentra en buscar los trucos, pues, al no comprender nada, suponen fácilmente que hay subterfugios. Ocurre algo muy distinto con quienes han estudiado; comprenden de antemano la posibilidad, y los hechos positivos determinan luego o completan su convicción; si hubiera un subterfugio, estarían en condiciones de descubrirlo.

No obstante, esta clase de experimentos tiene una utilidad que nadie podría desconocer, pues son los que han permitido descubrir las leyes que rigen el mundo invisible y, para muchas personas, constituyen indudablemente un poderoso motivo de convicción; pero sostenemos que, por sí solos, no pueden iniciar en la ciencia espírita, del mismo modo que la vista

de un mecanismo ingenioso no permite conocer la mecánica si se desconocen sus leyes; sin embargo, si se dirigieran con método y prudencia, se obtendrían resultados mucho mejores. Volveremos más adelante sobre este asunto.

327 Las reuniones instructivas tienen un carácter muy distinto y, como son aquellas en las que se puede obtener la verdadera enseñanza, insistiremos más en las condiciones que deben cumplir.

La primera de todas es mantenerse serias en toda la acepción de la palabra. Hay que convencerse bien de que los Espíritus a los que se quiere acudir son de una naturaleza muy especial; que, como lo sublime no puede unirse a lo trivial, ni el bien al mal, si se quieren obtener cosas buenas, hay que dirigirse a buenos Espíritus; pero no basta con pedir buenos Espíritus; es condición expresa encontrarse en circunstancias propicias para que tengan a bien venir; ahora bien, los Espíritus superiores no acudirán a las asambleas de hombres ligeros y superficiales, como tampoco habrían acudido a ellas durante su vida.

Una sociedad solo es verdaderamente seria a condición de ocuparse de cosas útiles, con exclusión de todas las demás; si aspira a obtener fenómenos extraordinarios por curiosidad o como pasatiempo, los Espíritus que los producen podrán venir, pero los otros se marcharán. En una palabra, cualquiera que sea el carácter de una reunión, siempre encontrará Espíritus dispuestos a secundar sus tendencias. Por lo tanto, una reunión seria se aparta de su objetivo si abandona la enseñanza por la diversión. Las manifestaciones físicas, como hemos dicho, tienen su utilidad; quienes quieran ver, que vayan a las reuniones experimentales; quienes quieran comprender, que

vayan a las reuniones de estudio; así unos y otros podrán completar su instrucción espírita, como en el estudio de la medicina unos van a las clases y otros a la clínica.

328 La instrucción espírita no comprende solamente la enseñanza moral dada por los Espíritus, sino también el estudio de los hechos; le corresponde la teoría de todos los fenómenos, la investigación de las causas y, como consecuencia, la comprobación de lo que es posible y de lo que no lo es; en una palabra, la observación de todo lo que pueda hacer avanzar la ciencia. Ahora bien, sería un error creer que los hechos se limitan a los fenómenos extraordinarios; que solo los que más impresionan los sentidos son dignos de atención; se encuentran a cada paso en las comunicaciones inteligentes, y los hombres reunidos para el estudio no deben descuidarlos; estos hechos, que sería imposible enumerar, surgen de una multitud de circunstancias fortuitas; aunque menos destacados, no por ello dejan de ser del mayor interés para el observador, que encuentra en ellos la confirmación de un principio conocido o la revelación de un principio nuevo que le permite penetrar más en los misterios del mundo invisible; también esto es filosofía.

329 Las reuniones de estudio son, además, de inmensa utilidad para los médiums de manifestaciones inteligentes, sobre todo para quienes tienen un deseo serio de perfeccionarse y no acuden a ellas con una necia presunción de infalibilidad. Uno de los grandes escollos de la mediumnidad es, como hemos dicho, la obsesión y la fascinación; por lo tanto, pueden engañarse de muy buena fe sobre el mérito de lo que obtienen, y se comprende que los Espíritus engañadores tengan plena libertad de acción cuando solo tratan con un ciego; por eso apartan a su médium de toda comprobación; si

hace falta, incluso le hacen sentir aversión por cualquiera que pudiera esclarecerlo; al amparo del aislamiento y de la fascinación, pueden hacerle aceptar fácilmente todo lo que quieran.

Nunca lo repetiremos demasiado: ahí está no solo el escollo, sino el peligro; sí, lo decimos, un verdadero peligro. El único medio de escapar de él es el examen de personas desinteresadas y benévolas que, juzgando las comunicaciones con serenidad e imparcialidad, pueden abrirle los ojos y hacerle percibir lo que no puede ver por sí mismo. Ahora bien, todo médium que teme ese juicio ya está en el camino de la obsesión; quien cree que la luz solo está hecha para él se encuentra completamente bajo el yugo; si toma a mal las observaciones, si las rechaza, si se irrita por ellas, no puede haber duda sobre la mala naturaleza del Espíritu que lo asiste.

Lo hemos dicho: un médium puede carecer de los conocimientos necesarios para comprender los errores; puede dejarse engañar por palabras grandilocuentes y un lenguaje pretencioso, dejarse seducir por sofismas, y todo ello con la mejor fe del mundo; por eso, a falta de sus propias luces, debe recurrir modestamente a las de los demás, según estos dos adagios: cuatro ojos ven mejor que dos, y nunca se es buen juez en causa propia. Desde este punto de vista, las reuniones son de gran utilidad para el médium, si es lo bastante sensato para escuchar los consejos, porque allí habrá personas más perspicaces que él, que captarán los matices, a menudo tan delicados, por los que el Espíritu revela su inferioridad.

Por lo tanto, todo médium que desee sinceramente no ser juguete de la mentira debe procurar manifestar sus facultades en las reuniones serias y llevar a ellas lo que obtiene en privado; aceptar con gratitud, e incluso solicitar, el examen crítico de las comunicaciones que recibe; si es blanco de Espíritus engañadores, este es el medio más seguro de librarse de ellos, de-

mostrándoles que no pueden engañarlo. Además, el médium que se irrita ante la crítica tiene aún menos motivos para hacerlo, pues su amor propio no está en absoluto comprometido, ya que lo que dice no procede de él y no es más responsable de ello que si leyera los versos de un mal poeta.

Hemos insistido en este punto porque, si esto es un escollo para los médiums, también lo es para las reuniones, a las que les importa no conceder a la ligera su confianza a todos los intérpretes de los Espíritus. La colaboración de cualquier médium obsesado o fascinado les sería más perjudicial que útil; por lo tanto, no deben aceptarla. Creemos haber dado explicaciones suficientes para que les resulte imposible equivocarse sobre los rasgos de la obsesión, si el médium no puede reconocerla por sí mismo; uno de los más destacados es, sin duda, la pretensión de ser el único que tiene razón frente a todo el mundo. Los médiums obsesados que no quieren admitirlo se parecen a esos enfermos que se engañan sobre su salud y se pierden por no someterse a un régimen saludable.

330 Lo que una reunión seria debe proponerse es alejar a los Espíritus mentirosos; estaría equivocada si se creyera a salvo por su objetivo y por la calidad de sus médiums; solo lo conseguirá en la medida en que ella misma se encuentre en condiciones favorables.

Para comprender bien lo que ocurre en esta circunstancia, rogamos que se consulte lo que hemos dicho más arriba, n.º 231, sobre la Influencia del medio. Hay que representarse a cada individuo rodeado de cierto número de acólitos invisibles que se identifican con su carácter, sus gustos y sus inclinaciones; por lo tanto, toda persona que entra en una reunión lleva consigo Espíritus que le son afines. Según su número y su naturaleza, estos acólitos pueden ejercer sobre la asamblea y sobre las comunicaciones una in-

fluencia buena o mala. Una reunión perfecta sería aquella en la que todos sus miembros, animados por un mismo amor al bien, solo llevaran consigo buenos Espíritus; a falta de perfección, la mejor será aquella en la que el bien prevalezca sobre el mal. Esto es demasiado lógico para que sea necesario insistir.

331 Una reunión es un ser colectivo cuyas cualidades y propiedades son el resultado de todas las de sus miembros y forman como un haz; ahora bien, este haz tendrá tanta más fuerza cuanto más homogéneo sea. Si se ha comprendido bien lo que se ha dicho (n.º 282, pregunta 5) sobre la manera en que los Espíritus son avisados de nuestra llamada, se comprenderá fácilmente el poder de la unión del pensamiento de los asistentes. Si el Espíritu recibe, por así decirlo, el impacto del pensamiento como nosotros recibimos el de la voz, veinte personas que se unan con una misma intención tendrán necesariamente más fuerza que una sola; pero, para que todos esos pensamientos concurran hacia el mismo fin, es preciso que vibren al unísono, que se fundan, por así decirlo, en uno solo, lo cual no puede ocurrir sin recogimiento.

Por otra parte, el Espíritu, al llegar a un ambiente completamente afín, se encuentra más a gusto; al encontrar allí solo amigos, acude de mejor gana y está más dispuesto a responder. Quien haya seguido con cierta atención las manifestaciones espíritas inteligentes habrá podido convencerse de esta verdad. Si los pensamientos son divergentes, se produce un choque de ideas desagradable para el Espíritu y, por consiguiente, perjudicial para la manifestación. Lo mismo sucede con un hombre que debe hablar ante una asamblea; si siente que todos los pensamientos le son favorables y benévolos, la impresión que recibe influye en sus propias ideas y les da mayor vi-

veza; la unanimidad de ese apoyo ejerce sobre él una especie de acción magnética que multiplica por diez sus recursos, mientras que la indiferencia o la hostilidad lo perturban y lo paralizan; así es como los actores se sienten electrizados por los aplausos; ahora bien, los Espíritus, mucho más impresionables que los seres humanos, deben experimentar aún más la influencia del ambiente.

Toda reunión espírita debe tender, pues, a la mayor homogeneidad posible; se entiende que hablamos de las que quieren obtener resultados serios y verdaderamente útiles; si simplemente se desea obtener comunicaciones a toda costa, sin preocuparse por la calidad de quienes las dan, es evidente que todas estas precauciones no son necesarias, pero entonces no hay que quejarse de la calidad del producto.

332 Siendo el recogimiento y la comunión de pensamientos las condiciones esenciales de toda reunión seria, se comprende que un número demasiado elevado de asistentes debe ser una de las causas más contrarias a la homogeneidad.

332.2 Ciertamente, no hay ningún límite absoluto para ese número, y se comprende que cien personas, suficientemente recogidas y atentas, estarán en mejores condiciones que diez distraídas y ruidosas; pero también es evidente que, cuanto mayor sea el número, más difíciles serán de cumplir esas condiciones.

332.3 Por otra parte, es un hecho probado por la experiencia que los pequeños círculos íntimos son siempre más favorables para las bellas comunicaciones, y ello por los motivos que hemos expuesto.

333 Hay además otro punto que no es menos necesario: la regularidad de las reuniones. En todas hay siempre Espíritus a los que se podría llamar habituales, y no nos referimos con ello a esos Espíritus que están en todas partes y se meten en todo; se trata de Espíritus protectores o de aquellos a quienes se interroga con mayor frecuencia.

333.2 No hay que creer que esos Espíritus no tengan otra cosa que hacer que escucharnos; tienen sus ocupaciones y, además, pueden encontrarse en condiciones desfavorables para ser evocados. Cuando las reuniones se celebran en días y horas fijos, se preparan en consecuencia, y es raro que falten.

333.3 Incluso los hay que llevan la puntualidad al extremo; se ofenden por un cuarto de hora de retraso, y, si ellos mismos fijan el momento de una conversación, sería inútil llamarlos unos minutos antes. Añadamos, sin embargo, que, aunque los Espíritus prefieren la regularidad, los que son verdaderamente superiores no son meticulosos hasta ese punto.

333.4 La exigencia de una puntualidad rigurosa es un signo de inferioridad, como todo lo que es pueril. Fuera de las horas establecidas, pueden sin duda venir, e incluso vienen de buena gana si el fin es útil; pero nada es más perjudicial para las buenas comunicaciones que llamarlos sin ton ni son, cuando se nos antoja, y sobre todo sin motivo serio; como no están obligados a someterse a nuestros caprichos, bien podrían no molestarse en acudir, y es entonces, sobre todo, cuando otros pueden ocupar su lugar y tomar su nombre.

334 De las sociedades propiamente dichas

Todo lo que hemos dicho sobre las reuniones en general se aplica naturalmente a las sociedades constituidas de manera regular; estas, sin embargo, tienen que luchar contra algunas dificultades especiales que nacen del pro-

pio vínculo que une a sus miembros. Como en varias ocasiones nos han pedido consejos sobre su organización, los resumiremos aquí en pocas palabras.

El espiritismo, que apenas está naciendo, es todavía valorado de maneras demasiado diversas y demasiado poco comprendido en su esencia por un gran número de adeptos como para ofrecer un vínculo poderoso entre los miembros de lo que podría llamarse una asociación. Ese vínculo solo puede existir entre quienes ven su fin moral, lo comprenden y se lo aplican a sí mismos. Entre quienes solo ven en él hechos más o menos curiosos, no puede haber un vínculo serio; al poner los hechos por encima de los principios, una simple divergencia en la manera de considerarlos puede dividirlos. No sucede lo mismo con los primeros, pues en la cuestión moral no puede haber dos maneras de ver; por eso cabe observar que, dondequiera que se encuentren, una confianza recíproca los atrae unos hacia otros; la benevolencia mutua que reina entre ellos destierra la incomodidad y la cohibición que nacen de la susceptibilidad, del orgullo que se siente herido por la menor contradicción y del egoísmo que todo lo refiere a sí mismo. Una sociedad donde tales sentimientos reinaran sin reservas, donde sus miembros se reunieran con el fin de instruirse con las enseñanzas de los Espíritus, y no con la esperanza de ver cosas más o menos interesantes, o para hacer prevalecer su opinión, una sociedad así, decimos, sería no solo viable, sino indisoluble. La dificultad de reunir todavía numerosos elementos homogéneos desde este punto de vista nos lleva a decir que, en interés de los estudios y por el bien de la propia causa, las reuniones espíritas deben procurar multiplicarse en pequeños grupos antes que tratar de constituirse en grandes agrupaciones. Estos grupos, manteniendo correspondencia entre sí, visitándose y transmitiéndose sus observaciones, pueden formar desde

ahora el núcleo de la gran familia espírita que un día reunirá todas las opiniones y unirá a los hombres en un mismo sentimiento de fraternidad, sellado por la caridad cristiana.

335 Hemos visto cuán importante es la uniformidad de sentimientos para obtener buenos resultados; esta uniformidad es necesariamente tanto más difícil de conseguir cuanto mayor es el número. En los pequeños grupos, las personas se conocen mejor y se tiene mayor certeza sobre los elementos que se incorporan; el silencio y el recogimiento son más fáciles, y todo transcurre como en familia. Las grandes asambleas excluyen la intimidad por la variedad de los elementos que las componen; exigen locales especiales, recursos económicos y un aparato administrativo innecesarios en los pequeños grupos; las diferencias de carácter, de ideas y de opiniones se manifiestan con mayor claridad y ofrecen a los Espíritus enredadores más facilidad para sembrar la discordia. Cuanto más numerosa es la reunión, más difícil resulta contentar a todo el mundo; cada cual querría que los trabajos se dirigieran a su gusto y que se trataran preferentemente los asuntos que más le interesan; algunos creen que el título de socio les da derecho a imponer su manera de ver; de ahí surgen tensiones, una causa de malestar que lleva tarde o temprano a la desunión y luego a la disolución, destino de todas las sociedades, cualquiera que sea su objeto. Los pequeños grupos no están sujetos a las mismas fluctuaciones; la caída de una gran sociedad sería un fracaso aparente para la causa del espiritismo, y sus enemigos no dejarían de aprovecharlo; la disolución de un pequeño grupo pasa inadvertida y, además, si uno se dispersa, otros veinte se forman a su lado; ahora bien, veinte grupos de quince a veinte personas obtendrán más y harán más por la propagación que una asamblea de trescientas a cuatrocientas personas.

Se dirá sin duda que los miembros de una sociedad que actuaran como acabamos de decir no serían verdaderos espíritas, ya que el primer deber que impone la doctrina es la caridad y la benevolencia. Esto es perfectamente justo; por eso quienes piensan así son espíritas de nombre más que de hecho; ciertamente no pertenecen a la tercera categoría (véase n.º 28); pero ¿quién dice que sean siquiera espíritas de alguna clase? Aquí se presenta una consideración que no carece de gravedad.

336 No olvidemos que el espiritismo tiene enemigos interesados en obstaculizarlo y que ven sus éxitos con despecho; los más peligrosos no son los que lo atacan abiertamente, sino los que actúan en la sombra; estos lo acarician con una mano y lo desgarran con la otra.

336.2 Estos seres maliciosos se introducen dondequiera que esperan hacer daño; como saben que la unión es una fuerza, tratan de destruirla sembrando la discordia. ¿Quién dice, pues, que quienes siembran la perturbación y la cizaña en las reuniones no sean agentes provocadores interesados en el desorden?

336.3 En cualquier caso, no son ni verdaderos ni buenos espíritas; nunca pueden hacer bien y pueden hacer mucho mal. Se comprende que tienen infinitamente más facilidad para introducirse en las reuniones numerosas que en los pequeños grupos donde todos se conocen; al amparo de maniobras ocultas que pasan inadvertidas, siembran la duda, la desconfianza y el desapego; bajo la apariencia de un interés hipócrita por la causa, lo critican todo, forman conciliábulos y camarillas que pronto rompen la armonía del conjunto: eso es lo que quieren.

336.4 Ante esas personas, apelar a los sentimientos de caridad y fraternidad es hablar a quienes voluntariamente se hacen los sordos, pues su objetivo es precisamente destruir esos sentimientos, que son el mayor obstáculo para sus maniobras.

336.5 Este estado de cosas, lamentable en todas las sociedades, lo es aún más en las sociedades espíritas, porque, si no provoca una ruptura, causa una preocupación incompatible con el recogimiento y la atención.

337 Si la reunión va por mal camino, se dirá, ¿no tienen los hombres sensatos y bien intencionados derecho a criticar, y deben dejar pasar el mal sin decir nada, aprobarlo con su silencio? Sin duda alguna, es su derecho; es, además, un deber; pero, si su intención es realmente buena, expresan su parecer con corrección y benevolencia, abiertamente y no a escondidas; si no se sigue su parecer, se retiran, pues no se concebiría que quien no tuviera ninguna intención oculta se obstinara en permanecer en una sociedad donde se hicieran cosas que no le parecieran convenientes.

Puede, pues, establecerse como principio que cualquiera que, en una reunión espírita, provoque el desorden o la desunión, abiertamente o por debajo de la mesa, por cualquier medio, es un agente provocador o, al menos, un muy mal espírita del que conviene librarse cuanto antes; pero los propios compromisos que vinculan a todos los miembros suelen impedirlo; por eso conviene evitar los compromisos indisolubles; los hombres de bien siempre están suficientemente comprometidos; los malintencionados siempre lo están demasiado.

338 Además de las personas notoriamente malintencionadas que se infiltran en las reuniones, hay quienes, por su carácter, llevan la perturbación consigo dondequiera que se encuentren: por lo tanto, nunca se será dema-

siado prudente con los nuevos elementos que se introducen en ellas.

338.2 Los más perjudiciales, en este caso, no son los que desconocen la materia, ni siquiera los que no creen: la convicción solo se adquiere mediante la experiencia, y hay personas que desean instruirse de buena fe.

338.3 De quienes hay que protegerse, sobre todo, es de las personas con ideas preconcebidas, de los incrédulos a toda costa que dudan de todo, incluso de la evidencia; de los orgullosos, que pretenden ser los únicos que poseen la luz infusa, quieren imponer en todas partes su opinión y miran con desdén a cualquiera que no piense como ellos.

338.4 No os dejéis engañar por su supuesto deseo de instruirse; hay más de uno a quien le disgustaría mucho verse obligado a reconocer que se ha equivocado; guardaos, sobre todo, de esos peroradores insípidos que siempre quieren tener la última palabra y de quienes solo se complacen en la contradicción; unos y otros hacen perder el tiempo sin provecho para ellos mismos; a los Espíritus no les gustan las palabras inútiles.

339 Dada la necesidad de evitar toda causa de perturbación y distracción, una sociedad espírita que se organiza debe prestar toda su atención a las medidas destinadas a quitar a los promotores de desórdenes los medios de hacer daño y a dar las mayores facilidades para apartarlos. Las pequeñas reuniones solo necesitan un reglamento disciplinario muy sencillo para el orden de las sesiones; las sociedades regularmente constituidas exigen una organización más completa; la mejor será aquella cuyos mecanismos sean menos complicados; unas y otras podrán tomar lo que les sea aplicable, o lo que consideren útil, del reglamento de la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas que ofrecemos a continuación.

340 Las sociedades pequeñas o grandes y todas las reuniones, cualquiera que sea su importancia, tienen que luchar contra otro escollo. Los promotores de perturbaciones no solo están en su seno, sino también en el mundo invisible. Así como hay Espíritus protectores de las sociedades, las ciudades y los pueblos, hay Espíritus maléficos que se apegan a los grupos como a los individuos; atacan primero a los más débiles, a los más accesibles, a quienes procuran convertir en sus instrumentos, y poco a poco intentan envolver a las masas; pues su alegría maliciosa es proporcional al número de aquellos a quienes mantienen bajo su yugo. Por lo tanto, cada vez que en un grupo una persona cae en la trampa, hay que decirse que hay un enemigo en el campamento, un lobo en el redil, y que es preciso mantenerse en guardia, pues es más que probable que multiplique sus tentativas; si no se lo desalienta mediante una resistencia enérgica, la obsesión se convierte entonces en una especie de mal contagioso, que se manifiesta en los médiums mediante la perturbación de la mediumnidad, y en los demás mediante la hostilidad de los sentimientos, la perversión del sentido moral y la alteración de la armonía. Como el antídoto más poderoso de este veneno es la caridad, es la caridad lo que procuran sofocar. Por lo tanto, no hay que esperar a que el mal se haya vuelto incurable para ponerle remedio; ni siquiera hay que esperar a los primeros síntomas, sino que hay que dedicarse, sobre todo, a prevenirlo; para ello hay dos medios eficaces si se emplean bien: la oración de corazón y el estudio atento de los menores signos que revelan la presencia de Espíritus engañadores; el primero atrae a los buenos Espíritus, que solo asisten con celo a quienes los secundan con su confianza en Dios; el otro demuestra a los malos que tratan con personas lo bastante perspicaces y sensatas como para no dejarse engañar.

Si uno de los miembros sufre la influencia de la obsesión, todos los esfuer-

zos deben dirigirse, desde los primeros indicios, a abrirle los ojos, por temor a que el mal se agrave, a fin de despertar en él la convicción de que está siendo engañado y el deseo de secundar a quienes quieren liberarlo.

341 La influencia del ambiente es consecuencia de la naturaleza de los Espíritus y de su modo de actuar sobre los seres vivos; de esta influencia puede deducir cada uno por sí mismo las condiciones más favorables para una sociedad que aspire a ganarse la simpatía de los buenos Espíritus y a obtener únicamente buenas comunicaciones, apartando a los malos. Estas condiciones se encuentran todas en las disposiciones morales de los asistentes; se resumen en los siguientes puntos:

Perfecta comunidad de opiniones y sentimientos; benevolencia recíproca entre todos los miembros; renuncia a todo sentimiento contrario a la verdadera caridad cristiana; deseo único de instruirse y mejorar mediante la enseñanza de los buenos Espíritus, y aprovechamiento de sus consejos: cualquiera que esté convencido de que los Espíritus superiores se manifiestan para hacernos progresar y no para nuestro entretenimiento comprenderá que deben retirarse de quienes se limitan a admirar su estilo sin obtener de él ningún fruto, y solo aprecian el atractivo de las sesiones por el mayor o menor interés que les ofrecen según sus gustos particulares; exclusión de todo lo que, en las comunicaciones solicitadas a los Espíritus, solo tenga por objeto la curiosidad; recogimiento y silencio respetuoso durante las conversaciones con los Espíritus; unión de todos los asistentes, mediante el pensamiento, al llamamiento hecho a los Espíritus que se evocan; colaboración de los médiums de la asamblea con renuncia a todo sentimiento de orgullo, amor propio y supremacía, y con el único deseo de ser útiles.

¿Son estas condiciones tan difíciles de cumplir que no puedan encon-

trarse? No lo creemos; esperamos, por el contrario, que las reuniones verdaderamente serias, como las que ya existen en distintas localidades, se multipliquen, y no dudamos en decir que a ellas deberá el espiritismo su más poderosa propagación; al reunir a las personas honradas y concienzudas, impondrán silencio a la crítica, y cuanto más puras sean sus intenciones, más respetadas serán incluso por sus adversarios; cuando la burla ataca al bien, deja de hacer reír: se vuelve despreciable. Entre las reuniones de este género se establecerán, por la fuerza de las cosas, un verdadero vínculo de simpatía y una solidaridad mutua que contribuirán al progreso general.

342 Sería un error creer que las reuniones en las que se ocupan más especialmente de las manifestaciones físicas quedan fuera de esta concordia fraterna y excluyen todo pensamiento serio; aunque no requieren condiciones tan rigurosas, no se asiste a ellas con ligereza sin consecuencias, y sería un error creer que la colaboración de los asistentes es absolutamente nula; se tiene la prueba de lo contrario en el hecho de que, a menudo, las manifestaciones de este género, incluso provocadas por médiums poderosos, no pueden producirse en ciertos ambientes. Por lo tanto, también hay para ello influencias contrarias, y estas influencias solo pueden encontrarse en la divergencia o la hostilidad de los sentimientos que paralizan los esfuerzos de los Espíritus.

Las manifestaciones físicas, como hemos dicho, tienen una gran utilidad; abren un vasto campo al observador, pues toda una clase de fenómenos insólitos se desarrolla ante sus ojos, y sus consecuencias son incalculables. Una asamblea puede, por lo tanto, ocuparse de ellas de manera muy seria, pero no podrá alcanzar su objetivo, ya sea como estudio o como medio de convicción, si no se sitúa en condiciones favorables; la primera de todas es,

no la fe de los asistentes, sino su deseo de instruirse, sin segundas intenciones, sin la decisión previa de rechazar incluso la evidencia; la segunda es la limitación de su número para evitar la mezcla de elementos heterogéneos. Aunque las manifestaciones físicas sean producidas por lo general por los Espíritus menos adelantados, no por ello dejan de tener un fin providencial, y los buenos Espíritus las favorecen siempre que puedan tener un resultado útil.

343 Temas de estudio

Cuando se ha evocado a los parientes y amigos, y a algunos personajes célebres para comparar sus opiniones de ultratumba con las que tuvieron en vida, a menudo resulta difícil mantener las conversaciones sin caer en banalidades y futilidades. Muchas personas piensan, además, que El libro de los Espíritus ha agotado la serie de cuestiones de moral y filosofía; es un error; por eso puede ser útil indicar la fuente de la que se pueden extraer temas de estudio, por así decirlo, ilimitados.

344 Si la evocación de los hombres ilustres, de los Espíritus superiores, es sumamente útil por la enseñanza que nos ofrecen, la de los Espíritus comunes no lo es menos, aunque sean incapaces de resolver cuestiones de gran alcance; por su inferioridad se retratan a sí mismos, y cuanto menor es la distancia que los separa de nosotros, más relaciones encontramos con nuestra propia situación, sin contar con que a menudo nos ofrecen rasgos característicos del mayor interés, como hemos explicado anteriormente, n 281, al hablar de la utilidad de las evocaciones particulares. Es, por lo tanto, una mina inagotable de observaciones, aun considerando únicamente a los hombres cuya vida presenta alguna particularidad en cuanto al género de muerte, la edad, las buenas o malas cualidades, su situación feliz o desdi-

chada en la tierra, los hábitos, el estado mental, etc.

Con los Espíritus elevados, el campo de los estudios se amplía; además de las cuestiones psicológicas, que tienen un límite, se les puede proponer una multitud de problemas morales que se extienden hasta el infinito sobre todas las situaciones de la vida, sobre la mejor conducta que se debe seguir en tal o cual circunstancia determinada, sobre nuestros deberes recíprocos, etc. El valor de la instrucción que se recibe sobre cualquier tema, moral, histórico, filosófico o científico, depende enteramente del estado del Espíritu al que se interroga; nos corresponde a nosotros juzgar.

345 Además de las evocaciones propiamente dichas, los dictados espontáneos ofrecen infinitos temas de estudio. Consisten en esperar el tema que los Espíritus tengan a bien tratar. Varios médiums pueden, en este caso, trabajar simultáneamente.

345.2 A veces se puede llamar a un Espíritu determinado; lo más habitual es esperar a los que quieran presentarse, y a menudo llegan de la manera más imprevista. Estos dictados pueden dar lugar después a una multitud de preguntas cuyo tema queda así preparado.

345.3 Deben comentarse con cuidado para estudiar todos los pensamientos que contienen y juzgar si llevan consigo un sello de verdad. Este examen, realizado con rigor, es, como hemos dicho, la mejor garantía contra la intrusión de los Espíritus engañadores. Por este motivo, así como para la instrucción de todos, podrán darse a conocer las comunicaciones obtenidas fuera de la reunión. Hay en ello, como se ve, una fuente inagotable de elementos sumamente serios e instructivos.

346 Las actividades de cada sesión pueden organizarse del siguiente modo:
1° Lectura de las comunicaciones espíritas obtenidas en la última sesión, pasadas en limpio.
2° Informes diversos. — Correspondencia. — Lectura de las comunicaciones obtenidas fuera de las sesiones. — Relato de hechos de interés para el espiritismo.
3° Trabajos de estudio. — Dictados espontáneos. — Preguntas diversas y problemas morales propuestos a los Espíritus. — Evocaciones.
4° Conversación. — Examen crítico y analítico de las diversas comunicaciones. — Discusión sobre los distintos puntos de la ciencia espírita.

347 Los grupos que empiezan se ven a veces detenidos en sus trabajos por la falta de médiums. Los médiums son, sin duda, uno de los elementos esenciales de las reuniones espíritas, pero no son el elemento indispensable, y sería un error creer que, a falta de ellos, no hay nada que hacer. Sin duda, quienes solo se reúnen con fines de experimentación no pueden hacer más sin médiums que unos músicos en un concierto sin instrumentos; pero quienes se proponen el estudio serio tienen mil temas de los que ocuparse, tan útiles y provechosos como si pudieran operar por sí mismos. Por otra parte, las reuniones que cuentan con médiums pueden encontrarse ocasionalmente sin ellos, y sería lamentable que, en ese caso, creyeran que no les queda más que retirarse. Los propios Espíritus pueden, de vez en cuando, ponerlas en esta situación para enseñarles a prescindir de ellos. Diremos más: para aprovechar sus enseñanzas, es necesario dedicar cierto tiempo a meditarlas. Las sociedades científicas no tienen siempre a la vista los instrumentos de observación y, sin embargo, no les cuesta encontrar temas de discusión; en ausencia de poetas y oradores, las sociedades literarias leen y

comentan las obras de los autores antiguos y modernos; las sociedades religiosas meditan sobre las Escrituras; las sociedades espíritas deben hacer lo mismo, y obtendrán un gran provecho para su progreso si organizan conferencias en las que se lea y comente todo lo que pueda relacionarse con el espiritismo, a favor o en contra. De esta discusión, en la que cada cual aporta el fruto de sus reflexiones, surgen destellos de luz que pasan inadvertidos en una lectura individual. Junto a las obras especializadas, los periódicos están llenos de hechos, relatos, acontecimientos, rasgos de virtud o de vicio que plantean graves problemas morales que solo el espiritismo puede resolver, y este es también un medio de demostrar que se relaciona con todas las ramas del orden social. Afirmamos que una sociedad espírita que organizara su trabajo en este sentido, procurándose los materiales necesarios, no encontraría tiempo suficiente para dedicarlo a las comunicaciones directas de los Espíritus; por eso llamamos sobre este punto la atención de las reuniones verdaderamente serias, de aquellas que tienen más interés en instruirse que en buscar un pasatiempo. (Véase el n.º 207, en el capítulo de la Formación de los médiums.)

Rivalidad entre las sociedades

348 Las reuniones que se ocupan exclusivamente de las comunicaciones inteligentes y las que se dedican al estudio de las manifestaciones físicas tienen, cada una, su misión; ni unas ni otras estarían dentro del verdadero espíritu del espiritismo si se miraran con malos ojos, y la que arrojara la piedra a la otra demostraría, por ese solo hecho, la mala influencia que la domina. Todas deben contribuir, aunque por caminos diferentes, al fin común, que es la búsqueda y la propagación de la verdad; su antagonismo, que no sería más que un efecto del orgullo exacerbado, al proporcionar ar-

mas a los detractores, solo podría perjudicar la causa que pretenden defender.

540. Estas últimas reflexiones se aplican también a todos los grupos que pudieran diferir en algunos puntos de la doctrina. Como hemos dicho en el capítulo de las Contradicciones, estas divergencias se refieren, la mayoría de las veces, solo a cuestiones accesorias, y a menudo incluso a simples palabras; sería, pues, una niñería formar un grupo aparte porque no se pensara exactamente del mismo modo. Peor aún sería que los distintos grupos o sociedades de una misma ciudad se miraran con celos. Se comprenden los celos entre personas que compiten y pueden causarse un perjuicio material; pero, cuando no hay especulación, los celos solo pueden ser una mezquina rivalidad de amor propio. Como, en definitiva, no hay sociedad que pueda reunir en su seno a todos los adeptos, aquellas que están animadas por un verdadero deseo de propagar la verdad, cuyo fin es únicamente moral, deben ver con agrado que se multipliquen las reuniones y, si hay competencia entre ellas, debe ser por ver cuál hace más bien. Las que pretendieran estar en lo cierto con exclusión de las demás deberían demostrarlo tomando por lema: Amor y caridad; pues ese es el de todo verdadero espírita. ¿Quieren hacer valer la superioridad de los Espíritus que las asisten? Que la demuestren por la superioridad de las enseñanzas que reciben y por la aplicación que hacen de ellas a sí mismas: ese es un criterio infalible para distinguir a las que van por el mejor camino.

Ciertos Espíritus, más presuntuosos que lógicos, intentan a veces imponer sistemas extraños e impracticables, al amparo de los nombres venerados con los que se adornan. El buen sentido no tarda en hacer justicia a estas utopías, pero, mientras tanto, pueden sembrar la duda y la incertidumbre entre los adeptos; de ahí surge a menudo una causa de desacuerdos mo-

mentáneos. Además de los medios que hemos dado para valorarlos, hay otro criterio que permite medir su valor: el número de partidarios que reclutan. La razón dice que el sistema que encuentra más eco entre las masas debe estar más cerca de la verdad que el que es rechazado por la mayoría y ve disminuir sus filas; así pues, tengan por seguro que, si los Espíritus se niegan a discutir sus enseñanzas, es porque comprenden su debilidad.

550. Si el espiritismo debe, como se anuncia, traer la transformación de la humanidad, solo puede hacerlo mediante el mejoramiento de las masas, que únicamente llegará de manera gradual y progresiva mediante el mejoramiento de los individuos. ¿De qué sirve creer en la existencia de los Espíritus si esa creencia no hace a la persona mejor, más benévola y más indulgente con sus semejantes, más humilde, más paciente en la adversidad? ¿De qué le sirve al avaro ser espírita si sigue siendo avaro; al orgulloso, si sigue lleno de sí mismo; al envidioso, si sigue sintiendo celos? Todos los hombres podrían, pues, creer en las manifestaciones y la humanidad permanecer estancada; pero esos no son los designios de Dios. Hacia el fin providencial deben tender todas las sociedades espíritas serias, agrupando a su alrededor a todos los que comparten los mismos sentimientos; entonces habrá entre ellas unión, simpatía, fraternidad, y no un vano y pueril antagonismo de amor propio, de palabras más que de cosas; entonces serán fuertes y poderosas, porque se apoyarán en una base inquebrantable: el bien para todos; entonces serán respetadas y harán callar las burlas necias, porque hablarán en nombre de la moral evangélica respetada por todos.

Ese es el camino por el que nos hemos esforzado en hacer entrar al espiritismo. La bandera que enarbolamos abiertamente es la del espiritismo cristiano y humanitario, en torno a la cual nos alegra ver ya reunirse a tantos hombres en todos los puntos del globo, porque comprenden que ahí está

el ancla de salvación, la salvaguardia del orden público, la señal de una nueva era para la humanidad. Invitamos a todas las sociedades espíritas a contribuir a esta gran obra; que de un extremo al otro del mundo se tiendan una mano fraternal, y enredarán el mal en redes inextricables.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XXX — REGLAMENTO DE LA SOCIEDAD PARISIENSE DE ESTUDIOS ESPÍRITAS

✦

1 Fundada el 1 de abril de 1858, y autorizada por resolución del Sr. Prefecto de Policía, con fecha del 13 de abril de 1358, conforme al dictamen de S. E. el Sr. Ministro del Interior y de Seguridad General.

2 Nota. Aunque este reglamento es fruto de la experiencia, no lo presentamos como una ley absoluta, sino únicamente para facilitar la labor de las sociedades que quisieran formarse, y que podrán tomar de él las disposiciones que consideren útiles y aplicables a sus propias circunstancias. Por simplificada que sea su organización, puede simplificarse todavía mucho más cuando se trata de simples reuniones íntimas que solo necesitan establecer medidas de orden, precaución y regularidad en los trabajos.

3 También lo presentamos para orientar a las personas que quisieran ponerse en contacto con la Sociedad Parisiense, ya sea como corresponsales o como miembros de la Sociedad.

4 Capítulo primero. — Objeto y formación de la Sociedad.

5 Artículo 4,r. — La Sociedad tiene por objeto el estudio de todos los fenómenos relativos a las manifestaciones espíritas y su aplicación a las ciencias morales, físicas, históricas y psicológicas. En ella están prohibidas las cuestiones políticas, de controversia religiosa y de economía social.

6 Adopta el nombre de Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas.

7 Art. 2. — La Sociedad se compone de miembros titulares, asociados libres y miembros corresponsales.

8 Puede conferir el título de miembro honorario a las personas residentes en Francia o en el extranjero que, por su posición o sus trabajos, puedan prestarle servicios destacados.

9 Los miembros honorarios se someten cada año a reelección.

10 Art. 3. — La Sociedad solo admite a las personas que simpatizan con sus principios y con el objeto de sus trabajos; a las que ya están iniciadas en los principios fundamentales de la ciencia espírita, o que están seriamente animadas por el deseo de instruirse en ella. En consecuencia, excluye a cualquiera que pudiera introducir elementos de perturbación en las reuniones, ya sea por un espíritu de hostilidad y oposición sistemática o por cualquier otra causa, y hacer así perder el tiempo en discusiones inútiles.

11 Todos los miembros se deben mutuamente benevolencia y buen trato; deben, en todas las circunstancias, anteponer el bien general a las cuestiones personales y de amor propio.

12 Art. 4. — Para ser admitido como asociado libre, es preciso dirigir al Presidente una solicitud escrita, avalada por dos miembros titulares que respondan por las intenciones del solicitante.

13 La carta de solicitud debe indicar brevemente: 1° si el solicitante ya posee conocimientos en materia de espiritismo; 2° el estado de sus convicciones sobre los puntos fundamentales de la ciencia; 3° el compromiso de ajustarse en todo al reglamento.

14 La solicitud se somete al comité, que la examina y propone, si corresponde, la admisión, el aplazamiento o el rechazo.

15 El aplazamiento es obligatorio para todo candidato que no posea ninguna noción de la ciencia espírita y no simpatice con los principios de la Sociedad.

16 Los asociados libres tienen derecho a asistir a todas las sesiones y a participar en los trabajos y las discusiones que tengan por objeto el estudio; pero en ningún caso tienen voto en lo concerniente a los asuntos de la Sociedad.

17 Los asociados libres solo quedan comprometidos por el año de su admisión, y su permanencia en la Sociedad debe ser ratificada al término de ese primer año.

18 Art. 5. — Para ser miembro titular, es preciso haber sido asociado libre durante al menos un año, haber asistido a más de la mitad de las sesiones y haber dado, durante ese tiempo, pruebas manifiestas de sus conocimientos y convicciones en materia de espiritismo, de su adhesión a los principios de la Sociedad y de su voluntad de actuar en todas las circunstancias, respecto de sus colegas, según los principios de la caridad y de la moral espírita.

19 Los asociados libres que hayan asistido regularmente durante seis meses a las sesiones de la Sociedad podrán ser admitidos como miembros titulares si, por lo demás, cumplen las otras condiciones.

20 La admisión es propuesta de oficio por el comité, con el consentimiento del asociado, si además cuenta con el apoyo de otros tres miembros titulares. Después la Sociedad la aprueba, si corresponde, mediante votación secreta, tras un informe verbal del comité.

[21] Solo los miembros titulares tienen voto y gozan de la facultad concedida por el artículo 25.

[22] Art. 6. — La Sociedad limitará, si lo considera conveniente, el número de asociados libres y de miembros titulares.

[23] Art. 7. — Los miembros corresponsales son aquellos que, sin residir en París, mantienen contacto con la Sociedad y le proporcionan documentos útiles para sus estudios. Pueden ser nombrados a propuesta de un solo miembro titular.

[24] Capítulo 11. — Administración.

[25] Art. 8. — La Sociedad es administrada por un Presidente director, asistido por los miembros de la junta directiva y por un comité.

[26] Art. 9. — La junta directiva se compone de:

[27] Además, podrán nombrarse uno o varios Presidentes honorarios.

[28] En ausencia del Presidente y del Vicepresidente, las sesiones podrán ser presididas por uno de los miembros del comité.

[29] Art. 10. — El Presidente director debe dedicar toda su atención a los intereses de la Sociedad y de la ciencia espírita. Tiene a su cargo la dirección general y la supervisión superior de la administración, así como la conservación de los archivos.

[30] El Presidente es nombrado por tres años, y los demás miembros de la junta directiva por un año; todos pueden ser reelegidos indefinidamente.

31 Art. H. — El comité está compuesto por los miembros de la junta directiva y otros cinco miembros titulares, elegidos preferentemente entre quienes hayan colaborado activamente en los trabajos de la Sociedad, prestado servicios a la causa del espiritismo o dado muestras de su espíritu benévolo y conciliador. Estos cinco miembros, al igual que los miembros de la junta directiva, son nombrados por un año y pueden ser reelegidos.

32 El comité es presidido de pleno derecho por el Presidente director o, en su ausencia, por el Vicepresidente o por aquel de sus miembros que sea designado para ello.

33 El comité se encarga del examen previo de todas las cuestiones y propuestas, administrativas o de otra naturaleza, que deban someterse a la Sociedad; controla los ingresos y gastos de la Sociedad y las cuentas del Tesorero; autoriza los gastos corrientes y establece todas las medidas de orden que se consideren necesarias.

34 Examina además los trabajos y temas de estudio propuestos por los distintos miembros, prepara otros por su parte y fija el orden de las sesiones de común acuerdo con el Presidente.

35 El Presidente puede oponerse en cualquier momento a que determinados temas sean tratados e incluidos en el orden del día, debiendo someter el asunto a la Sociedad, que decidirá.

36 El comité se reúne regularmente antes del inicio de las sesiones para examinar los asuntos corrientes, y además en cualquier otro momento que considere conveniente.

[37] Se considera que los miembros de la junta directiva y del comité que hayan estado ausentes durante tres meses consecutivos sin haber dado aviso han renunciado a sus funciones, y se procederá a reemplazarlos.

[38] Art. 12. — Las decisiones, tanto de la Sociedad como del comité, se toman por mayoría absoluta de los miembros presentes; en caso de empate, el voto del Presidente es decisivo.

[39] El comité puede deliberar cuando estén presentes cuatro de sus miembros.

[40] La votación secreta es obligatoria si la solicitan cinco miembros.

[41] Art. 13. — Cada tres meses se designa a seis miembros, elegidos entre los titulares o los asociados libres, para desempeñar las funciones de comisarios.

[42] Los comisarios se encargan de velar por el orden y el buen desarrollo de las sesiones, y de verificar el derecho de entrada de toda persona ajena a la Sociedad que se presente para asistir a ellas.

[43] A tal efecto, los miembros designados se pondrán de acuerdo para que uno de ellos esté presente al inicio de las sesiones.

[44] Art. 14. — El año social comienza el 1 de abril.

[45] Los nombramientos de la junta directiva y del comité se harán en la primera sesión del mes de mayo. Los miembros en ejercicio continuarán en sus funciones hasta esa fecha.

[46] Art. 15. — Para sufragar los gastos de la Sociedad, se paga una cuota anual de 24 fr. para los titulares y de 20 fr. para los asociados libres.

47 Los miembros titulares, al ser admitidos, abonan además un derecho de entrada de 1 0 fr., que se paga una sola vez.

48 La cuota se paga íntegramente por el año en curso. Los miembros admitidos durante el año solo tendrán que pagar, por ese primer año, los trimestres que queden por transcurrir, incluido el de su admisión.

49 Cuando el marido y la mujer son admitidos como asociados libres o titulares, solo se exige una cuota y media por ambos.

50 Cada seis meses, el 1 de abril y el 1 de octubre, el Tesorero rinde cuentas al comité del empleo y de la situación de los fondos.

51 Una vez pagados los gastos corrientes de alquiler y otros gastos obligatorios, si hay un excedente, la Sociedad determinará su empleo.

52 Art. 46. — A todos los miembros admitidos, asociados libres o titulares, se les entrega una tarjeta de admisión que acredita su condición. Esta tarjeta queda depositada en poder del Tesorero, de quien el nuevo miembro puede retirarla al abonar su cuota y el derecho de entrada. El nuevo miembro solo puede asistir a las sesiones después de haber retirado su tarjeta. Si no la ha retirado un mes después de su nombramiento, se considera que ha renunciado.

53 También se considerará que ha renunciado todo miembro que no haya abonado su cuota anual durante el primer mes del nuevo año social, después de un aviso del Tesorero que haya quedado sin efecto.

54 Capítulo III. — De las sesiones.

55 Art. 17. — Las sesiones de la Sociedad tienen lugar todos los viernes a las ocho de la noche, salvo modificación, si corresponde.

[56] Las sesiones son particulares o generales; nunca son públicas.

[57] Toda persona que forme parte de la Sociedad, sea cual sea su condición, debe escribir su nombre en una lista de asistencia en cada sesión.

[58] Art. 18. — El silencio y el recogimiento se exigen rigurosamente durante las sesiones, y principalmente durante los estudios. Nadie puede tomar la palabra sin que se la haya concedido el Presidente.

[59] Todas las preguntas dirigidas a los Espíritus deben hacerse por medio del Presidente, quien puede negarse a formularlas, según las circunstancias.

[60] Quedan prohibidas, en particular, todas las preguntas fútiles, de interés personal, de mera curiosidad o hechas con el propósito de someter a los Espíritus a pruebas, así como todas aquellas que no tengan un fin de utilidad general desde el punto de vista de los estudios.

[61] Art. 19. — Todo miembro tiene derecho a pedir que se llame al orden a quien falte al decoro en la discusión o perturbe las sesiones de cualquier manera. La llamada al orden se somete inmediatamente a votación; si se aprueba, se hace constar en el acta.

[62] Tres llamadas al orden en el espacio de un año conllevan de pleno derecho la expulsión del miembro que haya incurrido en ellas, sea cual sea su condición.

[63] Art. 20. — Ninguna comunicación espírita obtenida fuera de la Sociedad puede leerse sin haber sido sometida previamente al Presidente o al comité, quienes pueden admitir o rechazar su lectura.

64 Una copia de toda comunicación externa cuya lectura haya sido autorizada debe quedar depositada en los archivos.

65 Todas las comunicaciones obtenidas durante las sesiones pertenecen a la Sociedad; los médiums que las hayan escrito pueden sacar copia de ellas.

66 Art. 21. — Las sesiones particulares están reservadas a los miembros de la Sociedad; tienen lugar el 1.º, el 3.º y, si corresponde, el 5.º viernes de cada mes.

67 La Sociedad reserva para las sesiones particulares todas las cuestiones relativas a sus asuntos administrativos, así como los temas de estudio que requieran mayor tranquilidad y concentración, o que considere conveniente profundizar antes de presentarlos ante personas ajenas a ella.

68 Tienen derecho a asistir a las sesiones particulares, además de los miembros titulares y los asociados libres, los miembros corresponsales que se encuentren temporalmente en París y los médiums que presten su colaboración a la Sociedad.

69 Ninguna persona ajena a la Sociedad es admitida en las sesiones particulares, salvo en casos excepcionales y con el consentimiento previo del Presidente.

70 Art. 22. — Las sesiones generales tienen lugar el 2 y el 4.º viernes de cada mes.

71 En las sesiones generales, la Sociedad autoriza la admisión de oyentes ajenos a ella, que pueden asistir temporalmente sin formar parte de la Sociedad. Puede retirar esta autorización cuando lo considere conveniente.

72 Nadie puede asistir a las sesiones como oyente sin ser presentado al Presidente por un miembro de la Sociedad, quien responde de que procurará no causar perturbaciones ni interrupciones.

73 La Sociedad solo admite como oyentes a las personas que aspiran a convertirse en miembros, o que simpatizan con sus trabajos y están ya suficientemente iniciadas en la ciencia espírita para comprenderlos. Debe negarse de manera absoluta la admisión a quien solo se sienta atraído por un motivo de curiosidad o cuyas opiniones sean hostiles.

74 Los oyentes no pueden tomar la palabra, salvo en los casos excepcionales que determine el Presidente. Quien perturbe el orden de cualquier manera o manifieste mala voluntad hacia los trabajos de la Sociedad podrá ser invitado a retirarse y, en todos los casos, se dejará constancia de ello en la lista de admisión y se le prohibirá la entrada en adelante.

75 Como el número de oyentes debe limitarse al de las plazas disponibles, quienes puedan asistir a las sesiones deberán inscribirse de antemano en un registro destinado a tal efecto, con indicación de su dirección y de la persona que los recomienda. En consecuencia, toda solicitud de entrada deberá dirigirse varios días antes de la sesión al Presidente, único que expide las cartas de presentación hasta el cierre de la lista.

76 Las cartas de presentación solo pueden servir para el día indicado y para las personas designadas.

77 No puede concederse la entrada al mismo oyente para más de dos sesiones, salvo con autorización del Presidente y en casos excepcionales. Un mismo miembro no puede presentar a más de dos personas a la vez. Las entradas concedidas por el Presidente no están limitadas.

78 Los oyentes ya no son admitidos después del inicio de la sesión.

79 Capítulo IV. — Disposiciones diversas.

80 Art. 23. — Todos los miembros de la Sociedad le deben su colaboración. En consecuencia, se los invita a recoger, dentro de sus respectivos ámbitos de observación, los hechos antiguos o recientes que puedan relacionarse con el espiritismo y a comunicarlos. Al mismo tiempo, se les ruega que averigüen, en la medida de sus posibilidades, la notoriedad de dichos hechos.

81 También se los invita a señalarle todas las publicaciones que puedan tener una relación más o menos directa con el objeto de sus trabajos.

82 Art. 24. — La Sociedad hace un examen crítico de las diversas obras publicadas sobre el espiritismo cuando lo considera conveniente. Para ello, encarga a uno de sus miembros, asociado libre o titular, que le presente una reseña que se imprimirá, si corresponde, en la Revista Espírita.

83 Art. 25. — La Sociedad creará una biblioteca especial compuesta por las obras que se le ofrezcan y por las que adquiera.

84 Los miembros titulares podrán acudir a la sede de la Sociedad para consultar la biblioteca o los archivos, en los días y horas que se fijen para ello.

85 Art. 26. — La Sociedad considera que su responsabilidad puede quedar moralmente comprometida por las publicaciones particulares de sus miembros; por ello, nadie puede usar, en ningún escrito, el título de miembro de la Sociedad sin estar autorizado por ella y sin que previamente haya tenido conocimiento del manuscrito.

85.2 El comité se encargará de presentarle un informe al respecto. Si la Sociedad juzga que el escrito es incompatible con sus principios, se invitará al autor, después de haberlo escuchado, a modificarlo, a renunciar a su publicación o, finalmente, a no darse a conocer como miembro de la Sociedad. Si no se somete a la decisión que se tome, podrá decretarse su expulsión.

86 Todo escrito publicado por un miembro de la Sociedad bajo el anonimato y sin ninguna mención que permita reconocerlo como tal entra en la categoría de las publicaciones ordinarias cuya valoración se reserva la Sociedad. Sin embargo, sin querer obstaculizar la libre expresión de las opiniones personales, la Sociedad invita a aquellos de sus miembros que tengan la intención de hacer publicaciones de este tipo a solicitar previamente su parecer extraoficial, en interés de la ciencia.

87 Art. 27. — La Sociedad, deseosa de mantener en su seno la unidad de principios y el espíritu de benevolencia recíproca, podrá decretar la expulsión de todo miembro que sea causa de perturbación o se coloque en abierta hostilidad con ella mediante escritos que comprometan la doctrina, opiniones subversivas o una manera de actuar que no pueda aprobar.

87.2 Sin embargo, la expulsión solo se decretará después de una advertencia extraoficial previa que haya quedado sin efecto, y después de haber escuchado al miembro acusado, si este considera conveniente explicarse. La decisión se tomará mediante votación secreta y por mayoría de las tres cuartas partes de los miembros presentes.

88 Art. 28. — Todo miembro que se retire voluntariamente en el transcurso del año no puede reclamar la diferencia de las cuotas que haya abonado; esta diferencia se reembolsará en caso de expulsión decretada por la

Sociedad.

89 Art. 29. — El presente reglamento podrá modificarse, si corresponde. Las propuestas de modificación solo podrán presentarse a la Sociedad por medio de su Presidente, a quien deberán ser remitidas, y siempre que hayan sido admitidas por el comité.

90 La Sociedad puede, sin modificar su reglamento en los puntos esenciales, adoptar todas las medidas complementarias que considere útiles.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XXXI — DISERTACIONES ESPÍRITAS

✦

1 Hemos reunido en este capítulo algunos dictados espontáneos que pueden completar y confirmar los principios contenidos en esta obra. Habríamos podido citar un número mucho mayor, pero nos limitamos a los que se refieren más particularmente al porvenir del espiritismo, a los médiums y a las reuniones. Los ofrecemos a la vez como enseñanza y como modelos del género de las comunicaciones verdaderamente serias. Terminamos con algunas comunicaciones apócrifas seguidas de observaciones que permiten reconocerlas.

2 Sobre el espiritismo.

3 Tened confianza en la bondad de Dios y sed lo bastante perspicaces para comprender los preparativos de la nueva vida que os destina. Es cierto que no os será dado disfrutar de ella en esta existencia; pero, si no volvéis a vivir en este globo, ¿no seréis felices contemplando desde lo alto la obra que habréis comenzado y que se desarrollará ante vuestros ojos?

3.2 Protegeos con una fe firme y sin vacilaciones contra los obstáculos que parecen destinados a levantarse contra el edificio cuyos cimientos estáis poniendo. Las bases sobre las que se apoya son sólidas: Cristo puso su primera piedra. ¡Ánimo, pues, arquitectos del divino maestro! Trabajad, construid, Dios coronará vuestra obra.

3.3 Pero pensad bien que Cristo no reconoce como discípulos suyos a quienes solo tienen la caridad en los labios; no basta con creer, es preciso, sobre todo, dar ejemplo de bondad, de benevolencia y de desinterés; sin eso, vuestra fe será estéril para vosotros. San Agustín.

4 Cristo mismo preside los trabajos de toda naturaleza que se están llevando a cabo para abriros la era de renovación y perfeccionamiento que os predicen vuestros guías espirituales.

4.2 En efecto, si dirigís la mirada, fuera de las manifestaciones espíritas, a los acontecimientos contemporáneos, reconoceréis sin vacilación alguna los signos precursores que os demostrarán de manera irrefutable que han llegado los tiempos anunciados.

4.3 Se establecen comunicaciones entre todos los pueblos; una vez derribadas las barreras materiales, los obstáculos morales que se oponen a su unión, los prejuicios políticos y religiosos, desaparecerán rápidamente, y el reino de la fraternidad se establecerá por fin de manera sólida y duradera.

4.4 Observad desde hoy a los propios soberanos, impulsados por una mano invisible, tomar la iniciativa de las reformas, cosa inaudita para vosotros; y las reformas que parten de arriba y espontáneamente son mucho más rápidas y duraderas que las que parten de abajo y se obtienen por la fuerza.

4.5 Yo había presentido la época actual, a pesar de los prejuicios de la infancia y de la educación, a pesar del culto al recuerdo; me siento feliz por ello, y más feliz aún de venir a deciros: ¡Hermanos, ánimo!

4.6 Trabajad por vosotros y por el porvenir de los vuestros; trabajad, sobre todo, en vuestra mejora personal, y disfrutaréis en vuestra primera existencia de una felicidad de la que os resulta tan difícil formaros una idea

como a mí hacérosla comprender.

5 Chateaubriand.

6 Pienso que el espiritismo es un estudio enteramente filosófico de las causas secretas, de los movimientos interiores del alma poco o nada definidos hasta ahora. Más que descubrir nuevos horizontes, los explica. La reencarnación y las pruebas sufridas antes de llegar a la meta suprema no son revelaciones, sino una confirmación importante.

6.2 Me impresionan las verdades que este medio saca a la luz. Digo medio intencionadamente, pues, a mi entender, el espiritismo es una palanca que aparta las barreras de la ceguera.

6.3 La preocupación por las cuestiones morales está todavía enteramente por crear; se discute la política que agita los intereses generales, se discuten los intereses privados, se toma partido con pasión por el ataque o la defensa de las personalidades; los sistemas tienen sus partidarios y sus detractores; pero las verdades morales, las que son el pan del alma, el pan de vida, quedan abandonadas entre el polvo acumulado por los siglos.

6.4 Todos los perfeccionamientos son útiles a los ojos de la multitud, salvo el del alma; su educación, su elevación, son quimeras que, a lo sumo, sirven para ocupar el tiempo libre de los sacerdotes, los poetas y las mujeres, ya sea como moda o como enseñanza.

7 Si el espiritismo resucita el espiritualismo, devolverá a la sociedad el impulso que da a unos la dignidad interior, a otros la resignación y a todos la necesidad de elevarse hacia el Ser supremo, olvidado y desconocido por sus ingratas criaturas. J.-J. Rousseau.

8 Si Dios envía Espíritus para instruir a los hombres, es para esclarecerlos sobre sus deberes, mostrarles el camino que puede abreviar sus pruebas y, con ello, acelerar su progreso; pues, así como el fruto llega a la madurez, también el hombre llegará a la perfección.

8.2 Pero junto a los buenos Espíritus que desean vuestro bien, están también los Espíritus imperfectos que desean vuestro mal; mientras unos os impulsan hacia delante, otros os arrastran hacia atrás; debéis poner toda vuestra atención en distinguirlos; el medio es fácil: procurad tan solo comprender que nada de lo que proviene de un buen Espíritu puede perjudicar a nadie, y que todo lo malo solo puede proceder de un mal Espíritu.

8.3 Si no escucháis los sabios consejos de los Espíritus que os desean el bien, si os ofenden las verdades que pueden deciros, es evidente que son malos Espíritus quienes os aconsejan; solo el orgullo puede impediros veros tal como sois; pero, si vosotros mismos no lo veis, otros lo ven por vosotros; de modo que recibís la censura tanto de los hombres que se ríen de vosotros a vuestras espaldas como de los Espíritus. Un Espíritu familiar.

9 Vuestra doctrina es bella y santa; el primer hito está colocado, y sólidamente colocado. Ahora solo os queda avanzar; el camino que se os abre es grande y majestuoso. Bienaventurado quien llegue a puerto; cuantos más prosélitos haya hecho, más se le tendrá en cuenta.

9.2 Pero para ello no hay que abrazar la doctrina con frialdad; hay que poner ardor en ello, y ese ardor se duplicará, pues Dios está siempre con vosotros cuando hacéis el bien. Todos aquellos que atraigáis serán otras tantas ovejas que vuelven al redil; ¡pobres ovejas medio extraviadas!

9.3 Tened la certeza de que el más escéptico, el más ateo, el más incrédulo, en fin, tiene siempre un pequeñísimo rincón en el corazón que quisiera poder ocultarse a sí mismo.

9.4 Pues bien, ese es el pequeño rincón que hay que buscar, que hay que encontrar; ese es el lado vulnerable que hay que atacar; es una pequeña brecha que Dios ha dejado abierta a propósito para facilitar a su criatura el medio de volver a su seno.

10 San Benito.

11 No os asustéis ante ciertos obstáculos, ante ciertas controversias.

12 No atormentéis a nadie con insistencia alguna; los incrédulos solo llegarán a convencerse por vuestro desinterés, por vuestra tolerancia y vuestra caridad hacia todos sin excepción.

13 Guardaos, sobre todo, de forzar la opinión, incluso con vuestras palabras o con manifestaciones públicas. Cuanto más modestos seáis, más conseguiréis haceros apreciar. Que ningún motivo personal os impulse a actuar, y encontraréis en vuestras conciencias una fuerza de atracción que solo el bien proporciona. m Los Espíritus, por orden de Dios, trabajan por el progreso de todos sin excepción; vosotros, espíritas, haced lo mismo.

14 San Luis ¿Qué institución humana, incluso divina, no ha tenido obstáculos que superar, cismas contra los que ha debido luchar? Si solo tuvierais una existencia triste y agonizante, nadie os atacaría, pues sabrían bien que debéis sucumbir de un momento a otro; pero, como vuestra vitalidad es fuerte y activa, como el árbol espírita tiene raíces fuertes, suponen que puede vivir mucho tiempo e intentan atacarlo con el hacha. ¿Qué harán esos envidiosos?

14.2 A lo sumo cortarán algunas ramas, que volverán a brotar con nueva savia y serán más fuertes que nunca. Channing.

15 Voy a hablaros de la firmeza que debéis tener en vuestros trabajos espíritas. Se os ha presentado una cita sobre este asunto; os aconsejo estudiarla de corazón y aplicaros su espíritu; pues, al igual que san Pablo, seréis perseguidos, no en carne y hueso, sino en espíritu; los incrédulos, los fariseos de la época, os censurarán, se burlarán de vosotros; pero no temáis nada, será una prueba que os fortalecerá si sabéis referirla a Dios, y más adelante veréis vuestros esfuerzos coronados por el éxito; será un gran triunfo para vosotros en el día de la eternidad, sin olvidar que, en este mundo, ya es un consuelo para las personas que han perdido a familiares y amigos; saber que son felices, que es posible comunicarse con ellos, es una dicha.

15.2 Seguid, pues, adelante; cumplid la misión que Dios os da, y se os tendrá en cuenta el día en que comparezcáis ante el Todopoderoso. Channing.

16 Vengo yo, tu Salvador y tu juez; vengo, como en otro tiempo, entre los hijos extraviados de Israel; vengo a traer la verdad y a disipar las tinieblas. Escuchadme. El espiritismo, como en otro tiempo mi palabra, debe recordar a los materialistas que por encima de ellos reina la verdad inmutable: Dios bueno, el Dios grande que hace germinar la planta y levanta las olas.

16.2 He revelado la doctrina divina; como un segador, he atado en gavillas el bien disperso en la humanidad, y he dicho: ¡Venid a mí todos los que sufrís!

17 Pero los hombres ingratos se han apartado del camino recto y ancho que conduce al reino de mi Padre, y se han extraviado por los ásperos senderos de la impiedad.

17.2 Mi Padre no quiere aniquilar a la raza humana; quiere, ya no por medio de profetas, ya no por medio de apóstoles, quiere que, ayudándoos unos a otros, muertos y vivos, es decir, muertos según la carne, pues la muerte no existe, os socorráis, y que la voz de quienes ya no están se haga oír de nuevo para gritaros: ¡Orad y creed!

17.3 Pues la muerte es la resurrección, y la vida, la prueba elegida durante la cual vuestras virtudes cultivadas deben crecer y desarrollarse como el cedro.

18 Creed en las voces que os responden: son las almas mismas de aquellos a quienes evocáis. Solo me comunico rara vez; mis amigos, quienes presenciaron mi vida y mi muerte, son los intérpretes divinos de la voluntad de mi Padre.

19 Hombres débiles que creéis en el error de vuestras oscuras inteligencias, no apaguéis la antorcha que la clemencia divina pone en vuestras manos para alumbrar vuestro camino y llevaros de nuevo, hijos perdidos, al seno de vuestro Padre.

20 Os lo digo en verdad, creed en la diversidad, en la multiplicidad de los Espíritus que os rodean. Siento demasiada compasión por vuestras miserias, por vuestra inmensa debilidad, para no tender una mano de socorro a los desdichados extraviados que, viendo el cielo, caen en el abismo del error. Creed, amad, comprended las verdades que os son reveladas; no mezcléis la cizaña con el buen grano, los sistemas con las verdades.

21 ¡Espíritas! Amaos, esa es la primera enseñanza; instruiros, esa es la segunda. Todas las verdades se encuentran en el cristianismo; los errores que han echado raíces en él son de origen humano; y he aquí que, más allá de la

tumba que creíais la nada, unas voces os gritan: ¡Hermanos! Nada perece; Jesucristo es el vencedor del mal, sed los vencedores de la impiedad.

22 Observación. Esta comunicación, obtenida por uno de los mejores médiums de la sociedad espírita de París, está firmada con un nombre que el respeto solo nos permite reproducir con todas las reservas, tan grande sería el insigne favor de su autenticidad, y porque se ha abusado de él con demasiada frecuencia en comunicaciones evidentemente apócrifas; este nombre es el de Jesús de Nazaret.

22.2 No dudamos en absoluto de que pueda manifestarse; pero si los Espíritus verdaderamente superiores solo lo hacen en circunstancias excepcionales, la razón nos impide creer que el Espíritu puro por excelencia responda al llamado del primero que llegue; en cualquier caso, sería una profanación atribuirle un lenguaje indigno de él.

23 Por estas consideraciones nos hemos abstenido siempre de publicar nada que llevara ese nombre; y creemos que nunca se será demasiado prudente en las publicaciones de este género, que solo tienen autenticidad para el amor propio, y cuyo menor inconveniente es proporcionar armas a los adversarios del espiritismo.

24 Como hemos dicho, cuanto más elevados están los Espíritus en la jerarquía, más desconfianza debe inspirar su nombre; habría que tener una gran dosis de orgullo para presumir de poseer el privilegio de sus comunicaciones y creerse digno de conversar con ellos como con iguales. En la comunicación anterior solo comprobamos una cosa: la superioridad indiscutible del lenguaje y de los pensamientos, dejando a cada cual el cuidado de juzgar si aquel cuyo nombre lleva no la rechazaría.

25 Sobre los médiums.

26 Todos los hombres son médiums; todos tienen un Espíritu que los dirige hacia el bien cuando saben escucharlo. Ahora bien, que algunos se comuniquen directamente con él mediante una mediumnidad particular, que otros solo lo oigan por la voz del corazón y de la inteligencia, poco importa: no deja de ser su Espíritu familiar quien los aconseja.

26.2 Llámenlo espíritu, razón, inteligencia: siempre es una voz que responde a su alma y les dicta buenas palabras; solo que no siempre las comprenden. No todos saben actuar según los consejos de la razón, no de esa razón que se arrastra y repta más de lo que camina, esa razón que se pierde entre los intereses materiales y groseros, sino de esa razón que eleva al hombre por encima de sí mismo, que lo transporta hacia regiones desconocidas; llama sagrada que inspira al artista y al poeta, pensamiento divino que eleva al filósofo, impulso que arrastra a los individuos y a los pueblos, razón que el vulgo no puede comprender, pero que eleva al hombre y lo acerca a Dios más que a cualquier otra criatura, entendimiento que sabe conducirlo de lo conocido a lo desconocido y le hace realizar las cosas más sublimes.

26.3 Escuchen, pues, esa voz interior, ese buen genio que les habla sin cesar, y llegarán progresivamente a oír a su ángel de la guarda, que les tiende la mano desde lo alto del cielo; lo repito, la voz íntima que habla al corazón es la de los buenos Espíritus, y desde este punto de vista todos los hombres son médiums. Channing.

27 El don de la mediumnidad es tan antiguo como el mundo; los profetas eran médiums; los misterios de Eleusis estaban fundados en la mediumnidad; los caldeos y los asirios tenían médiums; Sócrates era dirigido por un

Espíritu que le inspiraba los admirables principios de su filosofía; oía su voz.

27.2 Todos los pueblos han tenido sus médiums, y las inspiraciones de Juana de Arco no eran otras que las voces de Espíritus bienhechores que la dirigían. Este don que ahora se extiende se había vuelto más raro durante la Edad Media, pero nunca ha cesado. Swedenborg y sus adeptos tuvieron una escuela numerosa.

27.3 La Francia de los últimos siglos, burlona y ocupada en una filosofía que, al querer destruir los abusos de la intolerancia religiosa, apagaba bajo el ridículo todo lo que era ideal, debía alejar el espiritismo, que no cesaba de progresar en el Norte.

27.4 Dios había permitido esta lucha de las ideas positivas contra las ideas espiritualistas porque el fanatismo había hecho de estas últimas un arma; ahora que los progresos de la industria y de las ciencias han desarrollado el arte de vivir bien hasta tal punto que las tendencias materiales se han vuelto dominantes, Dios quiere que los Espíritus vuelvan a los intereses del alma; quiere que el perfeccionamiento del hombre moral llegue a ser lo que debe ser, es decir, la finalidad y el objetivo de la vida.

27.5 El Espíritu humano sigue una marcha necesaria, imagen de la gradación por la que pasa todo lo que puebla el universo visible e invisible; todo progreso llega a su hora: la de la elevación moral ha llegado para la humanidad; todavía no se cumplirá en sus días, pero den gracias al Señor por presenciar su bendita aurora. Pierre Jouty (padre del médium).

28 Dios me ha encargado una misión que cumplir para con los creyentes a quienes favorece con la mediumnidad. Cuantas más gracias reciben del Altísimo, más peligros corren, y esos peligros son tanto mayores cuanto que

nacen de los mismos favores que Dios les concede.

28.2 Las facultades de que gozan los médiums les atraen los elogios de los hombres; las felicitaciones, las adulaciones: ese es su escollo. Esos mismos médiums, que deberían tener siempre presente en la memoria su incapacidad primitiva, la olvidan; hacen más aún: lo que solo deben a Dios, lo atribuyen a su propio mérito. ¿Qué ocurre entonces?

28.3 Los buenos Espíritus los abandonan; se convierten en juguete de los malos y ya no tienen brújula para guiarse; cuanto más capaces se vuelven, más se ven impulsados a atribuirse un mérito que no les pertenece, hasta que al fin Dios los castiga retirándoles una facultad que ya solo puede resultarles funesta.

29 Nunca les recordaré lo suficiente que se encomienden a su ángel de la guarda para que los ayude a estar siempre en guardia contra su enemigo más cruel, que es el orgullo.

30 DISERTACIONES Espíritas.

31 Recuerden bien, ustedes que tienen la dicha de ser los intérpretes entre los Espíritus y los hombres, que, sin el apoyo de nuestro divino maestro, serán castigados con mayor severidad, porque habrán sido más favorecidos.

32 Espero que esta comunicación dé sus frutos, y deseo que pueda ayudar a los médiums a mantenerse en guardia contra el escollo en el que podrían estrellarse; ese escollo, ya se lo he dicho, es el orgullo. Juana de Arco.

33 Cuando quieran recibir comunicaciones de buenos Espíritus, es importante que se preparen para este favor mediante el recogimiento, las sanas intenciones y el deseo de hacer el bien con miras al progreso general; pues recuerden que el egoísmo es una causa de retraso en todo avance.

33.2 Recuerden que, si Dios permite a algunos de ustedes recibir el soplo de ciertos hijos suyos que, por su conducta, han sabido merecer la dicha de comprender su bondad infinita, es porque tiene a bien, a petición nuestra y en consideración a sus buenas intenciones, darles los medios para avanzar por su camino; así pues, ¡médiums!, aprovechen esta facultad que Dios tiene a bien concederles.

33.3 Tengan fe en la mansedumbre de nuestro maestro; practiquen siempre la caridad; no se cansen nunca de ejercer esta sublime virtud, así como la tolerancia. Que sus acciones estén siempre en armonía con su conciencia: es un medio seguro de centuplicar su felicidad en esta vida pasajera y de prepararse una existencia mil veces más dulce aún.

34 Que aquel de ustedes que sea médium y no se sienta con fuerzas para perseverar en la enseñanza espírita se abstenga; pues, al no aprovechar la luz que lo ilumina, será menos excusable que otro y deberá expiar su ceguera. Pascal.

35 Hoy les hablaré del desinterés, que debe ser una de las cualidades esenciales de los médiums, al igual que la modestia y la abnegación. Dios les ha dado esta facultad para que ayuden a propagar la verdad, pero no para que comercien con ella; y con esto no me refiero solo a quienes quisieran explotarla como lo harían con un talento ordinario, que se harían médiums como uno se hace bailarín o cantante, sino a todos los que pretendieran servirse de ella con cualquier fin interesado. ¿Es razonable creer que los buenos Espíritus, y menos aún los Espíritus superiores, que condenan la codicia, consientan en exhibirse como espectáculo y, como comparsas, se pongan a disposición de un empresario de manifestaciones espíritas?

35.2 Tampoco lo es suponer que los buenos Espíritus puedan favorecer propósitos de orgullo y ambición. Dios les permite comunicarse con los hombres para sacarlos del lodazal terrestre, y no para servir de instrumentos a las pasiones mundanas.

35.3 Por tanto, no puede ver con agrado a quienes desvían de su verdadero objetivo el don que les ha hecho, y les aseguro que serán castigados por ello, incluso en esta vida, con las más amargas decepciones.

36 Delphine de Girardin.

37 Todos los médiums están indiscutiblemente llamados a servir a la causa del espiritismo en la medida de su facultad, pero hay muy pocos que no se dejen atrapar en la trampa del amor propio; es una piedra de toque que rara vez deja de surtir efecto; así, de cien médiums apenas encontrarán uno, por insignificante que sea, que no se haya creído, en los primeros tiempos de su mediumnidad, llamado a obtener resultados superiores y predestinado a grandes misiones.

37.2 Quienes sucumben a esta vana esperanza, y son muchos, se convierten en presa inevitable de Espíritus obsesores, que no tardan en subyugarlos halagando su orgullo y aprovechando su punto débil; cuanto más han querido elevarse, más ridícula es su caída, cuando no resulta desastrosa para ellos.

37.3 Las grandes misiones solo se confían a hombres de élite, y Dios mismo los coloca, sin que ellos lo busquen, en el medio y en la posición donde su colaboración podrá ser eficaz.

37.4 Nunca recomendaré lo suficiente a los médiums inexpertos que desconfíen de lo que ciertos Espíritus puedan decirles acerca del supuesto papel que están llamados a desempeñar; pues, si se lo toman en serio, solo co-

secharán decepciones en este mundo y un severo castigo en el otro.

37.5 Que se convenzan bien de que, en la esfera modesta y oscura en la que están situados, pueden prestar grandes servicios, ayudando a la conversión de los incrédulos o dando consuelo a los afligidos; si deben salir de ella, serán conducidos por una mano invisible que preparará los caminos, y puestos de relieve, por así decirlo, a su pesar. Que recuerden estas palabras: «Quien se eleva será humillado, y quien se humilla será elevado».

38 El Espíritu de verdad.

39 Sobre las sociedades espíritas.

40 Nota. Entre las comunicaciones siguientes, algunas fueron dadas en la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas o dirigidas a ella; otras, que nos han sido transmitidas por diversos médiums, contienen consejos generales sobre las reuniones, su formación y los escollos que pueden encontrar.

41 ¿Por qué no comenzáis vuestras sesiones con una invocación general, una especie de oración que disponga al recogimiento? Pues sabedlo bien: sin recogimiento solo tendréis comunicaciones ligeras; los buenos Espíritus solo acuden donde se los llama con fervor y sinceridad.

41.2 Esto es lo que no se comprende lo suficiente; os corresponde, pues, dar ejemplo; a vosotros, que, si lo queréis, podéis llegar a ser una de las columnas del nuevo edificio. Vemos vuestros trabajos con agrado y os ayudamos, pero con la condición de que vosotros también nos secundéis y os mostréis a la altura de la misión que estáis llamados a cumplir.

41.3 Uníos, pues, y seréis fuertes, y los malos Espíritus no prevalecerán contra vosotros. Dios ama a los sencillos de espíritu, lo que no quiere decir a los necios, sino a quienes renuncian a sí mismos y acuden a él sin orgullo.

41.4 Podéis llegar a ser un foco de luz para la humanidad; sabed, pues, distinguir el buen grano de la cizaña; sembrad solo el buen grano y guardaos de esparcir la cizaña, pues esta impedirá que el buen grano crezca, y seríais responsables de todo el mal que haya causado; del mismo modo, seríais responsables de las malas doctrinas que pudierais propagar.

41.5 Recordad que un día el mundo puede tener los ojos puestos en vosotros; procurad, pues, que nada empañe el esplendor de las buenas cosas que salgan de vuestro seno; por eso os recomendamos que pidáis a Dios que os asista. San Agustín.

42 Al pedirle a san Agustín que tuviera a bien dictar una fórmula de invocación general, respondió:

43 Sabéis que no hay una fórmula absoluta: Dios es demasiado grande para dar más importancia a las palabras que al pensamiento. Ahora bien, no creáis que basta con pronunciar unas palabras para alejar a los malos Espíritus; guardaos, sobre todo, de convertirla en una de esas fórmulas banales que se recitan para tranquilizar la conciencia; su eficacia está en la sinceridad del sentimiento que la dicta; está, sobre todo, en la unanimidad de la intención, pues ninguno de quienes no se unan a ella de corazón podrá beneficiarse de ella ni hacer que los demás se beneficien. Redactadla, pues, vosotros mismos y sometédmela si queréis; os ayudaré.

44 Nota. La siguiente fórmula de invocación general fue redactada con la colaboración del Espíritu, que la completó en varios puntos.

45 «Rogamos a Dios Todopoderoso que nos envíe buenos Espíritus para asistirnos y que aleje a quienes pudieran inducirnos a error; danos la luz necesaria para distinguir la verdad de la impostura.

46 «Aparta también a los Espíritus malintencionados que pudieran sembrar la desunión entre nosotros suscitando la envidia, el orgullo y los celos. Si algunos intentaran introducirse aquí, en nombre de Dios, los conjuramos a que se retiren.

47 «Buenos Espíritus que presidís nuestros trabajos, dignaos venir a instruirnos y hacednos dóciles a vuestros consejos. Haced que todo sentimiento personal se desvanezca en nosotros ante el pensamiento del bien general.

48 «Rogamos en particular a nuestro protector especial que tenga a bien prestarnos su ayuda hoy».

49 Amigos míos, dejadme daros un consejo, pues camináis por un terreno nuevo, y si seguís el camino que os indicamos, no os extraviaréis. Se os ha dicho algo muy cierto que queremos recordar: el espiritismo es solo una moral y no debe salir de los límites de la filosofía, o hacerlo muy poco, si no quiere caer en el terreno de la curiosidad.

49.2 Dejad de lado las cuestiones científicas: la misión de los Espíritus no es resolverlas ahorrándoos el esfuerzo de investigar, sino procurar haceros mejores, pues así es como avanzaréis realmente. San Luis.

50 Se han burlado de las mesas giratorias; jamás se burlarán de la filosofía, de la sabiduría y de la caridad que brillan en las comunicaciones serias. Aquello fue el vestíbulo de la ciencia; allí, al entrar, hay que dejar los prejuicios como se deja el abrigo. Nunca os insistiré bastante en que hagáis de vuestras reuniones un centro serio.

50.2 Que en otros lugares se hagan demostraciones físicas, que en otros lugares se vea, que en otros lugares se oiga; que entre vosotros se comprenda y se ame. ¿Qué creéis ser a los ojos de los Espíritus superiores cuando habéis hecho girar o levantar una mesa? Escolares; ¿acaso el sabio pasa el tiempo repasando el abecé de la ciencia?

50.3 En cambio, al veros buscar comunicaciones serias, se os considera hombres serios en busca de la verdad. San Luis.

51 Al preguntarle a san Luis si con ello pretendía censurar las manifestaciones físicas, respondió:

52 «No podría censurar las manifestaciones físicas, puesto que, si se producen, es con el permiso de Dios y con un fin útil; al decir que fueron el vestíbulo de la ciencia, les asigno su verdadero lugar y reconozco su utilidad. Solo censuro a quienes hacen de ellas un objeto de diversión y curiosidad, sin extraer la enseñanza que se deriva de ellas; son a la filosofía del espiritismo lo que la gramática es a la literatura, y quien ha alcanzado cierto grado en una ciencia ya no pierde el tiempo repasando sus elementos».

53 Amigos míos y fieles creyentes, siempre me alegra poder guiaros por el camino del bien; es una dulce misión que Dios me concede y de la que me siento orgulloso, porque ser útil es siempre una recompensa. Que el Espíritu de caridad os reúna, tanto la caridad que da como la que ama.

53.2 Mostraos pacientes ante las injurias de vuestros detractores; sed firmes en el bien y, sobre todo, humildes ante Dios; solo la humildad eleva: es la única grandeza que Dios reconoce. Solo entonces los buenos Espíritus acudirán a vosotros; de lo contrario, el del mal se apoderaría de vuestra alma.

53.3 Sed benditos en nombre del Creador, y creceréis a los ojos de los hombres al mismo tiempo que a los de Dios. San Luis.

54 La unión hace la fuerza; permaneced unidos para ser fuertes. El espiritismo ha germinado y echado raíces profundas; va a extender sobre la tierra sus ramas bienhechoras. Debéis haceros invulnerables a los dardos envenenados de la calumnia y de la negra falange de los Espíritus ignorantes, egoístas e hipócritas.

54.2 Para lograrlo, que la indulgencia y la benevolencia recíprocas presidan vuestras relaciones; que vuestros defectos pasen inadvertidos y solo se destaquen vuestras cualidades; que la antorcha de la santa amistad reúna, ilumine y caliente vuestros corazones, y resistiréis los ataques impotentes del mal como la roca inquebrantable resiste la ola furiosa.

55 San Vicente de Paúl.

56 Amigos míos, queréis formar una reunión espírita y lo apruebo, porque los Espíritus no pueden ver con agrado a los médiums que permanecen aislados. Dios no les ha dado esta sublime facultad para ellos solos, sino para el bien general.

56.2 Al comunicarse con otros, tienen mil ocasiones de esclarecerse sobre el valor de las comunicaciones que reciben, mientras que, solos, están mucho más bajo el dominio de los Espíritus mentirosos, encantados de no estar sujetos a ningún control. Esto va dirigido a vosotros, y si no estáis dominados por el orgullo, lo comprenderéis y sacaréis provecho de ello.

56.3 Ahora, lo siguiente va dirigido a los demás. ¿Os dais cuenta cabal de lo que debe ser una reunión espírita? No; pues, en vuestro celo, creéis que lo mejor es reunir al mayor número de personas para convencerlas. Desengañaos; cuantos menos seáis, más obtendréis.

56.4 Sobre todo, por la influencia moral que ejerzáis atraeréis a los incrédulos hacia vosotros, mucho más que por los fenómenos que obtengáis; si solo atraéis por los fenómenos, vendrán a veros por curiosidad, y encontraréis curiosos que no os creerán y se reirán de vosotros; si entre vosotros solo se encuentra gente digna de estima, quizá no os crean de inmediato, pero os respetarán, y el respeto siempre inspira confianza.

56.5 Estáis convencidos de que el espiritismo debe traer una reforma moral; que vuestra reunión sea, pues, la primera en dar ejemplo de las virtudes cristianas, pues en estos tiempos de egoísmo es en las sociedades espíritas donde la verdadera caridad debe encontrar un refugio. Así debe ser, amigos míos, una reunión de verdaderos espíritas. En otra ocasión os daré otros consejos.

57 Fénelon.

58 Me habéis preguntado si la multiplicidad de grupos en una misma localidad podría generar rivalidades perjudiciales para la doctrina. A esto os responderé que quienes están imbuidos de los verdaderos principios de esta doctrina ven hermanos en todos los espíritas, y no rivales; quienes miraran otras reuniones con celos demostrarían que albergan una intención oculta de interés o amor propio, y que no los guía el amor a la verdad.

58.2 Os aseguro que, si esas personas estuvieran entre vosotros, pronto sembrarían la perturbación y la desunión. El verdadero espiritismo tiene por divisa la benevolencia y la caridad; excluye toda rivalidad salvo la del bien que se puede hacer; todos los grupos que la inscriban en su bandera podrán tenderse la mano como buenos vecinos, que no por vivir en casas distintas dejan de ser amigos.

58.3 Quienes pretendan tener a los mejores Espíritus por guías deberán probarlo mostrando los mejores sentimientos; que haya, pues, entre ellos una lucha, pero una lucha de grandeza de alma, de abnegación, de bondad y de humildad; quien arrojara una piedra a otro demostraría, por ese solo hecho, que lo incitan malos Espíritus.

58.4 La naturaleza de los sentimientos que dos hombres manifiestan el uno hacia el otro es la piedra de toque que permite conocer la naturaleza de los Espíritus que los asisten. Fénelon.

59 El silencio y el recogimiento son condiciones esenciales para todas las comunicaciones serias. Jamás obtendréis esto de quienes solo se sientan atraídos a vuestras reuniones por la curiosidad; invitad, pues, a los curiosos a divertirse en otra parte, pues su distracción sería causa de perturbación.

60 No debéis tolerar ninguna conversación cuando se interroga a los Espíritus. A veces recibís comunicaciones que requieren réplicas serias por vuestra parte y respuestas no menos serias por parte de los Espíritus evocados, a quienes, creedlo bien, desagradan los continuos cuchicheos de algunos asistentes; de ahí que no se obtenga nada completo ni verdaderamente serio; el médium que escribe también sufre distracciones muy perjudiciales para su ministerio. San Luis.

61 Os hablaré de la necesidad de observar en vuestras sesiones la mayor regularidad, es decir, de evitar toda confusión, toda divergencia de ideas. La divergencia favorece la sustitución de los buenos Espíritus por los malos, y casi siempre son estos últimos quienes se apoderan de las preguntas propuestas.

61.2 Por otra parte, en una reunión compuesta de elementos diversos y desconocidos entre sí, ¿cómo evitar las ideas contradictorias, la distracción o, peor aún, una vaga y burlona indiferencia? Quisiera encontrar un medio eficaz y seguro. Tal vez esté en la concentración de los fluidos dispersos alrededor de los médiums.

61.3 Solo ellos, y sobre todo los que son amados, retienen a los buenos Espíritus en la asamblea; pero su influencia apenas basta para disipar la turba de Espíritus frívolos.

61.4 El trabajo de examinar las comunicaciones es excelente; nunca se profundiza demasiado en las preguntas y, sobre todo, en las respuestas; el error es fácil, incluso para los Espíritus animados por las mejores intenciones; la lentitud de la escritura, durante la cual el Espíritu se aparta del asunto que agota en cuanto lo ha concebido, la inconstancia y la indiferencia hacia ciertas formas convenidas, todas estas razones, y muchas otras, os imponen el deber de conceder solo una confianza limitada, y siempre subordinada al examen, incluso cuando se trata de las comunicaciones más auténticas. Jorge (Espíritu familiar).

62 ¿Con qué fin pedís, la mayoría de las veces, comunicaciones a los Espíritus? Para tener bellos textos que mostráis a vuestros conocidos como muestras de nuestro talento; los conserváis con esmero en vuestros álbumes, pero en vuestro corazón no hay lugar para ellos. ¿Creéis que nos halaga mucho venir a posar en vuestras asambleas como en un concurso, a competir en elocuencia para que podáis decir que la sesión ha sido muy interesante? ¿Qué os queda cuando habéis encontrado admirable una comunicación? ¿Creéis que venimos a buscar vuestros aplausos?

62.2 Desengañaos; no nos agrada entreteneros de una manera más que de otra; por vuestra parte, eso sigue siendo curiosidad que en vano disimuláis; nuestro fin es haceros mejores.

62.3 Ahora bien, cuando vemos que nuestras palabras no dan fruto y que, por vuestra parte, todo se reduce a una aprobación estéril, vamos en busca de almas más dóciles; dejamos entonces que vengan en nuestro lugar los Espíritus que nada desean tanto como hablar, y no faltan. Os extraña que les dejemos tomar nuestro nombre; ¿qué os importa, si para vosotros todo sigue igual?

62.4 Pero sabed bien que no lo permitiríamos con aquellos por quienes nos interesamos realmente, es decir, aquellos con quienes no perdemos el tiempo; esos son nuestros preferidos, y los preservamos de la mentira.

62.5 No culpéis, pues, más que a vosotros mismos si os engañan tan a menudo; para nosotros, el hombre serio no es el que se abstiene de reír, sino aquel cuyo corazón se conmueve con nuestras palabras, que las medita y las aprovecha. (Véase n.º 268, preguntas 19 y 20). Massiixon.

63 El espiritismo debería ser un escudo contra el Espíritu de discordia y disensión; pero ese Espíritu ha agitado en todo tiempo su antorcha sobre los seres humanos, porque envidia la felicidad que procuran la paz y la unión. ¡Espíritas!

63.2 Podrá, pues, penetrar en vuestras asambleas y, no lo dudéis, tratará de sembrar en ellas la desafección, pero será impotente contra quienes estén animados por la verdadera caridad. Manteneos, pues, en guardia y velad sin cesar a la puerta de vuestro corazón, como a la de vuestras reuniones, para no dejar entrar al enemigo.

63.3 Si vuestros esfuerzos son impotentes contra el de fuera, siempre dependerá de vosotros impedirle el acceso a vuestra alma. Si surgieran disensiones entre vosotros, solo podrían ser provocadas por malos Espíritus; que aquellos, pues, que tengan en mayor grado el sentimiento de los deberes que les imponen tanto la urbanidad como el verdadero espiritismo se muestren los más pacientes, los más dignos y los más correctos; los buenos Espíritus pueden permitir a veces estas luchas para dar a los buenos y a los malos sentimientos la ocasión de manifestarse, a fin de separar el buen grano de la cizaña, y siempre estarán del lado donde haya más humildad y verdadera caridad.

64 San Vicente de Paúl.

65 Rechazad sin piedad a todos esos Espíritus que se presentan como consejeros exclusivos, predicando la división y el aislamiento. Casi siempre son Espíritus vanidosos y mediocres, que tienden a imponerse a los hombres débiles y crédulos, prodigándoles elogios exagerados para fascinarlos y mantenerlos bajo su dominio.

65.2 Son generalmente Espíritus ávidos de poder que, déspotas en la vida pública o privada mientras vivían, quieren seguir teniendo víctimas a las que tiranizar después de su muerte. En general, desconfiad de las comunicaciones que tienen un carácter de misticismo y de extrañeza, o que prescriben ceremonias y actos extravagantes; siempre hay entonces un motivo legítimo de sospecha.

66 Por otra parte, tened por cierto que, cuando una verdad debe ser revelada a la humanidad, se comunica, por así decirlo, instantáneamente en todos los grupos serios que poseen médiums serios, y no a unos u otros con exclusión de todos los demás.

66.2 Nadie es un médium perfecto si está obsesionado, y hay obsesión manifiesta cuando un médium solo es apto para recibir las comunicaciones de un Espíritu determinado, por muy alto que este trate de situarse a sí mismo.

66.3 En consecuencia, todo médium, todo grupo que se crea privilegiado por comunicaciones que solo él puede recibir y que, por otra parte, esté sujeto a prácticas que rozan la superstición, se encuentra indudablemente bajo una obsesión de las más claras, sobre todo cuando el Espíritu dominador se jacta de llevar un nombre que todos, Espíritus y encarnados, debemos honrar y respetar, y no permitir que se comprometa a cada paso.

67 Es indiscutible que, sometiendo al crisol de la razón y de la lógica todos los datos y todas las comunicaciones de los Espíritus, será fácil rechazar el absurdo y el error. Un médium puede estar fascinado, un grupo puede ser engañado; pero el control riguroso de los demás grupos, el saber adquirido y la elevada autoridad moral de los jefes de los grupos, así como las comunicaciones de los principales médiums que reciben un sello de lógica y autenticidad de nuestros mejores Espíritus, desenmascararán rápidamente esos dictados mentirosos y astutos procedentes de una turba de Espíritus embusteros o malvados.

68 Erasto (discípulo de san Pablo).

69 Observación. Uno de los rasgos distintivos de esos Espíritus que quieren imponerse y hacer aceptar ideas extravagantes y sistemáticas es pretender, aunque sean los únicos de su parecer, tener razón contra todo el mundo.

69.2 Su táctica consiste en evitar la discusión y, cuando se ven vencidos por las armas irresistibles de la lógica, se niegan desdeñosamente a responder y ordenan a sus médiums que se alejen de los centros donde sus ideas

no son acogidas.

69.3 Ese aislamiento es lo más funesto para los médiums, porque sufren, sin contrapeso, el yugo de esos Espíritus obsesores que los conducen como a ciegos y a menudo los llevan por caminos perniciosos.

70 Los falsos profetas no se encuentran solo entre los encarnados; también están, y en número mucho mayor, entre los Espíritus orgullosos que, bajo falsas apariencias de amor y caridad, siembran la desunión y retrasan la obra emancipadora de la humanidad, poniendo como obstáculo sus sistemas absurdos, que hacen aceptar por medio de sus médiums; y, para fascinar mejor a aquellos a quienes quieren engañar, para dar más peso a sus teorías, se adornan sin escrúpulos con nombres que los hombres solo pronuncian con respeto, los de santos justamente venerados, de Jesús, de María, de Dios mismo.

71 Son ellos quienes siembran gérmenes de antagonismo entre los grupos, quienes los empujan a aislarse unos de otros y a mirarse con malos ojos. Eso solo bastaría para desenmascararlos, pues, al actuar así, ellos mismos desmienten de la manera más categórica lo que pretenden ser. Ciegos son, pues, los hombres que se dejan atrapar en una trampa tan burda.

72 Pero hay muchos otros medios de reconocerlos. Los Espíritus del orden al que dicen pertenecer deben ser no solo muy buenos, sino, además, sumamente lógicos y racionales. Pues bien, pasad sus sistemas por el tamiz de la razón y del buen sentido, y veréis lo que queda de ellos.

72.2 Convenid, pues, conmigo en que, siempre que un Espíritu indica, como remedio a los males de la humanidad o como medios para lograr su transformación, cosas utópicas e impracticables, medidas pueriles y ridícu-

las; cuando formula un sistema contradicho por las nociones más elementales de la ciencia, solo puede ser un Espíritu ignorante y mentiroso.

72.3 Por otra parte, tened por cierto que, si la verdad no siempre es apreciada por los individuos, siempre lo es por el buen sentido de las masas, y ese es también un criterio.

72.4 Si dos principios se contradicen, tendréis la medida de su valor intrínseco buscando cuál encuentra más eco y simpatía; sería ilógico, en efecto, admitir que una doctrina que viera disminuir el número de sus partidarios fuera más verdadera que aquella que ve aumentar los suyos.

72.5 Dios, que quiere que la verdad llegue a todos, no la confina en un círculo estrecho y restringido: la hace surgir en distintos puntos, para que en todas partes la luz esté junto a las tinieblas. Erasto.

73 Observación. La mejor garantía de que un principio es la expresión de la verdad se da cuando es enseñado y revelado por distintos Espíritus, a través de médiums desconocidos entre sí y en diferentes lugares, y cuando, además, es confirmado por la razón y respaldado por la adhesión del mayor número.

73.2 Solo la verdad puede dar raíces a una doctrina; un sistema erróneo bien puede reunir algunos adeptos, pero, como carece de la primera condición de vitalidad, solo tiene una existencia efímera; por eso no hay que inquietarse por él: se destruye por sus propios errores y caerá inevitablemente ante el arma poderosa de la lógica.

74 Comunicaciones apócrifas.

75 A menudo hay comunicaciones tan absurdas, aunque estén firmadas con los nombres más respetables, que el sentido común más elemental demuestra su falsedad; pero hay otras en las que el error está disimulado bajo

cosas buenas que crean una ilusión e impiden a veces advertirlo a primera vista, aunque no podrían resistir un examen serio. Solo citaremos algunas como muestra.

76 La creación perpetua e incesante de los mundos es para Dios como un gozo perpetuo, porque ve sin cesar que sus rayos se vuelven cada día más luminosos de felicidad. Para Dios no hay número, como tampoco hay tiempo. Por eso, cientos o miles de millones no son para él ni más ni menos unos que otros.

76.2 Es un padre cuya felicidad está formada por la felicidad colectiva de sus hijos, y a cada segundo de creación ve una nueva felicidad que viene a fundirse con la felicidad general. No hay pausa ni suspensión en este movimiento perpetuo, esta gran felicidad incesante que fecunda la tierra y el cielo.

76.3 Del mundo solo se conoce una pequeña fracción, y tenéis hermanos que viven en latitudes donde el hombre aún no ha logrado penetrar. ¿Qué significan esos calores abrasadores y esos fríos mortales que detienen los esfuerzos de los más audaces? ¿Creéis simplemente que allí está el límite de vuestro mundo, cuando ya no podéis avanzar con vuestros pequeños medios? ¿Podríais, pues, todos medir exactamente vuestro planeta?

76.4 No lo creáis. En vuestro planeta hay más lugares ignorados que conocidos. Pero como es inútil propagar aún más todas vuestras malas instituciones, todas vuestras malas leyes, acciones y existencias, hay un límite que os detiene aquí y allá, y que os detendrá hasta que tengáis que llevar las buenas semillas que ha producido vuestro libre albedrío. ¡Oh, no, no conocéis ese mundo que llamáis la tierra!

76.5 Durante vuestra existencia veréis un gran comienzo de pruebas de esta comunicación. Ya va a sonar la hora en que habrá otro descubrimiento después del último que se ha hecho; ya va a ampliarse el círculo de vuestra tierra conocida, y cuando toda la prensa cante ese Hosanna en todas las lenguas, vosotros, pobres hijos que amáis a Dios y buscáis saber, lo habréis sabido antes que aquellos mismos que darán su nombre a la nueva tierra. Vicente de Paúl.

77 Observación. Desde el punto de vista del estilo, esta comunicación no resiste la crítica; las incorrecciones, los pleonasmos y los giros defectuosos saltan a la vista de cualquiera que tenga un mínimo de instrucción; pero esto no probaría nada contra el nombre con que está firmada, pues esas imperfecciones podrían deberse a la insuficiencia del médium, como hemos demostrado.

77.2 Lo que corresponde al Espíritu es la idea; ahora bien, cuando dice que en nuestro planeta hay más lugares ignorados que conocidos y que se va a descubrir un nuevo continente, eso es, para un Espíritu que se dice superior, dar pruebas de la más profunda ignorancia.

77.3 Sin duda pueden descubrirse, más allá de los hielos, algunos rincones de tierra desconocidos, pero decir que esas tierras están pobladas y que Dios las ha ocultado a los hombres para que no llevaran allí sus malas instituciones es tener demasiada fe en la confianza ciega de aquellos a quienes les cuenta semejantes absurdos.

78 Hijos míos, nuestro mundo material y el mundo espiritual, que tan pocos conocen todavía, forman como dos platillos de la balanza perpetua. Hasta ahora, nuestras religiones, nuestras leyes, nuestras costumbres y

nuestras pasiones han hecho inclinarse tanto el platillo del mal para levantar el del bien, que se ha visto al mal reinar como soberano sobre la tierra.

78.2 Desde hace siglos, siempre es la misma queja la que sale de la boca del hombre, y la conclusión fatal es la injusticia de Dios. Incluso hay quienes llegan a negar la existencia de Dios.

78.3 Aquí lo veis todo y allí nada; veis lo superfluo que choca con la necesidad, el oro que brilla junto al barro; todos los contrastes más llamativos que deberían demostraros vuestra doble naturaleza. ¿De dónde viene esto? ¿De quién es la culpa?

78.4 Eso es lo que hay que investigar con tranquilidad e imparcialidad; cuando se desea sinceramente encontrar un buen remedio, se lo encuentra. ¡Pues bien! A pesar de este dominio del mal sobre el bien, por vuestra propia culpa, ¿acaso no veis que lo demás sigue rectamente la línea trazada por Dios? ¿Veis que las estaciones se alteren? ¿Que los calores y los fríos choquen sin orden? ¿Que la luz del sol se olvide de iluminar la tierra? ¿Que la tierra olvide en su seno las semillas que el hombre ha depositado en ella? ¿Veis que cesen los mil milagros perpetuos que se producen ante nuestros ojos, desde el nacimiento de la brizna de hierba hasta el nacimiento del niño, futuro hombre?

78.5 Pero todo va bien por parte de Dios, todo va mal por parte del hombre. ¿Qué remedio hay para esto? Es muy sencillo: acercarse a Dios, amarse, unirse, entenderse y seguir tranquilamente el camino cuyos hitos se ven con los ojos de la fe y de la conciencia. Vicente de Paúl.

79 Observación. Esta comunicación se obtuvo en el mismo círculo; pero ¡qué diferencia con la anterior, no solo en los pensamientos, sino también en el estilo! Todo en ella es acertado, profundo, sensato, y ciertamente san

Vicente de Paúl no la rechazaría; por eso se le puede atribuir sin temor.

80 ¡Vamos, hijos, cerrad filas! Es decir, que vuestra buena unión constituya vuestra fuerza. Vosotros que trabajáis en la fundación del gran edificio, velad y trabajad siempre para consolidar su base, y entonces podréis elevarlo muy alto, ¡muy alto! El progreso es inmenso en todo nuestro globo; una cantidad innumerable de prosélitos se agrupa bajo nuestra bandera; muchos escépticos, e incluso de los más incrédulos, se acercan, también se acercan.

81 Adelante, hijos; caminad con el corazón en alto, lleno de fe; el camino que seguís es hermoso; no aflojéis el paso; seguid siempre la línea recta, servid de guías a quienes vienen detrás de vosotros, serán felices, ¡muy felices!

82 Caminad, hijos; no necesitáis la fuerza de las bayonetas para sostener vuestra causa, solo necesitáis la fe; la creencia, la fraternidad y la unión, esas son vuestras armas; con ellas sois fuertes, más poderosos que todos los grandes potentados del universo reunidos, ¡a pesar de sus fuerzas vivas, sus flotas, sus cañones y su metralla!

83 Vosotros que combatís por la libertad de los pueblos y la regeneración de la gran familia humana, adelante, hijos, valor y perseverancia, Dios os ayudará. Buenas noches, hasta la vista. Napoleón.

84 Observación. Napoleón fue en vida un hombre grave y serio como pocos; todo el mundo conoce su estilo breve y conciso; habría degenerado de manera singular si después de su muerte se hubiera vuelto verboso y burlesco. Esta comunicación tal vez sea del Espíritu de algún soldado que se llamaba Napoleón.

85 No, no se puede cambiar de religión cuando no se tiene una que pueda satisfacer a la vez el sentido común y la inteligencia que se posee, y que pueda, sobre todo, dar al hombre consuelos presentes. No, no se cambia de religión, se cae de la ineptitud y la dominación en la sabiduría y la libertad. ¡Adelante, adelante, nuestro pequeño ejército!

85.2 Adelante, y no temáis las balas enemigas: las que han de mataros aún no están hechas, si estáis siempre de todo corazón en el camino de Dios, es decir, si queréis combatir siempre pacífica y victoriosamente por el bienestar y la libertad.

86 Vicente de Paúl.

87 Observación. ¿Quién reconocería a san Vicente de Paúl en este lenguaje, en estos pensamientos inconexos y carentes de sentido? ¿Qué significan estas palabras: No, no se cambia de religión, se cae de la ineptitud y la dominación en la sabiduría y la libertad? Con sus balas que aún no están hechas, sospechamos mucho que este Espíritu es el mismo que ha firmado más arriba como Napoleón.

88 Hijos de mi fe, cristianos de mi doctrina olvidada por los intereses de las oleadas de la filosofía de los materialistas, seguidme por el camino de Judea, seguid la pasión de mi vida, contemplad ahora a mis enemigos, ved mis sufrimientos, mis tormentos y mi sangre derramada por mi fe.

89 Hijos, espiritualistas de mi nueva doctrina, estad preparados para soportar y afrontar las oleadas de la adversidad, los sarcasmos de vuestros enemigos. La fe avanzará sin cesar siguiendo vuestra estrella, que os conducirá al camino de la felicidad eterna, tal como la estrella condujo por la fe a los magos de Oriente al pesebre.

89.2 Sean cuales sean vuestras adversidades, sean cuales sean vuestras penas y las lágrimas que hayáis derramado en esta esfera de exilio, cobrad ánimo, estad convencidos de que la alegría que os inundará en el mundo de los Espíritus estará muy por encima de los tormentos de vuestra existencia pasajera.

89.3 El valle de lágrimas es un valle que debe desaparecer para dar paso a la brillante morada de alegría, fraternidad y unión, a la que llegaréis por vuestra buena obediencia a la santa revelación. La vida, mis queridos hermanos de esta esfera terrestre, enteramente preparatoria, solo puede durar el tiempo necesario para vivir bien preparado para esa vida que jamás podrá terminar.

89.4 Amaos, amaos como yo os he amado y como os amo todavía; hermanos, ¡ánimo, hermanos! Os bendigo; en el cielo os espero. Jesús.

90 Desde esas brillantes y luminosas regiones adonde el pensamiento humano apenas puede llegar, el eco de vuestras palabras y de las mías ha venido a tocar mi corazón.

91 ¡Oh, de qué alegría me siento inundado al veros a vosotros, los continuadores de mi doctrina! ¡No, nada se acerca al testimonio de vuestros buenos pensamientos! Ya lo veis, hijos, la idea regeneradora que lancé antaño al mundo, perseguida, detenida un momento bajo la presión de los tiranos, avanza desde ahora sin obstáculos, iluminando los caminos de la humanidad, tanto tiempo sumida en las tinieblas.

92 Todo sacrificio grande y desinteresado, hijos míos, tarde o temprano ha dado sus frutos. Mi martirio os lo ha demostrado; ¡mi sangre derramada por mi doctrina salvará a la humanidad y borrará las faltas de los grandes culpables!

93 ¡Benditos seáis vosotros que hoy ocupáis un lugar en la familia regenerada! Adelante, ¿ánimo, hijos? Jesús.

94 Observación. Sin duda no hay nada malo en estas dos comunicaciones; pero ¿ha usado alguna vez Cristo este lenguaje pretencioso, enfático y ampuloso? Compárense con la que hemos citado más arriba y que lleva el mismo nombre, y se verá de qué lado está el sello de la autenticidad.

95 Todas estas comunicaciones se obtuvieron en el mismo círculo. Se observa en el estilo un aire de familia, giros de frase idénticos, las mismas expresiones repetidas con frecuencia, como, por ejemplo, adelante, adelante, hijos, etc., de donde puede concluirse que es el mismo Espíritu quien las ha dictado todas bajo nombres diferentes.

95.2 Sin embargo, en ese círculo, por lo demás muy concienzudo, pero un poco demasiado crédulo, no se hacían evocaciones ni preguntas; se esperaba todo de las comunicaciones espontáneas, y se ve que esto no es ciertamente una garantía de identidad.

95.3 Con preguntas un poco insistentes y de lógica rigurosa, se habría puesto fácilmente a este Espíritu en su lugar; pero sabía que no tenía nada que temer, puesto que no se le preguntaba nada y se aceptaba sin comprobación y con los ojos cerrados todo lo que decía. (Véase n.º 269.)

96 ¡Qué hermosa es la naturaleza! ¡Qué prudente es la Providencia en su previsión! Pero vuestra ceguera y vuestras pasiones humanas os impiden tener paciencia ante la prudencia y la bondad de Dios.

96.2 Os lamentáis de la menor nube, del menor retraso en vuestras previsiones; sabed, pues, impacientes que dudáis, que nada sucede sin un motivo siempre previsto, siempre premeditado en beneficio de todos. La ra-

zón de lo que precede es reducir a la nada, hombres de temores hipócritas, todas vuestras previsiones de un mal año para vuestras cosechas.

97 Dios inspira a menudo a los hombres la inquietud por el futuro para impulsarlos a la previsión; y ved cuán grandes son los medios para remediar vuestros temores sembrados deliberadamente, y que, las más de las veces, ocultan pensamientos codiciosos más que la idea de un abastecimiento prudente inspirado por un sentimiento de humanidad en beneficio de los pequeños.

97.2 Ved las relaciones entre naciones que de ello surgirán; ved qué transacciones deberán realizarse; ¡cuántos medios vendrán a contribuir a disipar vuestros temores! Pues, ya lo sabéis, todo se encadena; así, grandes y pequeños se pondrán manos a la obra.

98 Entonces, ¿no veis ya en todo este movimiento una fuente de cierto bienestar para la clase más trabajadora de los Estados, clase verdaderamente digna de interés que vosotros, los grandes, vosotros, los omnipotentes de esta tierra, consideráis como gente a la que podéis imponer tributos a vuestro antojo, creada para vuestra satisfacción?

99 Luego, ¿qué ocurre después de todo este ir y venir de un polo al otro? Que, una vez bien abastecidos, a menudo el tiempo ha cambiado; el sol, obedeciendo al pensamiento de su creador, ha madurado en pocos días vuestras cosechas; Dios ha puesto la abundancia donde vuestra codicia meditaba sobre la escasez, y, a vuestro pesar, los pequeños podrán vivir; y, sin sospecharlo, habéis sido, sin saberlo, la causa de una abundancia.

100 Sin embargo, sucede —Dios lo permite algunas veces— que los malvados tienen éxito en sus proyectos codiciosos; pero entonces es una enseñanza que Dios quiere dar a todos; es la previsión humana lo que quiere estimular; es el orden infinito que reina en la naturaleza, es el valor ante los acontecimientos lo que los hombres deben imitar, lo que deben soportar con resignación.

101 En cuanto a quienes, por cálculo, se aprovechan de los desastres, creedlo, serán castigados por ello. Dios quiere que todos sus seres vivan; el hombre no debe jugar con la necesidad ni comerciar con lo superfluo. Justo en sus beneficios, grande en su clemencia, demasiado bueno para nuestra ingratitud, Dios, en sus designios, es impenetrable.

102 Bossuet. Alfred db Marignac.

103 Observación. Esta comunicación no contiene, ciertamente, nada malo; incluso hay ideas filosóficas profundas y consejos muy sabios que podrían engañar, en cuanto a la identidad del autor, a las personas poco versadas en literatura. El médium que la había obtenido la sometió al examen de la Sociedad Espírita de París, y todos declararon unánimemente que no podía ser de Bossuet.

103.2 Consultado san Luis, respondió: «Esta comunicación, en sí misma, es buena, pero no creáis que la haya dictado Bossuet. Un Espíritu la ha escrito, quizá un poco bajo su inspiración, y ha puesto al pie el nombre del gran obispo para hacer que se aceptara más fácilmente; pero por el lenguaje debéis reconocer la suplantación. Es del Espíritu que ha puesto su nombre después del de Bossuet».

103.3 Este Espíritu, interrogado sobre el motivo que lo había llevado a actuar, dijo: Tenía ganas de escribir algo para hacer que los hombres me recordaran; al ver que era poco consistente, quise añadirle el prestigio de un gran nombre.— Pero ¿no pensabais que se reconocería que no era de Bossuet?

103.4 — ¿Quién sabe nunca las cosas con certeza? Podíais equivocaros. Otros menos perspicaces la habrían aceptado.

104 En efecto, es la facilidad con que ciertas personas aceptan lo que viene del mundo invisible al amparo de un gran nombre lo que alienta a los Espíritus engañadores. Hay que dedicar toda la atención a desbaratar sus artimañas, y solo se puede lograr con la ayuda de la experiencia adquirida mediante un estudio serio. Por eso repetimos sin cesar: Estudiad antes de practicar, pues es el único medio de no adquirir experiencia a vuestra costa.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

PARTE II, CAP. XXXII — VOCABULARIO ESPÍRITA

✦

[1] Agénere (del griego, a, privativo, y géiné, géinomai, engendrar; que no ha sido engendrado). Variedad de la aparición tangible; estado de ciertos Espíritus que pueden adoptar momentáneamente las formas de una persona viva, hasta el punto de producir una ilusión completa.

[2] Erraticidad. Estado de los Espíritus errantes, es decir, no encarnados, durante los intervalos entre sus existencias corporales.

[3] Espíritu. En el sentido especial de la doctrina espírita, los Espíritus son los seres inteligentes de la creación, que pueblan el universo fuera del mundo material y que constituyen el mundo invisible. No son seres de una creación particular, sino las almas de quienes han vivido en la tierra o en otras esferas y han abandonado su envoltura corporal.

[4] Golpeador. Cualidad de ciertos Espíritus. Los Espíritus golpeadores son aquellos que revelan su presencia mediante golpes y ruidos de diversas clases.

[5] Medianímico. Cualidad del poder de los médiums. Facultad medianímica.

[6] Medianimidad. Facultad de los médiums. Sinónimo de mediumnidad. Estas dos palabras se emplean con frecuencia indistintamente; si se quisiera hacer una distinción, se podría decir que mediumnidad tiene un sen-

tido más general, y medianimidad un sentido más restringido. Tiene el don de la mediumnidad. La medianimidad mecánica.

[7] Médium (del latín, medium, medio, intermediario). Persona que puede servir de intermediaria entre los Espíritus y los hombres.

[8] Mediumnato; misión providencial de los médiums. Esta palabra fue creada por los Espíritus (Véase cap. 31; comunicación XII.)

[9] Mediumnidad (véase Medianimidad).

[10] Periespíritu (del griego, peri, alrededor). Envoltura semimaterial del Espíritu. En los encarnados, sirve de vínculo o de intermediario entre el Espíritu y la materia; en los Espíritus errantes, constituye el cuerpo fluídico del Espíritu.

[11] Pneumatografía (del griego, pneuma, aire, soplo, viento, espíritu, y graphô, escribo). Escritura directa de los Espíritus sin la ayuda de la mano de un médium.

[12] Pneumatofonía (del griego, pneuma, y de phoné, sonido o voz). Voz de los Espíritus; comunicación oral de los Espíritus sin la ayuda de la voz humana.

[13] Psicógrafo (del griego, psukè, mariposa, alma, y graphô, escribo). El que practica la psicografía; médium escribiente.

[14] Psicografía. Escritura de los Espíritus por la mano de un médium. - ’

[15] Psicofonía. Comunicación de los Espíritus por la voz de un médium parlante.

[16] Reencarnación. Regreso del Espíritu a la vida corporal; pluralidad de las existencias.

[17] Sematología (del griego semi, signo, y logos, discurso).

[18] , Lenguaje de los signos. Comunicación de los Espíritus mediante el movimiento de los cuerpos inertes.

[19] Espírita. Lo que se relaciona con el espiritismo; partidario del espiritismo; el que cree en las manifestaciones de los Espíritus. Un buen, un mal espírita; la doctrina espírita.

[20] Espiritismo. Doctrina fundada en la creencia en la existencia de los Espíritus y en sus manifestaciones.

[21] Espiritista. Esta palabra, empleada al principio para designar a los adeptos del espiritismo, no ha sido consagrada por el uso; la palabra espírita ha prevalecido.

[22] Espiritualismo. Se dice en sentido opuesto al de materialismo (académ.); creencia en la existencia del alma espiritual e inmaterial. El espiritualismo es la base de todas las religiones.

[23] Espiritualista. Lo que se relaciona con el espiritualismo; partidario del espiritualismo. Quien cree que no todo en nosotros es materia es espiritualista, lo que no implica en absoluto la creencia en las manifestaciones de los Espíritus.

[23.2] Todo espírita es necesariamente espiritualista; pero se puede ser espiritualista sin ser espírita; el materialista no es ni lo uno ni lo otro. Se dice: la filosofía espiritualista.

23.3 — Una obra escrita según las ideas espiritualistas. — Las manifestaciones espíritas son producidas por la acción de los Espíritus sobre la materia. — La moral espírita se deriva de la enseñanza dada por los Espíritus. — Hay espiritualistas que se burlan de las creencias espíritas.

24 En estos ejemplos, la sustitución de la palabra espírita por la palabra espiritualista produciría una confusión evidente.

25 Estereotita (del griego stéréos, sólido). Cualidad de las apariciones tangibles.

26 Tiptor (del griego tuptô, golpeo). Variedad de los médiums aptos para la tiptología. Médium tiptor.

27 Tiptología. Lenguaje mediante golpes; modo de comunicación de los Espíritus. Tiptología alfabética.

Une Sacra · edición 1.3 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0